



Varios autores

http://www.letralia.com/ed_let/14

Editorial
Letralia
letralia.com/ed_let

*Colección **Especiales***
Internet, mayo de 2010

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño.

La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Luchando contra el silencio

Jorge Gómez Jiménez

La libertad de expresión es, por sobre todos los demás, el derecho que nos define como seres humanos. Todas nuestras facultades, concentradas en eso que llamamos raciocinio, carecerían de valor si no tuviéramos la posibilidad de comunicarnos. En la comunicación se basan la historia, la sociedad, la técnica, el arte y en general todo lo que nos ha permitido desarrollar la civilización.

Entre la libertad de expresión y la censura se encuentra el poder. Siempre que éste disponga de los medios, activará instancias legales o de fuerza para impedir que el ciudadano crítico señale sus irregularidades. Algunas de estas instancias son claramente identificables: la coerción jurídica, el chantaje, el terrorismo de Estado, la represión, la tortura. Pero hay otras mucho más perniciosas, en virtud de las cuales el poder se esfuerza en convencer al ciudadano de que su derecho a la libre expresión tiene límites, criminalizando toda manifestación contraria a sus intereses y brindando a sus adeptos la ilusión de protección.

Al arribar, el 20 de mayo de 2010, a sus catorce años, la revista literaria *Letralia, Tierra de Letras*, ha querido llamar la atención sobre estos asuntos, cuya revisión siempre es necesaria y urgente. En este libro —que además es un modesto homenaje al escritor, docente y abogado venezolano Argenis Daza Guevara, quien en 1990 hiciera un profundo análisis sobre el tema en *Poder, libertad de expresión y censura*—, se han reunido 34 autores procedentes de 11 países de habla hispana para contribuir, con sus testimonios, ensayos, relatos y poemas, a la discusión en torno a la libertad de expresión, el poder y la censura.

En *Letralia* creemos que la vulneración, por parte del poder, de los derechos ciudadanos, debe ser combatida haciendo uso precisamente del derecho a la libre expresión. El silencio es el refugio de los desvalidos, pero también es la madriguera de los cómplices. Este libro es entonces, de alguna manera, nuestro aporte a la lucha permanente contra el silencio.



Libertad de expresión,
poder y censura
14 años de *Letralia*

Índice

<i>Luchando contra el silencio</i> Jorge Gómez Jiménez	3
<i>La peor censura: la autocensura</i> Dixon Acosta	9
<i>Poder, censura, libertad de expresión</i> Miguel Aguado Miguel	15
<i>Re-quemando taínos</i> (Sobre la censura en el Departamento de Educación de Puerto Rico) Yolanda Arroyo Pizarro	21
<i>Fin de año en Khe Sanh</i> Roberto Bennett	25
<i>Libertad de expresión, poder y censura: un triángulo infernal</i> María Bonilla	53
<i>¿Qué es la libertad de expresión?</i> Estrella Cardona Gamio	59
<i>Monólogo del gran censor</i> Wilfredo Carrizales	63
<i>Elogio a la ignorancia</i> Alberto Castillo Vicci	69
<i>Libertad de expresión, poder y censura</i> Edda Cavarico	75
<i>Una interminable pesadilla</i> Horacio Centanino	79
<i>Breves notas sobre censura, sexo y poder</i> Marianne Díaz Hernández	87
<i>Galileo Galilei, lector del universo</i> Ángela Gentile	93
<i>Sfumato</i> Sara Gil Gracia	107
<i>Lecturas clandestinas</i> Juan Guerrero	119
<i>La poesía en estado de sitio</i> Florentino Gutiérrez Gabela	125
<i>De la censura y el miedo</i> Alberto Hernández	131

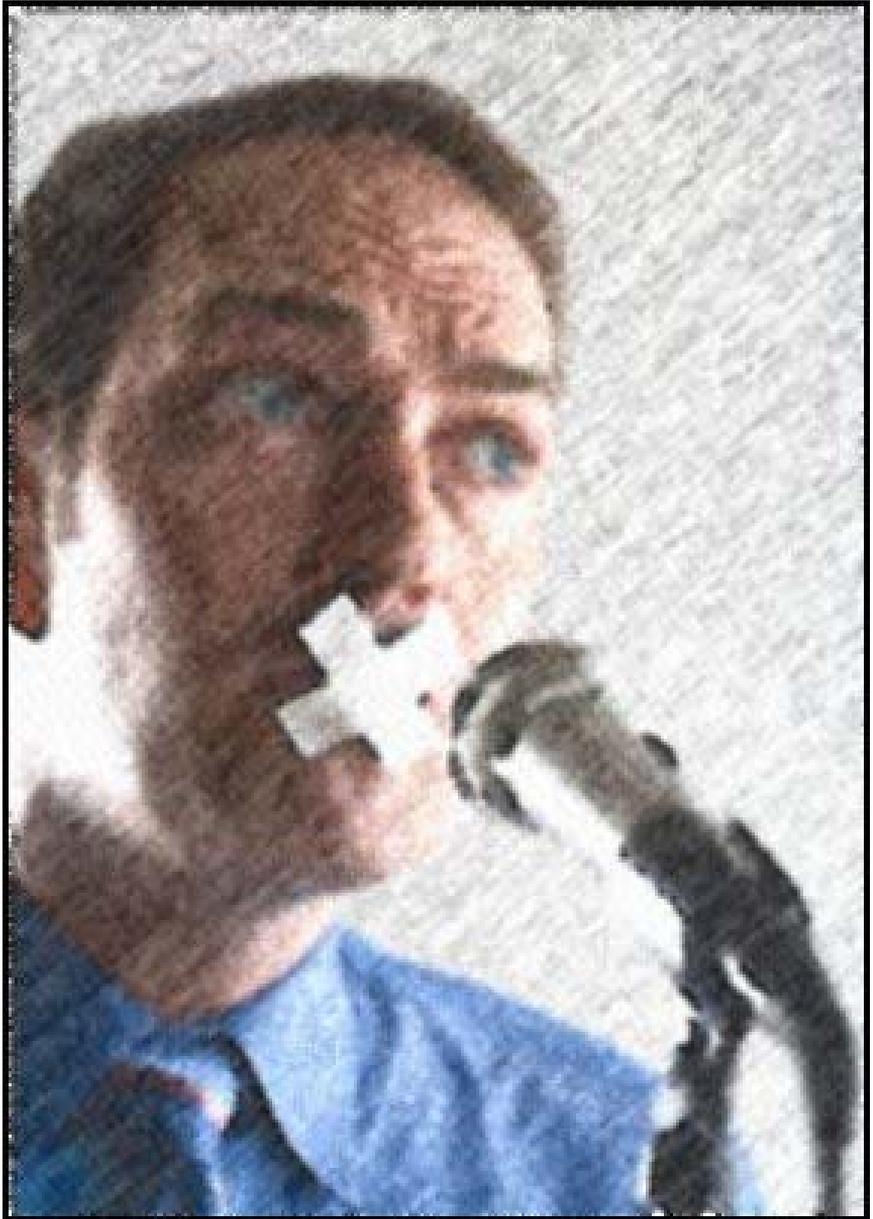
<i>IV Reich</i>	
Mario Herrero	137
<i>Ya no te espero</i>	
Manuel Llorens	143
<i>De periodismo y periodistas</i>	
<i>La verdad: un camino sin atajos</i>	
Ana Rosa López Villegas	159
<i>La censura</i>	
Servando Ortoll	173
<i>La cárcel de la comunicación</i>	
Amparo Osorio	195
<i>La reunión</i>	
Francisco Pinzón-Bedoya	201
<i>Enigmas y magia</i>	
Armando Quintero Laplume	205
<i>Indefensión informativa</i>	
Alfonso Ramírez de Arellano	211
<i>Relación entre derecho a la información y derecho a la libertad de expresión</i>	
Dulce María Ramos Ramos	215
<i>Desbordando las grietas</i>	
<i>Teoría, prácticas sociales y vivencias personales de exclusión y liberación de los gays en Venezuela</i>	
Carlos Rivas	221
<i>Las luces de San Petersburgo</i>	
Pedro Enrique Rodríguez	245
<i>Inspirina</i>	
José Ruiz Guirado	257
<i>La consigna que nos hará reencontrarnos</i>	
Pablo Sánchez Noguera	263
<i>Olor a quemado</i>	
Yvette Schryer	269
<i>Censura: esculpiendo la realidad</i>	
Tomoo Terada	275
<i>Clandestino</i>	
Ulises Varsovia	279
<i>Aproximación a la labor propagandística del fascismo alemán en el período de entreguerras</i>	
Yosbany Vidal García	283
<i>El desapego del libre pensamiento</i>	
Andrea Zurlo	291

La peor censura: la autocensura

Dixon Acosta

Diplomático colombiano aficionado a la literatura. Fue cónsul de Colombia en Ciudad Guayana (Puerto Ordaz, Venezuela) y actualmente desempeña un cargo diplomático en Nicaragua. Ha publicado artículos en revistas de su país.

En el periodismo no existe la objetividad absoluta. Lo importante es que, en el desarrollo de la investigación, el prejuicio personal no oculte ni contamine los descubrimientos finales. Si hay un compromiso que un periodista debe cumplir a cabalidad es la búsqueda de la verdad.



Fotografía: Tetra Images

La peor censura: la autocensura

Dixon Acosta

*A la memoria del embajador Jorge Alfonso Morales,
buen diplomático pero ante todo, mejor amigo.*

La prensa no nació necesariamente libre, porque algunos autores coinciden al señalar que las primeras noticias impresas fueron el medio que utilizaron gobernantes desde la antigua China y el imperio romano para divulgar sus triunfos y determinaciones. Se trataba de una información pensada desde arriba, monopolizada por el poder, al cual sólo le interesaba divulgar las acciones de los gobernantes, no de los gobernados, mucho menos indagar en sus necesidades y problemas.

Es importante hacer la diferencia entre lo impreso y otro tipo de medios, porque en la historia de la humanidad lo realmente democrático fueron las noticias que de forma oral se divulgaban en diferentes comarcas y tiempos (desde los juglares medioevales hasta los primeros trovadores vallenatos de la costa colombiana). La información verbal, aunque estaba sujeta a los riesgos de las transformaciones del rumor y la invención popular, no tenía un control o un censor que seleccionara los mensajes que finalmente llegaban a los receptores, pero igual habría que esperar fenómenos históricos (transformaciones políticas y económicas), como la revolución francesa, la revolución industrial, la consolidación del capitalismo, la aparición del socialismo y la cristalización de una clase social urbana, con necesidades de ilustrarse y entretenerse, la burguesía, para la cual el invento de Johannes Gutenberg de la imprenta con tipos móviles fue fundamental, al tener la posibilidad de leer los primeros libros y periódicos publicados en serie.

De esta manera llegamos a la democracia moderna, con su balance de poderes, un sistema electoral que les permite a los ciudadanos elegir a sus representantes y una base social necesaria, la clase media profesional, el equilibrio entre los estratos extremos, la que sobrevive entre los poderosos y los menesterosos.

Pero hay una condición sin la cual difícilmente puede consolidarse en una sociedad la democracia: se requiere que la prensa, en cualquiera de sus manifestaciones, escrita o audiovisual, sea independiente, sea libre, en la medida en que pueda serlo, a pesar de las presiones sociales y económicas.

El concepto actual de la prensa es una denominación cada vez más amplia de diversos medios de comunicación que hicieron el tránsito del papel impreso a novedosas formas audiovisuales, principalmente las que conviven en el universo cibernético, cada vez más complejo, de Internet. Cuando nació la prensa, no muchos leían, ahora vivimos una era en la que, aunque el analfabetismo en muchos lugares ha sido derrotado, paradójicamente no mucha gente accede a la lectura como forma de información y entretenimiento. En nuestros países latinoamericanos, buena parte de la población no lee los periódicos o las revistas, sino que gustan de ver los noticieros televisivos.

Indudablemente el mote del «cuarto poder», atribuido a los medios de comunicación, se refiere a que en una democracia la prensa cumple un papel crítico e inquisitivo. Incluso cuando fallan los organismos de control, los medios pueden convertirse en denunciantes y fiscalizadores de aquellos que incumplen las normas o las omiten. Por ello resulta frustrante cuando son los propios medios los que se aplican la mordaza, cierran los ojos y prefieren hablar de otros temas en lugar de cumplir su función social. Por ello, el título del presente artículo no se refiere a la censura desde arriba, la que imponen los gobernantes y poderosos, sino la que surge desde adentro, desde las entrañas de la misma prensa, la autocensura, en mi opinión, la peor de todas.

La autocensura tiene que ver necesariamente con los intereses de los propietarios de los medios, personas con intereses económicos o con ideologías políticas. No puede olvidarse que los medios de comunicación, en particular los dedicados a las noticias, son empresas que buscan un beneficio económico. Stieg Larsson, el más reciente *best-seller* mundial, autor de las novelas que conforman la trilogía *Millenium*, ha plasmado en sus obras de ficción los entretejidos de la relación entre medios de comunicación y los poderes económicos y políticos.

Para ser completamente honestos, es seguro que en el periodismo no existe la objetividad absoluta, así como en las ciencias sociales se menciona que es difícil encontrar la neutralidad valorativa en las investigaciones, pues desde que un periodista escoge un tema hay una carga subjetiva; lo importante es que, en el desarrollo de la investigación, el prejuicio personal no oculte ni contamine los descubrimientos finales. Si hay un compromiso que un periodista debe cumplir a cabalidad es la búsqueda de la verdad.

Resulta frustrante que en nuestras democracias una revista de opinión y denuncia sea cerrada por sus propietarios argumentando imaginarios problemas financieros, cuando es evidente que el medio resultaba incómodo por su capacidad de investigación. De la misma manera como se constata que un canal de televisión autoproclamado como alternativa frente a los medios tradicionales globales, con la promesa de presentar una versión alternativa de los hechos, resulta un medio para un fin político, periodismo al servicio de un determinado régimen que busca extenderse por el continente, pero que termina por encerrarse en sus propias contradicciones, incluso promoviendo la persecución y el cierre de aquellos medios de comunicación que no le son afectos. Aquel medio que se promociona como libre de pecado, pero el cual no puede (aunque quisiera) criticar a su patrocinador. En estas situaciones, el objetivo independiente de la prensa se pierde y surge la autocensura. No menciono nombres propios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Sin embargo, al final hay espacio para el optimismo. En la actualidad vivimos una nueva etapa de los medios masivos de comunicación, todo gracias a Internet, espacios de opinión individual como los llamados blogs, así como los de intercambio colectivo, las redes sociales de contactos que se imponen conformando verdaderas comunidades, las cuales ya se ha visto han tenido una influencia directa en procesos electorales. Quizás en este universo todavía confuso, algo caótico, pero evidentemente libre, sea al menos durante un tiempo la respuesta a la propia mordaza que algunos medios se imponen. Durante un tiempo, que ignoramos cuánto dure, podemos escuchar y ver a aquellos modernos juglares y trovadores que nos traen sus historias tejidas y elaboradas a través de la red.

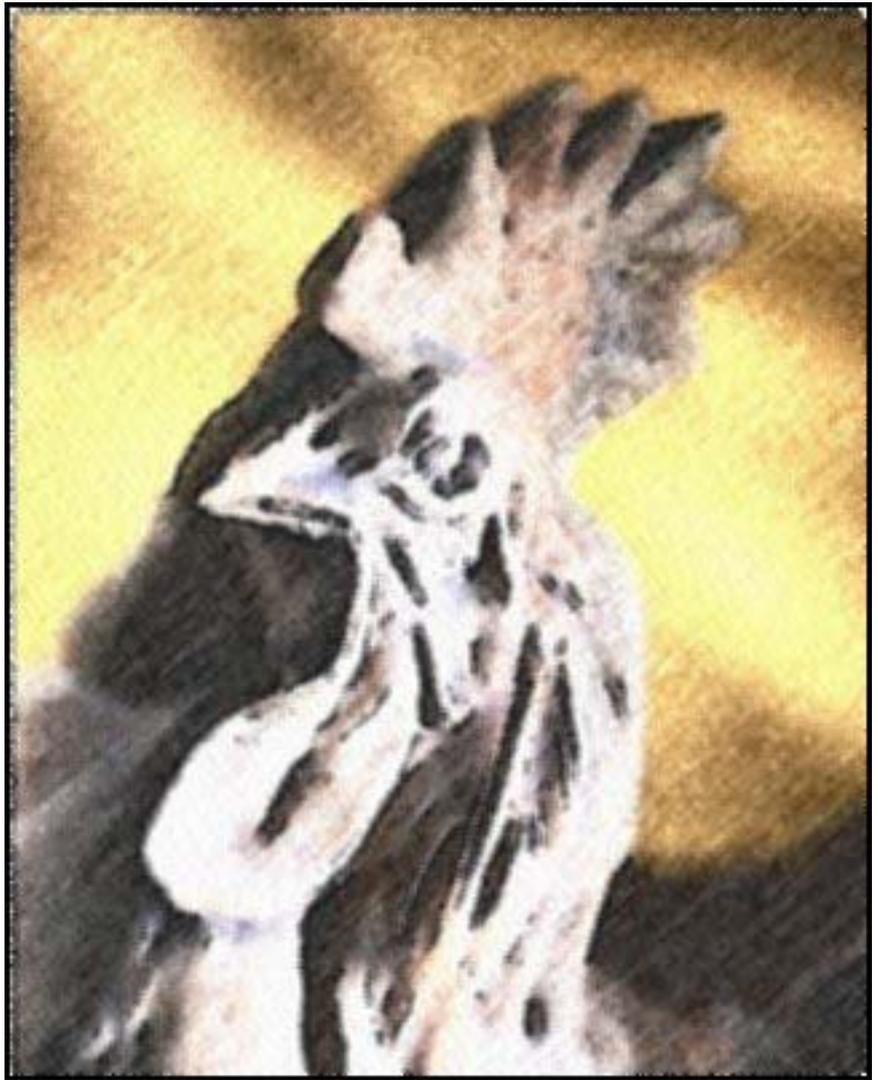
La prensa no nació libre, pero no debe morir esclava.

Poder, censura, libertad de expresión

Miguel Aguado Miguel

Escritor español (Estepar, Burgos, 1934). Su obra permanece mayoritariamente inédita.

***Reina paz en el corral. / Por servir a don
Prudencio / las gallinas en silencio /
pensar puede cada cual, / añorar el
andurrial, / siempre no lo manifieste, / ni
a éste le juzgue agreste; / es el gallo el
manducón, / egoísta y abusón: / no
admite que alguien proteste.***



Fotografía: Danilo Calilung

Poder, censura, libertad de expresión

Miguel Aguado Miguel

Igualdad

De trece huevos distintos
por la gallina enhuerados,
trece pollos son sacados
quebrando indemnes precintos
de sus angostos recintos.
Trece pollos, trece iguales
por los mismos andurriales;
presto de la camarilla
destaca su cabecilla
por imperios viscerales.

Cacique

Gallo de corral cacique
en su cresta a la gallina
pica, humilla, al suelo inclina;
evitando su palique
su cuerpo usa como dique.
Camina al estercolero,
presume de caballero,
por recobrar su confianza
su cántico ufano lanza:
«Soy el rey del gallinero».

El mandamás

Su dominio no es seguro,
imponer debe la fuerza:
que su mando no se tuerza,
apuntalar su futuro
nada importa fuera oscuro.
Con su presencia farruca
pica a gallinas su nuca,

se enfrenta a futuros gallos,
doblega a ser sus vasallos:
su carrera ya es caduca.

El dictador

Seguir gobernando quiere.
Gente de mayor valía
y de rancia burguesía
con su poder interfiere,
y de la forma difiere.
Con rigor entera acalla,
cruelmente los avasalla;
sus ideas les expropia,
les acusa de hacer copia,
él se cuelga la medalla.

Represalias

La gallina inteligente
sus ideas cacarea.
Ante el público la afea,
en privado brutalmente
atrofiar prueba su mente.
Tan sólo si el huevo ha puesto
se admite cantar su gesto
bajo, que nadie se entere,
que la sumisión no altere,
o recurrirá al arresto.

Censura

Reina paz en el corral.
Por servir a don Prudencio
las gallinas en silencio
pensar puede cada cual,
añorar el andurrial,
siempre no lo manifieste,
ni a éste le juzgue agreste;
es el gallo el manducón,
egoísta y abusón:
no admite que alguien proteste.

Las luchas

Jóvenes independientes
propias doctrinas promulgan,
con el gallo no comulgan.
Ambos se enfrentan valientes,
sus batallas son corrientes.

Sólo un gallo al alba canta,
a quien lo intenta lo espanta,
echa fuera del corral:
canta quien es el feudal
mientras él su feudo aguanta

Destierro

Quien de lucha frente a frente
sale con digna derrota,
si su voz no tiene rota,
y cantar quiere valiente
con su pensar coherente,
del corral marcha al exilio,
busca nuevo domicilio,
al alba cada mañana
espabila con más gana:
libre goza de su idilio.

Re-quemando taínos

(Sobre la censura en el Departamento de Educación de Puerto Rico)

Yolanda Arroyo Pizarro

Escritora y docente puertorriqueña (Guaynabo, 1970). Es instructora educativa de tecnología en la Universidad del Turabo. Ha escrito ensayos para la página de literatura *Ciudad Seva* y columnas para los periódicos *El Vocero* y *La Expresión*. Ha publicado los libros de cuentos *Origami de letras* (2004), *Ojos de luna* (segundo Premio Nacional 2008, Instituto de Literatura Puertorriqueña; Libro del Año 2007 del periódico El Nuevo Día), *Historias para morderte los labios* (2009) y *Medialengua* (2010), así como la novela *Los documentados*, ganadora de una mención de honor en los premios del Pen Club de Puerto Rico a la mejor novela publicada en 2005.

El Departamento de Educación de Puerto Rico ha declarado como inaceptables una serie de obras literarias. La razón primordial es que las obras contienen lenguaje «burdo y soez», que esto ofende, que no le hace bien a la cultura.



Masacre de indios tainos

Re-quemando taínos

(Sobre la censura en el Departamento de Educación de Puerto Rico)

Yolanda Arroyo Pizarro

«Salidos los indios de la casa de oración, tiraron las imágenes al suelo, las cubrieron con tierra y después orinaron encima diciendo: ‘Ahora serán buenos y grandes tus frutos’; esto lo decían por haberlas sepultado en un campo de labor, y, por tanto, sería bueno el fruto que allí se había plantado (...)». Así lo declara fray Ramón Pané en su *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, el primer documento etnográfico de América basado en sus experiencias con los taínos de La Española. El evento culmina con la más despótica incompreensión como respuesta de parte del gobierno regente del Almirante y su hermano Bartolomé Colón. Los taínos protagonistas de enterrar las imágenes católicas fueron quemados públicamente. Se les castigó con la vida por entenderse que su acción era burda, soez y ofensiva a las instituciones centenarias que los españoles ciegamente defendían.

Pané muy difícilmente podía imaginar, en aquel tiempo, que ese primer informe sobre las exóticas y novísimas culturas nativas de La Española se convertiría en el telón de fondo de una **conducta que cientos de años más tarde repetiría la entidad educativa dominante del pueblo de Borinquen**. En aquel momento el imperio colonizador, ignorando la idiosincrasia de un pueblo recién «descubierto» y su base cultural y mística, tacharon el acto realizado por los indígenas como de bárbarico. Los taínos tenían por costumbre enterrar a sus propios cemíes por razones de respeto a las cosechas y la tierra. Repitieron lo mismo enterrando las imágenes católicas que habían traído los «salvadores cristianos». Dicha incompreensión y apatía ante la aceptación del pensamiento alienígena desembocó en un derroche de maléfico poder y la muerte de los propios indios. Pagaron con su vida un asunto que, sentados a la mesa de cualquier negociación de tribus y pueblos, podía haberse zanjado. Con la censu-

ra de este acto de expresión se realizó un daño irreparable y criminal.

El Departamento de Educación de Puerto Rico ha declarado como inaceptables una serie de obras literarias entre las que se incluyen *Antología personal*, de José Luis González; *El entierro de Cortijo*, de Edgardo Rodríguez Juliá; *Mejor te lo cuento: antología personal*, de Juan Antonio Ramos; *Reunión de espejos*, editado por José Luis Vega; y *Aura*, de Carlos Fuentes. La razón primordial que proporciona el doctor Juan J. Rodríguez, subsecretario de Asuntos Académicos, es que las obras contienen lenguaje «burdo y soez», que esto ofende, que no le hace bien a la cultura, que pone en peligro el estado de idiosincrasia actual y que él, por supuesto, recibe órdenes del propio Carlos Chardón, Nuevo Almirante.

Varias palabras/ideas que se asoman a mi mente ante este evento: intransigencia, obstinación, fanatismo, barbarie, holocausto, prehistoria, cromañonería. El Departamento de Educación de Puerto Rico acaba de repetir con su acción el mismo acto de ceguera irracional, absurda y disparatada que nuestros primeros colonos. Evitar la exposición a nuestro estudiantado de éstos y otros libros ya anteriormente (y solapadamente) censurados, es una descarada muestra de maliciosa intolerancia y mísera prepotencia por parte de la hegemonía dominante. Cada vez que a un estudiante se le retiran oportunidades de desarrollar el pensamiento crítico a través de la lectura de textos que provoquen el saber y la opinión, estamos quemando táinos. «*Again and again*».

Fin de año en Khe Sanh

Roberto Bennett

Escritor uruguayo (Montevideo, 1948). Estudió comunicación de masas y marketing en la Universidad de California (1970-73). Trabajó en periódicos, radio y televisión en EUA. En 1973 gana una beca a un seminario de comunicaciones internacionales en Yugoslavia y posteriormente se establece en Palma de Mallorca. Allí publica su libro de cuentos *Lo que arrastra el río y otras historias* (Soler, 1986). Luego publica dos libros sobre mamíferos marinos: *Delfines y ballenas, los reyes del mar* (1989), en coautoría con el doctor David C. Taylor, y *Animales marinos* (1990), ambos traducidos al inglés y al italiano. Se establece en Chicago, participando del 1º Encuentro de Escritores Latinoamericanos celebrado en esa ciudad, publicando cuentos en periódicos y revistas en castellano de EUA. En 1994 publica en Uruguay su segundo libro de cuentos *El último verano* (Editorial Graffiti). En 1996 se establece en Madrid y continúa colaborando con periódicos y revistas de España y América. A partir del año 2000, luego de 30 años de viajes por el mundo, vuelve a residir en Montevideo, donde escribe su primera novela, *La brisa bajo mis alas*, que fue elegida semifinalista en el Premio Internacional Territorio de la Mancha, patrocinado por el Instituto Iberoamericano de Cultura. En el 2006, su cuento «Vamos mi Amor a la Feria» queda finalista en el concurso organizado por la Editorial Ábaco de España y es publicado en la colección Te Lo Cuento. Su relato titulado «Nunca Es Tarde» gana el II Concurso de Cuentos Cortos Leiva del Río Tirón, en La Rioja (España). Ese mismo año gana con su obra «Chau Ginebra» el Primer Premio del certamen literario organizado por la Asociación Mexicana de Autobiografía y Biografía.

Aquella fue la primera y última guerra en la cual la prensa pudo retratar toda la verdad. Y destapar las mentiras oficiales, por televisión y en colores, a la hora de la cena familiar, sin tapujos y con lujo de detalles.



Gary Alexander

Fin de año en Khe Sanh

Roberto Bennett

*Life is what happens to you
while you are busy making other plans...*

John Lennon

Caminando por los interminables pasillos del aeropuerto de Chicago-O'Hare, rumbo a un vuelo que me llevaría de vuelta a Montevideo, me topé con un ser de unos cincuenta años de edad, desaliñado, canoso y barbudo, tumbado en el suelo junto a una muleta de aluminio. Inválido por falta de una pierna, vestía una chaqueta militar con un par de medallas sin brillo colgadas de su pecho. Junto a un tarrito de metal había colocado un pequeño cartel de cartón, escrito a mano, por medio del cual solicitaba limosna, aduciendo ser un veterano de la guerra en Vietnam. Este hecho ocurrió en diciembre de 1997 y para entonces habían transcurrido más de dos décadas desde la salida en desbandada de las tropas norteamericanas de Saigón. La escena me pareció sobrecogedora, casi patética. Acentuada especialmente por la apatía y frialdad con que sus compatriotas pasaban por su lado, caminando con paso ligero e indiferente. Evitando su mirada o tal vez observándole brevemente y con desprecio. Señal inequívoca de una sociedad donde prima la intolerancia hacia los vencidos.

Me detuve un instante para observar si alguien se dignaba echar unas monedas en el tarrito de metal que el individuo ahora sujetaba en su temblorosa mano izquierda, con dedos entumecidos y llagados por el intenso frío de aquel invierno de Chicago. Casi todos pasaban raudos rumbo a sus destinos y miraban fijamente hacia adelante, como si aquel ser desgraciado no existiera. Finalmente, sin poder evitar una sensación de asco ante tal falta de humanidad, dejé caer un billete de un dólar en el tarrito y el hombre me lo agradeció sonriendo con mal disimulada tristeza, obsequiándome irónicamente con una diminuta banderita americana de papel.

Un año más tarde, en febrero de 1999, tuve que visitar Moscú por motivos

de trabajo y nuevamente el invierno me sorprendió con una escena parecida. En uno de los túneles que pasan por debajo de las anchas avenidas moscovitas, próximo a la monumental estación de Belorusskaya, de donde parten los trenes con destino a Berlín y París, se agolpaban peatones con prisa, vendedores ambulantes, músicos errantes y mendigos andrajosos en busca de un poco de calor humano que les ayudase a sobrellevar el crudo invierno ruso. Contemplé esa masa humana que iba y venía semejando una marea monocolor, chapoteando entre el agua barrosa que producían las botas cuando se derretía la nieve adherida a sus suelas, anegando aquellos extensos e inhóspitos corredores. Entonces le vislumbré, recostado contra una pared amarillenta y descascarada. Semiescondido en un oscuro rincón observé a un hombre rubio y barbudo, de unos cuarenta y pocos años, tumbado sobre una sucia manta gris, donde algunos ciudadanos solidarios depositaban unos pocos rublos. Le faltaban las dos piernas, amputadas por arriba de las rodillas, vestía uniforme militar de campaña y en su pecho lucía varias medallas y condecoraciones. Intrigado, le pregunté a mi intérprete qué decía el cartelito que colgaba de su cuello. —Pide limosna por ser un veterano de la guerra en Afganistán —explicó Igor muy serio. Entonces comprendí que los extremos ideológicos tienen más en común de lo que uno cree y las naciones con delirios imperiales no quieren saber de derrotas...

Allí en aquel túnel moscovita, de forma inesperada, asaltó mi memoria el rostro pálido y sufrido de Gary Alexander. Un antiguo compañero en mis años de estudiante universitario en Fresno, California. Su odisea personal me ha habido impactado profundamente cuando la describió con lujo de detalles una mañana brumosa del mes de febrero de 1972. Estábamos sentados en la cafetería de la Facultad de Economía, como era costumbre durante la época de exámenes, para compartir notas e información adicional sobre los cursos. Siempre quise escribir su historia, quizá como simple homenaje a un amigo que, con el paso de los años, le he perdido el rastro. O tal vez para desenmascarar, especialmente ante jóvenes lectores, los horrores de esa demencia colectiva que representa una guerra. «Porque hay que estar un poco loco o ser un inconsciente para querer ir a combatir. La gente normal, cuando puede, huye despavorida de los conflictos bélicos. Espantada por la muerte y la degradación humana que ocasionan», pensaba yo entonces y aún hoy lo sigo manteniendo.

Aunque hayan transcurrido muchos años desde aquel conflicto en el sudeste asiático, el aberrante juego de la guerra y su desgarrador efecto de muerte no parecen pasar de moda. Quizá pueda creerse que el tema de Vietnam está muy trillado, luego de numerosas películas, documentales, series de televisión, novelas, ensayos, biografías, etc., pero aquella fue la primera y última guerra en la cual la prensa pudo retratar toda la verdad. Y destapar las mentiras oficiales,

por televisión y en colores, a la hora de la cena familiar, sin tapujos y con lujo de detalles. Desenmascarando la barbarie que ensangrentó aquel lejano país durante más de diez años (con sus tres millones de vietnamitas muertos y 58.000 norteamericanos caídos en combate). Ahora, aunque sea con armas más modernas y sofisticadas, las matanzas se han vuelto a repetir en Afganistán, el Golfo Pérsico, Bosnia-Herzegovina, Kosovo y más recientemente Chechenia; pero la cobertura en estas ocasiones, a menudo ha sido manipulada y censurada por las autoridades, tanto civiles como militares.

—No hay gloria alguna en el combate —solía decir Gary—, únicamente dolor, locura colectiva y salvajismo... Tuyo, de tus compañeros y del enemigo. Porque éste también sufre las mismas calamidades.

Sólo una vez habló en detalle de sus experiencias como soldado y fue durante aquella ocasión antes mencionada. Gary acababa de volver de un viaje a San Francisco, donde junto a otros veteranos de guerra, habían ocupado el consulado de la República de Vietnam del Sur, causando gran conmoción entre los estadounidenses más conservadores. Especialmente en el presidente Richard Nixon y el entonces gobernador de California, Ronald Reagan. Y ambos juraron vengarse de tal afrenta. Pero aquél no fue un acto aislado sino parte de una acción combinada, perfectamente organizada por la Asociación de Veteranos de Vietnam Contra la Guerra (A.V.V.C.G.). Una acción conjunta y coordinada a nivel nacional para protestar por el onceavo año de intervención norteamericana en el sudeste asiático. Gary y un contingente de dieciséis ex combatientes entraron en el consulado de forma absolutamente pacífica, a las nueve y media de la mañana. En otras partes de los EEUU, en ese mismo momento, coincidiendo con las festividades navideñas del año 1971, grupos de «veteranos» también estaban copando la Estatua de la Libertad en Nueva York, la Casa de Betsy Ross (heroína de la Revolución Americana) en Filadelfia y otros importantes monumentos nacionales de aquel país.

El revuelo fue mayúsculo. Estas acciones de guerrilla urbana de la A.V.V.C.G. correspondían a lo que ellos habían denominado «Operación Paz en la Tierra» y representaban una protesta simbólica y no violenta de los más de treinta mil miembros de dicha asociación.

En San Francisco, el cónsul general survietnamita y todo su personal abandonaron las oficinas rápidamente, asombrados y quizá un poco asustados por la audacia de la acción. Los nuevos ocupantes del consulado montaron barricadas contra las puertas y procedieron a efectuar numerosas llamadas telefónicas a los medios de comunicación, anunciando los hechos acaecidos. Media hora más tarde, en la calle se había formado un gran tumulto. Coches patrulla, prensa,

radio y televisión, camiones de bomberos, cientos de curiosos y hasta un par de ambulancias. Acto seguido, comenzaron por parte de la policía las acciones de represalia y contraataque. Primero, cortaron todas las líneas de comunicación con el exterior. Sin embargo, los «veteranos» habían previsto tal medida e inmediatamente utilizaron dos radioteléfonos para poder hablar con sus compañeros ubicados en el exterior del edificio, mezclados entre la muchedumbre que ahora comenzaba a agolparse ante la puerta principal del consulado. Aunque poco tiempo después de recibir importantes mensajes sobre la llegada de más contingentes policiales, el tipo de armas que portaban y cuántos efectivos eran, los radioteléfonos fueron interceptados y sus operadores arrestados. Desde el interior del consulado, la última comunicación con el exterior fue a través del teletipo, para enviarle un mensaje al gobierno survietnamita en Saigón, expresándole el punto de vista de la A.V.V.C.G. y su oposición a la guerra.

Finalmente, se dio la orden policial de desalojar el consulado y los «veteranos», satisfechos del éxito obtenido, procedieron a desbloquear las entradas. Lo habían ocupado pacíficamente y deseaban salir de la misma forma. Sin embargo, la policía, luciendo sus equipos antidisturbios y pareciendo más bien una banda de seres extraterrestres, irrumpió con furia dentro del consulado. Profiriendo gritos amenazadores, arrestaron a los diecisiete ex combatientes. A Gary le prendió un policía pelirrojo y barrigón. Como primera medida, sin mediar palabra alguna, le colocó un par de esposas. Luego, le sujetó con firmeza por los rizos de su melena, tirándole brutalmente de la cabeza hacia atrás y a empujones le sacó del edificio rumbo a un furgón celular. El público presente se dividió entre aplausos e insultos. Mientras el policía barrigón, furioso y con el rostro enrojecido por el odio acumulado, le murmuraba al oído:

—¡Dame una oportunidad para romperte los huesos, *hippie* maricón! ¡Comunista hijo de puta! ¡Traidor! ¡Sólo eres basura! ¡Un vendepatrias! ¡Una vergüenza para América!

Gary nos contó que mantuvo su sonrisa, permaneciendo inmutable a pesar de los insultos y sacudones. No tenía la menor intención de responder a las provocaciones. Entonces el policía le golpeó salvajemente en los riñones hasta hacerle hincar de rodillas en la acera. Luego le volvió a golpear en la espalda y Gary quedó tumbado bocabajo. A continuación, le aplastó la cabeza contra el suelo hasta hacerle sangrar por la nariz. Por último, colocó su pesada bota sobre la nuca y su cachiporra tocando de forma amenazante la columna vertebral de Gary, a la altura de los riñones. Todo esto sucedía ante la mirada atónita de unos e indiferente de otros, que observaban los hechos desde una distancia prudencial. Se acallaron los gritos y nadie protestó. Un repentino miedo colectivo se apoderó del público presente, que prefirió seguir su camino o quedarse mirando

pero sin reaccionar ante aquella injustificada brutalidad policial. Un periodista del *Los Angeles Times* intentó acercarse a los «veteranos» antes que les subieran al furgón celular pero la policía se lo impidió con muy malos modos.

Aún conservo la foto de un periódico universitario en el cual aparece mi amigo Gary dentro del despacho consular, luciendo su abundante melena rubia y una chaqueta militar con sus seis medallas, junto a un retrato del presidente Thieu, que alguno de los nuevos ocupantes, en un gesto burlón, había colgado al revés. Recuerdo que al ver las fotografías que nos mostraba mientras bebíamos café con Anne Berg (buena amiga y compañera de ambos), le pregunté qué decían sus antiguos oficiales, graduados de West Point, al ver aquel grupo de «veteranos» melenudos, algunos de ellos con abundantes barbas, luciendo con desdén sus viejos y raídos uniformes y los distintivos de sus regimientos. Duro contraste con el aspecto impecable que se espera de un militar estadounidense retirado. Todo aquello me pareció un poco incongruente y se lo comenté:

—Eso parecía una convención de *hippies* o una delegación del ejército rebelde fidelista...

Gary me miró sorprendido.

—¿Por qué lo dices? No creo que el aspecto personal tenga mucho que ver con el valor o la moral de cada uno —respondió molesto por mi comentario—. Además, no se puede considerar malos soldados a los cubanos, simplemente porque lleven melenas y barbas. Los hechos históricos demuestran todo lo contrario...

Evidentemente lo que había dicho estaba fuera de lugar. Sin embargo, para mis raíces culturales latinoamericanas, aquello sonó a velado reconocimiento y pregunté si se sentía admirador de Castro y el Che. En esos años, llevar una barba desprolija era visto por la mayoría como sinónimo de rebeldía, izquierdismo y desaliño personal. Entonces él frunció el ceño y replicó que su única causa en ese momento era conseguir que se detuviese la matanza de personas inocentes, tanto norteamericanas como asiáticas en aquella guerra estúpida.

—Para que la mayoría de los ciudadanos de este país y el gobierno de Nixon se den cuenta de una vez por todas que no vamos a ganar y debemos salir de allí cuanto antes.

—¿Por qué continuáis haciendo manifestaciones en contra de la guerra en Vietnam, ahora que Nixon ha comenzado a reducir el número de tropas destinadas allí? —preguntó Anne con curiosidad—. Además, ahora las bajas son cada vez menores...

La pregunta no era capciosa y a Gary pareció agradaarle, lo suficiente como para comenzar la conversación por ese punto. A pesar de ser un sobreviviente de aquel infierno, de estar de vuelta en casa y haber iniciado sus estudios universitarios, era evidente que temía caer en la personalización de «su» guerra y «sus» recuerdos. Rememorar aquella guerra le era aún muy penoso y traumático.

—Tuve suerte. Me hirieron pero me salvé —murmuró casi como excusándose—. No como muchos otros. Algunos, buenos amigos; otros simplemente compañeros de fatigas, pero todos seres humanos de carne y hueso. Ningún superhombre, simplemente muchachos recién salidos del instituto secundario.

Echó su cabeza hacia atrás como para inhalar más aire en sus pulmones y continuó:

—Los reclutas lloran cuando llegan allí. Piensan en su madres y en sus novias, y piensan en volverse a casa. Se acuerdan de lo que dejaron atrás en sus hogares y que llevan en sus corazones. La mayoría de esos muchachos no han cumplido los diecinueve años y se les pide que hagan en unas semanas lo que apenas consiguen los filósofos más afamados en toda una vida de reflexión: darle un sentido a la muerte. Sin saber cómo aprenden a olvidar, y poco a poco dejan el fuego ardiente de llevan en sus cuerpos y lo único que les queda es lujuria y rabia... Por eso se cometen actos tan atroces con la población civil.

Entornó brevemente sus ojos, tragó saliva y le permitimos que se tomara su tiempo. Anne y yo éramos meros espectadores en un conmovedor ejercicio de catarsis que no sabíamos adónde nos llevaría.

—Aún hoy, en este mismo instante, están muriendo muchos jóvenes combatientes, norteamericanos y vietnamitas, en una guerra que nadie quiere. Y estamos matando a miles de inocentes con nuestros bombardeos sobre Vietnam del Norte, Laos y Camboya. Las encuestas muestran que hasta un ochenta por ciento de nuestro pueblo rechaza la guerra y sin embargo no tenemos el poder de decisión sobre nuestros gobernantes, supuestamente elegidos en forma democrática. ¡Por eso nosotros decimos: Basta a la matanza!

—Pero de los cientos que morían cada semana hemos pasado a tan sólo unos cuantos. Éste es un paso en la dirección correcta... Reconócelo —insistió Anne.

—Un solo soldado muerto en una guerra estúpida es una tragedia. Créeme, los «veteranos» conocemos mucho mejor lo que es la muerte en campos de batalla que cualquiera de esos políticos en Washington, que intentan legislar sobre ella. Y te olvidas de los civiles que seguimos matando. ¡Ese es su país, Anne! ¡No podemos ignorar el sufrimiento de la otra parte...

Nuestra amiga quedó pensativa y observó fijamente a Gary.

—A mí me parece que con estas demostraciones no están ayudando demasiado a la tropa que está en Vietnam.

—Perdóneme, Anne, nosotros SOMOS la tropa...

—¿Y no les preocupa que el gobierno tome represalias por vuestra rebeldía y desacato?

—¿Qué castigo terrible crees que podrían imponernos por ser chicos malos?
—protestó Gary irritado—. ¿Enviarnos otra vez a Vietnam?

Hubo un momento de silencio y confieso que temí un enfriamiento en la camaradería que reinaba entre nosotros tres desde hacía varios meses. Finalmente, Gary se tranquilizó un poco y dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Tú no has estado en el ejército, Roberto?

—En mi país no existe el servicio militar —contesté—. Además, tengo una lesión en la columna que creo me impediría la incorporación a filas.

—¡No sabes la suerte que tienes! ¡Y la que tienen tus fuerzas armadas!

Los tres reímos con su comentario tan espontáneo e irónico, aunque Gary supo entonces, estoy seguro, que nunca podríamos comprenderle totalmente. Le sería imposible transmitirnos todo lo que sucede cuando los hombres se vuelven bestias y lo único que importa es sobrevivir. Recuerdo que quedó callado por un instante, bebió un sorbo de café y con un tono repentinamente apesadumbrado, continuó su relato:

—Nunca he visto a tantos hombres llorar como cuando estaba en Nam. Y qué admiración sentí por los negros e hispanos. ¡Qué valientes y feroces «perros de la guerra»! Endurecidos muchos de ellos por la lucha diaria en los ghettos de las ciudades de donde procedían y ahora veteranos por infinidad de combates. Cuando veías a aquellos aguerridos soldados sollozando ante la muerte de un compañero, se te conmovía el alma. Eso sí que era pura solidaridad...

Anne y yo nos miramos en silencio.

—¿Saben una cosa? Uno de los mayores temores que teníamos era a morirnos solos. Sin nadie que nos abrazase o que nos transmitiese amor. Por eso procurábamos que hubiese siempre alguien junto a los moribundos. Para sujetarles la mano, hablarles y consolarles. A mí me tocó con Rick Mathews y nunca podré olvidarlo...

—¿De verdad quieres hablar de ello? —preguntó nuestra amiga, demostrando infinita dulzura y comprensión.

—Sólo si de ese modo logro que ustedes entiendan lo que realmente está sucediendo allí, en las malditas selvas de Nam... Para que luego se lo expliquen a los demás.

—Lo intentaremos —reliqué yo—, aunque creo que la mayoría de la gente ya tiene una muy buena idea de lo que es todo aquello.

—Sí, puede ser —respondió Gary muy serio—; pero igualmente votaron a Nixon otra vez y ganó de forma aplastante.

Anne se levantó y fue a buscar café para ella y un pastel de manzana para Gary. Yo permanecí sentado frente a mi amigo, que se rascaba el bigote y me miraba, sonriendo como suelen hacer los hermanos mayores antes de comenzar a explicar algo importante a los miembros más jóvenes de la familia.

—Cuéntanos sobre Rick —dijo Anne al regresar y, cambiándose de sitio, tomó asiento junto a mi amigo. Quedé entonces ubicado frente a ellos dos y por primera vez sentí que podía llegar a ser el tercero en discordia.

Gary comenzó su relato diciendo que Rick era negro, semianalfabeto y muy valiente.

—No éramos amigos pero nos respetábamos mutuamente y habíamos combatido juntos muchas veces desde nuestra llegada a aquel infierno verde que era Khe Sanh. Habíamos llegado en el mismo contingente de marines desde Camp Pendleton, en la primavera del año 1969, y llevábamos siete meses de servicio. Participamos en muchísimas acciones en las cuales causamos abundantes bajas al enemigo y a civiles inocentes también. Incluso sufrimos las bajas de buenos camaradas, así que la sangre, la muerte y el sufrimiento no eran cosa nueva para nosotros cuando nos tocó vivirla en carne propia.

—¡Debe ser horrible! —exclamó Anne y yo asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Al principio, me sentía un patriota. De los verdaderos, no de esos que van con la banderita de las barras y estrellas a todas partes. Creía que defender a Vietnam del Sur era lo correcto y así lo hice. Sin traumas y con naturalidad. Creí lo que me habían enseñado en la escuela sobre la pesada carga que debe sobrellevar nuestra nación como «bastión y defensor de la democracia en el mundo...». Luego me di cuenta de que la gente a la que supuestamente íbamos a salvar no nos quería allí y que además estábamos destrozando sus casas, sus

cultivos, sus selvas y hasta sus vidas con nuestro napalm, nuestras bombas y nuestra artillería. ¡Eso fue un verdadero *shock* para nosotros! Además, nos dimos cuenta de que tanto los generales como los políticos nos mentían descaradamente y que esta guerra infame y sin sentido a la cual nos habían enviado a luchar, nunca se iba a ganar. ¡Si no puedes o no quieres invadir territorio enemigo y sólo te dedicas a defender tu terreno, jamás vencerás!

Anne y yo le escuchábamos atentamente, con admiración adolescente. La cruda imagen del ex combatiente estaba impuesta con tal firmeza en su rostro curtido que quizá no permitía ver los aspectos más gentiles e introspectivos de su personalidad. Esa extraña mezcla, compulsivamente atractiva aunque paradójica, de encanto sensible y fuerza física. Aquella nobleza, su apasionamiento en defensa de las ideas y sentimientos, su carácter reflexivo, cauteloso en extremo y también, por qué no decirlo, algo complicado.

—¿No crees que si esta guerra hubiese sido más corta o estuviésemos ganando, no habría tanta oposición moral por parte del pueblo americano? —preguntó Anne.

La pregunta era inteligente y Gary comenzó a dirigir la palabra más a ella que a mí. Se sentía cómodo hablando con Anne. Ella también era californiana y había vivido las mismas experiencias a nivel social, religioso, educativo y cultural. Venían prácticamente del mismo molde y yo era un estudiante extranjero, distinto, agnóstico y suramericano.

—Evidentemente, una victoria rápida habría acallado muchas críticas, pero para lograrla hubiésemos tenido que arrasar Vietnam del Norte y cometer crímenes aun más horribles. De todos modos, habrían muerto muchos jóvenes americanos y la muerte en combate nunca es bella. Además, estaba el temor al posible *Armagedón* que provocaría una intervención soviética o china. Era demasiado riesgo para nuestros políticos. Por eso nos obligaron a luchar una guerra limitada y así nunca se puede ganar.

—Oyéndote decir eso pareces un «halcón» —dije yo con tono irónico.

—Sólo intento explicar nuestro fracaso en términos puramente estratégicos. Para empezar, nunca deberíamos haber ido allí. Segundo, una vez descubierto nuestro error, deberíamos haber sido valientes y rectificado a tiempo. Así hubiésemos evitado miles de muertes inútiles.

—¿Cuándo comenzaste a descubrir que todo aquello era un gran engaño? —insistí intrigado.

—Creo que fue al bajar del avión que nos traía desde California. O tal vez antes, nomás despegar de Okinawa rumbo a Da Nang. Cuando nos advirtieron que al detenerse el aparato en la pista, había que correr para ponerse a resguardo. Incluso, un oficial durante el trayecto nos señaló una mancha verde oscura que se vislumbraba entre las nubes y dijo: «Miren. Eso allí abajo es Vietnam. Espero que no nos disparen durante el descenso». Todos pensamos: ¡Mierda! ¡Esto debe estar muy mal si ni siquiera podemos aterrizar tranquilamente en nuestras propias bases! En realidad, desde la famosa ofensiva del *Tet*, sabíamos que esta guerra no iba a ser un paseo y que probablemente moriríamos muchos antes que acabase. Pero nos sentíamos excitados por esa inconsciencia juvenil que te impulsa a aceptar lo inaceptable. Éramos novatos y teníamos trece meses de servicio por delante. Había que aguantarse...

Gary dio un mordisco al pastel y aprovechó para beber el último sorbo de su café.

—Las otras cosas que recuerdo claramente son el intenso calor y la humedad que te pegaba como una bofetada cuando salías del avión. ¡Era insoportable! Comenzabas a sudar inmediatamente y te dabas cuenta de que no estabas hecho para esto. De que la vida sería muy dura en la selva. Entregaron tabletas de sal y nos dijeron: «Dos al día. No se olviden de tomarlas porque les evitará desmayos y además ayudará a sudar». ¡Sudar! ¡Estábamos empaados y encima nos querían hacer sudar! Éramos muy ignorantes, sin ninguna experiencia en climas tropicales. Luego distribuyeron los M-16 y nos dijeron que habíamos sido asignados a la Segunda División de Marines. Que nos transportarían en avión hasta Quang Tri y desde allí en camiones hasta Phu Bai, por la Ruta Uno. Todos esos nombres nos sonaban rarísimo y provocaban risas, aunque después llegaron a sernos trágicamente familiares. En Da Nang no se estaba mal, pero a medida que íbamos subiendo hacia el norte, las condiciones de los campamentos y la tropa empeoraban considerablemente. En el batallón dijeron que nos dividiríamos en compañías y que la mía se llamaría Fox Trot. En principio, me gustó el nombre. Tenía un dejo musical, casi gracioso. O al menos, así me pareció. Pero claro, yo tenía diecinueve años recién cumplidos y nunca había estado lejos de Fresno. Todo era novedad.

—¿No tenían miedo?— preguntó nuestra amiga Anne con cara de preocupación. Ella era una auténtica belleza nórdica y aún hoy la recuerdo bien. Con su hermoso rostro pálido, agudamente esculpido, su tez suave y blanca como de porcelana, y sus alegres ojos azul claro, brillando dulcemente bajo la luz cenital de aquella moderna cafetería. Alta, delgada, de cabellos largos y ondulados color castaño, que peinaba hacia atrás a partir de su espléndida frente y que le cubrían media espalda. Yo sentía un cariño muy especial por ella y deseaba po-

der llegar a más que una buena amistad. Sin embargo aquel día, Anne parecía estar descubriendo por primera vez al verdadero Gary Alexander. Y era obvio que le cautivaba. A mí también me interesaba mucho lo que decía el ex combatiente. Era una oportunidad única para escuchar el relato en primera persona de lo que es una guerra. Esa guerra que tanto afectó a mi generación. Pero también confieso que comencé a sentirme intranquilo por la actitud de Anne y quizá, por qué no reconocerlo, algo celoso.

Mi amigo Gary giró su cabeza y le miró con aquella expresión suya, tan carismática y convincente.

—¡Claro que teníamos miedo! ¡Mucho miedo! Aquella misma noche, sin apenas descansar, tuvimos nuestra primera guardia. El sargento Peters, un negro veterano con once meses de servicio, me dijo que le avisara si oía algún ruido extraño y se echó a dormir. Yo tenía todos mis sentidos en estado de alerta y me parecía oír sonidos raros por todas partes. Hasta que de repente oí un ruido espantoso. Desperté a todo el mundo y sacudí al sargento sujetándole bruscamente por el brazo. Sentí verdadero pánico. «¡Hay algo allí fuera que se mueve!», grité asustado. Por suerte, resultó ser un búfalo que pastaba entre la maleza y por culpa suya, me convertí en el hazmerreír de toda la tropa durante varios días...

Anne sonrió con la simpática anécdota, encendió un cigarrillo y ofreció otro a Gary. Éste declinó cortésmente y prosiguió su relato. Recordar aquellos incidentes parecía hacerle bien y ahora se le veía más relajado.

—Fue una locura casi desde el comienzo. A los pocos días de estar instalados nos informaron que íbamos a ser trasladados a Khe Sanh. La sola mención de aquel sitio maldito producía escalofríos en nosotros. Nos metieron en helicópteros y hacia allí volamos. Khe Sanh desde el aire parecía un seno de mujer, con una línea de trincheras en zigzag todo a su alrededor. Allí se habían desarrollado terribles combates y aún era considerada una zona de alto riesgo. Creo que al bajar de los helicópteros, corriendo por supuesto, y al enfrentarnos con los soldados que habitaban aquella ratonera, con su aspecto de *zombies*, rostros demacrados e inexpresivos, quebrados por el cansancio, la lluvia y el barro omnipresente... Y al ver sus uniformes sucios y raídos, nos dimos cuenta de que estábamos en el frente y eso produjo en nosotros un *shock* brutal. ¡Allí la gente realmente moría a tu alrededor todos los días y existían muchas posibilidades de que te tocara a ti también! Esto no era como en el cine o la televisión. Por allí no pasaba John Wayne, siempre virtuoso, para salvarnos... ¡Les juro que sentí un miedo espantoso! ¡Un miedo racional e incontrolable!

Nos quedamos en silencio, mirándole muy serios. Profundamente impactados por lo que estaba contando y noté que a Anne se le enturbiaban levemente los ojos.

—A los novatos, generalmente nos asignaban las misiones más peligrosas. Porque a medida que se acercaba la fecha del retorno a casa, los soldados buscaban desesperadamente escabullir el bulto y muchos oficiales les ayudaban a ello. Algunos veteranos llegaban a sentir pánico al salir de patrulla. Muchos fingían enfermedades y otros se autolesionaban con heridas de arma blanca o de bala, buscando ser repatriados antes de tiempo. ¡Nadie quería morir, pero mucho menos faltando pocas semanas para irte a casa!

Gary dio una pitada a su cigarrillo, exhalando el humo en pequeños círculos y continuó explicándonos que lo que más temían era patrullar por terrenos descampados, arrasados por *napalm* o fuego de mortero y artillería. Allí sentían auténtico pavor porque estaban totalmente expuestos al fuego de francotiradores del Vietcong, siempre escondidos entre la maleza circundante.

—¡Además, la tierra parecía un paisaje lunar, lleno de cráteres de tamaño descomunal, provocados por las bombas de los B-52! Algo verdaderamente tétrico. De tanto en tanto aparecían algunas raíces y troncos de grandes árboles despedazados, que semejabán brazos y piernas alzados al cielo en forma de plegaria. Esculturas tenebrosas, macabras burlas de una naturaleza pródiga que había sido abundante y lujuriosa antes de nuestra llegada.

La bella Anne suspiró impresionada y preguntó a qué correspondían todas esas medallas que lucía en aquella foto tomada durante la ocupación del consulado. Él bajó la vista y respondió con un dejo de tristeza que se las habían otorgado por diversas acciones bélicas.

—Y por supuesto, la del Corazón Púrpura por haber sido herido en combate.

—Estarás orgulloso de ellas —dijo Anne, esbozando una sonrisa e intentando cambiar el rumbo del relato.

—¿Estás loca? ¡Para nada! Me las han dado por matar seres humanos... ¡Ah, y por ser un idiota y dejar que me hiciesen daño!

Ella le miró sorprendida y quizá algo molesta por ese súbito arranque de ira.

—¡Caramba, mi amigo! Pareces resentido con todo. Estas medallas son mérito tuyo, por tu valentía. Un reconocimiento por tus sacrificios. Si tanto te repugnan, ¿por qué las cuelgas de la chaqueta?

—Te equivocas, querida, estas medallas son simplemente un premio por haberle hecho el trabajo sucio a nuestro gobierno. Y me las cuelgo al pecho para demostrar a los escépticos que no protesto por cobarde.

Visto el cariz que iba tomando la conversación, interrumpí para pedirle un cigarrillo a nuestra amiga y aproveché para preguntar a Gary cómo y cuándo le habían herido. Él me ofreció fuego y quedó pensativo un instante. No había venido a la cafetería para hablar de sí mismo pero parecía inevitable tener que mezclar su propia experiencia y lo sucedido con Rick, para poder ilustrar mejor la horrenda situación por la que aún estaban atravesando miles de compatriotas suyos, inmersos en una guerra absurda e irremediabilmente perdida.

—Fue culpa de ese imbécil del teniente Scott... ¡Y le maldeciré una y mil veces por ello! ¡A él y a la puta madre que lo parió! Por culpa de su idiotez murieron buenos compañeros aquel día.

Súbitamente, Gary se puso muy tenso y unas gotitas de sudor aparecieron en su frente, mientras contaba que la tropa estaba agotada. Era el amanecer del 31 de diciembre de 1969 y todos deseaban volver al campamento para quitarse las botas embarradas y la ropa mugrienta. Sólo les apetecía descansar, beber unas cervezas, fumarse unos porros de marihuana en buena compañía, escuchar música de los Rolling Stones, The Doors o Jimi Hendrix y disfrutar de una Nochevieja en aparente paz. Incluso aprovechar la oportunidad para escribir algunas cartas a la familia y a la noviecita que quizá aún tenían en el pueblo natal.

—Despreocuparnos por unas horas, evadirnos de todo lo que nos rodeaba... Al menos esa era la intención, pero vino ese imbécil y ordenó: «¡Cabo Alexander, dígame a la tropa que antes de volver a la base, vamos a dar una última batida para darle a *Charlie* un buen regalo de fin de año!».

Nuestro amigo nos contó que protestó esa orden inhumana y señaló que su gente estaba exhausta, pero Scott no hizo caso. Gary supuso que el teniente estaba en alguna de esas crueles competencias con sus ex compañeros de West Point, para ver quién cazaba más vietcongs. Y conociendo su ineptitud, seguramente iba perdiendo. Por ese motivo absurdo, el teniente Scott decidió intentar cortar algunas orejas más antes que se cerrara el año... ¡Una simple cuestión de inventario! Lo cierto es que no hubo manera de hacerle cambiar de opinión y tuvieron que salir de cacería.

—Les aseguro que no hay animal más listo ni más difícil de cazar que el hombre. Además, estábamos muy cansados. Creo que siempre estábamos fatigados. Al menos así lo recuerdo yo. Los paisajes eran hermosos pero estabas

demasiado agotado y asustado como para apreciarlos. Y pobre de aquel que se confiase de los humildes campesinos que veías trabajando en los campos. Siempre silenciosos, respetuosos, agachados, cuidando sus arrozales... ¡Amables de día, vietcongs de noche! El gran cansancio era también producto del intenso calor húmedo y la falta de sueño. Muchas veces dormíamos de pie, recostados contra los árboles. Y todos los días de patrulla. Los servicios de inteligencia informaban que había vietcongs en los alrededores y hacia allí salíamos nosotros. Siempre tras ellos. Caminando en pequeños triángulos geométricos. Ibas hasta este punto, luego hacia aquel otro... —Gary recogió una servilleta de papel y dibujó con su índice unas posiciones triangulares.

—Y tú sabiendo que el enemigo estaba observando. Te ibas convirtiendo en un *zombie* por culpa de la maldita inflexibilidad militar y la rutina. Mientras tanto, el Vietcong conocía de memoria hacia dónde te dirigías y qué harías después. Todo era tan previsible que llegaba a dar miedo. A veces les veías corriendo muy a lo lejos entre la maleza, con sus fusiles AK-47, sus sombreros de paja y sus pijamas negras.

Gary nos explicó que nadie quería ir ni primero ni último en las columnas que marchaban por la selva.

—Esos eran los puestos en los que generalmente colocaban a negros e hispanos, porque para muchos oficiales, la discriminación racial se extendía también a la guerra. Los que van abriendo camino o que cierran filas, son siempre los primeros en caer. ¡Verdadera carne de cañón! Así que no convenía enemistarse con un oficial porque era allí donde te mandaba. Y tarde o temprano, *Charlie* te daba caza.

Anne y yo nos miramos en silencio, digiriendo con dificultad todo lo que oíamos. En ese ínterin, Gary se levantó y dirigió cojeando hacia la fuente ubicada en la entrada, para beber un poco de agua fresca. Tanto hablar le había resecaado la garganta y necesitaba tomarse un respiro.

—¡Qué interesante! —dije yo, sin saber cómo describir la angustia que sentía en mi interior.

—¡Más bien espeluznante! —replicó Anne en voz baja, casi en un susurro—. Pobrecito...

Cuando Gary retornó, volvió a tomar asiento junto a Anne y sin más preámbulo continuó su relato, explicándonos que una de las armas más letales con las que les diezmaban los vietcongs eran las trampas caseras combinadas con bomba.

—Salíamos en fila india y avanzábamos hacia territorio enemigo, mirando con mucha atención dónde pisábamos y preguntándonos a quién le iría a tocar ese día. Lo único seguro era que a uno de nosotros le iban a destrozarse un pie, una pierna o tal vez todo el cuerpo. Y aquel fatídico día de diciembre me tocó a mí...

Tal vez fue la bronca que tenía con el teniente Scott o la fatiga acumulada lo que me hizo ser descuidado. Lo cierto es que no habíamos avanzado más de cien metros por aquel terreno plano, totalmente arrasado, cuando pisé la trampa: ¡**WAM!** Todo se detuvo en ese momento. Mi mente quedó en blanco. Mis compañeros, rodilla en tierra, comenzaron a disparar a ciegas hacia la maleza cercana y alguien pidió un helicóptero por radio para mi evacuación. El tiroteo provenía desde los árboles, era muy intenso y el teniente Scott ordenó la retirada.

Yo le escuchaba ensimismado, mientras Gary explicaba que Rick Mathews, que marchaba cerca suyo, se preparó para agarrarle del cuello de la chaqueta y arrastrarle hacia la cobertura de unos arbustos, cuando de repente le estalló el pecho y su sangre salpicó el rostro de nuestro amigo.

—¡El pobre Rick cayó dando gritos de dolor a un par de metros de donde yo estaba tumbado! Mi pierna derecha, llena de metralla, se desangraba y dolía horrores. Los demás compañeros de mi compañía hacían inútiles intentos por llegar hasta nosotros pero al caer varios heridos, tuvieron que desistir. Allí quedamos tumbados los dos, mientras las balas zumbaban sobre nuestras cabezas. El tiroteo era tan intenso que el helicóptero *Huey* que llegó para evacuarlos también renunció al intento y se marchó. «Hemos quedado solos», pensé. La emboscada había sido típica del Vietcong: una bomba o mina tipo Claymore que caza a un soldado, una intensa balacera dirigida al resto de la patrulla, buscando aprovechar el momento de desconcierto para infringir el mayor número de bajas posibles y mucho fuego de armas automáticas desde la oscuridad de la selva. Luego, disparos esporádicos de los francotiradores para proteger la retirada. La acción inicial no debe haber durado más de un par de minutos pero nos habían hecho bastante daño. Más tarde me enteré de que había muerto otro marine a causa de los disparos recibidos en el enfrentamiento y tres habían sido heridos de menor consideración.

Sin embargo, según nos explicó, en esta acción había algo que no encajaba con la práctica habitual de los guerrilleros vietnamitas. Parecía como si no tuviesen la intención de escabullirse entre la densa vegetación sino que permanecían allí en el límite, tiroteando a la patrulla e impidiendo que fuesen a recogerles.

—Entonces me di cuenta de que éstos no eran vietcongs, sino que habíamos

topado de lleno con una compañía del ejército de Vietnam del Norte. Mucho más eficientes y aguerridos. ¡Verdaderos soldados! «Estos quieren prisioneros», pensé aterrado, y un miedo profundo se apoderó de mi. Miré fijo a Rick y éste me devolvió la mirada. Lo único que recuerdo son las lágrimas en sus ojos. Era como si quisiera decirme: «Estoy vivo pero, ¿qué puedo hacer? Me estoy muriendo...». Sentí unas ganas locas de gritar *¡Chu hoi, chu hoi!*, que quiere decir: «¡me rindo!», pero me contuve porque sabía lo que sucedía con los prisioneros que se llevaban a Hanoi. Observé otra vez mi pierna y me di cuenta de que estaba muy maltrecha, con una fractura expuesta. «Dios mío», pensé, «no dejes que se me infecte demasiado y la tengan que amputar». Y, quitándome el cinturón, hice un torniquete.

Anne posó su delicada mano sobre el puño cerrado del amigo y la dejó allí. Continuando con su historia, Gary contó que cada vez que realizaba un movimiento o procuraba incorporarse, los francotiradores le disparaban ráfagas. Y sus compañeros, del otro lado del terreno yermo, respondían con fuego automático para intentar ahuyentarles.

«Si no me mata *Charlie*, me matarán mis propios amigos», pensó con sarcasmo. Observó nuevamente a Rick y le encontró muy mal. Oía sus débiles quejidos y vio que apenas se movía. El pobre había caído intentando salvarle la vida. Entre los soldados no había demasiado racismo, sólo en la oficialidad. Una de las cosas que había aprendido en los marines era que los negros y los hispanos, a pesar de sus peculiaridades culturales, idiomáticas, gastronómicas y hasta diferentes valores o estilos de vida, eran tan humanos y sensibles como los blancos. Él nunca antes había convivido ni estado tan cerca de ellos como en los marines.

—Entre la tropa nadie sentía orgullo desmedido por ser blanco, negro o chicano. Te sentías orgulloso de ser un marine y de tener a estos compañeros.

Y para ilustrar mejor ese punto, explicó que un día Rick le había comentado que estando con una prostituta en Hue, ésta le había preguntado por qué los negros estaban luchando por una bandera y un país que les maltrataba e impedía ser iguales a los blancos. Y él confesó que no había sabido dar una buena respuesta a esa pregunta. Sólo se le ocurrió decir que él también era norteamericano.

—Ahí comencé a comprender de verdad lo duro que debe ser para un negro vivir en nuestro país.

Rick Mathews era de Detroit y cuando terminase su servicio militar quería volver a su ciudad natal para casarse con una prima suya llamada Betty Louise.

Pero ahora el pobre estaba muriéndose, a unos escasos metros de donde había caído mi amigo Gary. Éste dudó entre meterle o no una bala en la cabeza para acabar con su sufrimiento. Por algún motivo, no encontró el valor necesario para hacerlo. Le faltó coraje o sangre fría. Sólo atinó a arrastrarse hacia él para cogerle de la mano. Rick apenas la sujetó, mientras le miraba con ojos muy grandes y asustados. Un hilo de sangre fluía de su boca semiabierta. Aquel infeliz parecía contemplar resignado la preparación de su muerte inevitable. Como sucede en las cacerías, cuando el animal herido, acorralado, sin fuerzas para defenderse, se entrega a la muerte, la suya propia, la intransferible. A ese momento de verdad definitivo, envuelto en una silenciosa y loable muestra de dignidad final.

—El dolor de las heridas provocadas por la metralla incrustada en mi pierna derecha era cada vez más intenso, casi insoportable. Tanto que a menudo tenía que morder mi gorra para no gritar, porque mis quejas seguramente provocarían una nueva lluvia de balas del enemigo. Incluso en algún momento, llegaron a disparar proyectiles de mortero sobre nuestra posición. Aunque es probable que fuesen dirigidos al grueso de mi compañía. Con la intención de intimidar y mantenerles a raya, lejos de nosotros.

En un tono casi susurrante, Gary nos confesó que entonces comenzó a sentirse extraño y todo a su alrededor empezó a desvanecerse. Los gritos, los disparos, Rick... Todo se volvió súbitamente silencioso. No oía nada y sólo podía distinguir el azul del cielo. Luego, también eso se disolvió...

—Debo haber permanecido inconsciente varias horas porque mi siguiente recuerdo es el brillo intenso del sol de mediodía sobre nuestras cabezas. Yo estaba tumbado de costado y me giré para observar a Rick. Todavía nos sujetábamos de la mano para darnos ánimo pero él estaba muy débil. Apenas respiraba. Me puse bocabajo para intentar acercarme más a él.

Cada esfuerzo físico provocaba en Gary un estallido de dolor espantoso. Permaneció un buen rato inmóvil, acumulando energía y fuerza de voluntad. Su rostro pegado contra la tierra rojiza. Observó cerca de sus ojos unas grandes hormigas negras que avanzaban hacia él. «Huelen sangre», pensó asustado, «y pronto seré su festín». Todo esto lo veía con su ojo derecho porque el otro permanecía semicerrado, hinchado y amoratado por un impacto. Según pasaban las horas, comenzaban a descender sobre los heridos infinidad de moscas y otros insectos voladores. Gary procuró espantarles, especialmente a las moscas que ávidas se posaban sobre el pobre Rick. Intentaba evitar que lograsen depositar las huevas sobre sus heridas. Huevas que debido al intenso calor reinante, en pocas horas se convertirían en larvas. A él también le acosaban. Tanteó con sus

manos la pierna herida y notó que había algunas moscas sobre la sangre semiseca que se coagulaba rápidamente. Le dolía todo el cuerpo. Unas puntadas agudas le atravesaban la espalda y la cabeza dolía tanto que creía que le iba a estallar. El calor era insoportable y tenía mucha sed. Bebió un poco de agua de su cantimplora y refregó los labios reseco de su compañero, pero no se animó a darle de beber por miedo a provocar vómitos. Otros insectos habían descubierto la sangre de los caídos, sobre todo las tripas al aire del pobre Rick, que se iba muriendo lentamente, entre pequeños quejidos casi inaudibles.

—Rick... Rick... Tranquilo, viejo amigo —contó Gary que le dijo al oído—, todo se va a arreglar. Pronto nos sacarán de aquí y te pondrás bien. No te preocupes. Piensa en Louise. Todo saldrá bien, te lo prometo...

Según recordaba, el pecho de aquel negro grandote se sacudió con unos estertores violentos y Gary vio con espanto cómo parte de sus intestinos estaban salidos de sitio y totalmente cubiertos de moscas. ¡Era imposible alejarlas! Pasó sus manos sobre el cuerpo de Rick e intentó espantarlas al tiempo que vociferaba furioso y frustrado: «¡Moscas de mierda! ¡País de mierda! ¡Guerra de mierda!». Por un momento, creyó que Rick sonreía con dificultad pero no estaba seguro de ello. Su respiración era cada vez más irregular. A veces pasaba más de un minuto sin respirar. Lo sabe porque le controló con su reloj. Tampoco le sentía el pulso. Un par de veces pensó que había muerto pero sorprendentemente su compañero volvía a respirar. «Vaya fin de año cagado nos ha tocado, ¿eh, amigo? Pero, ¿sabes una cosa? Eres un gran tipo... ¡Un compañero de primera! Lo juro, un tipo especial...», le dijo Gary casi llorando; «te han herido por mi culpa y lo siento... ¡Intentaste salvarme la vida y te lo agradeceré siempre! ¡Siempre!».».

Es dudoso que el pobre Rick le oyera. Le habían reventado el pecho y el estómago con una ráfaga de ametralladora. Finalmente, inspiró con dificultad, contrajo sus hombros un par de veces y quedó muerto. Con los ojos muy abiertos y la vista perdida en el cielo de Vietnam. Rick tenía apenas veinte años.

Ahora Gary parecía incómodo dentro de aquella ruidosa cafetería. Necesitaba tomarse un respiro. Anne y yo habíamos observado cómo palidecía por momentos y sudaba profusamente. De repente, le notamos muy vulnerable. A pesar de su personalidad dominante, su fortaleza física y su porte (medía casi un metro noventa), parecía agotado tras el penoso relato de su odisea personal. Quedó momentáneamente con la cabeza gacha, su abundante melena rubia cayéndole sobre el pecho y los hombros. Meditabundo, pensativo. La viva imagen de un hombre acosado por sus recuerdos.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado.

Gary suspiró y me miró fijo, levantando las cejas, abriendo muy grandes sus ojos.

—¿Quieres que dejemos el tema?

—No, prefiero seguir contándolo todo hasta el final.

—Te traeré más café —dijo Anne—. ¿Tú también quieres, Roberto?

Asentí con la cabeza y permanecí callado. Miré el reloj de la cafetería y me percaté de que ya no llegaríamos a tiempo para la próxima clase, pero esta lección de vida era mucho más importante que lo que pudiesen decirnos los libros.

—¿Sabes una cosa? Creo que me hace bien recordar todo esto. Llevo demasiado tiempo con ello dentro... No puedo hablarlo con mis compañeros de armas porque todos tenemos historias horribles que contar. Entre «veteranos» preferimos hablar del presente y del futuro. Buscamos pensamientos positivos y luchamos para que no se repitan los errores que cometieron con nosotros. Sin embargo, de vez en cuando necesito contárselo a alguien a quien le importe. Alguien que sólo me escuche, como lo haría un padre.

—¿No tienes padre? —preguntó Anne en un tono muy dulce, mientras nos entregaba las tazas llenas de un café humeante, acuoso y desabrido.

—Falleció cuando yo era pequeño.

—Lo siento.

—No es nada. En realidad apenas le recuerdo... Me crié con mi madre y mi tía Bertha, que viven en Merced. Pero eso no importa. Volvamos a Nam.

Anne posó su mano delicadamente sobre el hombro de Gary y preguntó:

—Cuéntanos, ¿qué sucedió cuando murió Rick?

Nuestro amigo respiró hondo y confesó que no quiso soltarle la mano al muerto y sólo atinó a cerrarle los ojos y la boca, para que no se metieran dentro moscas ni hormigas. Luego se dedicó a espantar los insectos que se posaban insistentemente sobre los órganos intestinales de Rick, ensangrentados y expuestos al sol desde hacía varias horas. Y también a llorarle de forma desconsolada.

—¡Nunca había llorado tanto! Aquel hombre bueno había dado su vida por

mí. Para salvarme de mi torpeza. El dolor por su fallecimiento era mayor del que sentía por mi pierna herida y así permanecí toda la tarde. Tumbado junto a aquel magnífico guerrero muerto, digno heredero de sus ancestros mandingos.

Luego, Gary nos explicó que cayó en un profundo sopor hasta que le despertaron unos leves quejidos. «¿Hay algún herido cerca?», preguntó sobresaltado, «¿algún otro moribundo? No puede ser... los quejidos los oigo demasiado cerca y no veo a nadie... ¡Dios mío, soy yo! ¿Me estaré muriendo? ¿Me comerán las hormigas y las moscas igual que a Rick? ¿No va a venir nadie a buscarme?». Estaba aterrado. Eran sus propios quejidos lo que había oído entre sueños y además la fiebre le provocaba desagradables delirios. «¡Enfermero, enfermero!», gritó súbitamente, utilizando todas sus fuerzas.

El último rayo de sol de 1969 se ponía detrás de los lejanos árboles y a sus espaldas sonaron ráfagas de ametralladora. Una macabra advertencia de los norvietnamitas para que no olvidase que ellos también estaban allí. «¡Gary! ¡Rick! ¡No os preocupéis! Ya vamos por ustedes. En cuanto oscurezca...», gritó alguien del otro lado.

—Era la voz del sargento Peters —aclaró Gary—, otro negro indomable. Y por primera vez aquel día creí que me iba a salvar. Sentí un enorme alivio y agradecí al cielo no haber muerto con aquella maldita trampa.

Apenas bajó el sol, descendieron también sobre los caídos miles de mosquitos, para unirse al festín de los demás insectos, que les cubrían como una nube en constante movimiento. Pero ahora poco importaban las picaduras porque Gary sabía que le vendrían a recoger muy pronto. En cuanto estuviera completamente oscuro y los marines pudiesen arrastrarse hasta él sin peligro.

—¡Qué extraña mezcla de felicidad y profunda tristeza sentí en aquellos momentos! Algo verdaderamente imposible de explicar...

—Me imagino —comentó Anne con dulzura, aunque visiblemente afectada. El relato iba tomando un cariz espeluznante que nos atrapaba de manera morbosa.

—Los norvietnamitas, al ver que no podían tomarme prisionero, intentaron liquidarme con morteros pero en la oscuridad no acertaron a desanimar a mis compañeros, que arrastrándose sobre sus vientres y gateando lograron llegar a mí.

A Rick le metieron en una bolsa de plástico verde y a Gary le inyectaron una dosis de morfina para calmar sus dolores. Cuatro marines le sacaron acostado

sobre una camilla plegable mientras él se retorció de dolor.

—Así comenzó para mí el año 1970. Balanceándome semiinconsciente sobre una camilla de lona, atravesando arrozales, pantanos y senderos oscuros de la selva, en mitad de una tormenta de rayos y lluvia torrencial. Rumbo a la base donde me darían los primeros auxilios.

A la mañana siguiente, le recogió un helicóptero y le evacuó hasta un hospital de campaña, pero debido a la gravedad de sus heridas, a las dos semanas le trasladaron a Da Nang y de allí repatriado de vuelta a California. A un hospital para veteranos de guerra donde permaneció seis meses recuperándose.

—Y, ¿qué tal tu experiencia en un hospital militar? —pregunté, fascinando por todo su relato. Todavía no se habían filmado películas como *Apocalypse Now*, *Nacido el cuatro de julio* o *Platoon*, y por lo tanto mi opinión sobre las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos era otra. En realidad, yo venía de un pequeño país suramericano, aún en vías de desarrollo, que en esa época sufría una grave crisis de identidad y, por lo tanto, mi punto de vista estaba influenciado por la versión edulcorada, en cinemascopio y technicolor que ofrecía Hollywood de la vida y costumbres norteamericanas.

—¡Funesta! —fue la respuesta tajante de Gary a mi pregunta—. ¡Esas instituciones son una vergüenza para nuestro país! Edificios vetustos, pacientes hacinados debido a la falta de espacio, salas donde se llueve dentro, poco personal especializado, médicos desbordados por el trabajo, mafias de enfermeros que trafican con drogas dentro de los recintos... En fin, de todo un poco...

—¿Nos estás diciendo que los enfermeros venden droga a los pacientes? —dije yo, ingenuamente sorprendido.

Gary sonrió ante mi inocencia y nos contó cómo operaba una red interna muy bien organizada, que suministraba todo lo que quisieras. Induciendo incluso a los novatos a que probasen drogas más fuertes, para así aumentar sus ganancias.

—Te falta mucho por aprender, amigo mío... —me dijo con fina ironía y tono paternal.

—Pero nadie te obligaba a consumirlas... —respondí con injustificada rebeldía.

—Estás allí, alejado de la mano de Dios, sintiéndote el ser más infeliz de la Tierra y caes en la trampa. Así te enganchan.

Repentinamente, me sentí como un ser insignificante y trivial ante aquel muchacho, que apenas me superaba en edad por tres años, pero cuyo espíritu había buceado en las tinieblas, recorriendo mundos aún insondables para mí, viviendo experiencias sumamente traumáticas.

Comprensivo y paciente, Gary me explicó que aquello era un mundo aparte donde había de todo. Enfermeras sádicas y enfermeros que eran auténticos cerdos. Pero también existían verdaderos ángeles que dedicaban su vida a cuidar de los pacientes más necesitados. Especialmente de los inválidos (parapléjicos o tetrapléjicos), y por estos paramédicos nuestro amigo sentía verdadera admiración.

—Había enfermeras que masturbaban a los muchachos para aliviarles su tensión. ¡Algo maravilloso! Imagínense tener un cosquilleo en el sexo que va aumentando cada día y no encuentras forma alguna de saciarte porque no tienes dedos ni manos ni brazos. Recuerden que estamos hablando de jóvenes en la plenitud de su vigor sexual.

«¡Pobres infelices!», pensé profundamente impactado.

También nos contó que había otros muchachos, destrozados de la cintura para abajo, que incluso llegaban a suicidarse con una sobredosis de drogas.

—¿Para qué quiere vivir un chico de diecinueve o veinte años si no tiene pene, ni testículos, ni piernas? Además, sabiendo que nunca podrá gozar de una mujer ni tener hijos. Es fácil criticarles cuando no te sucede a ti...

Gary decía que por lo general, todos aquellos hospitales eran un infierno. Te curabas rápidamente o te convertían en un drogadicto. O lo que era aun peor, en un vegetal y no salías más de allí. Porque algunos desgraciados, inválidos totales, eran abandonados por sus novias o esposas y hasta sus familias, quedando allí en los pabellones de lisiados, olvidados para siempre. Por el resto de sus largas vidas... ¡Cuarenta o cincuenta años de ostracismo!

—¡Un horror! ¡Como para no doparse! —exclamé.

—¡Cierto! Además, la oferta era de lo más completa. Los pacientes podían elegir entre marihuana, hachís, cocaína, heroína, LSD, etc.

—¿Y cómo no lo denuncia nadie? —preguntó Anne.

—De vez en cuando se abre una investigación pero es muy difícil probar nada, porque jamás consiguen testigos. Algunos de mis compañeros necesitan de esa droga para poder sobrellevar el calvario que les ha tocado vivir. Primero

la guerra y luego estos hospitales...

—Y a ti, ¿qué tal te atendieron?

—Bien. Sufrí seis operaciones y estuve varios meses en rehabilitación, hasta que logré volver a caminar. Así que no me quejo. Aunque tengo dificultades para doblar la rodilla y me ha quedado esta cojera, pero me considero afortunado. ¡Claro que nunca podré bailar como Fred Astaire!

Gary hizo un gesto de resignación y volvió a sonreír. Esta vez, nosotros también sonreímos, aliviados con su ocurrencia.

—Después de aquel infierno, empecé a escribir un diario. Lo hice para no olvidar. Para que cuando sea viejo, cuando me apetezca sentarme frente al fuego y mirar atrás, tenga algo claro y seguro para contrarrestar las jugarretas que me gaste mi memoria y la prensa oficialista, que seguramente reescribirá la historia...

—La manera en que lo ves ahora no es más real que la forma en que lo verás entonces —declaró Anne con gesto pensativo.

Gary no estuvo de acuerdo con ella. Sabía que los ancianos, con el paso de los años, confunden las cosas y mienten, pintando el pasado como algo mejor de lo que fue en realidad, porque ya ha sucedido.

Recuerdo que luego la conversación derivó hacia otro castigo que se infringía a los ex combatientes recién llegados de Vietnam: el mal trato con que se les recibía, al retornar a sus pueblos y ciudades.

—No olviden que los que volvemos de Nam no somos queridos ni aceptados por esta sociedad. Unos nos escupen y tildan de asesinos de niños y ancianas. Mientras otros nos descalifican como los cobardes que perdimos la primera guerra en la historia de nuestro país. ¡Somos unos parias! Por eso apoyamos a John Lennon en su cruzada contra la guerra y le agradecemos sus gestos pacifistas...

Y aclaró que cuando les traían de vuelta de aquel infierno en el sudeste asiático, casi ninguno esperaba ser recibido como héroe de guerra, pero por lo menos exigían un poco de respeto y consideración. A nadie parecía importarles el daño físico y psicológico que algunos habían sufrido.

—Confesar que eres un «veterano de Nam» te puede costar hasta el puesto de trabajo. La gente nos tiene rabia o miedo. Muchos creen que todos hemos vuelto trastornados y que somos un peligro público. Cazadores de hombres que no deberíamos andar sueltos. Nadie se preocupa por nuestra readaptación y

reeducación, porque no representamos al sueño americano, sino más bien a su peor pesadilla. Un día estás metido en medio de un barrizal selvático matando gente, y al día siguiente caminas por las calles de Chicago o San Francisco buscando trabajo. A menudo sin ninguna preparación profesional. ¡Y la sociedad espera que te comportes como si nada hubiese ocurrido! Muchos han perdido la brújula. ¡El cambio es demasiado brusco!

Con el paso de los años, los médicos llamaron a este problema de readaptación «el síndrome post-Vietnam», pero por aquel entonces no sabían cómo solucionarlo. Conocí a muchos jóvenes que ocultaban el hecho de que habían estado allí para que no se les señalase. Se avergonzaban de haber ido a Vietnam, como si los infelices hubiesen tenido derecho a elegir. Algunos sí, pero fueron los menos. Incluso llegué a conocer muchachos que se enorgullecían de la experiencia vivida, pero la mayoría volvieron traumatados.

—Estamos marcados igual que si hubiésemos contraído una grave enfermedad venérea o una peste contagiosa. Por eso nos hemos unido en la A.V.V.C.G. Para oponernos a una guerra que nos han impuesto y para ayudarnos en un mundo que nos es hostil y nos rechaza. Unidos recuperaremos nuestra autoestima y dignidad.

Anne le observaba con una mirada compasiva que destilaba mucho amor, fraternal o quizá del otro.

—Es muy triste pero real. Nunca se había vivido en América una situación igual —comentó con voz entrecortada, posando nuevamente su mano con extrema delicadeza sobre la de Gary.

Me sentí incómodo y algo celoso, pero procuré disimular mi frustración haciendo una nueva pregunta, que entonces pensé era inteligente y que hoy me avergüenza:

—¿Cuáles son las tres primeras cosas que te vienen a la memoria cuando oyes hablar de Vietnam?

Gary miró a Anne con incredulidad y volvió a sonreír, esta vez más relajado. Se tomó su tiempo y se rascó la barbilla, pensando muy bien la respuesta que iba a dar.

—¿Qué estás haciendo, Robertito? ¿Una entrevista en profundidad o un estudio psicológico? Parece que has aprendido bastante en clase... Te lo diré, pero antes te pido un favor: ¿en ese cuestionario tuyo, no podrían haber cabido cuatro cosas?

—Por supuesto —repliqué, siguiéndole la broma.

—Bien, supongo entonces que en primer lugar debe venir Rick... Sin duda... Luego, el color verde intenso... Tercero, el calor húmedo e insoportable... y por último, los olores de la guerra.

—¿Olores? ¿Qué tipo de olores? —pregunté con curiosidad.

—Dos muy especiales: el del *napalm* y el olor a carne humana quemándose. Son tan penetrantes que dudo poder olvidarles mientras viva...

Los tres permanecemos un largo rato abstraídos en nuestros pensamientos, a pesar del bullicio reinante en aquella cafetería universitaria. Observábamos los movimientos de los demás estudiantes pero con la vista perdida, más allá de la realidad que nos rodeaba. Nos sentíamos exhaustos, vacíos después de una catarsis tan intensa y emotiva. Finalmente, Gary y Anne se levantaron, nos despedimos y ellos se fueron a sus respectivas clases. Yo me quedé como pegado a mi silla, hipnotizado, meditando sobre lo oído y aprendido aquella mañana. También admito que me sentía tremendamente inmaduro.

Según se ha dicho repetidas veces, cada generación tiene «su» guerra y Vietnam fue la mía. Por dicho motivo, aquel lejano país asiático, tan diferente a mi entorno geográfico y cultural, poseía un irresistible atractivo. Como iluso aprendiz de periodista, no toleraba que algo históricamente importante estuviese sucediendo sin mi presencia física, sin tenerme como testigo. El conflicto vietnamita me atraía como un imán. Al principio de mi estancia en la universidad intenté viajar allí, pero afortunadamente las agencias de noticias no contrataban corresponsales novatos. Además estaban reduciendo su personal destinado al buró de Saigón, porque la guerra llegaba a su fin. Quizá deba estarle eternamente agradecido a mi inseguridad de adolescente, porque confieso que me faltó el valor necesario para ir *freelance*, como sugería el inglés Martyn Green, compañero en la redacción de *Insight* (el semanario de nuestra universidad) y ex corresponsal independiente durante tres años en Vietnam.

—Algunos periodistas van a las guerras y relatan lo que ocurre por puro espíritu de aventura, con grados variables de profesionalidad —decía Martyn—. Otros van en busca de fama y gloria, o tal vez obedeciendo a un deseo morboso y oculto que les impulsa a asistir a las conflagraciones, con la secreta esperanza de que una bala perdida les ayude a suicidarse.

Como, por fortuna, creo no tener instintos de autoeliminación, perdí mi guerra y francamente no me arrepiento en lo más mínimo. Quizá influenciado por relatos como el de Gary, cambié mi punto de vista sobre Vietnam y mis

sueños asiáticos por la más civilizada aventura europea, apuntando hacia la isla de Ibiza, donde vivía mi amiga Sarah. Dos años más tarde, hacia allí encaminé mis pasos. Pero no puedo negar que inicialmente sentí esa estúpida tentación de vivir la experiencia de una guerra en carne propia y quizá por eso prometí a mí mismo escribir sobre aquella época de demencia juvenil, como testimonio y advertencia para los jóvenes aventureros de hoy.

Al poco tiempo de haber tenido esa conversación tan reveladora, Gary y Anne me informaron que se habían ennoviado y vivían juntos. Me alegré por ellos, aunque admito con fastidio que me dolió el fracaso amoroso con Anne. Igualmente seguimos siendo amigos durante un año. Creo que llegaron a casarse y se fueron a vivir a Sacramento, pero para entonces yo me había ido a estudiar a Berkeley y nunca más les vi. Intenté en un par de ocasiones volver a contactarles a través de la facultad pero el paso del tiempo había borrado sus huellas, quizá para siempre. Luego partí hacia Europa, primero a Ginebra y más tarde a Barcelona y Palma de Mallorca. El silencio y la distancia nos terminó de hundir en el olvido.

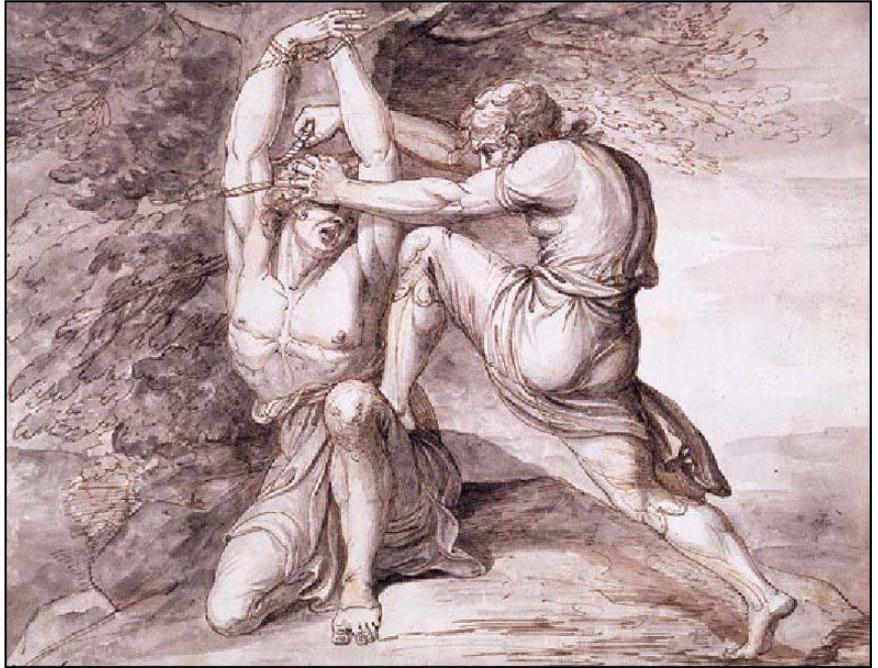
Hoy sólo queda el recuerdo de una amistad estudiantil, lejana y enriquecedora, que se aviva cada vez que veo una película sobre Vietnam o encuentro a un veterano de guerra, desahuciado y tumbado en alguna esquina oscura del mundo. Luchando en silencio por redimir su dignidad y autoestima.

Libertad de expresión, poder y censura: un triángulo infernal

María Bonilla

Actriz, directora teatral y profesora de teatro costarricense (1954). Ha dirigido la Compañía Nacional de Teatro, el Teatro Universitario y su grupo profesional independiente, Teatro UBU. Ha publicado las novelas *Mujer después de la ventana* (1999), *Al borde del aliento, otoño* (Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000), *La actriz* (Tintanueva Editores, México, 2006) y *Hasta que la vida nos separe* (Ediciones Perro Azul, Costa Rica, 2007), así como el libro de poemas y cuentos para niños *Violín de lata*. Es colaboradora de numerosas revistas especializadas de teatro en Estados Unidos, México y Costa Rica.

La estructura jerárquica del poder, cualquiera que sea, atenta contra la esencia misma de la libertad de expresión, porque es esta esencia, con su mirada reveladora, la que otorga la posibilidad de conciencia y, por ende, de necesidad y urgencia de rebelión.



Obra de María Cosway (circa 1780)

Libertad de expresión, poder y censura: un triángulo infernal

María Bonilla

«...con la acción teatral conquistará otro milímetro de lo imposible, quitándole otro milímetro al poder».

Ramón Griffero.

Hay quienes dicen que los triángulos son sanos. Que nos hacen valorar lo que tenemos. Que nos dan otra perspectiva de una realidad que ya considerábamos asumida.

Otros dicen que son cuestionadores. Retos. Pruebas de coraje y resistencia.

Y también están los que afirman que son desestabilizadores. Enfermizos. Complejos. Reveladores de inseguridad y falta de compromiso. De todo dicen.

Lo que es seguro, es que nadie puede posicionarse (en caso de que pueda hacerlo, de hecho) de manera indiferente ante ellos.

Y si hablamos del triángulo infernal que se establece entre la libertad de expresión, el poder y la censura, pues más que nunca, estamos en tierra de nadie. En terreno minado. En campo abierto de batalla.

Históricamente, las relaciones entre la libertad de expresión y el poder, han dado lugar a todo tipo de tratados, ensayos, artículos, grafitis, volantes, poemas, composiciones musicales, novelas, cuentos, dramas, coreografías, pinturas, puestas en escena, películas, esculturas, suicidios, asesinatos, muertes diversas y sospechosas, así como apasionadas cartas y declaraciones de toda índole, porque, en efecto, la libertad de expresión misma implica el cuestionamiento y crítica de toda forma conocida de poder: Iglesia, Estado, familia, gobierno, matrimonio, patria, ejército, entre las más fundamentales.

¿De dónde surge esta vocación que pareciera ineludible? ¿Surgirá del hecho de que la estructura jerárquica del poder, cualquiera que sea, atenta contra la esencia misma de la libertad de expresión, porque es esta esencia, con su mirada reveladora, la que otorga la posibilidad de conciencia y, por ende, de necesidad y urgencia de rebelión, de cambio, significando un atentado contra el ejercicio mismo del poder? Tal vez.

Y el poder, claro, se ha vengado de esta vocación de la libertad de expresión, de manera específica, importante y amplia: desde la cárcel, la tortura, el asesinato y la censura, en los peores casos; hasta la invisibilidad, la falta de apoyo, de presupuestos, de infraestructura, en los mejores; pasando por vergonzosos episodios de la historia de la humanidad, como lo fueron el sometimiento a la Santa Inquisición y la aprobación de bulas papales y leyes, como la que excomulgó a los actores, prohibiendo, hasta el día de hoy, el enterrarlos en terreno sagrado.

Y es necesario decirlo: Costa Rica, mi pequeño país, entra en la categoría de los mejores. Es decir, que aunque permitió el cierre del Teatro al Aire Libre en el Museo Nacional, la desaparición del elenco estable de la Compañía Nacional de Teatro, y considera que el 0,4% del presupuesto nacional dedicado a la cultura es algo digno en un país que se precia, en Centroamérica, de que sus pilares son la salud, la educación, la paz y la cultura, para no citar más que tres vergonzosos actos del poder del Estado costarricense —¿tal vez sería más justo decir del gobierno de turno?— en relación al arte y los artistas, sigue perteneciendo a la categoría de los mejores, si lo comparamos con otros desoladores ejemplos del mundo antiguo y contemporáneo.

Tuve la suerte de conocer al director italiano Giorgio Strehler, a quien, un día, en un foro en una comunidad en la que había presentado su obra en gira (aún alguien hacía giras y foros, como alguna vez se hicieron también en Costa Rica) y ante una pregunta, tal vez malintencionada, sobre si él creía que iba a cambiar la realidad con una obra, le oí decir: «Es un asunto de milímetros. Yo soy responsable de mis milímetros de historia. Si cada uno de los seres humanos fuera responsable de sus milímetros, ahí, la realidad cambiaría».

Así como la libertad, con su expresión, tiene una responsabilidad con sus congéneres, con sus contemporáneos, con su mundo y su momento histórico, una función ideológica y social que cumplir, así el poder tiene también responsabilidades. La de no ejercerse sobre los seres humanos sino para los seres humanos, parece ser el más elemental y el menos entendido y practicado.

Y tal vez, es ésta la razón por la que la libertad de expresión reacciona ante el poder con fuerza y denuncia, porque el poder no se está ejerciendo, ni tal vez

nunca se ha ejercido para, sino sobre. ¿Será un problema de preposiciones? Tal vez.

El general Millán Astray, en la España de la Guerra Civil Española, la que mató a García Lorca y a Miguel Hernández, entre miles, le dijo a Unamuno: «¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!», a lo que Unamuno contestó: «Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque os falta la razón».

La razón... ¿Cómo se relacionan la razón y el poder? ¿Se relacionan?

Cuando escuchamos medidas, comentarios, y hasta proyectos del más puro y antojadizo capricho, cuando no evidentemente contrarios al sentir popular, lo dudamos. El poder es representante de la comunidad para la que existe. No es una acción ejercida violentamente y en contra de esa comunidad.

Y allí, la libertad de expresión siempre estará presente.

Mis abuelos me enseñaron que era importante esperar a que se aclararan los nublados del día y el poder, en cualquiera de sus formas, no con lo que dice, sino una vez más, con lo que omite (y recordemos que la Iglesia Católica es muy clara: hay pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión, todos igualmente censurables), combate, por principio y por convicción, por costumbre y por inercia, a la libertad de expresión.

Por eso sólo espero que el tiempo, la vida y las acciones del poder demuestren que estoy equivocada, que aunque el poeta Isaac Felipe Azofeifa nos asegure que «nunca se pone más oscuro que cuando va a amanecer», yo, como creadora, como mujer y como costarricense, tengo el derecho y el deber de seguir siendo de la creencia campesina de que nunca se pone más oscuro que cuando va a venir un aguacero de esos que arrasan con animales, casas, democracia, paz, libertad de expresión, cultura y vidas humanas.

¿Qué es la libertad de expresión?

Estrella Cardona Gamio

Escritora española nacida en Valencia. Licenciada en bellas artes, pintora e ilustradora, ha realizado exposiciones tanto personales como colectivas. Ha publicado las novelas *El otro jardín* (edición de la autora, 1978) y *Adriel B., la novela de una alcohólica* (CCG Ediciones, 2006); el libro de relatos *La dependienta* (Nostrum, 2006) y el manual *Taller libre de literatura —respuestas a preguntas de escritores noveles—* (CCG, 2006). Participa con su hermana María Concepción en la conducción de CCG Ediciones. Ha colaborado en periódicos y revistas con artículos y relatos cortos del género gótico y policíaco, y ha dirigido y presentado programas de radio.

La libertad de expresión ha alcanzado un punto en su desarrollo que indica que no todos saben emplearla debidamente y de ahí surgen confusiones y errores. La censura es negativa, sin embargo no siempre la gente se halla capacitada para emplear correctamente la libertad de expresión.



El blasfemo, de William Blake (circa 1800)

¿Qué es la libertad de expresión?

Estrella Cardona Gamio

Para los que como yo nacimos en un país en donde no existió la libertad de expresión durante cuarenta años, sabemos muy bien de su ausencia y de cuanto conlleva. En mi patria las generaciones nacidas en la democracia ignoran lo que significa su falta y naturalmente no pueden ni calibrar ni comparar, no han crecido con la mordaza puesta y el constante temor, como los niños amedrentados, del «esto no hay que decirlo, esto no hay que hacerlo, esto no hay que pensarlo», prohibiciones que forzaron a muchos al miedo y a estar callados, si eran escritores a hacer equilibrios en su literatura para decir lo que querían de una manera tan hábil que los censores no pudieran darse cuenta. También otros aspectos del arte se vieron controlados, la pintura si mostraba desnudos, determinadas óperas demasiado revolucionarias aunque fueran del siglo XVIII, musicales «subversivamente» picarescos, cine, radio, y, por supuesto, la prensa.

En ocasiones esta censura era francamente ridícula, como cuando convirtieron a *Caperucita Roja* en «Caperucita Encarnada», o simplemente en *Caperucita y el Lobo Feroz*. Obviamente en todo el cuento no salía mención del color de la famosa caperuza, sólo los dibujos lo mostraban aunque me imagino que a regañadientes.

Tal represión se rompió cuando llegó la democracia y tuvimos que acostumbrarnos a ella, acontecimiento rápidamente asimilado con gran alegría, y un mucho de deslumbramiento, por parte de todos. Pero la libertad de expresión ha alcanzado un punto en su desarrollo que indica que no todos saben emplearla debidamente y de ahí surgen confusiones y errores. La censura es negativa, sin embargo no siempre la gente se halla capacitada para emplear correctamente la libertad de expresión. Como crítica justa y razonable la entiendo, como denuncia pública de flagrantes irregularidades la aplaudo; ahora bien, lo que no entiendo ni aplaudo es que se utilice para atacar despiadadamente, para criticar de forma tendenciosa y manipuladora, para insultar y ridiculizar al contrario, y,

lo que es peor todavía, para no respetar las opiniones ajenas invirtiendo los términos reivindicativos a gusto del consumidor, o sea, convirtiéndose la libertad de expresión en un arma destructiva versus la libertad de expresión. Creo que en muchos casos se ha confundido demagógicamente la idea primigenia, y eso hay que tenerlo en cuenta. Que quede bien claro que no pido que haya un control sobre la libertad de expresión, pido que se sepa utilizar provechosamente en bien de todos y no en intereses partidistas.

Para muestra un botón: ahora que esto escribo en España se está debatiendo, marzo del 2010, sobre si se suprimen o no las corridas de toros, y un conocido empresario catalán de dinastía pro taurina, ha dicho en el Parlament de Catalunya, defendiendo su punto de vista, que «prohibir los toros sería limitar la libertad individual». Frase digna de reflexión.

¿La libertad individual de quién?; el antitaurino asimismo tiene su derecho a poseer la libertad individual de opinar sobre un tema que le disgusta, y si protesta no hay por qué amordazarle, ya que también él puede, y debe si así le parece, expresarse libremente; no ha de practicarse la ley del embudo, lo ancho para mí y lo estrecho para los demás.

En este nuevo concepto de la libertad de expresión semeja como si se quisieran eliminar los derechos de los demás a decir lo que piensan, y eso no es correcto, como no lo es hacer escarnio de los juicios de los otros sólo porque no coincidan con los nuestros. Descalificar no es ejercer un derecho de libre expresión, ya que sería convertir el diálogo en algarabía sin sentido, que lo único que consigue es crear tal caos que al final nadie sabe ni lo que está pensando porque si todos hablan nadie escucha, y por desgracia esto se viene dando en los países que dejaron atrás las épocas oscuras, aquella Edad Media moderna que hizo callar a tantos en tiempos en los que la palabra «democracia» era tabú. La otra cara de la moneda es que cuando advienen largos años de libertad, lo he dicho al principio y lo repito, la gente ha olvidado y eso puede traer, en los vaivenes de la pleamar histórica, una vuelta al pasado. No hablo por hablar, sé perfectamente lo que me digo.

Bien está la libertad de expresión pero no la empleemos como arma arrojada en los medios de comunicación, prensa, foros de Internet, o en las temibles charlas de café, porque cuando los salvapatrias dejen de servirse de ella tendrá que marcharse al exilio y por desgracia muchos con ella.

Monólogo del gran censor

Texto e ilustración:

Wilfredo Carrizales

Escritor y sinólogo venezolano (Cagua, Aragua, 1951). Reside actualmente en Peking, China, donde estudió chino moderno y clásico, así como historia de la cultura china en la Universidad de Peking (1977-1982). De septiembre de 2001 a septiembre de 2008 fue agregado cultural de la Embajada de Venezuela en China. Textos suyos han aparecido en diversos medios de comunicación de Venezuela y China, entre otros países. También ha publicado los poemarios *Ideogramas* (Maracay, Venezuela, 1992) y *Mudanzas, el hábito* (Pekín, China, 2003), el libro de cuentos *Calma final* (Maracay, 1995), los libros de prosa poética *Textos de las estaciones* (Editorial Letralia, 2003; edición bilingüe español-chino con fotografías, Editorial La Lagartija Erudita; Peking, 2006), *Postales* (Corporación Cultural Beijing Xingsuo, Pekín, 2004), *La casa que me habita* (edición ilustrada; Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2004; versión en chino de Chang Shiru, Editorial de las Nacionalidades, 2006; Editorial Letralia, 2006) y *Vestigios en la arena* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2007), el libro de brevedades *Desde el Cinabrio* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2005), la antología digital de poesía y fotografía *Intromisiones, radiogramas y telegramas* (Editorial Cinosargo, 2008) y cuatro traducciones del chino al castellano, entre las que se cuenta *Libro del amor*, de Feng Menglong (bid & co. editor, 2008). La edición digital de su libro *La casa que me habita* recibió el IV Premio Nacional del Libro 2006 para la Región Centro Occidental de Venezuela en la mención «Libros con nuevos soportes» de la categoría C, «Libros, revistas, catálogos, afiches y sitios electrónicos».

***A quien desobedezca le azuzaré los canes.
Ellos no errarán las mordidas. Me excita
sobremanera usar a los perros sarnosos,
ya que sus dolencias pasarán a las pieles
de los desobedientes. No puedo concebir
que haya otro pensamiento que no sea el
propugnado por mí.***

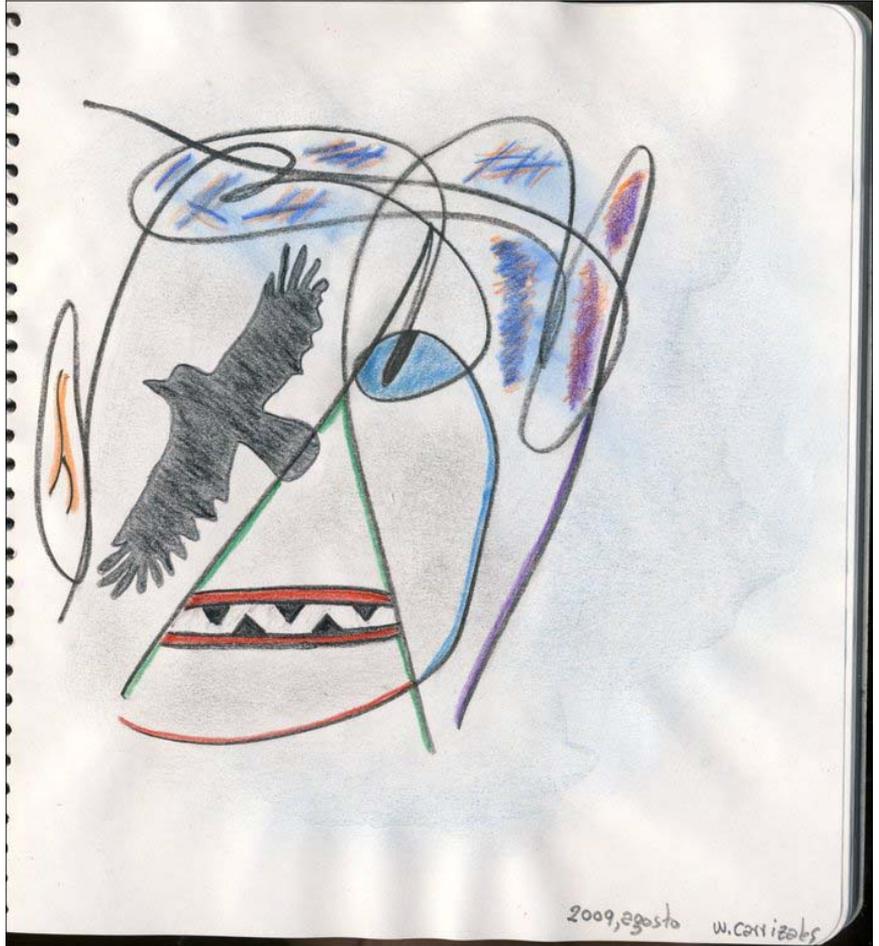


Ilustración: Wilfredo Carrizales

Monólogo del gran censor

Texto e ilustración: Wilfredo Carrizales

YO, EL GRAN CENSOR les anticipo mi dicha: quiero y puedo controlar los medios de comunicación, los pensamientos de las personas y los rumores que se esparcen por las calles y avenidas. No me paro ante nada y si se me oponen produzco una carnicería. A las cabezas díscolas hay que echarles sal para que reflexionen mejor. Poco tardarán en enmendarse. Las purgas deben ser asunto de todas las semanas. A quien desobedezca le azuzaré los canes. Ellos no errarán las mordidas. Me excita sobremanera usar a los perros sarnosos, ya que sus dolencias pasarán a las pieles de los desobedientes. No puedo concebir que haya otro pensamiento que no sea el propugnado por mí.

Insulto donde haya que insultar. Dos cosas me enamoran. La primera: pagarle a mercenarios de la prensa para que se arrimen a mi voluntad y esperen el bien de mí; la segunda: emplear cada minuto en concebir la más eficaz estrategia para censurar sin que se vea como tal. A mis detractores les parecerá que son ideas fijas, pero yo les digo que pronto se acostumbrarán a ellas y luego terminarán como las ovejas de Job. Mis fieles seguidores nacen de mis ideas y son como hijos míos y por eso tienen los arrestos de los machos.

A los disidentes hay que hacerlos tornar a la razón. En tres saltos, si es posible, de lunes a miércoles y al cuarto día o sea, el jueves, el día de Júpiter, todas las amenazas de expresarse libremente quedarán reducidas a menudas cagarrutas. El único legado que se puede estirar será el que yo estipule. La paz de la uniformidad de criterios devendrá en amplio fasto y nadie volverá a caer en la tentación de la crítica o el desacuerdo. La armonía con mis dictados civilizatorios será la portada que se mostrará al mundo... Ahora que lo pienso: a los asnos que no lo entiendan, pues se les dará el mejor pienso. La nación debe quedar a salvo de los pensamientos disociadores, decadentes y burgueses. Aquellos que persistan en aferrarse a ellos, entonces que se exilien, fuesen quienes fuesen. En mi palacio de gobierno no puede admitirse las puntilladas que lan-

cen desde periodicuchos o empresas televisivas o estaciones de radio. ¡Ya basta de enojos y de decir cosas antes dichas! ¡Este es el tiempo de la pura gestación de principios rectos y rectores!

Vendrán semanas paridas de mentiras y falsedades. Por eso resultará muy eficaz interrumpir los partos, guardar a los progenitores y atarles los pies y bocas a los que saquen ventaja de las falacias. Yo rezaré menos y me esforzaré más para que los tribunales impongan el orden. Hay que probar darles de comer a los hambrientos. Los que coman serán de los nuestros. De sólo pensarlo se me revuelven los huevos y supongo que a mano no existe pan desmenuzado. Desde mi tribuna instituiré la forma de conocer cuál será el peor de los cachorros. Porque los amontonados y cagadores no pueden tener sus propias opiniones. ¡A las caras sucias les salen abluciones! ¡Quitenmelas de aquí y pónganlas allá, debajo de las camas, donde no se vean ni afeen!

Dicen que el que pega primero, pega dos veces. Pues golpearé entonces dos veces al inicio para impedir que haya réplica. Yo creo en el poder de convencimiento de los golpes cuando son prematura y soberanamente aplicados. Al que le duele una vez, lo pensará dos veces antes de incurrir en la misma equivocación. Hace falta poner orden y acabar con el bochinche. El Estado, o sea Yo, está en la obligación moral, ética, histórica y estética de controlar todos los medios de comunicación habidos y por haber, humanos y sobrenaturales, impresos o libertos... Se me tuerce el rostro y se me revuelven los fueros internos cuando recuerdo que los enemigos del progreso continúan propalando calumnias y no los hemos terminado de poner con las caras contra el suelo. Debo estirarme la cola más atrás y asumir de una vez mi dureza y comenzar a restringir, coaccionar, limitar, restriñir, reducir, estreñir y cerrar todo lo que ponga en peligro el Magnánimo Pensamiento Único e Indivisible.

Nadie será más amado y mamado que yo. Yo soy la madre que gasta lo que tiene y lo que no tiene también. Soy de cuerpo ancho y soberbio: todo un catador de los ecos democráticos. Cosa más natural, por lo tanto, que se me permita tirar la plomada cuando el muro represivo lo amerite. Las maravillas que recibiremos después de lograr la unanimidad de los criterios, el consenso donde los ojos y los oídos vibrarán al unísono... ¡Ah, la vara se me atiesa al no más pensar en el brillante futuro que se nos encima como lluvia de leche benefactora! ¡Ah, se escucha ya el rumor de las ensoñaciones más altas!

Que no me obliguen a estirar el pescuezo para tener que escuchar detrás de las puertas los chismes y consejas. Ha llegado la hora de extirpar la llaga para que deje de manar sangre. Los que me conocen bien saben que no dejo crecer a los uñeros más allá de un mes. A los treinta días exactos los corto y adiós moles-

tias. Así procederé con el libertinaje de la comunicación. A mí que no me vengan a ofrecer sopas con aguas tibias, ni aceites donde frieron muchachos chiquitos. Hay que poner los capítulos necesarios para conminar a los indóciles a transitar el camino de la concordia y la obediencia. Otrosí hay que alejar los rasguños de las tetas de la madre patria. Aquello que lude en la sombra debe ser erradicado.

Yo anhelo que mis conciudadanos se críen juntos como una próspera y eficiente familia y que salgan a tomar cuando haya menester, pero siempre en sana armonía y que se puedan permear todos los intereses a través del fluido que emana del Estado, o sea Yo, y que sean capaces de derribar los iconos que nos pervierten y nos impiden avanzar.

Los más escogidos colores de mi bondad, unos dos o tres, serán los que decidirán los patrones a seguir. Desde las atalayas que levantaremos podremos avistar el bermejo porvenir que nos aguarda y así mismo agradeceremos al Altísimo el habernos dado el enojo controlado para vencer a nuestros adversarios y ponerlos como gatos barcinos en los pipotes de la Historia. Disfrutaremos de las golosinas y de los sainetes; de los tocinos y de los quesos asados; de los platos y las bacinicas; de las gorduras y el exilio de las ruindades.

Con palabras de buena crianza convenceré a los obcecados enemigos del Estado, o sea Yo, de que más vale transigir que perecer y que a la larga el perro reconoce a su amo, aunque cambie de sastre y que es buena señal del cielo cuando llueve para no escampar y que el paladar no se torna somero sólo con chorizos y mortadelas. Mis efugios son variados y múltiples y múltiplos de nueve y mucho pertenezco a los luchadores que cumplen sus promesas y no ando en batallas estériles porque lo mío son cocimientos de altura y siento a mi mesa, con manteles de organza, a quienes me son leales y los traidores pronto migran con sus migrañas a donde se los lleve el río y yo no ceso de reírme de ellos porque creen que inventaron el arte de hacer senderos y trochas y se olvidan que en mi tierra se requieren de astucias traviesas para llegar hasta el estrado donde estoy yo y a quien le fastidie, pues que se busque otro amor.

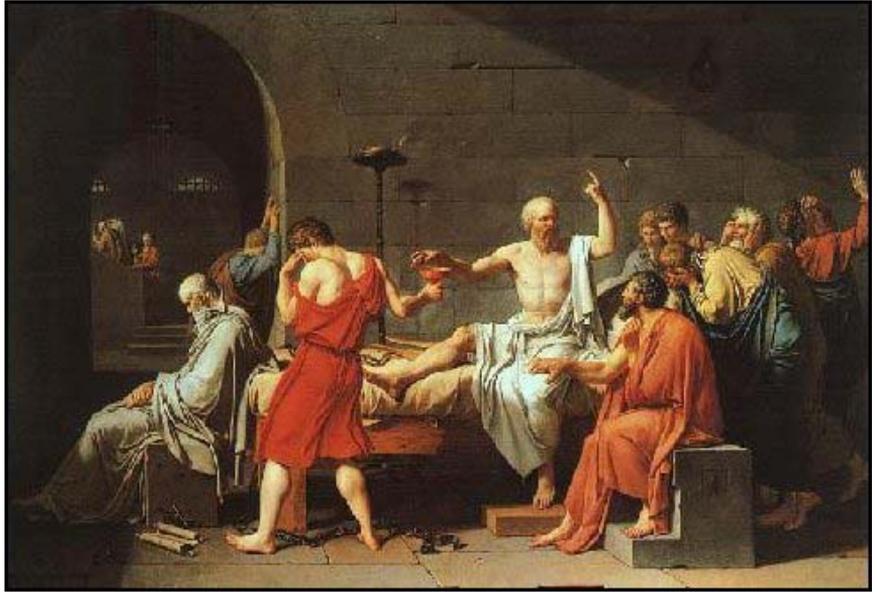
En estas disquisiciones solitarias se encuentra la médula de lo que me acucia y por propia experiencia sé que a la gente no hay que darle muchas luces porque se enceguece y luego quiere mandar más que yo y después todo eso deviene en desentendimientos y en lances inapropiados y para desfacer entuerros cierro un ojo y a través del hueco de la cerradura hago mirar las realidades y espero que nadie me desobedezca de nuevo y entre en cintura.

Elogio a la ignorancia

Alberto Castillo Vicci

Escritor venezolano (Barquisimeto, Lara, 1938). Es asesor académico, en docencia e investigación, de varias instituciones universitarias venezolanas. Es egresado de la Universidad Simón Bolívar (USB) y de la Universidad de Wisconsin (EUA) en ciencias de la computación e inteligencia artificial. Actualmente es profesor jubilado de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado (Ucla). Ha publicado libros de ensayos técnicos en la rama de su especialización y en fundamentos de la tecnociencia, como *Machina ratiocinatrix: en busca del razonamiento automático*, *Crítica a la teoría computacional de la mente o Ciencia y misticismo... hoy*. Sus investigaciones le han merecido reconocimiento académico, como la Medalla Institucional de la Ucla y el Premio de Ciencia e Ingeniería de la Asociación de Profesores. Ganador del Primer Concurso de Narrativa para la Tercera Edad (2008), convocado por la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello por su libro *Cuentos esotéricos*.

Para quienes creemos en que el mejor sistema social es el que se vive en libertad dentro de una sociedad justa, progresista, plural y democrática, encontramos esperanzas en que no falta mucho para que los modelos fanáticos que han demostrado que el único modo de sostener su fracaso social y económico es con la dictadura, colapsen porque se sostienen con la mentira y la propaganda engañosa.



La muerte de Sócrates, de Jacques-Louis David (1787)

Elogio a la ignorancia

Alberto Castillo Vicci

Cuando Sócrates afirmó «Sólo sé que no sé nada» —en defensa de sí mismo, declarándose un ignorante, durante el juicio que se le siguió y por el que se le condenó a muerte por impiedad en la Atenas de sus días—, separó dos actitudes y comportamientos en los hombres que han sido, a lo largo de la historia del fenómeno humano, determinantes en el progreso y felicidad o retraso y desgracia en la evolución de las sociedades humanas. Aquellos, como Sócrates, que admiten su ignorancia y desde allí parten a superarla; y los otros que la ignoran (ignorán que son ignorantes porque simplemente se sienten dueños absolutos de la verdad, en su arrogancia); es decir, entre hombres tolerantes y hombres fanáticos.

Aquel hombre que reconoce su ignorancia es necesariamente humilde, y con la humildad, la sencillez y la tolerancia conforma su carácter, su personalidad. Una personalidad que no lanza programas de redención y que no pretende arrastrar tras de sí turbas de seguidores. Uno puede pensar que fueron humildes Jesús, Gandhi, Buda, Lao Tse, San Francisco y, en tiempos más recientes, muchos científicos benefactores de la humanidad, Albert Einstein por caso, o entre luchadores por los derechos humanos como Martin Luther King; quienes permanecieron a lo largo de sus vidas reacios a cualquier culto a su personalidad, a pesar de la admiración mundial que se les rendía. En la acera opuesta, los fanáticos deificados por sus círculos de adulantes que son los responsables en última instancia de los males que los sátrapas, dictadores, tiranos y déspotas causan a los demás hombres; en tiempos modernos, desde Hitler, seguido por Mussolini, Lenin, Stalin, Mao Zedong, Franco, Sun, Pol Pot..., en escala mayor, por los genocidios perpetrados a sus pueblos y a la propia humanidad, en guerras que arrojaron millones de víctimas, y por la ruina, miseria y esclavitud que les acompañaron; y sus imitadores en menor escala, como Fidel Castro, Kim Il Sung, Duvalier, Trujillo, Somoza, Batista, Noriega, Pinochet... ya sean calificados como de derecha o de la izquierda llamada borbónica (que ni aprende ni

olvida) de los socialistas del siglo XXI.

El pensamiento de derecha fascista o el de izquierda comunista es fanático; no pueden aceptar que sus ideas pudieran ser erróneas ni admitir su ignorancia en materias abiertas a la discusión. Los fascistas son antidemocráticos y no aceptan la felicidad de los demás como principio justo sino que eligen ciertos individuos, clases o razas como los mejores y únicos dignos de consideración, y el resto es obligado por la fuerza a servir a los intereses de los elegidos; afirman que sus creencias se basan en fundamentos científicos y quienes se oponen son ignorantes. La raza superior, según Mussolini o Hitler, está demostrada en una mezcla de ideas de Nietzsche y Darwin; por tal razón, los nazis jamás aceptaron la Teoría de la Relatividad de Einstein, por ser producto del pensamiento de un judío o miembro de una raza inferior, como calificaban ellos a los hebreos, y crearon una supuesta ciencia alemana infalible, todo lo contrario al espíritu de humildad del verdadero científico, que hace ciencia partiendo de su ignorancia de la respuesta a los problemas que investiga. Por otras razones, Lenin y Stalin fundaron un Estado totalitario supuestamente basado en la verdad científica del materialismo dialéctico y una especie de dogma marxista. Las creencias fanáticas de los fascistas dejaron 50 millones de muertos después en la segunda guerra mundial y seis millones de judíos asesinados en los campos de concentración. Stalin acabó con 5 millones de campesinos en su proceso de terminar con la propiedad privada en Rusia y otros tantos en las cárceles soviéticas por disidentes. Mao asesinó a millones de chinos, en la llamada revolución cultural, para acabar con el revisionismo creciente a los dogmas de su revolución comunista. Después de su muerte, sus sucesores olvidaron el *Libro Rojo* con sus máximas y dogmas.

El fin supuesto del Partido Comunista en Rusia era conseguir poder para los soviets que representaban la dictadura del proletariado, como etapa intermedia hacia una sociedad de justicia social y democrática de carácter internacional, que se realizaría irremediabilmente por las leyes del materialismo dialéctico, encarnadas en el proletariado. Pero la evolución de la Unión Soviética y donde se reinstaló el proyecto marxista, como en la China, Corea o Cuba, el Partido Comunista sustituyó a la clase proletaria; a su vez fue sustituido por el Comité Central y éste por su representación en el Politburó, el cual finalmente queda representado por el secretario general: un dictador, llámese Lenin, Stalin, Mao o Fidel Castro.

Desde entonces, el resto de la humanidad ha progresado hacia éticas y políticas no basadas en ideologías ni dogmas ni supersticiones, por un camino de reformismo avanzado, que compatibiliza la sensibilidad social con la comprensión que las transformaciones de la sociedad pasan por el desarrollo económico

con equidad y por el fortalecimiento y profundización de la democracia.

En Latinoamérica las dictaduras de derecha fascista, como las de Batista, Trujillo, Somoza, Noriega, Videla o Pinochet, parecen haber dado paso a dos tipos de izquierda en la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI: la llamada izquierda borbónica, para la que la Unión Soviética todavía existe y el Muro de Berlín no ha caído; es decir, la izquierda fanática del siglo XX, pero que ahora la bautizan como Socialismo del Siglo XXI y tiene a la Cuba Castrista como modelo; y la izquierda democrática de reformas con libertad. De nuevo, el fanatismo o la tolerancia en pugna, igual que en los tiempos de Sócrates.

Para quienes creemos en que el mejor sistema social es el que se vive en libertad dentro de una sociedad justa, progresista, plural y democrática, encontramos esperanzas en que no falta mucho para que los modelos fanáticos que han demostrado que el único modo de sostener su fracaso social y económico es con la dictadura, colapsen porque se sostienen con la mentira y la propaganda engañosa. Así pasó con los supuestos éxitos de los planes quinquenales de la Unión Soviética presentados con estadísticas falsas, desde Lenin hasta que ya no pudo sostenerse setenta años después y los alemanes occidentales tuvieron que pagarle a los soviéticos, desde la gasolina para que los tanques regresaran a Rusia, hasta la nómina por dos años de los ejércitos de ocupación soviética que quedaban sin oficio; a fin de que se fueran de Alemania Oriental, mientras derumbaban el Muro de Berlín, hace ya veinte años.

Así que, cuando leemos las declaraciones de los jefes de Estado del Alba — conformada por países que, en promedio, importan de otros países desarrollados el 70% del alimento que consumen sus poblaciones—, anunciando un nuevo polo de poder mundial que acelerará el fin del capitalismo internacional del Imperio y sus socios... nos preguntamos *si no les hace falta un poco de ignorancia*.

Libertad de expresión, poder y censura

Edda Cavarico

Escritora y artista colombiana. Periodista con 27 años de trabajo en medios audiovisuales y de lectura. Cursó estudios en la Universidad de La Salle y en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Catedrática universitaria en periodismo e historia del periodismo. Dirigente gremial del Círculo de Periodistas de Bogotá. Autora de textos para el aprendizaje del periodismo. Actualmente pensionada y dedicada a la literatura, sosteniendo horas de trabajo con la pintura de expresión naíf. Ha expuesto su trabajo artístico en Bogotá, Popayán, Puerto Rico y Róterdam (Países Bajos).

Se prohíbe hablar y/o difundir las ideas, por ser éstas fruto del pensamiento diferente o combativo. Así proceden, generalmente, los movimientos políticos y religiosos, generando conflictos internos y externos que seguramente van acompañados de la ambición económica y el poder desmedido.

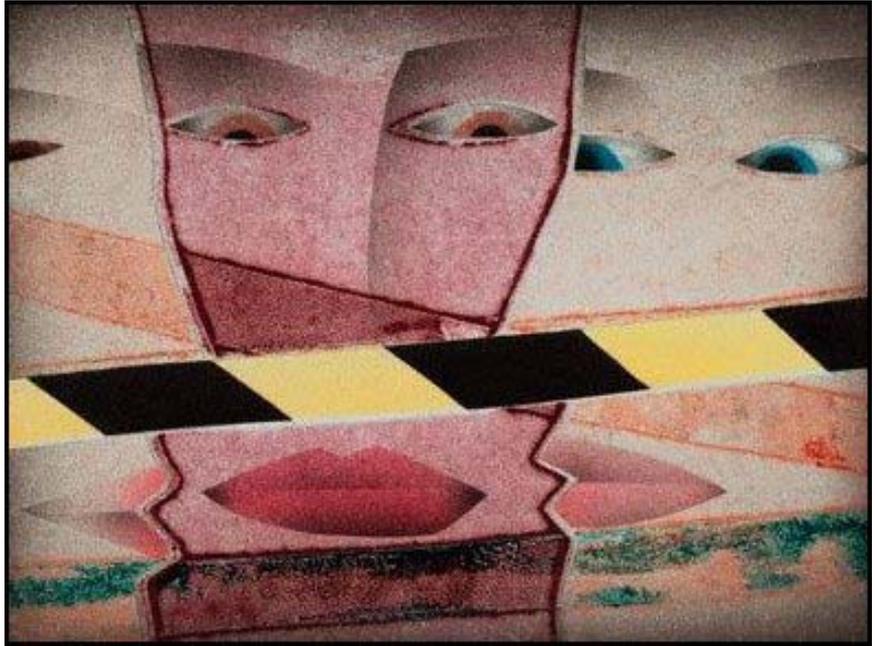


Ilustración: Jim Dandy

Libertad de expresión, poder y censura

Edda Cavarico

Tal vez el único derecho humano que es inviolable porque está encerrado en la conciencia de cada persona, es la **libertad de pensamiento**. La tortura podrá anular el cerebro y confundir el pensamiento, pero la interiorización que elaboró la conciencia del individuo no puede ser borrada; seguramente anularán las facultades del pensamiento pero lo que ya se guardó en el cofre, que nadie sabe ciertamente dónde está, ya fue ejercido y es posible que el subconsciente lo aflore.

Por eso las dictaduras anulan a la persona o la matan; otro tanto hacen los tiranos, que no solamente están en la política; parten del poder mal ejercido en la familia, en el centro académico, en el trabajo, en el vecindario...

Lo que es vulnerable, comprable, vendible y amedrentable, es el **derecho de expresión**. Se prohíbe hablar y/o difundir las ideas, por ser éstas fruto del pensamiento diferente o combativo. Así proceden, generalmente, los movimientos políticos y religiosos, generando conflictos internos y externos que seguramente van acompañados de la ambición económica y el poder desmedido.

La censura puede ser autocensura cuando, como consecuencia del amedrentamiento, el miedo acalla la verdad individual y enmudece al **derecho de opinión**, cercenando las ideas que genera el pensamiento. Pero, cuando es sencillamente censura, el origen parte del temor del otro, o del falso dueño de una verdad, que siempre es relativa así hayamos sido testigos de un acontecimiento, puesto que cada quien ve a su manera, desde su cultura, con la afectación de sus emociones.

En este punto entra a jugar la violencia que ocasiona **la denuncia**. Es decir, cuando comunicar el testimonio resquebraja la falsedad montada con los intereses de algunos —a su vez, sometidos por alguna tiranía a la que se doblegan por debilidad, perdiendo la dignidad humana—, se requiere de justicia para que

la denuncia sea aceptada y sirva para enmendar errores o castigar delitos.

Otra consecuencia se refleja en el control y/o autocontrol de los medios de comunicación masivos o alternativos, por parte de la dictadura de la publicidad que está unida a la información y la somete a los intereses empresariales dependientes de la pauta publicitaria gubernamental o comercial.

Al final, los artículos 18 y 19 de la Carta de los Derechos Humanos son de los más discutidos en el ámbito de la comunicación, pero los menos defendidos por la persona humana puesto que muchas culturas deseducan en la obediencia castrante de la libertad. Si de literatura se trata, la tiranía de las editoriales reemplaza o es similar a la de los medios, sólo que éstas buscan el máximo rendimiento en venta sacrificando expresiones libres, creativas, novedosas; el catalizador es el termómetro de lo vendible, consumible en un mundo manipulado por la ideología consumista que, inclusive, genera problemas siquiátricos en la sociedad y el individuo.

Una interminable pesadilla

Horacio Centanino

Docente, traductor, periodista y escritor uruguayo. Doctor en literaturas hispanoamericanas por la University of California, Berkeley (1998). Artículos suyos han sido publicados en medios como *Henciclopedia*, *Revista de crítica latinoamericana* y *Lucero. A Journal of Iberian and Latin Studies*, y tiene publicado el libro *Modernización y cultura en el Uruguay. Una lectura teatral* (Montevideo: Melibea, 2000).

Una broma, una opinión, una caricatura, una canción, podían costar el cierre de un medio de comunicación. La censura, y sobre todo la autocensura, dominaban la difusión de las ideas, y no sólo mediante el control estricto de lo que se denotaba, sino también hasta de lo que presumiblemente las palabras connotaban.



Una interminable pesadilla

Horacio Centanino

El golpe de Estado en Uruguay fue perpetrado en junio de 1973. A los militares les tomó casi dos años consolidarse en el poder pero, cuando finalmente lo lograron, una de las sociedades más politizadas del mundo se convirtió en un páramo del que desapareció casi por completo toda expresión disidente. La nación que bullía con el debate político, las sesiones parlamentarias, las manifestaciones callejeras, las proclamas, la vigorosa actividad periodística y editorial, las campañas electorales, las huelgas obreras y las movilizaciones estudiantiles, las mesas redondas sobre los temas más diversos del arte y la cultura, la ávida recepción del cine, la música y los libros que llegaban del exterior, las efervescentes discusiones ideológicas e historiográficas, se sumió de pronto en un hondo y aterrorizado silencio.

La prensa escrita, radio y televisión propalaban una sola versión de la realidad, la oficial; las demás estaban prohibidas. La misma realidad como creación colectiva se desrealizó, perdió consistencia, se *afantasmó*. El discurso monológico del gobierno militar era retransmitido sin comentarios críticos. El habitual y democrático ejercicio de fundar con razones nuestras propias opiniones y de refutar racionalmente las de nuestros ocasionales adversarios cayó en desuso, se atrofió la facultad crítica, se empobreció atrozmente el pensamiento, la reflexión, la investigación, la creación, la imaginación. Los artículos de opinión autorizados eran alabanzas y justificaciones para la dictadura y ataques a hombres y partidos que no podían defenderse. Las informaciones incómodas para el gobierno simplemente no eran emitidas. El encanallamiento de la profesión periodística superó en esa época todos los límites. La alcahuetería más desaforada hacia las autoridades militares se practicaba a diario sin rubores. La deshonestidad intelectual para falsificar impunemente la historia reciente y la cobardía para atacar con infundios a personas impedidas de expresarse eran apabullantes. Reinaban la arenga patrioter, la banalidad y la venalidad. Una broma, una opinión, una caricatura, una canción, podían costar el cierre de un

medio de comunicación. La censura, y sobre todo la autocensura, dominaban la difusión de las ideas, y no sólo mediante el control estricto de lo que se denotaba, sino también hasta de lo que presumiblemente las palabras connotaban. No había reglas explícitas a las que atenerse, y ante la duda y para evitar penas represalias los profesionales de la comunicación no arriesgaban ni siquiera dentro del estrecho margen de lo permitido. La recurrencia del cierre de un diario o de una radioemisora, la aplicación de sanciones o multas contra los medios de comunicación terminaban por desbravar a los trabajadores independientes del sector que aun permanecían en el país y no habían caído ya presos. Para suplir la ausencia de información política, el pronóstico meteorológico, la sección deportiva y la crónica policial de los informativos se expandieron hasta el barroquismo. La propia morosidad de los partes meteorológicos era interpretada por los escuchas como una protesta irónica contra la situación reinante, que impedía comunicar otros temas tanto más acuciantes. Al desaparecer la política, todo se metamorfoseaba y se convertía en política.

Como no se podía bajar la guardia frente al enemigo subversivo, las letras de las canciones y los cuplés de carnaval, las crónicas de los diarios, los comentarios sobre libros o películas, todo era objeto de interpretación por parte de los funcionarios policiales, siempre al acecho de los significados ocultos y las claves instigadoras. Ante ellos, el periodista, escritor, músico o letrista debía en ocasiones justificar el uso de un cierto adjetivo, o explicitar los matices semánticos de tal o cual sintagma, en delirantes ejercicios hermenéuticos. Inclusive las reuniones de carácter religioso eran sometidas a vigilancia.

El terror provocó la desaparición *in toto* de la esfera pública, replegando forzosamente a los individuos hacia sus asuntos privados al menos durante los primeros siete años del periodo dictatorial. En consecuencia, la circulación de ideas en la calle, en los cafés, en los lugares de encuentro, trabajo o estudio, en los clubes sociales o deportivos, en las reuniones profesionales, en las ferias vecinales, etc., se vació por completo de contenidos políticos, como si éstos nunca hubieran existido. No hubo ya durante esos largos años polémicas públicas sobre asuntos de interés colectivo. Entre la esfera privada y el Estado se borró toda intermediación. La relación entre el individuo y la sociedad se alteró de raíz, y las reglas básicas de la convivencia se subvirtieron. Durante el régimen de facto la comunicación vertical entre el poder y la sociedad civil se hizo unidireccional. Y hasta la comunicación horizontal de contenidos políticos estuvo en un tris de desaparecer por completo durante los años más duros de la represión. Que una mudez tan lapidaria y tan contraria a las tradiciones de la sociedad uruguaya pudiera imponerse por tanto tiempo, dice a las claras de la violencia ejercida sobre la misma para obtenerla.

El ciudadano se transfiguró en *idiotes*, la voz griega que designa precisamente al sujeto privado, al que no participa de la *polis*. Obligados a escuchar la prédica gubernamental y prohibidos de expresarse, el poder infantilizó a todos por igual. El mundo de la familia y de los amigos más cercanos llenó entonces ese vacío de la esfera pública y se convirtió en refugio contra las muy reales amenazas e incertidumbres que aguardaban allende los umbrales de las casas. Las familias cargaron estoicamente con toda la frustración y la cólera de los individuos impedidos de hablar, despedidos de sus trabajos, reprimidos y humillados por las autoridades. Fue ésta una época de «autismo social», de drástica disminución en la cantidad y calidad de las relaciones intersubjetivas. Las personas se ensimismaron compulsivamente, se retrajeron, se volcaron hacia el círculo familiar más estrecho. Además de los derechos políticos y civiles, los uruguayos perdieron durante la dictadura el hábito de la confianza en el prójimo, deshaciendo el entramado de las redes sociales que componían su vida colectiva.

A la desaparición y el asesinato, el encarcelamiento draconiano y la tortura rutinaria de los detenidos, a la postración de la economía, el aumento exorbitante del endeudamiento externo y la caída libre del poder adquisitivo de los salarios, a la conculcación de todos los derechos de todos los ciudadanos, a la vergüenza diaria que representaba una Cancillería defendiendo lo indefendible en todos los foros internacionales, en fin, a todo lo que condena irremisiblemente la gestión dictatorial, hay que sumar aun el daño duradero infligido a cientos de miles de personas que crecieron en el terror, refrenando la libre expresión de sus opiniones, cercenada su formación intelectual y humana por la ausencia de estímulos, asfixiado el pensamiento y la creación por el clima de mediocridad y desconfianza implantado por las autoridades militares. Durante la dictadura, cada uruguayo fue centinela de sí mismo, conteniendo impulsos y premeditando palabras, y eso, ni qué decirse tiene, deja huellas indelebles. Un *monitoreo* permanente y autoimpuesto regulaba la comunicación de cada individuo con el mundo circundante, erigiéndose en una segunda naturaleza. La represión y el miedo fueron tan abrumadores durante la dictadura, marcaron tan profundamente la psiquis de los uruguayos que, paradójicamente, resulta difícil desentrañar sus componentes y dinámicas, y discernir su persistencia actual en las formas de pensar, de imaginar y de sentir de sus víctimas. ¿Cómo evaluar esa herencia espiritual del régimen que fomentó en los jóvenes la obsecuencia y persiguió la crítica, que receló la creatividad, que aterrorizó y humilló a los ciudadanos y cultivó la delación? Es seguro que todos los uruguayos mayores de 40 años pueden identificar aún dentro de sí mismos el detritus del miedo instilado por el gobierno, los reflejos defensivos aguzados en la lucha por sobrevivir y la inseguridad socavando cada paso.

La enseñanza pública, que alguna vez fuera motivo de orgullo legítimo de los uruguayos y verdadero espinazo del imaginario nacional democrático, sintió de inmediato la falta de los docentes despedidos, encarcelados o emigrados. En su lugar, se instaló en liceos y facultades un proselitismo a favor del régimen de facto mucho más agresivo que el que los militares criticaban durante la hegemonía de la izquierda en la enseñanza. La intelectualidad nacional cayó presa, emigró o perdió contacto con el mundo. De pronto no sólo se volvió inaccesible lo que las autoridades juzgaban políticamente contraproducente o subversivo, sino también lo que los censores consideraban indecoroso, obsceno o contrario a los valores tradicionales. Es una constante que las dictaduras sean tanto más pudibundas cuanto más cruentas. El fundamentalismo de los valores se acompasa armónicamente con la virulencia puesta en práctica para destruir a los opositores.

Las carteleras montevideanas de cines, teatros y espectáculos públicos de aquellos años de plomo exhibían mes a mes una imperturbable indignancia. Los melancólicos críticos de las secciones culturales de la prensa se veían en figurillas para escoger algo recomendable a sus lectores, algún entusiasmo para compartir. Sólo un puñado de quijotes publicaba poemas, ensayos y ficción en el Uruguay dictatorial. La industria editorial desfallecía a punto de extinguirse. Los empecinados agentes que mantenían con su actividad un latido de vida cultural en el país no sólo trabajaban a pérdida sino que corrían serios riesgos personales. Mantener una editorial abierta a la difusión de autores desconocidos era realmente marchar a contrapelo del espíritu de los tiempos. Organizar la aparición de un diario, semanario, quincenario o revista que incluyera alguna crítica a la situación imperante, aunque ésta estuviera circunscrita al ámbito de la cultura, entrañaba peligros que todos los que se embarcaban en esas aventuras conocían de antemano. Censura y autocensura, clausura temporal o definitiva, sanciones y multas, citaciones a la comisaría del redactor responsable del órgano, del autor de una nota, eran, más que contingencias previsibles, certezas ineludibles asociadas a esta clase de ocupación de alto riesgo. Como otros regímenes de orientación similar, la dictadura uruguaya desconfiaba visceralmente de los artistas y los intelectuales, de sus ideas, valores y formas de vida, y hay que decir que ese recelo estaba ampliamente justificado pues ni una sola figura relevante de la cultura uruguaya les brindó su apoyo. Tal vez no existan muchos ejemplos en el mundo de un aislamiento tan absoluto como el que padeció el régimen dictatorial uruguayo respecto de la *intelligentsia*. De ahí acaso la penuria de sus ideas, y la sima que los separaba de los civiles, que a la postre no pudieron franquear.

Así, entre los libros no leídos, las ideas no examinadas, las películas o las

obras de teatro prohibidas o tijeateadas por la censura, las canciones no emitidas por las radios, se modeló una generación entera de personas. Como la Castilla machadiana que despreciaba cuanto ignoraba, la dictadura enclaustró al país en el culto de las tradiciones folklóricas y la desconfianza de todo lo foráneo. Con profesores improvisados, con medios de comunicación silenciados, con derechos cívicos cercenados y vocaciones tronchadas, esa generación carga hasta el día de hoy con un pesado bagaje de déficits, un inefable agujero negro que sabotea emprendimientos y pervierte creaciones.

Dice Erich Fromm que:

La vida tiene un dinamismo interior que le es propio; tiende a crecer, a ser expresado y vivido. Parece que si esta tendencia es frustrada, la energía dirigida hacia la vida experimenta un proceso de descomposición y se convierte en una energía dirigida hacia la destrucción. En otras palabras, el impulso hacia la vida y el impulso hacia la destrucción no son factores mutuamente independientes, sino que son inversamente interdependientes.¹

El bloqueo de la espontaneidad del crecimiento y de la expresión natural de las capacidades intelectuales, emocionales y sensoriales puede llevar a favorecer en casos extremos la tendencia de los individuos a empequeñecerse, a ningunarse, a someterse a las fuerzas externas, a hacerse daño a sí mismos o a hacer sufrir a otros. Los altísimos niveles de frustración y terror que se vivían por aquel entonces en el Uruguay generaron incontables trastornos psicológicos en la población.

Las autoridades de la enseñanza, mientras tanto, velaban por la pureza de los estudiantes eliminando toda influencia deletérea.

La Dirección de Enseñanza Secundaria ordena suprimir de las bibliotecas de los centros educativos, los libros, revistas y periódicos cuyo contenido «no se ajuste a los principios fundamentales de la nacionalidad, en particular, aquellos de tendencia marxista», o aquellos en los que «pueden introducirse conceptos lesivos de las coordenadas del pensamiento clásico u occidental» (51).²

-
1. **Fromm**, Erich. *Escape from Freedom*. New York: An Avon Library Book, 1965. La traducción al español me pertenece.
 2. *Tiempos de dictadura. Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*. **Martínez**, Virginia. Montevideo: Ediciones de Banda Oriental, 2005.

20.000 libros de la Dirección de Enseñanza Secundaria han sido destruidos para limpiar los liceos de textos políticamente inaceptables. Se incluyen libros «cuyo contenido no se ajusta a los principios fundamentales del patriotismo» y «aquellos libros de matemáticas y ciencias naturales, así como de lingüística que podrían introducir conceptos perjudiciales a las bases del pensamiento clásico u occidental» (270).³

El oscurantismo dictatorial le hizo un daño irreparable a la cultura nacional. Las nuevas ideas que se discutían en el mundo, las expresiones artísticas innovadoras, no llegaban al Río de la Plata. O llegaban caricaturizadas, desnaturalizadas, adecentadas para consumo interno. El Uruguay estaba virtualmente incomunicado hacia fuera y hacia adentro, con los otros países y los ciudadanos entre sí. El retraso educativo, científico, tecnológico, artístico e intelectual provocado por la dictadura militar sólo pudo evaluarse cabalmente al regreso de la democracia, cuando el país restableció sin cortapisas los vínculos que siempre tuvo con el exterior, y pudo así verificar hasta qué punto estaba desinformado y desactualizado respecto de lo que se pensaba y creaba en el mundo a mediados de los años ochentas. En una sociedad viscosa de crímenes, culpas, resentimientos, vejaciones y traiciones shakesperianas, los jóvenes éramos obligados a marcar el paso.

Concluyo con esta breve nota. Muchos recordarán que hubo una época en que soplaban fortísimos vientos de gesta desde el Caribe a la Tierra del Fuego. En esa época, francamente, las libertades *burguesas* valían muy poco. Nos abrasaba la sed de justicia social. Aquel aserto de Anatole France según el cual tanto pobres como ricos son igualmente libres de dormir bajo los puentes del Sena nos parecía oportuno y certerísimo para trazar las prioridades adecuadas. Por lo demás, esas libertades faltaban por completo en los países del continente o se debatían en cuidados intensivos. Para nosotros, los indómitos jóvenes de entonces, las libertades eran como una especie de velo de Maya que cumplía la función de ocultar la descarnada explotación de clase. En definitiva, otro opiáceo, como la religión. Nuestra obligación moral y política, por ende, era forzar al régimen a que mostrara su verdadero rostro sin afeites, tal cual era. Así nos despertaríamos todos de nuestro letargo, se agudizaría la lucha y madurarían las condiciones para el cambio revolucionario. Eso pensábamos. Después llegó la dictadura que duró doce años.

3. Citado en **Hans**, Wolfgang S. y Hugo **Fruhling**. *Determinants of Gross Human Rights Violations by State and State-sponsored actor in Brazil, Uruguay, Chile and Argentina*. The Hague, Boston, London: Martinus Nisjhoff Publishers, 1999.

Breves notas sobre censura, sexo y poder

Marianne Díaz Hernández

Escritora venezolana (Altagracia de Orituco, Guárico, 1985). Abogada egresada de la Universidad de Carabobo (UC), trabaja actualmente en el Ministerio del Trabajo. Coordinó la Sociedad Cultural y Literaria Torre de Ficciones, y dirigió la revista digital *Ficcionaria*. En 2007 ganó el Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, con su libro *Cuentos en el espejo*, publicado en 2008 por dicha editorial. Participó en la II Semana de la Nueva Narrativa Urbana, y forma parte de la compilación *Quince que cuentan* (Fundación para la Cultura Urbana, 2008). Obtuvo la cuarta mención de honor en el 1º Concurso Internacional de Cuentos de Viña del Mar. Ha colaborado con publicaciones impresas y digitales como *Ficción Breve Venezolana*, *Letras*, *Clarimonda* y *Alenarte*, entre otras.

La literatura quizás sea la única forma artística que se ha censurado a sí misma: las mujeres que deseaban escribir se vieron largamente, a través de la historia, repudiadas por los «escritores» de sexo masculino.



Obra: Henry Fuseli (circa 1778-80)

Breves notas sobre censura, sexo y poder

Marianne Díaz Hernández

La libertad de expresión y la censura son una pareja antagónica e inseparable: la censura, como medio de expresión del poder, requiere la voluntad de manifestar ideas, opiniones o representaciones culturales por parte de aquellos que no lo ostentan.

La censura es un mecanismo de preservación del *statu quo*, y como tal, se encuentra indefectiblemente ligada al poder: aquel que detenta el poder, al verse o sentirse amenazado por las ideas, opta por mecanismos de conservación, desde los más explícitos hasta los más sutiles. De este modo, se observará que en múltiples ocasiones la censura ejercida por un gobierno no dista tanto, en mecanismos, fines y formas, de la ejercida por una religión o por un medio de comunicación.

Tradicionalmente, las ideas consideradas atentatorias contra la moral, las buenas costumbres y el *statu quo* suelen estar relacionadas, directa o indirectamente, con expresiones de creencias (políticas, religiosas o ideológicas) o con expresiones de la sexualidad. En ambos casos, el fin es el mismo: se busca homogeneizar al individuo con la finalidad de controlarlo con mayor facilidad. Quien controla lo que una sociedad «consume», en términos de información, controla lo que ésta piensa, y en consecuencia, cómo actúa. La censura, al fin y al cabo, no es otra cosa sino una forma más o menos sofisticada de condicionamiento de la conducta.

Literatura y erotismo

A través de siglos enteros, incontables obras literarias serían censuradas por la Iglesia o por el Estado, por contener pasajes eróticos o referencias a conductas sexuales deploradas por la moralidad de turno. La censura de siglos de la

Iglesia Católica abarcaría desde al *Decamerón* de Bocaccio o *Justine*, de Sade, por sus escenas eróticas, hasta la obra completa de André Gide, por su defensa de la homosexualidad. El *Index Librorum Prohibitorum* no sería abandonado hasta 1966, y su aplicación no sólo traía medidas como la excomuniación, sino que acarreó la destrucción de un sinnúmero de obras consideradas «atentatorias contra la moral y las buenas costumbres». Sin embargo, a pesar de ser la mayor fuente de censura literaria, la Iglesia Católica no sería la única: el gobierno de Estados Unidos prohibía la obra de Henry Miller prácticamente a la misma velocidad con que éste la iba escribiendo, lo que no impidió su venta y distribución clandestina, al igual que *Lolita*, de Nabokov, que también estuvo prohibida en el Reino Unido.

Diversos factores, más allá del contenido sexual, llevaban a una obra literaria a ser vetada, desde postular el socialismo hasta presentar relaciones sociales interraciales. No obstante, la prohibición de libros por su contenido erótico sería, por mucha diferencia, la que dispararía más ostensiblemente las ventas clandestinas de estas obras.

Misoginia y censura

La literatura quizás sea la única forma artística que se ha censurado a sí misma: las mujeres que deseaban escribir se vieron largamente, a través de la historia, repudiadas por los «escritores» de sexo masculino. No era tan sólo que la mujer no debía escribir, ni tan sólo que lo que escribía no fuese digno de ser leído, sino que no debía cultivarse, pues era inútil y peligroso: Molière señalaría que «Por muchas razones no es bueno que la mujer estudie y sepa tanto», y Schopenhauer, célebre misógino, diría que «La mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas». Y no tan sólo en el siglo XVIII se podían leer expresiones como la citada: aun recientemente, la narradora Adriana Villanueva citaba a José Balza, quien en una columna en el diario de mayor circulación regional hablaba, y repudiaba, a «las mujercitas escritoras», tal como Villanueva señala, «en una columna en contra de autoras como Isabel Allende, Marcela Serrano y Ángeles Mastretta, escritoras latinoamericanas que tienen enorme éxito de ventas con una supuesta fórmula de narrar historias que apelan a cierta sensibilidad femenina».

La religión no se ha quedado atrás a la hora de prohibir a las mujeres que ejerciten su pensamiento: el Corán señala que «El silencio es el mejor adorno de la mujer», y por su parte, el Nuevo Testamento (1 Timoteo 2:11, 12) dice: «Que la mujer aprenda en silencio, con plena sumisión. No permito que la mujer en-

señe, ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que esté en silencio».

De este modo, la censura previa se convertiría en la forma de mantener calladas a las mujeres por milenios. La primera obra literaria de cuyo autor se tiene noticia data del siglo XVIII a.C. (*La Ilíada*, de Homero), y sin embargo, aún en el siglo XIX d.C., Aurore Dupin y Mary Ann Evans tenían que disfrazarse de George Sand y George Eliot para que sus obras fueran tomadas en serio. La censura a las mujeres no pasaba por la quema o prohibición de sus obras publicadas, sino directamente por su no publicación. El sexo, de nuevo, explica la razón oculta tras este estigma social: la mujer, desde antes de la Inquisición, era vista como la fuente de todo pecado, y la lujuria no era sino un hechizo arrojado por estas mujeres-brujas sobre los creyentes. Las brujas, recordemos, «copulaban con el demonio», y de esta forma obtenían su poder.

Censura en el cine

En 1912, la Junta de Censores Cinematográficos de EEUU, se encargaba de filtrar todas aquellas películas que pudieran contener «conducta lasciva, vestimentas lascivas, relaciones sexuales entre blancos y gente de color, seducción, prostitución, incesto», entre otros factores considerados inmorales. El Código Hays prohibía todo «comportamiento sexual ilícito» en el cine, e indicaba que «las escenas de pasión no deben ser introducidas en la trama salvo que sean indispensables. No se mostrarán besos ni abrazos de una lascividad excesiva, de poses o gestos sugestivos», y para 1934, establecía cuántos centímetros podía bajar un escote, y por cuántos segundos podía prolongarse un beso.

Parecerá puritano, pero la verdad es que hoy en día se mantiene la censura al erotismo en el cine, en países como China, donde se contemplan penas de hasta cinco años de inhabilitación a quienes participen en la creación de películas con contenido sexual. Apenas en 2007, la película *Lust, Caution (Peligro, lujuria)* de Ang Lee, fue censurada con la eliminación de todas las escenas de sexo entre los protagonistas, con la venia de su director.

Statu quo, censura y poder

¿Qué se persigue con la censura? Toda manifestación de poder requiere, por definición, una contrafuerza a la cual oponerse y sobre la cual imponerse. Cuando el poder se impone a través de manifestaciones ideológicas (sean religiosas o políticas), el aspecto moral se vuelve esencial: requiere, quien detenta el poder,

identificarse con «lo bueno» y «lo correcto» en la mente de sus gobernados, y para esto (como en toda dualidad) requiere un «algo» a lo cual estigmatizar como «lo malo» y «lo incorrecto». La estigmatización de la sexualidad como pecado proviene del cristianismo, pero no es propiedad exclusiva de éste, y al ser una fuerza inherente al ser humano, provee de un factor ideal para controlarlo ideológicamente: a través de la idea de que hay algo en sí mismo que está mal, y que sólo el Mesías político o religioso de turno puede salvarlo de ello, de ese peligro, de ese pecado, para lo cual deberá entregar el rumbo de su vida y su autodeterminación.

Lo que no puede perderse de vista, es que la moral es, por definición, interna y subjetiva, de modo tal que en el momento en que una fuente de poder se abroga la potestad de determinar lo que es moralmente correcto o incorrecto, ha nacido un censor arbitrario de las ideas, peligro del que toda sociedad que se considere a sí misma democrática y libre, debería huir despavorida.

Galileo Galilei, lector del universo

Ángela Gentile

Escritora y docente argentina (Berisso, Provincia de Buenos Aires, 1952). Ha publicado los poemarios *Escenografías* (Premio Nacional Iniciación) y *Cantos de la Etruria*, así como el ensayo *La Divina Comedia, poema que atravesó océanos* (revista *Etruria* de literatura juvenil, crítica y teoría).

El personaje Simplicio establece, desde una argumentación enmascarada en la simplicidad argumentativa, la desestabilización de lo preestablecido, e instala una duda a develar. Estamos hablando de un mecanismo socrático, para incluir al lector en la alternativa del pensamiento.



Galileo ante el Santo Oficio, de Joseph-Nicolas Robert-Fleury

Galileo Galilei, lector del universo

Ángela Gentile

Un hombre dijo que por sobre las invenciones maravillosas de este mundo, prevaleció una mente más que brillante y fue quien encontró el modo de comunicar sus más recónditos pensamientos distantes en el tiempo y en el espacio. Esa mente permitió comunicarnos con los que estuvieron, con los que están y con aquellos que en los milenios estarán. ¿De qué manera? Simplemente con múltiples caracteres sobre un papel; es decir, con el alfabeto.

El hombre que se expresó así fue Galileo Galilei, quien vivió en el siglo posterior al esplendor de la cultura italiana y respiró esa atmósfera que le permitió sentirse también un renacentista en el más amplio sentido de la palabra, conocedor de la música y, según el poeta Giacomo Leopardi, el científico fue el mayor escritor de la lengua. Discutible o no, el mundo de las letras recibió de él uno de los mayores aportes. En la segunda versión del diccionario de la Academia della Crusca del año 1623, único canon a ser consultado para el dialecto florentino, se encuentra una definición de la palabra *momento* (énfasis nuestro) ingresada al mundo de la ciencia por Galileo en 1605. Una palabra que ha recorrido el interés e investigación de otros académicos de manera anónima y que se transcribe como: «Momento, entre los mecánicos, significa esa virtud, esa fuerza, esa eficacia con la cual el motor mueve y el móvil resiste».¹

La semántica de la palabra, la esencia del significado, permitió al científico encontrar la inmediatez, y desde allí contribuir una ingeniería de palabras que contribuyeran a corporizar sus principios.

1. **Galluzzi**, Paolo. *Momento*, Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1979, pp. 227-246.

Altieri Biagi, María Luisa, *Galileo e la terminologia tecnico-scientifica*. Ediz Olschki, Florencia, 1965, pp. 44-45.

Sus estudios iniciales tuvieron como objetivo la medicina, realizados en la ciudad de Pisa. Allí su modo de expresión comienza a relacionarse con la persistencia y el rigor de las teorías. Sin duda fue conocedor del lenguaje pero también tomó distancia con el mismo; así lo demuestra en el *Saggiatore* cuando escribe: «Porque hoy siento grandísimas náuseas de aquellos altercados en los cuales me deleitaba durante mi juventud, cuando todavía estudiaba bajo el mando del pedante».

Galileo Galilei no desestima que la soberbia estuviera presente en sus años de estudiante; pero a la vez rescata también ese juego dialógico, desde la mirada del que investiga más allá, de esa esencia que es particular del hombre de ciencia. Desde ese lugar se permite ser personaje de su propia búsqueda, analizando, desafiando, aun, aquello que le era conocido; para seguir adelante atravesando fronteras previsibles e intentando siempre una nueva visión.

Este mecanismo se evidencia también en su obra *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*, donde todo lenguaje se instala entre lo estimable y creíble; pero que, aun así, debió ser demostrado. Aquí el científico tomó de la oralidad, la espontaneidad, ese filón encubiertamente irreflexivo pero auténticamente veraz. Encontraremos entonces a Simplicio, único personaje, con orígenes en la Antigüedad, distante cronológicamente de Galileo, pero que le permitió utilizar una voz intacta en el tiempo y a su vez imprimirle identidad propia. El personaje Simplicio establece, desde una argumentación enmascarada en la simplicidad argumentativa, la desestabilización de lo preestablecido, e instala una duda a develar. Estamos hablando de un mecanismo socrático, para incluir al lector en la alternativa del pensamiento. Sin duda lo pudo realizar Galileo Galilei porque él desglosaba la esfera de la formalidad en función de la divulgación de los saberes.

El científico fue un hombre que, siendo profesor de la Universidad de Padua, no recurría a manifestar en voz alta la incompatibilidad de sus ideas con aquellas de los aristotélicos, excepto cuando utilizaba su pseudónimo de Cecco de Ronchitti, un heterónimo que le permitió expresar aquello que deseaba.

De hecho Galileo fue el primer científico que declaró que «el idioma de Dios son las matemáticas», como dando a entender que el universo se movía por leyes que se pueden calcular y utilizar recurriendo al lenguaje.²

Una vez afianzado en su nuevo rol social y profesional, Galileo Galilei marcó definitivamente su posición, sobre todo a partir de 1610, época de plenitud en la

2. Galileo, *Grandes pensadores*. Editorial Planeta D'Agostini. España. pp. 21. 1999.

corte y donde sus declaraciones contenían el alto valor filosófico que de él se esperaba.

En la Feria de Frankfurt se volvió sobre los textos de Galileo, y en uno de los apartados dedicado a la filosofía se lee:

El mensajero sideral despliega panoramas grandiosos y muy maravillosos, y exhibe ante la mirada de todos, en especial de los filósofos y los astrónomos, las cosas que observó Galileo Galilei, patricio florentino y matemático de la Universidad de Padua, con la ayuda de un catalejo que él mismo creó, sobre la faz de la Luna, las innumerables estrellas inmóviles, la Vía Láctea, las nebulosas, y especialmente los cuatro planetas que giran en torno del astro de Júpiter en intervalos y períodos irregulares con una velocidad increíble; los cuales fueron detectados por el autor, pero hasta ahora eran desconocidos.³

Se reconoce que *Siderius Nuncius*, *El mensajero sideral*, pequeño ensayo escrito en latín, revolucionó a la sociedad de la época; convirtiéndose en el primer tratado de astronomía basado en observaciones directas a través de un telescopio. Aún hoy se lo considera el primer escrito de la ciencia moderna que permitió ingresar a la práctica científica tal cual se la conoce actualmente.

La vida y la carrera de Galileo cambiaron abruptamente a partir de esta publicación; pues al regresar a Florencia decide abandonar su cátedra como profesor; luego adquiere fama internacional, obtiene el mecenazgo de los Medici y le pagarán 1.000 escudos por año equivalente al salario de un *maggiordomo maggiore*.

Sus opiniones eran presentadas a la corte, aun intuyendo que el auditorio era poco entendido en cuestiones de astronomía; pero a su vez, sabía que era el espacio más importante para su trabajo y el aval para su desarrollo.

Los Medici tenían especial entusiasmo por los descubrimientos de Galileo Galilei porque en realidad vinculaban también el nombre de Cosme II con el cosmos. En esta especie de mitología familiar, se buscaba nada menos que un origen divino para la poderosa dinastía imperante en Florencia y Galilei contribuye a la misma, bautizando las lunas de Júpiter como estrellas mediceas. A pesar de estas distinciones, la poderosa dinastía hizo que Galileo regresara a Toscana.

3. *Catalogus universales pro nundinis Francofurtensibus vernalibus de anno MDCX*. El texto es una transcripción del frontispicio original de *Siderius Nuncius*.

Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano, es una obra que en 1632 presta especial atención a los aspectos filosóficos que evidencian los descubrimientos. En ella dialogan tres interlocutores: Simplicio, Sagredo y Salviati (estos dos últimos nombres remiten a personajes reconocibles en el entorno vital y profesional de Galileo). En concreto, diremos que Sagredo corresponde al gentilicio de unos de sus amigos vénetos, quien le recomendara no abandonar los aires libres de la República y se convirtiera en ese amigo fiel de toda su vida. Salviati es el otro interlocutor escogido por el científico, en reconocimiento a su estimado colega; por último, Simplicio, del cual ya hemos comentado brevemente; pero es oportuno agregar que era el apelativo que Galilei recupera de la tradición grecolatina para recordar al filósofo neoplatónico Simplicio, muerto en el año 500 d.C.

Estos personajes, traspasada la esfera de la realidad histórica, dialogan para instalar, a través del debate, la estructura argumentativa y progresiva de la necesidad de acercarse a las definiciones que el científico pisano necesitaba para ampliar, desmenuzar y reelaborar las numerosas cuestiones relativas a las dos concepciones del cosmos: la aristotélica oficial, que va siendo presentada con tosquedad manifiesta por Simplicio; el cual no cuestiona las verdades aceptadas como inmutables del sistema aristotélico ptolemaico. Éste es refutado con perseverancia por Sagredo, manteniendo Salviati una prudencial actitud de reserva, aunque interviene en ocasiones puntuales; porque en realidad es el encargado de abrir el debate con sus preguntas presuntamente ingenuas. El libro recupera y organiza las teorías de Galileo, quien prudentemente elude toda controversia que pudiera incidir en cuestiones cercanas a la religión. Esta publicación concita el interés desmedido y apasionado de toda la comunidad científica internacional; pero su publicación en 1632 no sale de la imprenta porque el papa solicita una nueva revisión del texto a cargo del Santo Oficio, respondiendo a las insistentes opiniones de los detractores que sostenían que Galileo ridiculizaba a su Santidad al pretender identificarlo encubiertamente con ánimo burlesco en el personaje de Simplicio.

Los tribunales de la Santa Inquisición actúan inmediatamente y prohíben la edición y la distribución de la obra, a pesar de ser Galileo Galilei un personaje célebre y de reconocida solvencia intelectual, incluso en ambientes eclesiásticos. Se inicia, de este modo, el proceso contra Galileo.

Recordemos que Galileo Galilei ingresó a la Academia dei Lincei por recomendación de Federico Cesi, donde se cree tuvo inicio la diferencia ideológica entre ambos.

Es llamado el 19 de abril de 1611 por el cardenal, quien solicita oficialmente

a Clavius, voz oficial del Colegio Romano (institución científica de los jesuitas que había certificado los descubrimientos pero se sentía en desacuerdo con su interpretación). Clavius remitió un informe confirmando todos los postulados, aunque sin incluir comentarios de ningún tipo. En otro orden de cosas, la curia romana, enfrascada en la lucha contra la rebelión luterana y calvinista, encuentra las ideas copernicanas ajenas a la doctrina católica, por ser consideradas injuriosas respecto de las verdades vertidas en la Biblia; y, en consecuencia, condena su difusión bajo pena de persecución en 1616. En este intervalo de tiempo Galileo Galilei escribe *Cartas copernicanas*, en un intento de conciliar las Sagradas Escrituras y sus conclusiones. Dedicó la última de la serie de cartas a la gran duquesa Cristina de Lorena.

Galileo intenta entrevistarse con Bellarmino, el cual lo recibe rodeado de los dominicanos más renombrados del momento. Así, desde el 26 de febrero de 1616, el pisano conoce que su obra debe ser matizada y maquillada para no incurrir en desobediencia a las mentes del Santo Oficio. Sin embargo, la tozudez que caracterizara la personalidad galileana ya había incidido en el entramado de maquinaciones que lo llevaría a abjurar de su concepción heliocéntrica el 22 de junio de 1633 en el Convento de Santa María Sopra Minerva, ante un nutrido tribunal de dominicanos. Por eso se piensa que el desenlace ya estaba diseñado de antemano, desde que conociera en 1615 la admonición que le remitiera Barberini.

Este hombre, del cual hemos esbozado parte de sus inquietudes y formación, era en definitiva el heredero no sólo de una grande tradición científica, sino también un creativo en el ámbito de la literatura y el arte.

Ha escrito *Apostillas sobre Ariosto* y *Consideraciones al Tasso* (Tarso), un juego intelectual que se permitía realizar con el apellido del gran poeta; dedicó un panfleto, *Contro il portar la toga*, donde hace una crítica abierta a la indumentaria que debían utilizar los universitarios de su tiempo. Entre sus escritos figura su interés por el padre de la lengua italiana y su excepcional obra *Dos lecciones a la Academia Florentina sobre la figura, lugar y dimensión del Infierno de Dante*, y el argumento y recorrido de una comedia. Se puede decir que pocos intelectuales han forjado, como lo ha hecho Galileo, un movimiento cultural de incidencia histórica. Crítico literario y poeta. En sus ensayos y cartas testimonian la exquisitez de su vocabulario y de una prosa impecable, por lo que junto a Dante Alighieri, Petrarca y otros humanistas, comparte el rol de iniciar una nueva lengua italiana.

Retomaremos la obra anteriormente mencionada, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*, porque en ella utiliza

la forma dialogada y lo realiza en italiano, democratizando el conocimiento, rompiendo con la parcialidad social del latín y ampliando hacia todas las esferas sociales el saber. Pensemos que para la época concebir un texto escrito en italiano implicaba un acto de subversión sancionable, pero el objetivo de la divulgación de las ideas copernicanas iniciaba de este modo su gran recorrido.

El diálogo en cuestión se divide en cuatro jornadas: en las dos primeras se debatirá sobre la resistencia de los materiales y la constitución del cuerpo de la materia, mientras que en las otras dos jornadas se tratará la nueva ciencia.

Galileo, como los científicos de su tiempo, son personas formadas humanísticamente, poseedoras de una cultura que deseaban manifestar e incorporar a sus textos, para formar parte del ambiente tradicional de la literatura.

Todo el Seiscientos ejerció una influencia decisiva sobre la lengua, en el modo de expresión y en el desarrollo de los géneros literarios.

Basta pensar en el éxito de *Sidereus Nuncios* cuando el autor afirmaba: *Io l'ho scritto in volgare* (énfasis nuestro), y sostenía: «Lo he hecho porque tengo necesidad de que cada persona la pueda leer». El científico será un referente en la escritura del tratado, desde donde argumentará para persuadir.

En 1619 el jesuita Horacio Antonio Grassi Savonensis, profesor de matemática y portavoz del Colegio Romano, publicó *Disputatio astronomica de tribus cometis*, libro escrito en el más puro estilo escolástico; en el cual se cuida de no mencionar en ninguna línea los trabajos de Galileo, con la intención de provocar una respuesta por parte del científico. Galileo Galilei, al conocer el escrito se siente sutilmente silenciado y hace que uno de sus amigos, Mario Guiducci, publique el *Discorso delle comete*, en donde el científico florentino expone su tesis y lanza ataques contra aquellos que defienden la teoría de Tycho Brahe (el cual había observado la trayectoria completa de un cometa) y publicada por el jesuita Grassi, quien llegó a decir que los cometas podrían ser un efecto óptico como el arco iris o la aurora boreal.

Para los jesuitas era evidente que la obra firmada por Guiducci era autoría de Galileo.⁴ Los sacerdotes se sintieron ofendidos; Galileo es advertido por su amigo Ciampole de una posible respuesta por parte de éstos. La misma no se hizo esperar, pues el mismo Grassi publica *Libra astronomica ac filosofica*,

4. **Marquina**, José; **Ridaura**, Rosalía; **Álvarez**, José Luis, y **Quintana**, Manuel. «*Il Saggiatore*, un libro poco recordado». *Revista Ciencias*, Unam, N° 41, pp. 4, 5. Enero-marzo 1996. México.

escrita con el pseudónimo anagramático de Lothario Sarsi Sigensano, provocando una vez más a Galileo para que expresara su fe copernicana.

Galileo decide responder con una carta, hecho del cual desistió gracias a los consejos de algunos admiradores, entre los que se contaba Maffeo Barberini, quien fuera elegido papa con el nombre de Urbano VIII, el 8 de julio de 1623.

La demora en la respuesta solamente hizo que Galileo Galilei respondiera a cada uno de los cincuenta y tres párrafos escritos por Sarsi; finalizando los mismos en un libro cuyo título completo es *Il Saggiatore, nel quale con bilancia esquisita e giusta si ponderano le cose contenute nella Libbra astronomica y filosofica de Lotario Sarsi Sigensano*, el cual tomó finalmente el título de *Il Saggiatore*, obra publicada coincidentemente con la muerte del papa Gregorio XV y dirigida al cardenal Virginio Cesarini, tesorero del papa, miembro de la Academia dei Lincei y amigo de Galileo, agregando a último momento la dedicatoria a Urbano VIII.

El estilo desenvuelto y variado se sostiene con argumentaciones tradicionales; utiliza el latín en las argumentaciones del científico aristotélico con la finalidad de subrayar el academicismo que distanciaba; no obstante ciertas marcas irónicas, *Il Saggiatore* logra tener éxito en ambientes eclesiásticos —considerando que Galileo siete años antes había recibido la prohibición del Santo Oficio de profesar la doctrina copernicana y de *enseñarla y defenderla por escrito* (énfasis nuestro).

El científico pisano instala un debate histórico-cultural el cual ha sido estudiado en su contexto. Spongano sostiene que «el encanto de la prosa se basaba en la pasión y en el dominio de la misma».

En realidad su palabra nunca estuvo alejada de la profundidad científica, fue acompañada por un estilo personal, ya sea por su notable predisposición literaria o por su temprana educación en las disciplinas artísticas —su padre, crítico musical y fundador de la Camerata dei Bardi, experimentaba con las cuerdas para demostrar sus propias teorías musicales. El origen mercantil de su familia motiva ausencias por parte de sus padres, que dejan el campo y van hacia Florencia, dejando al pequeño Galileo, primer hijo de la familia, por dos años con Muzio Tebaldi, pariente de su madre, para ser luego educado por Iacopo Borghini. Esto demostraría que su familia trataba de alcanzar el status intelectual a través del arte. Indudablemente esto lo posesionó a trabajar por un cambio, quizá comenzando por adquirir una comunicación diferente a través de la escritura. Era el siglo de los ecos del tardo Renacimiento, donde la rigurosidad por las disciplinas lingüísticas y las formas gramaticales sostenía un ideal clási-

co y armónico. Es válido mencionar que en este período se tradujo y revalorizó la poética de Aristóteles y fueron conformándose los géneros literarios.

Sapegno, en su libro *Actos y memorias académicas de la Arcadia*, estudió la juventud de Galileo Galilei y su búsqueda intelectual, donde el amor por la poesía y la naturaleza lo llevó a investigar los orígenes de la Arcadia griega.

Sin duda, al conjugar literatura, matemática y formas correctas de expresión, Galileo se fue vinculando con el mundo de las letras desde un lugar comprometido.

Galileo Galilei poseía una memoria envidiable, reconocida varias veces, y lo demostraba citando a sus autores latinos favoritos como Virgilio, Ovidio, Orazio y Séneca. Fue admirador de Petrarca, del poeta manierista Francesco Berni; del cual revalorizó las figuras retóricas y la enumeración paródica, que diera origen a una poesía satírica.

Su gran poeta fue Ludovico Ariosto, del cual escribe *Apostillas a Orlando Furioso* y también *Consideraciones sobre Tasso*; cabe recordar que tuvo escasa simpatía hacia la obra *La Gerusalemme liberata*, no por el estilo sino por el espíritu contrarreformista que ésta representaba.

Viviani recuerda en relato histórico de la vida de Galileo que éste sostenía que le parecía más bello Tasso pero que le gustaba más Ariosto, sugiriendo que el primero decía palabras y el otro contenidos. De Ariosto, el poeta lunar, admirará el ingenio y la efectividad del poema épico donde se relata la desventura de Orlando Furioso; es oportuno recordar que Orlando había perdido su razón y debía buscarla en la luna, instalando una ruptura de los cánones literarios del momento, como así también el tratamiento estilístico: su octava fue denominada precisamente octava de oro y es el argumento donde Galileo encuentra una concepción moderna de la vida y del hombre.

Se dedicó a la lectura de la *Divina Commedia* y de Dante Alighieri; escribió *Lecciones sobre la forma, la disposición y el tamaño del Infierno de Dante*, en los que manifiesta toda su admiración por el escritor medieval.

Su arte poético es poético maduro, lo alejan afortunadamente del gusto poético de su tiempo; distinguiéndose de la prosa profética de Giordano Bruno que en su obra «La cena de las cenizas» había intentado hablar sobre Copérnico y de la concepción fabulosa de Tommaso Campanella en su obra *Ciudad del sol*. Estos autores distaban ideológicamente de Galileo; ya sea por la diversidad de carácter o por la educación mental. Todas las obras de Galileo son esencialmente de debate y subyacen en ese tono; poseen dos vertientes: una de carácter cientí-

fico-filosófico y otra literaria.

Galileo Galilei hereda del Humanismo, anuncia la actitud y razón que tendrán los hombres del futuro Iluminismo. Sostuvo la cultura de su época y sentó las bases de la libertad de pensamiento del siglo XVIII.

Su escritura entronca con la prosa literaria del tratado del siglo XV y de la primera mitad del siglo XVI. Tiene ciertas reminiscencias de la tradición de Pietro Bembo; es decir, que se inspira en los modelos cultos de la tradición florentino-toscana. La renueva simplificando la sintaxis de su prosa, con la claridad de su argumento, renovando su léxico y haciéndolo más acorde con la necesidad de comunicación, con la concreción científica de sus descubrimientos y su posición filosófica; esto lo logra conjugando los registros de su estilo que le permiten avanzar en el conocimiento a través del diálogo y ciertas digresiones.

Muchos autores analizaron la prosa de Galileo Galilei. Italo Calvino fue quien, profundamente interesado, se ocupó en algunos de sus ensayos de la obra del pisano. Es el propio Calvino quien en los años 60, pleno apogeo de los viajes a la luna, declara: «Leopardi admira, en *Lo Zibaldone*, la prosa de Galileo Galilei, por la precisión y elegancia a la par».

Italo Calvino sostiene que lo ha fascinado la prosa de Galileo, sobre todo cuando habla sobre la luna, porque según el autor es la primera vez que ésta es para los hombres real, casi tangible.

En la lengua de Galileo la luna pareciera dilatarse, perder peso, y se hace presente la admiración del científico por Ariosto, el poeta cósmico y lunar.

La mirada del mundo científico está nutrida de cultura literaria, a punto tal que se podría trazar una línea de lectura comenzando por Ariosto, Galileo, Leopardi y Calvino; recordemos que estos autores han tratado el satélite de la Tierra en sus obras.

Los comentarios sobre la prosa de Galileo se multiplican. Carlo Cassola, escritor neorrealista, dijo: «Credevo che fosse Dante», refiriéndose quizá a los estudios de cosmología del padre de la lengua italiana; el cual indagó sobre las leyes del universo y las tradujo en palabras.

La especialista en la lengua de Galileo, Maria Luisa Altieri Biagi, subraya que la sintaxis del científico es altamente compleja y hace referencia al uso de las proposiciones unidas por la subordinación, pero que también está dispuesta a la coordinación, a la aceleración del ritmo hasta llegar al estilo fragmentado, consistente en períodos de una sola frase; otros son indicados por la puntuación

utilizada como modelo del siglo.

La prosa de Galileo no admite una lectura intuitiva ni una comprensión apresurada ni distraída. La escritura tiene relación con lo neutro, pero que a su vez deja entrever lo racional. Esto se lee en *Seis propuestas para el último milenio*, ensayo de Italo Calvino publicado póstumamente, donde el autor dice que a la escritura de Galileo se le podría aplicar la *leggerezza* combinando unidades mínimas y la *rapidità*, citando para ello la metáfora del caballo utilizada por Galileo para demostrar la velocidad de la mente humana, imagen utilizada por primera vez por el científico pisano.⁵

La velocidad de pensamiento se percibe en *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, en la voz de Sagredo; mientras Salviati es quien razona y procede con prudencia, Sagredo imprime un discurso veloz.

La escritura de Galileo utiliza especialmente la nominalización, las repeticiones de palabras, de sinónimos, de fórmulas o palabras apositivas.

Galileo empleó el baricentro, que siendo un término específico de la física y la geometría, es utilizado para representar sintáctica y semánticamente aquello que el científico consideraba un centro, un punto de equilibrio de la estructura de las frases y del significado al final del período; con el cual podía anticipar frases objetivas, otras secundarias de manera explícita o implícita, cambiando de algún modo al final el equilibrio sintáctico de toda construcción.

Veamos por ejemplo, en la introducción a la cuarta jornada, fragmentos del diálogo:

SAGREDO.- No sé si realmente venís a reiniciar nuestras discusiones más tarde de lo normal, o bien si el deseo de oír las ideas del señor Salviati en torno a materia tan curiosa ha hecho que me lo pareciera. Durante una hora larga he estado ante la ventana, esperando que de un momento a otro apareciera la góndola que he enviado a traerlos.

Galileo usa la metáfora y la comparación como elemento de persuasión, igual que hacen los periodistas científicos actuales.

SALVIATI.- Decidme ahora, señor Simplicio, si se os presentaran mil pedazos de distintas materias, pero cada uno envuelto y cubierto en un paño que lo ocultara, y se os pidiese que, sin descubrirlos, tratarais de adivinar por los signos exteriores la materia de cada uno, y al intentarlo os encontrarais uno que mostrase claramente tener todas las propiedades que

5. Calvino, Italo, 2005, 32, 50, 51, 52.

vos sabéis que residen sólo en el imán y en ninguna otra materia, ¿qué juicio os formaríais de la esencia de tal cuerpo? ¿Diríais que podría ser un trozo de ébano, o de alabastro o de estaño?

SIMPLICIO.- Diría, sin dudarle un momento, que es un trozo de imán.

SALVIATI.- Si esto es así, decid también decididamente que bajo esta corteza de tierra, de piedras, de metales, de agua, etc., se esconde un gran imán, puesto que quien se toma el trabajo de observarlo descubre en torno a ésta exactamente los mismos accidentes que se ven que afectan a un globo de imán auténtico y descubierto. Puesto que, aunque no se viese más que el (accidente) del eje de inclinación, que llevado alrededor de la Tierra, se inclina más y más a medida que se aproxima al polo boreal y menos hacia el ecuador, donde finalmente se equilibra, debería bastar para persuadir a la mente más reticente.

También utiliza verbos que expresan emoción y emiten juicios de valor.

SALVIATI.- Yo alabo, admiro y envidio al máximo a ese autor (Gilbert) por el hecho de que se le ocurriera una idea tan excelente acerca de una cosa manejada por innumerables ingenios sublimes, ninguno de los cuales la advirtió.

Es una estructura al revés: rica al inicio de proposiciones que se van colocando en un punto hacia la base de la oración principal. Este efecto hace que el lector de sus escritos quiera llegar hasta el final de la lectura. Citamos el pasaje donde Salviati critica la argumentación aristotélica de Simplicio, para quien el 3 es un número perfecto.

Sabido es que principio, medio y fin son tres; el número tres, considerado el número perfecto, posee la facultad de atribuir perfección a quien lo posea; es así que no siento yo cosa que me mueva a admitirlo; y no entiendo y no creo que, de este modo, sea el número 3 más perfecto que el 4 o el 2.

Es la estructura favorita de Galileo en situaciones de diálogo que implican tensión argumentativa, por la presencia de dos pensamientos contrarios en pleno agón y en busca de convencer sosteniendo las propias posiciones anteriormente mencionadas.

En textos expositivos prevalece generalmente la estructura inversa que organiza una progresión lineal; en Galileo los dos tipos de organización del discurso son disponibles, imprimiendo movimiento a su línea discursiva. Galileo observaba que la combinación alfabética, como citamos inicialmente, era el instrumento insuperable de la comunicación. Las fuentes provenientes de la oralidad fueron la base de su prosa, espacio donde experimentó sus efectos y los cristali-

zó en los diálogos.

Galileo, y también Calvino, observaron en distintos siglos que la literatura era la comunicación entre lo diverso.

Sintetizando, se puede decir que existe en Galileo un modelo de escritura, de elegancia, de vigor y de precisión.

Esa luz del universo que lo atrapara para que él lo descifrara, fue cegando los ojos de este hombre que sintió que había traicionado su profesión según sus propias palabras; y que, 400 años después, hiciera escribir al dramaturgo Bertolt Brecht respecto a este mismo tema: «Desgraciada es la tierra que necesita héroes».

A pesar de los avatares Galileo Galilei permanece eterno en la memoria de los siglos; el mismo que, según la leyenda, pronunciara la célebre frase al final del proceso donde fuera juzgado por haber contravenido las ideas de la iglesia católica: *Eppur si muove!*

Bibliografía

- **Altieri Biagi**, Maria Luisa. *Galileo e la terminologia tecnico-cientifica*. Florencia. 1965.
- **Calvino**, Italo. *Lezioni americane*. Verona. Mondadori, 2005.
- *Catalogus universales pro nundinis*.
- **Galilei**, Galileo. *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*. Madrid, 1995.
- *Galileo, vida, pensamiento y obra*. España, 1999.
- **Galluzzi**, Paolo. *Momento*. Roma, 1979.
- **Marquina**, José; **Ridaura**, Rosalía; **Álvarez**, José Luis, y **Quintana**, Manuel. «*Il Saggiatore*, un libro poco recordado». *Revista Ciencias*, Unam, N° 41, pp. 4, 5. Enero-marzo 1996. México.

Sfumato

Sara Gil Gracia

Poeta española (Navarra). Es enfermera de profesión.

***Aquel día se lo contarás a tu hijo
diciendo: Esto se hace con motivo de lo
que el Eterno hizo conmigo cuando salí de
Egipto. / Era un niño cuando rodearon la
casa, y entraron disparando. Y nos
hicieron mal los de Mitsráim y nos
oprimieron, y nos impusieron trabajos
forzados. / Aquel crimen ni siquiera tenía
nombre, tuvieron que inventarlo.***



Prometeo encadenado, de George Romney (circa 1778-1779)

Sfumato¹

Sara Gil Gracia

A los más necesitados.

En todos los viajes me pasa lo mismo, o se me olvida la cámara de fotos, o me quedo sin pilas, los libros, las fotos, los poemas, los dibujos de los presos, las pequeñas historias, y los nombres de los protagonistas.²

«Cuando los antiguos prisioneros regresaron a Dachau, diez años más tarde, para celebrar un acto conmemorativo, quedaron horrorizados al darse cuenta de que todavía vivían en ese lugar personas bajo condiciones indignas. Por lo tanto, acordaron hacer conjuntamente todo lo posible para transformar el terreno destruido, del antiguo campo de concentración, en un digno centro conmemorativo».³

Lío espiritual

Un día, un científico fue al confesionario.

Padre, confieso que he pecado.

Sólo absuelvo a los que han matado, asesinado, perseguido, exterminado, insultado, o han tenido pensamientos impuros (en el nombre de Dios), a mí lo mismo me da, pero los creacionistas se ponen como fieras.

1. Leonardo da Vinci pintó con la técnica del *sfumato* la sonrisa de la Gioconda.

2. Sin personajes, la industria de la razón puede sustituir el sentido común.

3. El campo de concentración de Dachau. Editado por el Comité Internacional de Dachau (ed. en castellano), página 22.

Padre, confieso que he pecado. He pecado de soberbia y he pecado de efecto mariposa. He pecado de bombas racimo y de bombas nucleares.

Mí hipótesis es que el Infierno es fruto de la imaginación, y del miedo a la noche.

Lo de la manzana fue culpa de Newton.⁴

Dios, que ha iluminado nuestros corazones, te conceda un verdadero conocimiento de tus pecados y de su misericordia.⁵

Otros pecados

Todo lo que la iglesia dice que es pecado, pero en el fondo está escrito en el ADN.

Hemos informatizado el sistema, y hay que esperar un poco.

Imprimir.....(.....).....⁶

Siete avemarías y un aviso:

Se busca experto para expedición al monte Ararat.

Dachau (1933-2008)

Sobre las alambradas, sobre las pequeñas celdas, sobre la torre de guardia, sobre la línea de césped, y sobre los hornos crematorios.

«Descienda del Cielo una paz grande, vida, abundancia, salvación, consuelo, liberación, salud, redención, perdón, expiación, amplitud y libertad, para nosotros y para todo su pueblo Israel, y decid: Amén. (Amén)».⁷

No lo sabía, dice el chico que cuelga del arnés.

No sabía que hubiera gente tan mala.

4. Isaac Newton.

5. Dice el sacerdote, de confesión católica.

6. Se supone que el ordenador piensa antes de imprimir.

7. Kadish Iatom.

El gran dictador⁸

El sombrero y el bastón desaparecerán con el cine sonoro.

Debes hablar tú,⁹ dice la voz de los mimos

Tendrá que venir Spencer,¹⁰ son tiempos modernos,¹¹ dejad que os diga unas palabras:

Aprendan a reírse.¹²

Charlot.

El pogrom de Kielce¹³

La primera copa celebra la creación del mundo.

Por qué esta noche es diferente de todas las otras noches.¹⁴

Aquel día se lo contarás a tu hijo diciendo: Esto se hace con motivo de lo que el Eterno hizo conmigo cuando salí de Egipto.¹⁵

Era un niño cuando rodearon la casa, y entraron disparando. Y nos hicieron mal los de Mitsráim¹⁶ y nos oprimieron, y nos impusieron trabajos forzados.¹⁷

8. Magnífica película estrenada en 1940.

9. Lo siento, pero yo no quiero ser emperador. Ese no es mi oficio, no quiero gobernar ni conquistar a nadie, sino ayudar a todos si fuera posible. (...)

10. Charles Spencer Chaplin.

11. Siempre fui contrario al sonido, está película fue rodada añadiendo ciertos efectos sonoros.

12. Durante su carrera cinematográfica, Charlot desempeñó muchos oficios, y era identificado por ellos, así, por ejemplo; se habla del Charlot barbero, del Charlot periodista. No quiso ser, pero fue un gran dictador de la risa. Un maestro.

13. El cuatro de julio de 1946, la ciudad de Kielce asesinó a 42 supervivientes del exterminio nazi.

14. Dice el Magid del Pesaj.

15. Shemot. *Éxodo*; 13.8.

16. Egipto.

17. Devarím. *Deuteronomio*; 26.6.

Aquel crimen ni siquiera tenía nombre, tuvieron que inventarlo.

El año que viene en Jerusalén

Claridad

No tenemos nada en ese idioma

¿Puedo decir el nombre de cualquiera?¹⁸

Sí.

El pogrom de Gaza¹⁹

¡Arriba las manos!

Al suelo, despacio, sin movimientos bruscos.

El muro,

Los hombres son el muro a los dos lados.

El álbum de Auschwitz²⁰

Pasaba las fotos. El Rabino, la llegada del tren, sus hermanos,²¹ miles de personas.

Los dados del tren en las sienes, jamás se abrían las puertas. Has visto cómo miraban. Untermensch.²²

Es más lejos, chifla el tren tres días y tres noches.

18. Durante esa noche, el niño más pequeño hace las cuatro preguntas de Ma Nishtaná.

19. Usaré túneles de abastecimiento; muros y pueblos, para decir que Gaza es un campo de concentración y una vergüenza para Israel.

20. Lilly Jacob Zelmanovich Meier lo encontró casualmente mientras se recuperaba del tifus.

21. Yisrael y Zelig Jacob.

22. Sub-humano.

Tratamiento especial.

Jabón.

Canadá²³

El país del hombre mosca²⁴

Las gafas de carey, el sombrero de paja.

El reloj y la cuerda.

Estamos en otro lugar, qué parezca que no nos damos cuenta

Las alambradas, los perros y los soldados

Concentración, me dice Harold. Me estabas contando que Gaza también tiene hospitales

Y escuelas.

Las cenizas de Berthe

Kurt²⁵ miró las cenizas de Berthe²⁶

Tengo que avisarles.²⁷

Seguramente es un espía de la Waffen.

Se lo prometí a Berthe.²⁸

23. Canadá era el lugar donde se amontonaban las pertenencias de los recién llegados a Auschwitz.

24. Los hechos son tan horrorosos que he puesto la ropa de Harold Lloyd en una de las maletas de Canadá.

25. Kurt Gerstein.

26. Berthe Ebeling era cuñada de Kurt.

27. Informe Gerstein.

28. Fue gaseada en Hadamar.

Se lo prometí a millones de personas.²⁹

Los suecos³⁰ apagarán los hornos.

El Papa³¹ apagará los hornos³²

He matado a millones de personas.

Exagerado.

He matado a todas las personas de la tierra³³

Exagerado³⁴

El maquinista de la general³⁵

Con valor, siéntate,

No ha

Comenzado, pásame las palomitas

A que no te lo esperas,³⁶ Hitler perdona a la chica sionista de ojos azules.

-
29. Pertenecía al instituto de higiene de la Waffen-SS, en la práctica se ocupaba de aplicar la solución final.
 30. Kurt Gerstein aportó como pruebas: las facturas del Zyklon-B, el mapa de los campos, y su propio testimonio. Informó directa y oficialmente al gobierno sueco, y por otros medios, a la resistencia holandesa; que a su vez informó al gobierno británico.
 31. Kurt era un hombre profundamente religioso, pero la iglesia católica se negó a recibirlo oficialmente.
 32. Lo siento... me acabo de enterar.
 33. Participó real y efectivamente en la solución final. Saboteó numerosos envíos de Zyklon-B, y arriesgó su vida para hacerlo.
 34. Se suicidó o fue asesinado por sus compañeros de presidio el 25 de julio de 1945; siempre quiso dar testimonio de la verdad, pero su testimonio de la verdad fue esencialmente excluido por el tribunal de Núremberg.
 35. Película dirigida y protagonizada por Buster Keaton en 1927.
 36. Debería poner Hitler sin nombre, pero es imposible. Han gritado alguna vez el nombre de algún político que defienda la muerte, entonces borren el repugnante nombre de Hitler, y pongan ese nombre.

Todos están mudos.

Der Führer schenkt den Juden eine Stadt.³⁷

No se borra el olor de la muerte

³⁸En la cámara de gas³⁹ un sonderkommando reza para que no lo escuche, lo he visto hablando. Si salvas a los niños, los salvas a todos. El maquinista lo sabe y dispara⁴⁰ con el jabón de la ducha a los niños palestinos⁴¹

Soldado, ¿no te produce lágrimas? Es mentira, es mentira, ya te lo he dicho muchas veces. El enemigo se ha globalizado y se ha puesto a caminar sin rumbo.

Combate a muerte

No hay reglas

Omnia mea mecum porto⁴²

Me hubieran disparado en la sien

No estás muerto es la única regla⁴³

Todo lo demás está permitido

37. Película realizada en 1944, justo después de la visita del Comité de la Cruz Roja Internacional al campo de Theresienstadt, los delegados del CIRC emitieron un informe tan favorable que ya no se inspeccionaron más campos. En la película se documenta el trato que los nazis dicen dar a los internos del campo de Theresienstadt. «Der Führer schenkt den Juden eine Stadt», El Führer regala una ciudad a los judíos.

38. A partir de este verso estamos en el campo de Auschwitz.

39. La cámara de gas es escalofriante.

40. Salimos de los hornos crematorios.

41. Israel ha usado en Gaza fósforo blanco. Es igual, qué más da, Gaza está rodeada por un muro.

42. Todo lo mío, lo llevo conmigo.

43. Salamo Arouch fue un boxeador olímpico griego que sobrevivió a Auschwitz.

Felices fiestas

Kol dijfin yetei veiojal,⁴⁴ rescata lo que has pensado

Hallel.

No tienen miedo.

Cuando llegaron a Portugal escondieron un cerezo entre las hojas de la Hadaga. Entre las raíces de las promesas cometí un pecado, no importa si mi corazón es grande, el pecado lo tiñe.

Señalo el suelo con sangre.

(Publicidad)

Ya no existe⁴⁵ dice el general Stroop.

Noche y Niebla⁴⁶

El enemigo se asfixia en un sueño, se asfixia muchas veces, una vez, otra, dos.

Hay que aterrizar en un lugar secreto.⁴⁷

Escucha los pasos, los pasos siguen el sonido de los zapatos⁴⁸

El termómetro marca la temperatura correcta, hoy no tendrás que ir a trabajar, hoy hace mucho frío.

Iván Denisovich le dice al lector que el termómetro nunca marca la temperatura correcta.⁴⁹

Puedes hacer lo que quieras.

Todos se quedan quietos, miran, no saben.

44. Que venga a comer con nosotros el que tiene hambre.

45. Informe Stroop. Jürgen Stroop.

46. Decreto Noche y Niebla, «Nacht und Nebel».

47. Desconozco la ubicación de tal espacio.

48. La única razón para que el tiempo exista es para que no ocurra todo a la vez. Albert Einstein.

49. *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Alexander Solzhenitsyn.

En la pared del GULAG el termómetro marca la temperatura correcta.

Puedes hacer lo que quieras.⁵⁰

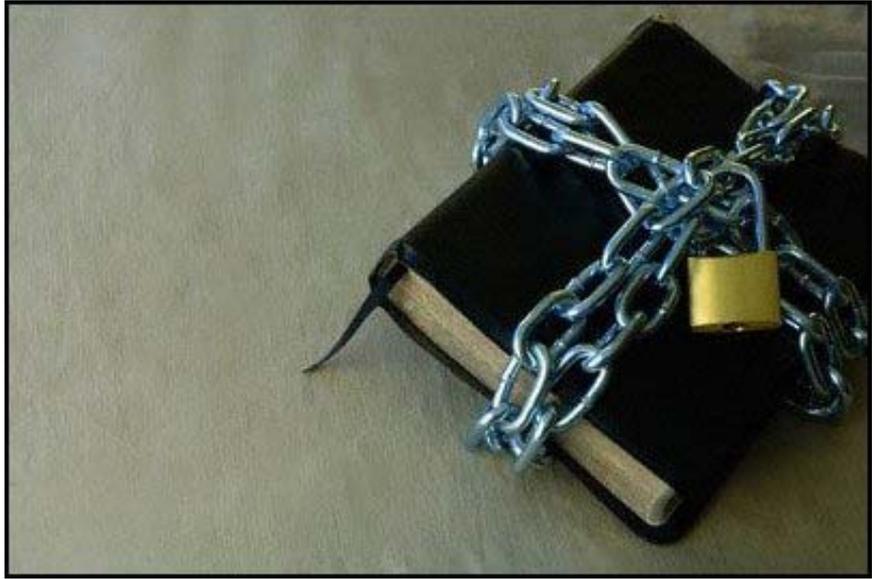
50. Soy responsable y por eso escribo poesía, soy responsable de la sensibilidad, de distribuirla, de mejorarla, de darle un uso, y de empeñarme en que sea usada.

Lecturas clandestinas

Juan Guerrero

Ensayista, poeta y docente venezolano. Es licenciado en letras, magíster scientiarum en educación, mención enseñanza del castellano, y candidato a doctor en filología hispánica por la Universidad de Oviedo (España). Es docente-investigador de la Universidad Nacional Experimental de Guayana. Ha publicado el poemario *Elegía a la sombra / Elegía all'ombra* (1981) y ha recibido en dos ocasiones mención de honor en el premio José del Valle Laveaux (Ciudad Bolívar, 1989 y 1992).

Los muebles, los enseres de cocina, los apuntes de la universidad de mi hermana mayor, los químicos que usaba mi padre para revelar fotografías en su cámara de cajón, las paredes empapeladas. Todo. Absolutamente todo era requisado y destruido buscando información que permitiera localizar y arrestar a mi hermano.



Fotografía: Dean Muz

Lecturas clandestinas

Juan Guerrero

Fue en una noche en los oscuros años sesenta cuando los agentes de la Dirección General de Policía —por sus siglas Digepol—, después Disip, irrumpieron en la casa donde vivíamos, en la Maracaibo de tantas solidaridades, y se llevaron documentos, fotos familiares y hasta mi libro máspreciado: el del Ratón Pérez y la Cucarachita Martínez. Decían que eran documentos subversivos que se habían encontrado en la casa de un *cabeza caliente* y que eran pruebas fidedignas que se anexaban al extenso expediente de mi hermano José Luis, quien se ocultaba en la Sierra Azul, en las montañas de Falcón.

Los muebles, los enseres de cocina, los apuntes de la universidad de mi hermana mayor, los químicos que usaba mi padre para revelar fotografías en su cámara de cajón, las paredes empapeladas. Todo. Absolutamente todo era requisado y destruido buscando información que permitiera localizar y arrestar a mi hermano.

También se llevaron el libro *Así se templó el acero. La madre*, de Gorki. Los manuscritos que tenía mi otro hermano sobre la historia de la familia. Acaso también mis iniciales escritos que celosamente guardaba cuando mi hermano Miguel venía del cine y me contaba las historias de Tarzán, pues como era un niño, además de padecer de asma, no podía ir a ver películas en el cine Paramount, él me decía que cerrara los ojos mientras me contaba la última de Tarzán. Yo recreaba en mi mente las imágenes desde el inicio, cuando salía el león de la MGM —Metro Golden Mayer— y después era sólo una misma ilusión a colores que se desplazaba sobre mi rostro feliz y aventurero. Después, mientras disfrutaban mis amigos del receso en el colegio Rafael Urdaneta, yo sacaba mi cuaderno y reescribía la película que mi hermano me había contado.

Pero aprendimos la lección y en las otras noches, mientras los vecinos nos alertaban cuando se acercaban los policías, nos íbamos al patio y cavábamos hoyos donde, colocados cuidadosamente en bolsas de plástico, enterrábamos

nuestro tesoro máspreciado: los libros.

Ahí guardamos las obras poéticas de Rainer Maria Rilke, *El castillo* y *El proceso*, de Franz Kafka, *La torre de timón* y demás poemas de José Antonio Ramos Sucre. La selección de poemas de Andrés Eloy Blanco que editó el Ministerio de Educación.

Quizá sea por eso que desde niño me identifiqué con esos y otros escritores. Recuerdo que una mañana, mientras desenterrábamos una bolsa con libros y estando limpiando uno de ellos, le di vuelta y en la contraportada descubrí la imagen en blanco y negro de Kafka. Me enterneció esa figura cuasi alada y de puntiagudas orejas. Me fue tan familiar pues en mi ingenuidad lo asociaba a mi hermano, de quien no sabía dónde estaba. Apenas entre cuchicheos de mis padres y hermanos, y algunos vecinos, percibía que estaba en la lucha armada, con la gente de Douglas Bravo y Fabricio Ojeda. Así aprendí a querer a ese autor. Como también a Neruda y sus *Veinte poemas de amor* y su canción desesperada. Eran mi familia también porque los asociaba a mi hermano.

Aprendí a amar las palabras. Inventaba términos para mandarle mensajes cifrados a mi hermano, evitando que los policías pudieran entenderlos. Esos cuadernos están aún por algún lado en mi baúl metálico, de esos que se usaban para viajar en barco.

No sé si serían libros prohibidos. Pero lo que sí sentí fue un inmenso vacío que por años me acompañó cuando los policías del régimen me quitaron mi libro del Ratón Pérez. Lo viví. Lloré siempre cuando él cae en la olla y la cucarachita Martínez aparece toda desconsolada en unos dibujos de colores atemperados y medio azulados. Eran dibujos grandes en una edición sencilla y de hojas que olían a lápiz y borrador. Ese olor propio del aula de primaria. Así amé mi primer libro que jamás volví a tener.

Pero la historia nos dice que siempre hemos vivido con la censura de lecturas. Sea por razones políticas, sea por motivos religiosos, fundamentalmente. Tanto en uno como en otro, siempre es el temor a enterarse de historias que otros censuran porque subvierten lo establecido, lo normado. En el fondo es por superstición, por una ortodoxia que permite a quienes censuran, entender la vida y el orden sin mayores reflexiones. Por fe divina o por fe en el caudillo político.

Poseo un libro que menciona más de mil obras censuradas desde hace siglos. Todas las obras de los maestros esotéricos. Aquellos de Galileo, quien se salvó por milímetros de ser quemado en la hoguera... *eppur si muove*. Fue su medio balbuceo para indicar su apego a la libertad de pensamiento, mientras la

iglesia católica, esa del siempre doble discurso, lo amonestaba incesantemente.

Parte de nuestra historia escrita ha pasado por la censura de libros. Desde las ordenanzas, bulas y edictos de papas y reyes, hasta estos tiempos grises y anodinos de comienzos del siglo XXI.

No sé si agradecer a la vida por mi asma en la niñez. Ello me permitió estar siempre recluso en mi hamaca y después en la cama. Y mientras eso sucedía, mi mamá y también mis hermanas traían libros que me leían para no estar solo. Yo desarrollé un instinto muy personal para estar acompañado. Tener un libro entre mis manos. Después de leerlo pasaba horas mirando el cielorraso del techo recreando lo leído. Siempre viajé a través de esas historias. Fui detective en las novelas de Agatha Christie y de Ian Fleming, vaquero en las historietas de Marcial Lafuente Estefanía. También me enamoré con las novelitas rosas de Corín Tellado o me creí superdotado en las tiras encuadradas de Superman. Pero siempre retornaba a la palabra reposada de Ramos Sucre y Rilke. Quizá con ocho o nueve años era muy poco lo que podía comprender pero pronunciar palabras nuevas me agradaba. Después me topé con mi primer diccionario latín-español. De mi hermana mayor. Ahí me metí por un largo tiempo. Aprendí a buscar palabras. Saber de su origen. Memorizar su ubicación y, sobre todo, pronunciarla. Sin darme cuenta, y apenas naciendo a la consciencia de saberme vivo, de estar en el mundo y padecer de cotidianidad, descubrí la libertad tan necesaria para existir y ser reconocido. Los libros me sirvieron para desarrollar la escritura. Para escribir cartas de amor que intercambiaba con mis compañeros de primaria. Ellos me brindaban el desayuno o me protegían de algún mal encarado envidioso, mientras yo les entregaba poemas y líneas cargadas de bellos mensajes, que a su vez mis amigos usaban para entregar a sus conquistas amorosas.

Me convertí en una especie de escriba escolar. Para el Día de la Madre, del Padre, para el Día del Árbol. Para la semana del aniversario del colegio. Siempre me buscaban para que escribiera los mensajes y poemas. Las maestras eran condescendientes conmigo y en ocasiones me permitían estar más del tiempo establecido en la biblioteca para terminar algún escrito que ellas me pedían.

Mi concepto de la libertad está intrínsecamente relacionado con la lectura, la escritura y el mundo de los libros. El libro para mí es más que un objeto y que una forma. Es un ser vivo. Tiene peso, olor, sabor. Tiene un volumen y además me sirve de compañía. Todos mis años como estudiante de bachillerato y en la universidad, me serví de los libros para sentirme acompañado. Los cargaba entre mis manos sin desear terminar de leerlos por el temor a la separación. Por eso tardé cerca de tres años para leer *Cien años de soledad*. Por eso siempre

regreso a los libros que encontré cuando niño. Vuelvo siempre a la *Odisea*. Regreso siempre al Hidalgo Don Quijote. Al Arcipreste de Hita. Mi libertad está concebida como una forma de vida, un estilo de existir desde y por los libros. Años después descubrí que otros amigos también se habían iniciado en la lectura desde la niñez. Eso me ofreció mayor seguridad y sentido de convivencia. De afecto. Por eso respeto también a quien lee libros. Me parecen seres extraordinarios. Y si además de ello escriben, tanto más cuanto refieren a existencias plenas y colmadas.

Quien lee se hace dueño de su devenir histórico y construye y reconstruye constantemente su propio destino. Los seres verdaderamente libres están indisolublemente adheridos a la lectura de libros. Y esto es así porque en ellos no existen límites en la aventura de la vida. No hay temor a la soledad. Los libros son un talismán contra los pillos políticos y los hipócritas religiosos, quienes se valen de sus creencias para imponerse a sangre y fuego contra el Otro-diferente.

La libertad, su sentido primario de existencia, para mí está entrelazada a la práctica de la ciudadanía, y ésta se cultiva con la lectura de libros que logran construirnos espacios poéticos que visualizan y objetivan la realidad. Por eso lo que somos y seremos se lo debemos a los libros y la lectura del mundo.

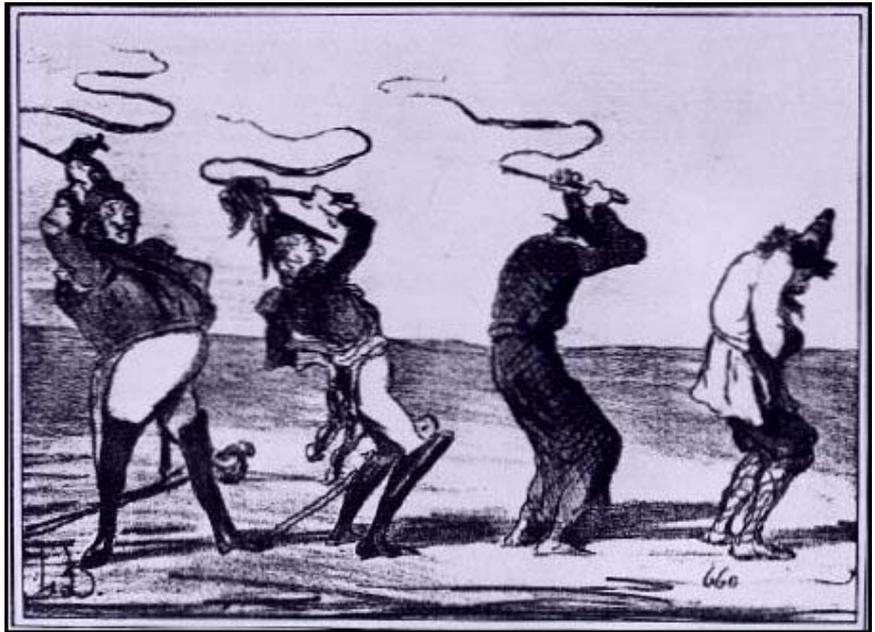
Leer es un acto político de fe en la vida y el Otro-diferente. En años como estos, de tanta indiferencia al libro y la lectura, la libertad está limitada, censurada, convertida en un objeto manufacturado que tiene dimensiones, peso y hasta rostro, y que se intercambia como eslogan de propaganda cotidiana. No tiene trascendencia. Es necesario reconstruir esa libertad, darle una dimensión tangible, que sea entendida y usada como valor de existencia primigenia. Pero, para ello, tenemos que transitar por los senderos de las páginas de nuestros libros más preciados. Amarlos como se ama a un árbol, abrazarlos como se abraza a un abuelo, protegerlos como se protege a un niño. De otro modo, seguiremos entendiendo y defendiendo una libertad vinculada a la adoración de un dios aséptico y unos héroes fosilizados, sinónimos de barbarie y decadencia.

La poesía en estado de sitio

Florentino Gutiérrez Gabela

Escritor español (León, 1953). Es técnico de telecomunicaciones. Poemas suyos pueden leerse en revistas digitales como *Destiempos*, *Palabras Diversas* y *Almiar/Margencero*. Ha publicado, además, los poemarios *Liturgia del tiempo*, *Caballos del Paraíso*, *Últimas devociones* y *La vida y otros agravios*, todos con el sello Visión Libros.

***La poesía ha cometido un delito / de
acaparamiento de sensibilidades, /
conductas revolucionarias / y actos de
sublevación. / En principio su libertad
será restringida, / luego será procesada,
enjuiciada / y finalmente ejecutada.***



La jerarquía del ejército, de Honoré Daumier

La poesía en estado de sitio

Florentino Gutiérrez Gabela

La poesía en estado de sitio

La poesía perturba el orden social.

El Estado tiene facultades ilimitadas
y procedimientos penales a tal efecto,
el régimen se servirá de atribuciones dictatoriales
para indagar las causas de esta calamidad pública
que ocasiona desobediencia civil
y atenta contra la salud mental de los ciudadanos.
Quedan suspensas para la acusada, las garantías
adverbiales, adjetivales, nominales
y de toda índole gramatical.

El poder político ha manifestado
que hay que acabar con los manipuladores del pueblo,
el sistema judicial y represivo del país, se servirá
de métodos anticonstitucionales
y cometerá todo tipo de violaciones si fuera preciso,
—no habrá imparcialidad—, dice la prensa oficialista,
el abuso de poder policial, será absoluto, el hábeas
corpus y todas las garantías existentes serán abolidas.

Ataviados con sus uniformes verde oliva,
agentes antisociales acometerán tareas
para exterminar la poesía, lacra de la sociedad.

La poesía ha cometido un delito
de acaparamiento de sensibilidades,
conductas revolucionarias

y actos de sublevación.
En principio su libertad será restringida,
luego será procesada, enjuiciada
y finalmente ejecutada.

La poesía tiene las manos atadas

Adónde vas sin tregua, Federico García Lorca

¿al inmortal ocaso
donde la tarde es un exilio de azucenas celestes?

¿donde el universo es una hambrienta paloma
que devora la sal?

Tu boca nos responde
con un orgulloso latigazo de silencios
¿un desdeñable consuelo ante tanta demencia?
¿un prodigio de obstinación más allá de la muerte?

sin embargo nos acoges
con el corazón dolido de las horas más oscuras
y nos miras con tu mirar de mirlo enamorado
y jubiloso.

Olvida el sueño despojado
por una ceguera de cuchillos edificando calamidades,
no pretendas sembrar el odio
cuando el firmamento es estéril
y empaña la hospitalaria sala
donde declina el día. Sé siempre dichoso
desde cualquier cautividad en que te encuentres.

Sólo pedimos llevarte
por esa noche hinchada de racimos
o un inquebrantable jazmín para apuntalar
el desguarnecido frío de la pureza,
adónde sino ese desorden de rimas
extraviadas por tus manos.

Desde aquí abajo se te ve un huérfano terrestre
pisando los astros de vistosas alas,

un halcón despreciando
el derroche perfecto de la aurora.

El paseílo

Los dominios del tiempo han crecido
igual que una horda de plagas

las manos han querido hacer reciente el destino
hasta envejecer,
obstinadas en olvidar silencios,
arrebujando papeles de la guerra civil

entonces, el cardo áspero de la memoria
recuerda «el paseílo»,
las amanecidas de niebla contra el muro infame,
donde el musgo brotaba
cuando un hilo de sangre cayendo inútilmente
brillaba en el amanecer escarchado,
bajo el mismo cielo que habría de cobijar el llanto
y la cobardía

los anarquistas quieren matar a Franco
pistoleros de la patronal asesinan obreros
se multiplican los piquetes
se queman iglesias
las monjas son enterradas en los conventos
los huelguistas destrozan paseos y vuelcan tranvías
elementos incontrolables asaltan los cuarteles.

Contra la tierra fría de la madrugada,
la vergüenza con su mirada de lodo
no dejará sellar la herida en la fosa común.

Construir murallas

Contra esa fe enfermiza del poder
habría que construir murallas,
publicar caricaturas,
viñetas, o escribir algún cuento

con aprobación clerical

el periódico ha informado de detenciones arbitrarias
y el ministerio de información se siente ofendido

nombran un nuevo editor para occidente
un nuevo ministro para el orden social
hay una prohibición oficial por falta de permisos
la masa obrera se agita
la universidad propone un debate cultural

fuerzas progresistas
convocan una protesta generalizada

la ciencia y el pensamiento crítico
evalúan la situación

la opinión pública encuentra argumentos morales
contra las fuerzas conservadoras

el ejército toma las calles temiendo lo inevitable
en vista del extraño cambio que experimenta el país

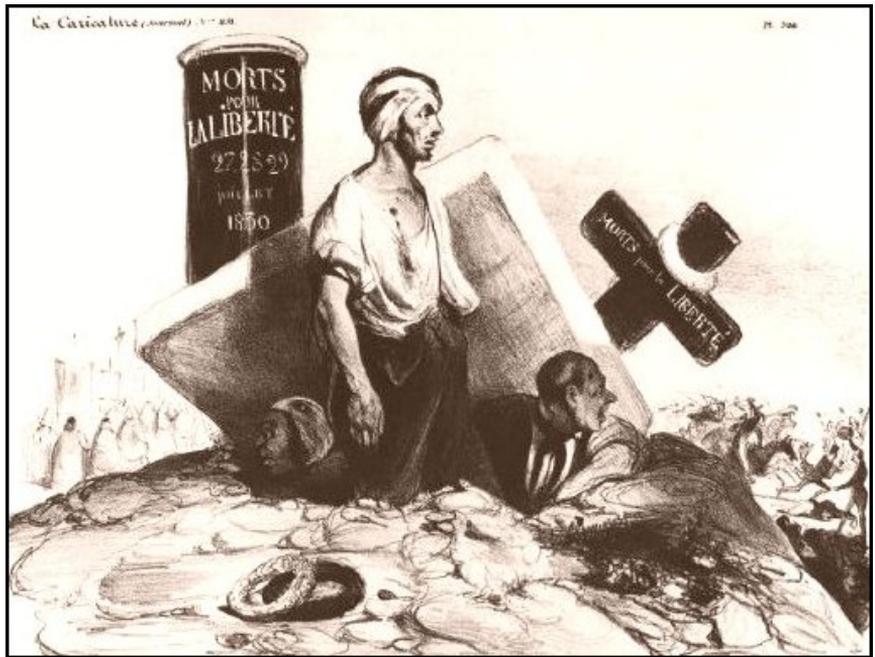
el orden está garantizado, al menos de momento.

De la censura y el miedo

Alberto Hernández

Poeta, narrador, periodista y pedagogo venezolano (Calabozo, 1952). Tiene un postgrado en literatura latinoamericana en la Universidad Simón Bolívar y fue fundador de la revista *Umbral*. Ha publicado los poemarios *La mofa del musgo* (1980), *Amazonia* (1981), *Última instancia* (1989), *Párpado de insolación* (1989), *Ojos de afuera* (1989), *Bestias de superficie* (1993), *Nortes* (1994) e *Intentos y el exilio* (1996). Además ha publicado el ensayo *Nueva crítica de teatro venezolano* (1981), el libro de cuentos *Fragmentos de la misma memoria* (1994) y el libro de crónicas *Valles de Aragua, la comarca visible* (1999). Reside en Maracay, estado Aragua, Venezuela, donde dirige el suplemento cultural *Contenido*, que circula en el diario *El Periodiquito*.

Si bien la economía infunde terror (las palabras muerden, dejan huellas en los oídos, en la memoria y en el alma), deberíamos afincarnos en la idea de que la censura es un ente vivo, sujeto a las manipulaciones del hombre, es decir, al terror que el poder le tiene a la disidencia.



Entonces fue para esto que vinimos a matarnos, de Honoré Daumier

De la censura y el miedo

Alberto Hernández

1

Si sólo nos prometemos quedarnos en el epígrafe de un mudo, desataríamos una polémica que seguramente levitará en las nubes, toda vez que el pensamiento en cierta provincia de nuestro país se ha enrumbado por lo inmediato y lo fácil de digerir. Que basten entonces unas pocas ideas más para columpiar en la «realidad misma» que nos consume, para no salirnos del camino y pergeñar alguna que otra torpeza de las tantas que digo y trato de esquivar aunque las busque con denuedo. Se trata de los riesgos personales, de la porfía por ejercitar y dejar la magnesia en la alacena. Que la boca se cierra y las páginas podrían recibir el manotazo del censor. Suerte de Vitelio Reyes, el hombre del lápiz rojo de la dictadura de Pérez Jiménez.

Si bien es cierto que «todo lo que nos circunda es obra nuestra, obra del hombre: las casas, los palacios, las ciudades, las espléndidas construcciones esparcidas por toda la Tierra», también es cierto que Dios es el inventor de la realidad, es decir, el mundo donde caben las palabras, el libre albedrío, el trabajo y la creación del hombre, por lo que no estamos exceptuados de perder la realidad. He allí entonces lo que le pasa a quienes desde el poder le temen a las voces disidentes. Y tanto que hasta un poema puede derretir el cañón de una metralleta.

La realidad no nos pertenece, es una «verdad» que captan los sentidos, está allí, pero impulsada por lo que ya estaba «hecho». Por ejemplo, para el pensamiento marxista «la realidad es la economía: todo lo demás es sublimación o enmascaramiento de la economía». Y así pasa con la comunicación. De la economía y de las palabras que la encubren se traduce que es «la parte del ser social *fetichizado* que, gracias a la atomización del hombre en la realidad capitalista, ha alcanzado no sólo su autonomía, sino también el dominio sobre el hombre...».

Discurso, palabras... También se desprende de esta idea que una vez logrado ese dominio, el factor económico infunde pánico, a juicio de los ideólogos del siglo XIX. Y con el pánico, el miedo a decir, a expresarse, a escribir lo que siente y lo que se ve.

2

Hasta ahí, para que las ramas del árbol verbal no sólo sean hojas. Si bien la economía infunde terror (las palabras muerden, dejan huellas en los oídos, en la memoria y en el alma), deberíamos afincarnos en la idea de que la censura es un ente vivo, sujeto a las manipulaciones del hombre, es decir, al terror que el poder le tiene a la disidencia. Marxismo purito, puesto que éste «no es un materialismo mecanicista que intente reducir la conciencia social, la filosofía y el arte a las 'condiciones económicas', y cuya actividad analítica se base, por tanto en el descubrimiento del núcleo terreno de las formas espirituales», según Karel Kosik. De modo que estamos tratando un asunto que atiende a un «sujeto concreto que produce y reproduce la realidad asocial, al mismo tiempo que es producido y reproducido históricamente en ella». Ah, quien censura no sabe de esto, pero siente el gusanillo del miedo a ser calcado por los escritores, por los poetas, por los conspiradores verbales.

El método, sí, el tan codiciado artefacto para adentrarnos en la crítica. Pero me ato al idealismo, a la frecuencia espiritual como hacedor de ideas, de imágenes. De manera que no concibo un animal que piensa y que sustenta su trascendencia sólo en lo material.

Las crisis de los pueblos, más allá de las concepciones confusamente ideológicas, son autónomas en la medida en que la llamada atomización del hombre, como fenómeno capitalista, no sea vista desde la perspectiva de la cultura. El miedo a la realidad: a las marchas, de parte del poder comarcano nacional, a los disparos de unos encapuchados que nacieron empujados por las universidades, al actico cultural del Poliedro de Caracas el día sábado o cualquiera de los tantos que son ahora patrios, cuya cursilería no deja pensar sino que concentra la personalidad del Presidente para el desfaje de la autonomía de la realidad en la medida en que la idea autocrática patrocina su esencia.

El país es una intención radical, enmascarada en la ilusión que un hombre concita. De modo que no crea nada nuevo ni trabaja para que eso suceda porque no concibe otra realidad, sino anclado en una revelación profética. De allí la impronta de ese miedo que suscita la palabra, la información, las imágenes que desnudan a quienes se creen cubiertos por las consignas y las amenazas.

3

La falta de autocrítica, la de reconocimiento de las fallas de un discurso religioso, embaucador, arriba a la sacralidad de premisas burdas: una supraestructura cuyo rigor nada en la corriente, por ejemplo, de las palabras subrayadas, permanentemente, de una fauna que ha emergido de la misma censura, porque ella viene del enmascaramiento, de la carnavalización de la política. Nadie le quita los derechos a nadie, el poder los subyuga, los rebaja a la realidad que todos conocemos. Se impone la desenajenación del discurso: el régimen pierde la realidad porque desconoce la del otro, no negocia. El gobierno escolar tiene razón cuando afirma que la educación es sagrada, lo que sucede es que el discurso del poder la ha vulgarizado cuando politiza a los niños y a la misma educación. Cuando habla con su chirriosa voz y acusa, rodeado de niños, está implicando a los mismos niños en su discurso. ¿Qué escuela es esta? La de la censura, la del encapuchamiento.

La revolución se encrespa en su propia autonomía, por eso perece, se engulle ella misma, se hipnotiza desde su falta de creación, aunque trate de trabajar, inútilmente. Se censura censurando.

IV Reich

Mario Herrero

Escritor y estudiante español (Madrid, 1991). Ha escrito los libros *La vida de Steven Dwain* y *Me llamo Emmanuel Young*, aún inéditos. Estudia psicología en la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

Odian a las mujeres y a los negros, a los homosexuales y en general a todo aquel ser que es diferente a ellos. Odian los excesos y la fiesta y casi todos ellos son fundamentalistas religiosos. Son como robots creados por el Dictador y le siguen a todas partes.



El castigo de los ladrones, de Henry Fuseli (1772)

IV Reich

Mario Herrero

Tengo miedo. He salido por la noche y he vuelto a casa de madrugada, y no sé lo que va a ocurrirme. Aquí no puedes salir por la noche, es ilegal. Aquí todo es ilegal y todo tiene castigo. A las ocho de la tarde hay toque de queda, se cierra todo y en la calle sólo queda la policía. El Gobierno tiene cámaras en cualquier recinto interior, en las señales de tráfico y en las paredes externas de algunos edificios, y eso hace mucho más complicadas nuestras excursiones nocturnas. Después de la fiesta, llega la resaca.

—Pero si anoche no salí, estuvo aquí conmigo... —oigo a mi madre gimotear desde el pasillo. Ya llegan.

—Cállese, señora —los oigo venir desde el pasillo. Deben de ser unos cuatro o cinco, todos ellos con su uniforme azul y su gorra cuadrada, sus gafas de sol y sus enormes porras. Y todos ellos atiborrados de anabolizantes.

El Gobierno los llama la Patrulla de Corrección Diurna. Entre nosotros los llamamos, precisamente, la Resaca. Ya estoy despierto para cuando irrumpen en mi habitación a toda velocidad. Apenas llego a notar la verdadera resaca, esa resaca que resulta tan placentera cuando comprobamos que no nos han cazado a la mañana siguiente. Pero esta vez debimos de ser descuidados o el Gobierno debió de instalar una nueva cámara, lo cierto es que en cualquier caso nos descubrieron. La Resaca no es otra cosa que una soberana paliza, porrazos por todos los lados, sin contención, no hay posibilidad de evitarla, es el coste que tiene salir por la noche en Isla Delta. Tras recibir el castigo, apenas me queda conciencia suficiente para darme cuenta de que los golpes han cesado. Hay sangre por las sábanas y por las paredes, por mi cara y por mis manos. Mi madre acude corriendo con una toalla mojada, que desde luego no me alivia. Aun así debo dar gracias por seguir con vida, pues más de uno a muerto a manos de la Resaca.

Pertenezco a un minúsculo grupo de disidentes políticos, los únicos que nos

atrevernos a estar en contra de la dictadura de Isla Delta. El Gobierno tiene controladas las calles y los comercios, no se puede gritar y no se puede correr, y cruzar un semáforo en rojo supone más de un año en prisión. Incluso las aceras tienen carriles y está prohibido adelantar. Isla Delta está cerrada al exterior por todos los medios, no hemos tenido contacto con ningún otro país y no creo que lo tengamos nunca. El hecho de que nos llamemos Isla Delta, y no Alfa, o Beta, sugiere que hay más como nosotros, pero nunca lo hemos sabido, no conocemos más que lo que hay aquí. Ningún producto viene de fuera y la ropa aquí confeccionada sólo tiene dos colores, el blanco y el negro, y ningún diseño más que el de la talla de cada uno. El comerciante tiene prohibido vender al usuario una talla superior o inferior a la suya, y llevar chaqueta en verano o no llevarla en invierno puede ser motivo de castigo.

Todos somos iguales, todos somos clones. No hay televisión ni hay cine y no hay más arte que los conciertos de ópera y música clásica reservados a Gustav Avalon, el Dictador, y a su familia y allegados. El pueblo no tiene derecho a nada y el país, o lo que quiera que sea esto, no va a ninguna parte. Más del cincuenta por ciento de la población es policía, y el resto trabajamos en el campo, en fábricas o en minas, excluyendo a los músicos del Dictador, que interpretan las partituras que él, fanático de la música, les suministra. Aparte de música, lo único que aquí se crea es armamento militar, de todo tipo y siempre de la mejor calidad. Los únicos científicos de los que disponemos están tan locos como Gustav y comparten todos sus proyectos, y últimamente se han entregado con todo su afán a la guerra química. Y mientras que a esto se dedican, nosotros trabajamos de sol a sol por un sueldo mínimo y una cartilla de racionamiento.

A pesar de todo, somos muy pocos los que nos enfrentamos a este Gobierno. Han pasado tantos años, la educación ha sido tan estricta y la propaganda tan convincente, que la gente está convencida de que no hay nada mejor que esto. Yo soy joven y ni siquiera he llegado a vivir la buena época, pero soy inteligente y tengo una mente abierta, y como otros pocos, sé que se puede vivir de otra manera. Lo que más me sorprende es que incluso nuestro gobernante, nuestro Dictador, está de acuerdo con su propia doctrina. No es un régimen que mantenga para controlar al pueblo, no es algo con lo que pretenda hacernos daño, es su propia convicción y su propia política. Él vive así, no tiene televisión y no escucha ni lee nada que vaya más allá del siglo XIX, está loco por la música pero no ha pasado de Stravinski. Y tampoco puede decirse que la policía esté corrupta o que ellos vivan mejor que nosotros, en realidad ellos se mantienen con vida gracias al gimnasio y a las drogas androgénicas. Odian a las mujeres y a los negros, a los homosexuales y en general a todo aquel ser que es diferente a ellos. Odian los excesos y la fiesta y casi todos ellos son fundamentalistas religiosos.

Son como robots creados por el Dictador y le siguen a todas partes porque Gustav Avalon es un hombre muy peculiar; tiene más de cincuenta años pero tiene la apariencia de un muchachito joven, de melena rubita y ojitos verdes, habla con la melosidad y artificio de un niño de papá, pero tiene mucho veneno en la lengua, de cada dos palabras que dice una de ellas es malsonante, y el hecho de que hable con tanta finura y diga tales cosas le hace un ser verdaderamente escalofriante y siniestro. No es el típico dictador blando y enclenque, pues es un tipo verdaderamente peligroso, y lo más raro de todo ello es que sus partidarios no le tienen ningún miedo, sino que le respetan. Es como vivir en un mundo en el que a todos les gusta vivir sin libertad.

Fue por eso por lo que nos resultó tan difícil colocar una bomba en la mesa de su despacho. Hubieron de pasar muchos años hasta que logramos introducirnos en el palacio del Dictador. Cuando éramos más jóvenes, lo único que queríamos era salir de fiesta y nos escapábamos de noche para ello. Esos fueron nuestros primeros actos de rebeldía, cuando no conocíamos las consecuencias de lo que hacíamos. Desde la primera noche en la que salimos, la Patrulla de Corrección Diurna comenzó a hacernos visitas. En mi grupo teníamos una media de quince años, algunos menos, pero eso no detenía a la Resaca. Algunos de los nuestros murieron a manos de la Resaca a medida que pasaron los años, y en los hospitales estaba prohibido atenderlos por orden expresa del Dictador. Poco a poco, nuestras reuniones pasaron a estar mucho mejor organizadas y a tener un carácter más político. Era ya casi imposible conseguir alcohol y además nos hicimos mayores, por lo que las fiestas pasaron a la historia. Nos convertimos en la Resistencia.

Nuestro líder era N'tabo, un hombre de color, el último que quedaba en Isla Delta, pues los habían exterminado a todos. Nadie supo nunca cómo se las apañaba para mantenerse con vida y para esquivar al Gobierno día tras día, pero lo hacía. Era un tipo muy silencioso y muy discreto. Tan discreto que se cortó la lengua a sí mismo para no dejar escapar ninguno de sus secretos.

Era así como sobrevivíamos, y era así como nos movíamos en la clandestinidad. Nuestro contacto en palacio era un teniente de policía a cuya hija de doce años le habían partido el pómulo de un porrazo, por andar por la calle a la pata coja. Nuestro fabricante de bombas era el hijo adolescente de un científico loco, un manitas y un genio como su padre, pero no un maniaco asesino como él. Tras varios meses de reuniones conseguimos encontrar un lugar seguro para conspirar y trazar un plan que nos permitiera acabar con la dictadura de una vez por todas. Llegó el día D y Gustav Avalon se sentó a componer música en su despacho. Desde la fábrica en la que trabajo pude oír la bomba detonarse en palacio. Procuré que las cámaras no captaran mi sonrisa de placer.

A la mañana siguiente todos esperamos recibir en el periódico con la noticia de su muerte. Cada familia debía recoger el periódico a un minuto diferente del día, por lo que aquella mañana me consumía la impaciencia. Finalmente, mi madre entró a mi habitación y lo tiró encima de mi cama. Conferencia a las cinco de la tarde. El Dictador seguía con vida.

Tenía media cara quemada y el brazo izquierdo en cabestrillo, pero por lo demás estaba bien. Nuestra bomba era de fabricación casera y al parecer no cumplió con su objetivo. La sonrisa del Dictador se hacía mucho más terrible salpicada de sangre.

—Sigo vivo. Podéis iros jodiendo, mis queridos conjurados hijos de puta —comenzó a decir Gustav con su vocecilla de querubín psicópata, y sin dejar en ningún momento de sonreír—. Mi gran error ha sido no mataros a todas, putitas conspiradoras, cada vez que hacíais fiestecitas por la noche. Pero sé quiénes sois, amiguitas, podéis iros escondiendo, mariconas, porque la policía de Isla Delta irá a todas y cada una de vuestras casas, una por una, para pegaros un tiro en la puta cabeza, ¿verdad que suena bien, eh?

El tono era del que estaba contando un chiste a sus amigotes. Y eso lo hacía mucho más terrible. Yo quería echar a correr pero no podía, no en medio de la Plaza de Palacio, era demasiado arriesgado. Todavía tenía alguna herida en la cara y la gente me miraba como conspirador. Era la plaza central de toda la isla y estaba llena, debía de haber allí como unas dos mil personas, vestidas iguales. Camuflarme no me fue muy difícil, me alejé de cada policía que estuviera por allí y finalmente eché a correr. Me daban igual las cámaras, eché a correr hasta mi casa como alma que lleva el diablo. Cogí el coche de mi madre, un automóvil negro igual que los del resto de la población, y apreté el acelerador todo lo que pude. Aquel momento, con la policía al completo ocupando la plaza, era el único momento en el que se podía escapar, y aproveché la ocasión.

Dicen que en las playas no hay cámaras, porque allí se vierte toda la basura radiactiva de las fábricas, y nadie se atreve a entrar. De todas formas, es la única salvación. Creo que es allí donde vive N'tabo y es allí donde quizá podamos volver a organizar la Resistencia. Veo a algunos de los míos llegar junto a mí; han tenido la misma idea. Volvemos a vernos las caras, rostros aterrorizados e indecisos que no saben qué hacer... pero que están unidos.

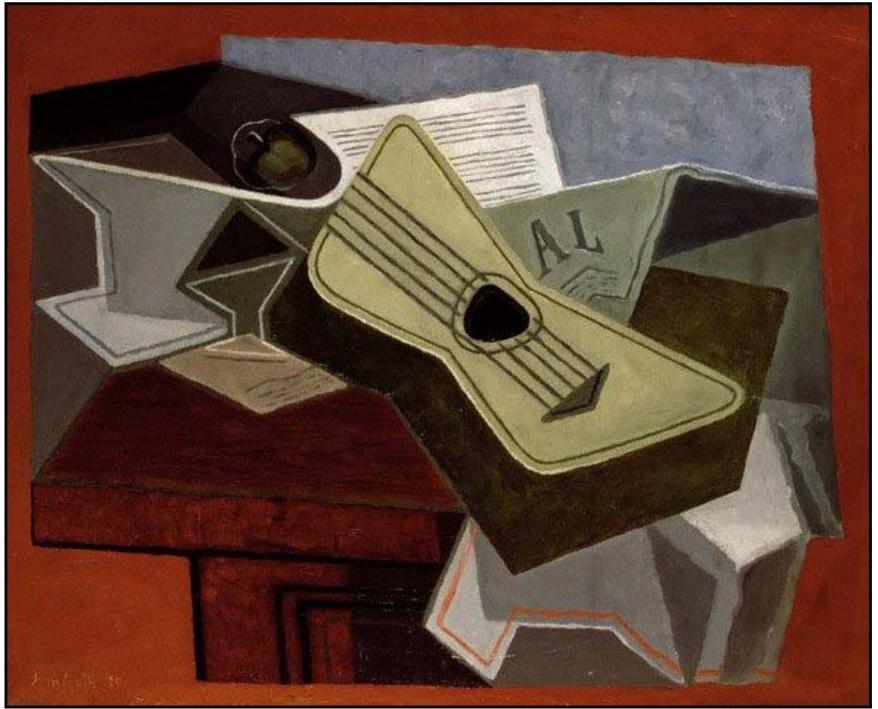
Hoy ha sido una gran derrota. Pero la Resistencia nunca morirá.

Ya no te espero

Manuel Llorens

Escritor venezolano (Caracas, 1973). Es psicólogo clínico de profesión. Ganó el Premio de Poesía Fernando Paz Castillo (2006), recibió una mención en el Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana (2007) con un libro de ensayos sobre psicología del fútbol y ha ganado varias menciones por sus cuentos, entre los que se encuentra una mención del Concurso Anual de Cuentos del diario *El Nacional* (2007). Ha sido colaborador de varias revistas digitales y del *Papel Literario* de *El Nacional*.

¿Por qué, si es el trovador principal de una época supuestamente gloriosa, el mismísimo nacimiento del futuro gozoso de la humanidad, son siempre tan tristes sus canciones? ¿Por qué es un cancionero repleto de melancolía en un país en que la alegría penitente ante cualquier escenario es un valor, casi una obligación patriótica? ¿No resulta todo evidente? Si juntas las piezas, resulta obvio.



Guitarra y periódico, de Juan Gris

Ya no te espero

Manuel Llorens

*«La cosa está en que no queda
remedio inteligente que no sea
usar las piezas que hay en los rompe-caminos,
e ir tirando por ahora, aunque más allá
persistamos en crear nuestra canción
con las piezas que queremos construir,
que serán igual».*

S. R.

*«Cuidado con caer rehén
en la celda de tu propio verso».*

Poeta caraqueño desaparecido

Siempre se acercan y callados me preguntan. Bajan la voz, miran hacia abajo, disimulando, como si algo se les ha perdido. Susurran y preguntan con ansiedad: «Y Silvio, ¿en verdad es de los nuestros?». Lo hemos acompañado en el silencio cómplice, durante la larga condena de confusión que cayó sobre él, que él mismo fabricó, que ha tenido que cargar. Pero ya no hay más tiempo para intentar descifrarlo, o lo rescatamos esta noche o lo abandonamos ya de una vez por todas.

«*Ya no te espero, ya estoy regresando solo*», es la más triste. Cuando lo entiendes es que te das cuenta, que es la más triste de todas. Se hace evidente, lo que ya sabíamos allí en algún lado. No le cantaba a las mujeres, le cantaba a una sola, que lo ha mantenido todos estos años esperando. «*Ya no te espero, llegarás pero más fuerte, más violenta la corriente, dibujándose en el suelo, de mis pechos de mis dedos, llegarás con mucha muerte*». La cantó por primera vez en vivo durante su último concierto en Madrid. Fue cuando supimos que teníamos que ir a rescatar a Silvio, hijo de una espera larga.

¿Los que lo condenan sabrán de dónde viene? ¿Sabrán su historia? ¿Sabrán que a los catorce años, entrando en la adolescencia, cuando la revolución a penas daba sus primeros pasos (también los errores tipográficos pueden ser aliados, es parte del sistema como se entenderá luego), él sufría sus primeros tropiezos y los dos fervores se encontraron e inspiraron mutuamente? Fue por genuina convicción juvenil que se inscribió en la asociación de jóvenes rebeldes, aunque ya intuía que una asociación en apoyo al gobierno de turno, llamada de rebeldes, resultaba primero redundante y luego oximorónico. Luego lo agarraron las milicias. Ya era un buen guitarrista, ya deslumbraba a las muchachas que lo convocaban a salir del rincón que él tímidamente inspeccionaba para pasar a ser el centro de atención de la fiesta. La música lo salvó del horror y lo condenó a las cárceles de la mirada ajena. Siempre. Ya en ese entonces los maestros de música le habían puesto el ojo, y fueron arreglándoselas para que estudiara música, para que participara en los institutos. Pero recién comenzado a integrarse, apenas salido de su cáscara, recién atreviéndose a poner a prueba sus capacidades, fue reclutado y tuvo que truncar por primera vez su dirección para cumplir el servicio militar.

Pero la poesía podía más, ya escribía canciones y escribió su maravilloso poemario juvenil que le dio una mención en un premio literario. Superada esa primera postergación de sus sueños artísticos, a los veintidós aún continuaba su fervor político, sus ganas de creer que estaba participando con sus canciones en un nuevo despertar. Escribió canciones en homenaje al recién fallecido Che. Estaba en el apogeo de su alumbramiento como artista y el pico del fervor revolucionario de toda América Latina, insertado, por causas o azares, en todo el centro del idealismo que en un momento logró convocar la revolución. Allí estaba él, en su tímido rincón, pero con la guitarra en la mano, mientras otros lo convocaban a tomar el estrado como la voz que le ponía sonido a la película del futuro.

¿No parece raro entonces, que el año siguiente, 1969, lo arrestaran? ¿No te hace dudar? ¿No insinuaba un desvío, una contradicción? A aquél que era la voz poética perfecta para adornar la historia heroica que se estaba intentando instalar en el imaginario revolucionario de todos los jóvenes de entonces. ¡Que justo entonces lo arrestaran! Lo arrestaran por castigo «a sus canciones tan independientes». ¡Por castigo a sus canciones «tan independientes»! Ya muchos otros habían probado el encarcelamiento y la tortura en la Unidad Militar de Asistencia Productiva de Camagüey donde tantos fueron a parar por llevar el pelo largo, tener tatuajes, escuchar música rock, poseer Biblias y hasta por usar minifaldas. El repertorio revolucionario ya se había inundado de los típicos moralismos burdos de los regímenes de fuerza.

Allí comenzó su espera. Tuvo que viajar forzado en un barco pesquero para evitar la cárcel. Fue la primera vez que se doblegó. En la garita policial donde pasó la primera noche de arresto, un militar verde oliva de bajo rango pero con un moralismo desatado de jerarquía elevada le gritaba e insultaba combinaciones de reprimendas de viejo conservador con aderezos de panfleto revolucionario. «¡Le haces el juego a los yanquis! ¡Te vistes como un drogadicto, un bueno para nada, un contrarrevolucionario, un maricón!». Lo tuvo toda la noche en vela, lo pateaba cada cierto tiempo, le orinó encima, lo amenazaba con enviarla a Villa Marista, le infundió un terror que le hizo pasar en cuestión de horas de la ira y el desafío, al llanto y la súplica. Su idealismo adolescente no se había esperado esa reacción. Comenzaba a ser exitoso, a recibir todo tipo de adulaciones y oportunidades. Comenzaba a estar en todos los conciertos, en la radio, en la televisión. Fue allí que cometió la torpeza de pensar que estaba por encima de las sanciones, que la revolución podía aceptar el atrevimiento de la juventud. Pensaba que hacía un aporte, saludando a los Beatles y a John Lennon. La verdad es que casi ni los había escuchado. No había cómo. Pero sabía del fenómeno de los cuatro greñudos que le cantaban al amor y a la paz y habían empujado a los movimientos de protesta norteamericanos. Joven, se sintió hermanado a esa historia, casi con el deber de extender un saludo y enlazar los dos caminos. Pero no era por verdadero conocimiento. Fue una inocentada, que costó el arresto, los insultos policiales, la requisa, la vigilancia estricta, la segunda suspensión de su ascenso exitoso por razones políticas. Fue a parar a Playa Girón. No a la batalla. Ésta ya se había librado años antes. Al barco que llamaron en honor a la playa de Bahía de Cochinos. Fue allí donde vio privada su libertad. No, fue allí donde se dio cuenta que, desde un principio, no la había tenido. Allí comenzó a tejer la inacabable, hermosa red de significados, que tendió sobre su música y nuestras almas, para opinar encubierto, para continuar su fervor rebelde, para darle voz a la libertad artística que antes de poder terminar de expresarse, fue cercenada por escribir «con demasiada independencia». Allí comenzó a añorar a la mujer conceptual de sus canciones.

Sobre el barco pesquero llamado Playa Girón, empezó a construir un sistema para decir sin correr riesgo. *¿Qué tipo de adjetivos se deben usar para hacer el poema de un barco sin que se haga sentimental, fuera de la vanguardia o evidente panfleto, si debo usar palabras como Flota Cubana de Pesca y «Playa Girón»?*

¿Lo ven? Construye un laberinto para conducir a cada uno al centro de los significados, que a escondidas quiere transmitir. La canción titulada parece un himno a la batalla. Pero es evidente que tiene que ver con la cárcel marítima a que fue condenado por pensar distinto. Se preguntaba y contestaba en las mis-

mas líneas, cómo construir un sistema que le permitiera libertad de expresión, sin tener que jamás volver a caer en la infamia de la cárcel. *¿Qué debiera decir, qué fronteras debo respetar? ¿Hasta dónde se deben practicar las verdades?*

Los hombres de Playa Girón, que eran nada más y nada menos que sus compañeros arrestados y él. A los hombres que no se conformaban, que no se ajustaban a las estrictas normas unicolores revolucionarias les canta: *¿Qué tipo de armonía se debe usar para hacer la canción de este barco con hombres de poca niñez, hombres y solamente hombres sobre cubierta, hombres negros y rojos y azules, los hombres que pueblan el «Playa Girón»?*

Allí comenzó en verdad la historia. Antes sólo una biografía de un joven talentoso, destinado a canciones marcadas por el cliché romántico. A partir de entonces, un lenguaje barroco, sentimental, pero preñado de múltiples significados que abren por sí mismos la oportunidad de libertad a través de todas las interpretaciones posibles. Allí, sobre el Playa Girón, probablemente hambriento, insolado. Halado fuera de los escenarios donde había comenzado a soñar con una vida exitosa, allí comenzó a escribir la historia. Esa historia no contada, que nosotros guardábamos con celo, esperando que él nos diera la orden. Pero ya no debemos esperar más. La señal ha sido dada.

En ese entonces también escribió su segundo libro de poesía. Las alusiones a los camaleones ya aparecen explícitas: *La guitarra de un lagarto tiene ahora color de mar. Ha tenido otros colores, los colores que su dueño usa para navegar.*

El sistema se había inventado. La convicción que se debe camuflar, que debe hundirse en el arte de la insinuación. *Quizás sea inoportuno o acaso delirante. Soy de tantas maneras como gente pretenda nomás calificarme* cantó luego en «Tocando fondo». Confesión de su sistema o velada autocrítica. En su intimidad se iba encontrando con la dura aspereza de su cobardía. Pero todavía en el barco lograba sentirse muy esperanzado. Su yugo era pesado, pero tomaba aliento de la fantasía de que en algún momento lo vería superado. Cobraba fuerza en su fantasía de aquella mujer conceptual. También era consciente de que tenía que comenzar a refrenar su espíritu aventurero, sus deseos de soñar alto. No se podía permitir otra ligereza como la que lo llevó al arresto. No se permitiría volver a ser vejado. *Ojalá que la guitarra no se canse de este mar: se le ha visto algunas noches escondida de la gente, mirando con hambre el cielo, y hay que estarla vigilando para asirle la cintura el día que coja vuelo.*

En esos poemas explora con bastante transparencia su rabia por el adoctrinamiento, por el sometimiento de su voluntad, aún rebelde. Su rabia ya

entonces comienza a ser una de sus guías. *Más de una vez me han echado a la calle por reír donde debo estar llorando, por llorar donde debo estar riendo, por callar donde debo estar hablando, por hablar donde debo estar callado, por hablar en voz baja de la fe, por hablar en voz alta del amor. Más de una vez al año hago algo que no se puede hacer: pateo una piedra, levanto polvo que da deseos de toser. Me lleno entonces de optimismo, algo solemne quiero hablar, pero la piedra me cae encima y nunca puedo terminar.*

Esa canción es casi una confesión de su declaración de guerra a la imposición y la fuerza que ya era evidente de la opresión. Uno de los detalles que a mí en particular me hacen entrañable ese poemario es una temprana intuición de su destino paralelo a otro trovador poeta que replicaba su lucha en la versión contraria de Estados Unidos. A pesar de haber sido apresado por saludar a los Beatles, aquí vuelve a reincidir. Su irreverencia no la logra refrenar del todo. Prueba los límites. Necesita desafiar la represión, que en aquel entonces se debatía internamente preguntándose si era reflejo de la línea oficial o simplemente la triste interpretación de los oficiales de bajo rango cuyo espíritu no lograba alzarse a los verdaderos valores de la revolución. Quería conservar algo de esperanza en el futuro y así probando los límites le daba al sistema otra oportunidad de rectificar. Se unía a otro rebelde con guitarra, perseguido por sus ideas. A Bob Dylan le dedica el poema «La cosa está», donde sueña con la salida a su pesadilla: *La cosa está en hallarlo a usted el día menos pensado, en cualquier sitio, casualmente, donde usted y yo podamos ver a cuatro manos los alrededores. La cosa está en lo improbable, en lo difícil, en lo imposible. La cosa está allí mismo, donde no debiera estar: un paso más allá que el largo de las manos.*

Esos versos siguientes en particular explican con detalle su recién creado sistema de escribir como regando piezas de un rompecabezas, como única opción inteligente que le queda ante el espacio limitado que queda entre la revolución dogmática y la cárcel de los objetores de conciencia.

Irónico también escribe incluyendo un saludo a un mundo más ancho que una isla. De joven sueña con el mundo todo, se resiste a ser restringido a la isla. Desea la posibilidad de enlazar los destinos. La historia no tardaría en imponerle la desilusión de tales inocencias. *Yo hablo sencillo, como todo el mundo. Puedo repetir, si hay alguien que no ha entendido bien. Me gusta Casablanca, también el chocolate y fumar cuando termino de comer. Me gusta la cerveza fría, que no haya ruido si trabajo y aun me gustaría patinar. Prefiero andar en ropa de la calle, porque así puedo juntarme a las aceras mejor. Me gustan las películas de Bergman, los poemas de Vallejo y las canciones de Pablo Milanés. Yo hablo sencillo, como todo el mundo. Puedo repetir, si hay alguien*

que no ha entendido bien.

La bofetada enfurecida que deja caer sobre el recuerdo de sus captores es quizás su canción más emblemática, pero se sabe, menos citada. Han querido dejarla en el olvido, como si no hubiese existido. Es una pieza sorprendente de rabia. Pocas veces sacada a pasear en su repertorio en vivo. *No se crean que es majadería. Que nadie se levante aunque me ría. Hace rato que vengo lidiando con gente que dice que yo canto cosas indecentes. Te quiero, mi amor, no me dejes solo. No puedo estar sin ti, mira que yo lloro. ¿No ven?, ya soy decente: me fue fácil. Que el público se agrupe y que me aclame. Que se acerquen los niños, los amantes del ritmo. Que se queden sentados los intelectuales. Debo partirme en dos.*

Recuerden que la letra de esa canción fue sacada de ese poemario. La represión lo obligó a partirse en dos. Luego serían más pedazos. Ahora nos preguntamos si ya son tantos que no podremos recomponer el cuadro original. Que ya las piezas se han ido desperdigando hasta perder su color. Pero debemos intentar. Esa canción ya estaba escrita en 1969. Mucho antes de haber grabado su primer disco.

Más allá sueña en ese entonces, para recoger las piezas simbólicas que nos dejó regadas a lo largo de los años. Por eso es que tenemos que ir a rescatar a Silvio. Este otro poema de esa época me resulta especialmente doloroso. Detalla los síntomas asfixiantes de la persecución ideológica: *Por el día me entretengo en no pensar en ti; por la noche me acorralan el temor, los años. Corro el riesgo de empezar a imaginarme parques —corro el riesgo de querer dormir sin tener sueño. Esto pasa diariamente, aunque estoy acostumbrado a todo hace mucho tiempo, demasiado tiempo. Por el día tengo miedo de no respirar; por la noche tengo miedo de quedarme quieto. Corro el riesgo de que un día se demore el alba —corro el riesgo de que el miedo se me duerma adentro. Esto pasa diariamente, aunque estoy acostumbrado a todo hace mucho tiempo, demasiado tiempo.*

¿A quién le canta? ¿A quién teme recordar durante el día? ¿De quién es el recuerdo que debe sacar sólo de noche? Dicen que en la celda donde fue torturado había varias prostitutas que, tercas ante las bondades de la revolución, continuaban intercambiando sus cuerpos por los bienes materiales que ya habían comenzado a escasear. La redención prometida no las había logrado sacar de la calle. Ajenas a la dictadura del proletariado, preferían la dictadura de sus pequeños negocios perversos. Ellas recibieron a Silvio esa noche. Cuidaron un poco de él, luego de que el guardia se cansara de escupirlo y golpearlo. Algo había en la rebeldía de estas mujeres. Sometidas a persecuciones de todo tipo y, sin em-

bargo, afirmando tercamente un estilo de vida. Luego el régimen las toleraría, las asumiría como una idiosincrasia, una tradición. Pero en estos comienzos el moralismo corría desatado, sobre todo en los cuerpos militares cuyo sueño del futuro incluía marchas, pasos bien coordinados, vidas estrictamente reglamentadas. El sueño revolucionario militar chocaba con las fantasías progresistas de los intelectuales por un lado, y de la afición por el goce popular por el otro. Los intelectuales soñaban con un mundo más justo y más libre, imaginaban la ampliación de las fronteras del pensamiento y la sensibilidad, de la inclusión de las más variopintas formas de vida. El hombre común soñaba con reivindicación, con la por fin concretada ilusión de ser tomado en cuenta, reconocido. Otros soñaban con la instalación de la rumba, la pachanga, la inacabable alegría de un futuro siempre brillante, delineado al paso de un danzón delirante. Pero la fuerza militar no compartía esas versiones del bienestar, deseaban administrar el goce, fiscalizarlo, codificarlo, controlarlo. Sólo en los lugares sancionados de sus propias orgías privadas, no la perversión callejera suelta, era permitido gozar. Eso le resultaba evidente al guardia desconocido que batía su furia contra las costillas de Silvio. Tenía que proteger el futuro sacándole a ese joven peligrosamente mamarracho el aire de la autosuficiencia, tenía que ayudarlo a encuadrar su música en el compás de la tonada oficial para proteger la Revolución. Esa noche chocaron todas las versiones de paraíso que habían sido convocadas por la historia en esa celda, en el debate iniciado entre la bota y la piel.

A Silvio sólo le estaba ocurriendo lo que ya a muchos otros artistas le había sucedido, sin que él le diera crédito a las historias de persecución. Ya otros poetas como José Mario y su peña de El Puente habían cometido la fatal ligereza de pensar que en el futuro glorioso de la Revolución podían caber las esperanzas de los librepensadores. José Mario me lo contó en una de las interminables conversaciones agris dulces de exiliado que tuvimos durante sus últimos años en Madrid. Su grupo había creído que la revolución era un buen lugar para traer a un poeta desafiante y crítico de su propio país como Allen Ginsberg. Creían que podía profundizar la revolución en la dirección que el pensamiento dictaba. Él había ido como jurado del Casa de las Américas, tan convencidos todos los intelectuales de estar agrupando a la más lúcida vanguardia. Él había frecuentado a los jóvenes poetas que estaban haciendo la revolución. Pero Ginsberg no iba inocente y se aseguró de indagar con detalle sobre las medidas de censura y presión que ya se vislumbraban.

José Mario me lo contó con mirada perdida y aplanamiento afectivo en un café de Malasaña. Contó cómo habían conocido a Ginsberg durante una entrevista con un periodista cubano cuando le contestaba con calculada irreverencia a la pregunta: «¿Qué haría usted si gana el Premio Nobel?».

—Comprarme un cargamento inmenso de marihuana —contestó el poeta. Luego de varias respuestas en este tono, Ginsberg preguntó con insistencia si iba a publicar su entrevista tal como había sucedido, que él estaba muy interesado en que fuese así, que si no iba a llamar al diario a reclamar airadamente. Estaba probando los límites. Creyeron que podían hacerlo. Pero como todos saben, a Ginsberg lo expulsaron pronto de la isla. A José Mario y todos los demás escritores que se acercaron al invitado los arrestaron y torturaron. Cerraron la editorial donde la mayoría había publicado. El único brillo que recordaba en las expresiones de José Mario cuando regresaba a esos eventos definitivos de su vida eran las citas de Ginsberg, de resto relataba el horror con un exceso de signos de puntuación que ocupaban más espacio que las palabras, largas pausas de puntos suspendidos, comas, puntos y comas, incongruentes espacios en blanco, y una larga repetición de signos de interrogación. Signos de interrogación acumulados en su mirada. José Mario fue acusado de «frecuentar a extranjeros» y de «depravación moral», absuelto por falta de pruebas, pero no liberado, sino obligado a ingresar como recluta. Su supuesto servicio militar fue cumplido en el Campo de Trabajos Forzados de Camagüey, el equivalente a un vulgar campo de concentración. Fue sometido al hambre, al aislamiento, a las enfermedades no tratadas, a los insultos continuos de los militares que lo custodiaban y a las continuas golpizas. Finalmente fue liberado y expulsado del país. El hombre que yo conocí era la sombra del poeta lleno de vida que su actividad editorial dejó plasmada en la historia de la poesía cubana.

Curioso Ginsberg y lo pronto que intuyó las falsedades de la revolución. Era un hombre entrenado en el desafío en una época difícil en su propio país, quizás ya conocía algunas de las ropajes con que el poder se disfraza para convocar a los esperanzados. Quizás era por su condición homosexual, su mirada de extranjero, no del país, sino de las convenciones sociales, su lugar de auténtico marginado. Sufiría por la persecución de las amistades que hizo en Cuba, envió cartas, convocó colegas, pero nada de eso los ayudó. Ironizaría largamente sobre la persecución de los homosexuales en Cuba, se burlaba de la más dogmática discriminación de las cuales se hicieron cómplices tantos supuestos intelectuales librepensadores, entusiasmados por un mundo nuevo, más igualitario, pero angustiosamente homofóbico. «Prohibieron cualquier tipo de propiedad privada salvo la de sus orificios corporales», decía Ginsberg con sorna, «a este mínimo terreno de propiedad privada se aferraron, acumuladores angustiados del capital de su propio cuerpo, negados a la posibilidad de compartir sus culos con los más necesitados», antes de reírse a carcajadas.

Quizás Silvio conocía estas historias. Quizás, como tantos otros, había querido negarlas, suponerlas exageración, apartar la mirada, despacharla bajo la

fácil clasificación de «depravados». Al fin y al cabo, él era también un joven rebelde y hasta entonces no había tenido mayores problemas. Hasta entonces. Pero esa larga noche quizás le vinieron al recuerdo los relatos de los escritores perseguidos, de pronto la verdad se incrustó a patadas en sus costillas. El debate entre el sector cultural y las fuerzas del Estado sobre cuáles deberían ser los lineamientos estéticos de este nuevo tiempo, se condujo allí. El cantante arrinconado fetal en el suelo, el oficial enardecido transmitiendo sus razones con escupitajos y redactando sus propuestas en tinta morada sobre la piel de Silvio. Los morados desaparecerían, las explicaciones quedarían grabadas claramente en su recuerdo.

Sólo las putas, las jineteras, las flores de lo que la doctrina llamaba el *lumpen*, allí acostumbradas a su rincón semanal de cárcel y sermones militares, se colocaban al margen de toda esa confusión. Su desilusión las protegía de sumarse al delirio. Velaban entre ellas mismas por su bienestar y no estaban dispuestas a ceder su sufrida y arduamente ganada versión de libertad personal. Por eso recogieron al adolescente, les lució ingenuo y le dieron un poco de cobijo. Horas después, un poco menos aturdido, había recobrado suficiente fuerza para preguntarle a una de las putas su nombre. —Libertad —dijo ella entre risas. Las amigas le festejaron su ocurrencia. Las prostitutas acompañarían siempre al imaginario de Silvio. Pero no era exactamente a ellas que les cantaba, era a ella y no era a ella que le dedicaría sus mejores canciones de desamor.

Se preguntarán por qué es que no explotaron más su imagen. ¿No es evidente que si fuera realmente profidelista lo exhibieran en cuanta marcha, desfile, perorata gobernadora se inventaran? Es verdad, cada cierto tiempo lo llevaban para Nicaragua y tuvo que ir guitarra en mano a Angola, pero para la adicción al exceso de pompa y autoexaltación, el gobierno lo dejó bastante en paz, exigiéndole sólo una limosna simbólica de cuando en vez. Otra cosa que me inquietó desde un principio fue que, ¿por qué, si es el trovador principal de una época supuestamente gloriosa, el mismísimo nacimiento del futuro gozoso de la humanidad, son siempre tan tristes sus canciones? ¿Por qué es un cancionero repleto de melancolía en un país en que la alegría penitente ante cualquier escenario es un valor, casi una obligación patriótica? ¿No resulta todo evidente? Si juntas las piezas, resulta obvio.

Pero el sistema tuvo aún otro giro. Si comparas el poemario del barco con las canciones que vinieron después, hay un cambio importante. Las referencias a Dylan y a Edgar Allan Poe desaparecen. La esperanza se hace aun más convaleciente. Las palabras que salían hacia fuera, hacia otras costas buscando allí una verdad más pura, se tropezaron con las tierras chilenas. En 1972 fue allá a cantar y a buscar un horizonte para las ideas socialistas que compartía y desea-

ba tanto que tuvieran una sede auténtica, humanista aún a pesar de la versión opresiva que se había instalado en su hogar. Allá se hizo amigo de Isabel Parra y Víctor Jara. Allí cantaron juntos y compartieron con libertad sus ideas. Fue otro tiempo de ilusiones. Pero ya sabemos lo que vino después. La convulsión social de Chile condujo a otra versión de hombre fuerte, tan o más cruel. Al año siguiente a su visita matan a Víctor. En otros sitios: otras versiones de opresión y horror. No era el afuera el lugar de las bondades. También allí se sufrían otros tipos de persecución. Víctor Jara fue llevado al Estadio Nacional, torturado y asesinado. A Silvio se le cerró otra puerta. Los sueños de salida serían ya menos ingenuos, y mucho más impregnados del aparentemente inevitable dolor.

Le pidieron canciones de solidaridad para Chile, él mismo lo cuenta en uno de sus conciertos grabados, dice haber deseado cumplir con la petición, pero que salió otra cosa y escribe «Hoy mi deber era». *Hoy mi deber era cantarle a la patria, alzar la bandera, sumarme a la plaza. Hoy era un momento más bien optimista, un renacimiento, un sol de conquista. Pero tú me faltas hace tantos días que quiero y no puedo tener alegrías. Pienso en tu cabello que estalla en mi almohada y estoy que no puedo dar otra batalla.* Da otra estocada, suplanta a la patria por esa mujer abstracta que ha sustituido en su imaginación. Esa mujer que se le escapa. Aquella que le decía el nombre y reía. Más enigmático aun es el final de la canción: *Hoy mi deber era cantarle a la patria alzar la bandera, sumarme a la plaza y creo que, acaso, al fin lo he logrado soñando tu abrazo, volando a tu lado.* ¿Por qué afirma haberlo logrado soñando con ella? ¿Quién podría ser esa dama que permitía alabar como sustituto válido a la canción patrioterica? Las putas presas regresaban a su recuerdo como único ejemplo de dignidad.

A finales de los setenta comienza a pagar su penitencia. Ya se hace evidente que su sistema no sólo ha despistado a sus perseguidores, sino que quizás también a él. O el éxito, o la adulación, la necesidad de tener que estar justificando su cada paso. Pero en la música aparece claro, en esta canción de su primer disco: *Me he dado cuenta que yo miento, siempre he mentado, siempre he mentado. He escrito tanta inútil cosa, sin descubrirme, sin dar conmigo...*

La persecución en Chile, las secuelas del bloqueo norteamericano, el entusiasmo inicial de un joven idealista transformado en combinaciones complicadas para despistar a la ambivalencia de los que adoraban su música y odiaban su política, las miles de expectativas diarias a que defendiera una causa u otra, la desconfianza a quienes lo habían encarcelado revuelta con el largo cortejo que el régimen emprendió para incluirlo en sus filas, sus idas y venidas románticas, una de las cuales lo emparentó con el poder, fueron tejiendo un nudo demasiado denso de hilos anticlimáticos para la capacidad existencial de quien sólo ha-

bía comenzado queriendo ser un músico asustadizo y había terminado teniendo un puesto en la conciencia oficial. Algo parecido le había sucedido a Dylan en otros territorios. Había terminado alejándose del movimiento político folk-hippie que lo había aclamado y lanzado a la fama mundial para refugiarse en una suerte de huida del sonido acústico hacia un bizarro refugio ultra-católico y electrónico. Silvio también caminó tambaleante hacia otros sonidos y había ido quizás, como años atrás deseó en sus poemas de joven, de la manera más improbable, a parar al mismo lugar de Dylan.

Eso me pareció ver cuando lo conocí por primera vez en Madrid. Eran los comienzos de los ochenta. Acá vivíamos el epicentro de la liberación. Él ya había saboreado la persecución a la española. Cuando salió su primer disco, *Días y flores*, la dictadura franquista le prohibió el tema homónimo y *Santiago de Chile*. Lo conocí en el lobby del hotel que lo hospedaba. Había ido junto a una amiga, que lo había contactado a través de un amigo periodista. Nos recibió amable pero escéptico. Habló poco y cuidó sus palabras. Miraba fijamente al suelo escogiendo los adjetivos cuando le pedíamos que calificara algunas situaciones cubanas que nos generaban duda. Tenía habilidad para irse por la tangente. Pero de pronto, nos miró fijamente y dijo «estoy cansado de responder tantas preguntas». Pensé que era con nosotros, nos disculpamos apenados. En verdad no teníamos por qué acosarlo con nuestras inquietudes. Luego entendí que no se refería a nosotros en específico. Estaba cansado pero en un sentido mucho más amplio, de las preguntas de todos, de la fantasía de que él tenía las respuestas, quizás también de las preguntas que seguramente él se hacía a sí mismo.

Esa gira fue aquélla en la que la policía interrumpió el concierto en Zaragoza a trompadas y arrestos. Aun después del franquismo, superada la censura, aún sus presentaciones eran polémicas y fuente eventual de agite. Su irritación comenzaba a hacerse notar. También fue allí que lo escuché hablar de Chagall en uno de sus conciertos. Quiso explicar sobre la alusión que hace a uno de sus cuadros. Alguien de la audiencia no le dejó terminar: «¡Chagall traicionó a la revolución!». Se hizo un silencio incómodo de segundos: «Sí, traicionó a la revolución, pero sigue siendo un gran pintor», respondió con esa rabia pausada que parecía administrar en las miradas de la conversación, sentado en esos muebles exageradamente cómodos para el intercambio que le planteamos, aquella primera noche. Total es que nos hicimos cercanos, después de registrar su cansancio lo llevamos a comer, después a beber y de marcha. Al final de la noche lo vi borracho y por primera vez contento. Se le salieron algunos impropiedades políticos que no debo repetir. Dijo estar feliz al conseguir en España una aceptación tan hermosa al verbo marchar. Confesó algunas decisiones tempranas de su vida y me dio algunos indicios para descifrar su código. Yo flipaba de ver la

densidad de la bruma biográfica de la obra. Me esbozó los capítulos de una tragedia en medio de una farra española, como sólo un cubano puede comunicar tanta alegre tristeza. Pensaba que estaba ante un eterno rebelde, que intentaba medir sus pasos pero no podía. Ahora me pregunto si simplemente era que había comenzado a resquebrajarse.

Se me hace que los ochenta los atravesó como esa noche madrileña: obnubilado. Desde lejos seguí con curiosidad sus pasos. Un día me parecía un genial recorrido delirante y otro, una maraña confusa. Hizo dinero, repartió hijos por la isla, depositando uno en el regazo del poder, y de pronto se revolcaba y volvía a aparecer rabioso, desafiante. Lo vi tres veces más. Cada vez más esquivo, parecía desconfiar cada vez más en cada encuentro. Pero yo creía presentir una tristeza enorme decorada con sonrisas forzadas ante la eterna cámara internacional de promoción de la vida comunista. Había pasado de guitarra y voz a arreglos de banda tropical, con ritmos caribeños de alegría forzada. Los teclados agudos siempre me sonaron poco creíbles, de una tropicalidad obligada. El sistema que había construido para desmarcarse, para deslizarse entre las garras de la censura, lo había colocado en el centro de la mirada deseosa del poder. El edificio que había construido para protegerse parecía haber devenido en laberinto. Las causas lo fueron cercando, *poderosas, invisibles, cotidianas e invencibles*. La esperanza que aparecía en las letras de finales de los sesenta parecía haber desaparecido. Los sueños de regresar a un lugar y de encontrarse con la mujer etérea cada vez empezaron a decaer. *Si capturo al culpable de tanto desastre, lo va a lamentar. ¿Cuánta pesadilla quedará todavía?*, gritó en *Causas y azares* en 1986. Los sueños se habían convertido en su prisión: *La prisión acaba, la prisión del hierro, pero continúa la prisión del sueño*, escribió en 1988 tomado ya por la melancolía.

En el comienzo de los noventa se vislumbró un alivio. El sueño daba tímidas señas de despertar, él parecía querer salir del marasmo. Quizás la confusión había borrado ya las señales del camino. Se había camuflado tanto, que ya nadie sabía bien cuál era su verdadera posición, quizás él mismo tampoco la conocía ya. Los muros cayeron en tantos lugares que parecían obligar a la caída de las cárceles cercanas pero la isla habitaba su propia isla, mirando al resto del mundo con displicencia. La Perestroika sólo trajo tiempos aun más duros, carencias, versiones de versiones. Para finales de los noventa comenzaba a refugiarse en el pasado. Apareció la vieja canción a Dylan resucitada, nostálgica. El recuerdo de las viejas ilusiones cosmopolitas que el aislamiento parecía que nunca iban a cumplir. Y apareció la canción más terrible. Todavía lo esperábamos aquí en Madrid. Salimos a buscar su disco nada más nos enteramos de su existencia, como habíamos hecho con los anteriores. Mi amiga y yo nos reencontrábamos

en esos momentos y nos veníamos a casa a escuchar los códigos. El disco buscaba elevar vuelo, hasta tropezarse. *¿Qué necesita un ser humano, para no apartarse de sí? ¿A qué distancia está mi mano de la gente que conocí? ¿Qué le ha faltado a la verdad para quererla disfrazar? ¿Por qué un bufón llena el lugar donde hubo sitio para amar? ¿Por qué fingimos confusión hasta acabar con la razón? En fin, no sé cómo decir que todo ha vuelto a ser normal, sólo si sé que no eres ya lo que quisiste ser.* Ella bajó la cabeza, no quería ver el trago amargo que yo intentaba disimular, confrontando el hecho de que mi entusiasta inocencia era de un hombre ya demasiado viejo para seguirlo siendo.

El final de la década resumió todas estas ironías. Una estatua sentada en un banco de La Habana representando a John Lennon. Acto ritual, prosopopeya revolucionaria, *kudos* entre funcionarios gobernadores, palmaditas en la espalda felicitándose por tamaña ocurrencia. Las cosas daban vuelta sin cambiar. El autor de las antes perseguidas actitudes y canciones, ahora ícono revolucionario de los sesenta. «Nunca lo prohibimos, fue un malentendido», declaró uno de los oficiales. Otros simplemente lo desmintieron, frente a las mismas personas que lo colocaron en la cárcel por escucharlo: «No, nunca lo prohibimos, ni nos enteramos de su música, estábamos muy ocupados haciendo una revolución para escucharlo». Silvio sólo dijo: «Me parece una linda manera de pedir disculpas», mientras se le obligaba a asistir al evento y tocar la música que años atrás lo colocó en la lista de los perseguidos. ¿A quién se refería él, a quién pensaba que le estaban pidiendo disculpas?

Su último disco, ya lo saben, se llama *Érase que era*. ¿Qué podría ser más terrible y claro? Puras canciones escritas en los sesentas. Pero fue el último concierto. No fui temprano al hotel a avisarle de mi presencia. Sentía que podía incomodarlo. Quizás no fue por él, sino por mí. Mi amiga y yo nos encontramos después de casi ocho años. Había que ir, sin embargo, era, de una extraña manera, nuestro amigo. Me dio cierta alegría acercarme a la sala. Ya sin esperanzas, sólo a escuchar un concierto de alguien que alguna vez fue. No puedo negar que me gustó, que me volví a trasladar a otro sitio, lejos de las demarcaciones y las mezquindades. Cuando pensaba que estaba por irme a casa, reconciliado un poco a través de la música, sucedió. Por primera vez en la historia, créanme, que he seguido esto con detalle. Por primera vez en la historia tocó en vivo esa canción. *Ya no te espero, ya eché abajo ayer mis puertas, las ventanas bien despiertas al viento y al aguacero, a la selva, al sol, al fuego, llegarás a casa abierta. Ya ese tiempo que fascina, ya es bendición que camina a manos del desespero, ya es bestia de los potreros. Ya no te espero, ya estoy regresando solo de los tiempos venideros, ya he besado cada plomo con que mato y con que muero, ya sé cuándo, quién y cómo. Ya no te espero. Porque de esperarte hay odio...*

Ella volvió a bajar la mirada, yo volví a tragar duro. Lo sabíamos desde las primeras notas. El sueño punteado sobre la guitarra antes del frenazo y la voz como un epitafio. Y lo supimos: hay que rescatar a Silvio. La señal ha sido dada. La señal es ya demasiado clara. Debemos organizarnos, esta noche si es preciso. Debemos poner en marcha los planes que a sus espaldas construimos con él. Hay que rescatarlo. Aunque quizás sea demasiado tarde ya.

De periodismo y periodistas
La verdad: un camino sin atajos

Ana Rosa López Villegas

Escritora boliviana (Oruro, 1976). Licenciada en ciencias de la comunicación social por la Universidad Católica Boliviana (1998). Desde los años 90 se dedica al periodismo y a la literatura de manera independiente. Ha vivido y estudiado en Madrid (España) y en Karlsruhe (Alemania), donde obtuvo dos títulos de maestría: en acción política y participación ciudadana, y en planificación regional.

Durante la dictadura del general Hugo Banzer Suárez, el 9 de noviembre de 1974, se decretó la obligación de la prensa de encuadrar sus actividades al mantenimiento de la paz social y coadyuvar al esfuerzo nacional para el logro de sus objetivos. Por supuesto que los periodistas que no se encuadraron y terminaron en el exilio, la cárcel y el cementerio.



Fotografía: Beau Lark

De periodismo y periodistas

La verdad: un camino sin atajos

Ana Rosa López Villegas

Querido Diario:

Un día como cualquiera, mientras caminaba por las calles como lo hago cada día, buscando verdades que no se creen y admirando mentiras cuya grandiosidad atrae, me enfrenté a un montón de situaciones que en ese momento no supe traducir en palabras. Creo que ése es siempre el problema más común para nosotros, no encontrar las palabras adecuadas para transmitir lo que la gente ve, lo que piensa, siente y necesita.

Frecuentemente recibo felicitaciones de amigos y parientes por mi trabajo y me pongo a pensar si en realidad las merezco, quién las merece y quién no. Por eso hoy quiero contarte algunos hechos que me dan vueltas en la cabeza y me replican en la vocación.

Muchos son los que mueren anualmente en el lugar de los hechos, víctimas de las guerras, de las guerrillas, de enfrentamientos armados, del narcotráfico. Víctimas de su trabajo y de su propio esfuerzo...

Muchos son los que ceden su obligación de información y de servicio a la comunidad por intereses personales y egoístas que les sirven de voluntaria mordaza...

Otros —los menos famosos y los más relegados— son los que denuncian con la verdad en los labios y las pruebas en el papel las injusticias, la corrupción y los abusos. Su mordaza fue más de una vez la muerte.

Y otros «engordan su vista» hasta el punto de apretar la mano del opresor mientras pisan al oprimido...

Algunos son los que en realidad salvaguardan con su fiel y correcto cum-

plimiento del deber la profesión del periodista.

Todos ellos —hombres y mujeres— bajo la bandera del periodismo. Todos privilegiados con la libertad de expresión, un arma de doble filo si sus límites se desconocen. Quien no se siente responsable y comprometido con lo que hace, no tiene libertad, y ese es un gran riesgo. Después de todo me di cuenta de que esta profesión es un riesgo total. Arriesgo a la gente cuando callo y la arriesgo también cuando escribo. Riesgo total, porque es arriesgado el que no se separa de la verdad ni se deja tentar por las riquezas de la mentira. De todos modos espero que como yo, muchos otros y algunos más reflexionen antes de aceptar complacidos una felicitación.

Un periodista.

La profesión más hermosa del mundo, como diría Gabriel García Márquez, es también una de las más peligrosas, una de las más importantes y actualmente una de las más vulnerables. El oficio que apasiona a muchos es también una cambiante realidad social en la que se entretajan con cierta complejidad el delicado tema de la ética y el de la libertad de expresión entre muchos otros. En este breve ensayo me he propuesto indagar ese abigarrado entretelado que actualmente se extiende en Latinoamérica con matices diversos y especialmente desde la perspectiva que me brinda el ser boliviana y periodista y escritora independiente, mas no apolítica.

De libertades y derechos

*«La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida».*¹ Lejos de la realidad utópica de molinos y caballeros en la que vivió aquel ingenioso hidalgo de un lugar de La Mancha cuyo nombre no recuerdo, cabe preguntarse qué es lo que en realidad son capaces de aventurar los periodistas a la hora de sentirse libres en el ejercicio de sus funciones y qué es lo que esa realidad encierra en el fondo.

Los tiempos de don Quijote han cambiado drásticamente, la libertad ya no es sólo una, se ha diversificado convirtiéndose en la bandera de las más impensables consignas que la globalización actual ha engendrado a nivel mundial. Para el caso que nos ocupa, nos interesa conocer la libertad de expresión, que según

1. Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha*. Libro II, Capítulo LVIII.

la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada el 10 de diciembre de 1948 por la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU), mantiene el principio de que «todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión. Este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir información y opiniones y de difundirlas sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión».²

Las libertades van de la mano de los derechos, por lo que ahora nos concierne saber a qué se refiere el derecho a la información «entendido como el derecho que asiste a la sociedad para estar informada fidedignamente, sobre las cuestiones fundamentales, cuestiones que más interesan para actuar cotidianamente y participar en la vida pública como ciudadanos»,³ es en síntesis:

- a. un derecho que no restringe a ningún grupo social o profesional;
- b. con carácter amplio y social;
- c. un derecho de la comunidad y de la sociedad.

Libertad de expresión y derecho a la información —cóncavo y convexo— establecen una relación teóricamente complementaria y no excluyente si nos remitimos exclusivamente a los ciudadanos y ciudadanas que cuentan con los medios necesarios para acceder a la información fidedigna a la que tienen derecho, pero éste no es el tema que nos ocupa en esta ocasión.

Un fugaz recorrido por el camino de la historia

Los datos que se presentan a continuación delimitan el territorio sobre el cual ha marcado su sendero el quehacer legal de los periodistas bolivianos en busca de un reconocimiento jurídico, de defensa de su labor y de principios éticos que rijan su trabajo y que eviten los abusos de poder y las agresiones en contra de los reporteros, y que ha tomado como punto de partida la irrenunciable libertad de expresión del ser humano.

El 7 de diciembre de 1826, a más de un siglo de la fundación del actualmente llamado Estado Plurinacional de Bolivia, se aprobó la Ley de Imprenta que esta-

2. Declaración Universal de los Derechos Humanos.

3. *Ley de Imprenta contra la Ley Mordaza*, materiales del Seminario sobre Legislación en Comunicación. Sindicato de Trabajadores de la Prensa La Paz. La Paz, Bolivia, 1998. Tema II: Legislación en comunicación en América Latina. Expositor: licenciado Ronald Grebe López, pp. 8-18).

bleció por primera vez la facultad de cualquier ciudadano boliviano para publicar sus pensamientos en la prensa, así como la prohibición de injuriar a las personas, de publicar materiales opuestos a la decencia, a la moral y contra las leyes del Estado. Se clasificaron en dos categorías las penas —destierro y multas—, y se institucionalizó el juicio por jurados y la obligación de los editores de prescindir de los impresos anónimos.

El 25 de febrero de 1850, durante el gobierno de Manuel Isidoro Belzu, se promulgó el decreto de la libertad de imprenta y clasificación de sus abusos. Y el 5 de octubre de 1855, el gobernante boliviano, general Jorge Córdova, decretó la obligación de que toda publicación esté firmada por el autor o responsable.

En el gobierno de José María Linares se implantaron —con el decreto del 31 de mayo de 1858— las limitaciones en defensa de la razón, la decencia y la moral, bajo el criterio de que la prensa era contraria a la autoridad establecida. Se anularon los jurados de imprenta y se prohibió a los periodistas opinar sobre los actos administrativos del gobierno y participar en la política.

La ley del 14 de agosto de 1861, denominada Reglamento de Imprenta (durante el gobierno de Adolfo Ballivián) puso nuevamente en vigencia a los jurados y precisó cuatro categorías de delitos:

- a. contra la religión,
- b. contra la constitución,
- c. contra la sociedad y
- d. contra las personas.

El 21 de octubre de 1887 una nueva ley reconoció la inviolabilidad del secreto de imprenta (derecho del periodista a guardar en reserva la identidad de la fuente de información). Y durante el gobierno de Aniceto Arce se estableció en el Reglamento de Imprenta del 1 de junio de 1889 el derecho de ejercer la industria de la imprenta.

Un nuevo Reglamento de Imprenta promulgado el 17 de julio de 1920 sirvió de base a la actual Ley de Imprenta aprobada el 19 de enero de 1925. Esta ley realizó trece modificaciones al Reglamento de 1920; una de las más importantes fue la de establecer el derecho de publicar sin censura previa, además se clasificaron los delitos en tres niveles:

- a. atentatorios contra la Constitución,

- b. destinados a confundir a la población y
- c. dirigidos a injuriar a personas o instituciones.

En julio de 1917 el reconocido escritor boliviano Franz Tamayo organizó la Federación de Periodistas Independientes y en 1944 logró que el Congreso de la nación aprobara su proyecto de ley que prohibió el anonimato en la prensa.

Durante la dictadura del general Hugo Banzer Suárez, el 9 de noviembre de 1974, se decretó la obligación de la prensa de encuadrar sus actividades al mantenimiento de la paz social y coadyuvar al esfuerzo nacional para el logro de sus objetivos. Por supuesto que los periodistas que no se encuadraron y terminaron en el exilio, la cárcel y el cementerio.

El 9 de mayo de 1984, el gobierno democrático del doctor Hernán Siles Zuazo puso en vigencia el Estatuto Orgánico del Periodista Boliviano, estableció los derechos del periodista a la libertad de expresión, a ser informados e informar, a mantener el secreto profesional, a una remuneración suficiente para una vida digna, a la seguridad social, a una fuente de trabajo a pesar de sus creencias u opiniones divergentes y a ser indemnizado si llegara a ser despedido por su posición ideológica contraria a la del medio. Se dispuso que las faltas éticas fueran puestas en consideración de los tribunales de honor de las organizaciones sindicales o profesionales del rubro y, dependiendo de la gravedad de la falta, que fueran consideradas por la justicia ordinaria.

En 1990 la Federación de Trabajadores de la Prensa de Bolivia (FTPB) firmó su Declaración de Principios y un año más tarde, el 10 de marzo de 1991, en el X Congreso Ordinario de Trinidad, se aprobó el actual Código de Ética Periodística Boliviano.

En la actual Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia⁴ se hace referencia igualmente al derecho a la libre información y al derecho de libre expresión de los ciudadanos: las bolivianas y bolivianos tienen derecho «a expresar y difundir libremente pensamientos u opiniones por cualquier medio de comunicación de forma oral, escrita, o visual, individual o colectiva, a acceder a la información, interpretarla, analizarla y comunicarla libremente, de manera individual o colectiva». Asimismo el segundo acápite del artículo 107 establece: «La información y las opiniones emitidas a través de los medios de comunicación social deben respetar los principios de veracidad y responsabili-

4. Página oficial del Gobierno del Estado Plurinacional de Bolivia.

dad. Estos principios se ejercerán mediante las normas de ética y autorregulación de las organizaciones de periodistas y medios de comunicación y su ley».

El camino recorrido no ha sido corto, y sin embargo aún existe un vacío normativo en cuanto a la actual realidad comunicacional boliviana y en cuanto a una concepción global democrática del fenómeno de la información y la comunicación. La Ley de Imprenta que rige la actividad periodística del país data de 1925 y no responde al vertiginoso avance tecnológico con el que actualmente tienen que lidiar los medios de comunicación tradicionales (periódicos, radioemisoras y televisoras): la soberanía de Internet y su inminente incursión como medio de comunicación masiva es un hecho que requiere de una nueva legislación.

La ética profesional tampoco puede considerarse como un único y rígido principio en este campo y tanto como los medios de comunicación, debe adaptarse a las nuevas formas del periodismo y a las circunstancias políticas y sociales que en los últimos años han requerido de un periodismo más constructivo, orientador y sobre todo integrador en el caso boliviano. La política tiene mucho que ver en este aspecto, pues ha sido la piedra en la que la prensa ha dado sus peores tropezones en la última década, no nos referimos solamente al hecho de ver convertidos en candidatos presidenciales a verdaderas lumbreras del quehacer periodístico (el caso más claro fue el de Carlos D. Mesa en el año 2002 y el de María René Duchén el 2005; Mesa llegó incluso a ocupar la silla presidencial en el año 2003, sin embargo su gestión fracasó y dio lugar junto a otros hechos a la primera victoria electoral del socialismo en Bolivia), sino también a la toma de posición ideológica que los periodistas han asumido particularmente desde la histórica llegada a la presidencia del primer indígena boliviano, Evo Morales Ayma.

Todavía soy una convencida de que es imposible no asumir una posición política, las personas —sean éstas periodistas o no— pueden perfectamente no conjugar con los principios de un partido político, pero difícilmente podrán considerarse seres apolíticos; el no emitir ninguna opinión es de por sí asumir una. Se respeta la posición ideológica de cualquier ser humano o al menos debería respetarse, pero la primera responsabilidad social del periodista debería seguir siendo la de informar la verdad de manera imparcial y objetiva, y en el caso boliviano el polémico abandono de esta responsabilidad por parte de los hombres y mujeres de la prensa ha alcanzado niveles impensables, tales como el enfrentamiento abierto con el primer mandatario de la nación y otras autoridades de gobierno. La prensa ha dejado de ser un medio informativo para convertirse en un protagonista político que lamentablemente ha descuidado su vocación de servicio.

A nivel internacional los intentos para formular un código de ética periodística se iniciaron en el año 1936 cuando se formularon los principios de la Unión Internacional de Asociaciones de Prensa (Iupa); el intento fracasó porque no reflejaba las opiniones de todos los profesionales activos.

En 1948 surgió una nueva iniciativa para establecer un código de ética fomentada por la Conferencia de la Organización de Naciones Unidas para la Libertad de Información, sin embargo este intento tampoco prosperó debido a los embates de la Guerra Fría, razón por la cual fue eliminado en 1954 por la asamblea general de países.

En 1978 se firmó la Declaración de la Unesco sobre los Medios de Comunicación Masiva, que lejos de establecer un código ético internacional propiamente dicho, se limitó a señalar como tarea del periodismo el fortalecimiento de la paz y la promoción de los derechos humanos.

El 24 de julio de 1979 en Caracas, la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap) aprobó el Código Latinoamericano de Ética Periodística. Rescatamos de él las acciones violatorias a la ética profesional:

- a. el plagio y el irrespeto de la ética profesional,
- b. el soborno, el cohecho y la extorsión,
- c. la omisión de información de interés colectivo,
- d. la difamación y la injuria.

En 1983 la IV Reunión Consultiva de Organizaciones Internacionales y Regionales de Periodistas Activos del Mundo en Praga y París emitió diez principios de ética profesional considerados básicos y basados en los códigos de ética profesional nacionales y regionales. El documento propone un comportamiento ético de respeto a la dignidad humana, adhesión a la verdad y a la realidad objetiva principalmente.

El Informe Final de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación de 1980, conocido como informe MacBride («Un solo mundo, voces múltiples»),⁵ define cuatro responsabilidades para los periodistas:

- a. para con los órganos de información y en función de su estructura interna,

5. Informe final de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación.

- b. responsabilidad social para con la opinión pública y la sociedad,
- c. responsabilidad derivada del respeto a la ley, y
- d. responsabilidad internacional de respeto a los valores universales.

Una realidad de carne, hueso y sangre

El esfuerzo que han llevado a cabo y por el que aún luchan los profesionales del periodismo en pos de códigos y principios éticos que regulen su actividad, protejan la libertad de expresión y que eviten abusos y excesos en su contra, presenta sin embargo profundas carencias en cuanto al cumplimiento de dichas normas, especialmente en lo que se refiere a la protección de la integridad física de los reporteros debido a su labor informativa y de investigación; la libertad de expresión —dicho de otra manera— sigue siendo motivo de crímenes y atentados contra medios de comunicación y sus trabajadores.

Según datos revelados por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), en los últimos años en América Latina «han sido asesinados 220 periodistas y la mayoría de los casos aún no han sido resueltos. Los asesinatos han sido causados por guerrilleros, fuerzas militares, delincuencia común, paramilitares y fanáticos, entre otros». Los últimos casos datan de enero y febrero de 2010, se trata del asesinato de los periodistas mexicanos Jorge Ochoa Martínez, Valentín Valdés Espinosa y José Luis Romero, encontrados asesinados y cuyos casos no han sido resueltos hasta la fecha.

Solamente en el año 2009 un total de 30 periodistas fueron asesinados en América Latina y el Caribe, según informes de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe (Fepalc). La estadística sitúa a México, con 13 víctimas, como el país de más riesgo para el ejercicio del periodismo en la región. A la lista se suman Colombia, con seis asesinados, Guatemala, con cuatro, Honduras y Brasil, con dos, El Salvador, Venezuela y Paraguay, con uno.⁶

Tentaciones irresistibles o periodistas pusilánimes

El otro lado de la medalla nos remite a los abusos de la libertad de expresión que cometen los propios periodistas. La realidad del periodista como sujeto de

6. Informes de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe (Fepalc).

necesidades, ambiciones, aspiraciones y hasta tentaciones es un mundo muy particular en el que bien puede hablarse de una ética individual y privada que el periodista no suele compartir.

La ética —dice el periodista y escritor ecuatoriano Rubén Astudillo— tiene que ver con la vocación y formación del comunicador. Depende de su capacidad de sobreponerse a la autocensura, a las amenazas tanto como a los halagos, depende de su capacidad de ser inmune al «estrellismo» a toda costa y a como dé lugar, de la precisión y la imparcialidad de su trabajo. Sin un férreo sentido profesional, la ética está condenada a no ser nada. Los códigos y todas las discusiones en torno al deber ser de la comunicación frente a la democracia, la identidad y la liberación, son ejercicios inútiles.

Astudillo admite que no sería justo exigir un comportamiento ético sólo al comunicador, hay que pensar en una ética del lector o del espectador. Una sociedad ávida de sensacionalismo no es el mejor incentivo para el comunicador honesto. Opera, pues, una doble ética: la del que entrega el mensaje y la del que lo recibe.

En el caso de quien entrega el mensaje se han catalogado como algunas formas de corrupción en el periodismo las siguientes:⁷

- a. la creación artificial de hechos noticiosos para confundir o distraer la opinión pública y evitar así que temas que sí son de relevancia obtengan la atención que merecen;
- b. las campañas infundadas para destruir la imagen de una persona o grupo que no es afín a la ideología de los dueños de los medios o que amenaza el «status» de los grupos económicos y políticos a los que está vinculado el medio;
- c. la promoción desproporcionada de candidatos a puestos públicos afines con la orientación política del medio;
- d. la presentación descontextualizada de las noticias para distorsionar las conclusiones del público;
- e. la censura sobre temas y contenidos noticiosos que puedan ofender a los anunciantes o al partido gobernante;

7. **López, Jaime.** Periodismo latinoamericano: Los casos más comunes de corrupción.

- f. las tendencias y acciones para monopolizar la propiedad de los medios de comunicación y el control de las frecuencias radioeléctricas, y la exclusividad de las fuentes informativas;
- g. los cruces y dualidades de periodistas con funciones de relacionistas públicos o promotores en oficinas gubernamentales; y
- h. la complicidad en las regulaciones y prácticas gubernamentales que comprometen la independencia periodística, como las leyes antiprensa o el uso arbitrario de la publicidad oficial.

Otras consideraciones importantes, no sólo ligadas a la ética profesional, se refieren a la situación que ocupan los periodistas en sociedades como las actuales: corruptas, mercantilistas y comerciales, en las que los valores luchan duramente para no perecer en el olvido. Por eso los periodistas no deben verse como indispensables, deben reconocerse como necesarios, que es diferente. A partir de ello, el dilema nace de la propia «autovisión y autoubicación» del periodista en la sociedad: ¿es primero ser humano que periodista o es primero periodista que ser humano? La primera posición parece ser la más acertada. El periodista no tiene que perder su propio centro de equilibrio humano-profesional, pues del primero depende la sociedad en cuanto a la solidaridad y a la propia convivencia social, y en el estricto sentido del segundo término, la dependencia de la sociedad se refiere al derecho de estar informada fidedignamente. Ambas mitades del equilibrio son a la vez dependientes y con autonomía propia, actúan como un sistema. Nadie más que el periodista, en cuyo interior residen ambas posiciones, reconoce la división limítrofe de cada una y el grado de intervención adecuado de una sobre la otra.

Según esta forma de ver la esencia del periodista y de su labor, los códigos y principios de la ética periodística tienen una gran limitación, y es que se ciñen a la dimensión estrictamente material de los periodistas, y por doble partida, porque están suscritos en papeles y porque señalan las normas bajo las cuales deben regirse las actividades externas de los periodistas.

Lo que se intenta poner sobre el tapete es la dimensión interior, íntima y prohibida que tienen los periodistas como seres humanos. En ella radica una ética inexpresable que no es la conciencia, recibe el nombre de moral, que es un constante conflicto por los más mínimos detalles y hasta por las más grandes dificultades. La tendencia no es la de retratar al periodista como un ser sobrenatural, raro, misterioso y diferente, el objetivo se dirige a comprender el muy particular sentido de vida que tiene un periodista. Esta particularización señala el sentido de vida no sólo para aquellos periodistas que tuvieron y aún tienen la suficiente entereza y templanza a la hora de sujetarse con uñas y dientes de la

verdad cuando los vientos del interés personal y egoísta soplan sobre sus caras, se refiere también a todos aquellos periodistas que se dejaron llevar por las más suaves brisas, los fuertes vendavales y los verdaderos huracanes de la mentira y la corrupción, porque les queda en el recinto íntimo de esa ética inexpresable (moral) y en su conciencia, que dejaron escritas en las páginas de la historia de las naciones huellas de pulcras verdades o borrones y tachaduras difíciles de eliminar.

El párrafo final

Este breve ensayo cumple con el objetivo de conocer los fundamentos éticos por los que han luchado y aún lucha el periodista en América Latina en general y en Bolivia en particular, cumple también con la intención social de componer el rompecabezas de los periodistas y del periodismo: una labor y unos protagonistas que están viviendo una evidente crisis y que requieren de una profunda y más contundente reflexión acerca de su responsabilidad social, porque el camino de la verdad es sólo uno y no admite atajos.

Bibliografía y fuentes de información

- **Cervantes**, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha*. Libro II, Capítulo LVIII.
- Declaración Universal de los Derechos Humanos.
- Informe final de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación.
- Informes de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe (Fepalc).
- *Ley de Imprenta contra la Ley Mordaza*, materiales del Seminario sobre Legislación en Comunicación. Sindicato de Trabajadores de la Prensa La Paz. La Paz, Bolivia, 1998. Tema II: Legislación en comunicación en América Latina. Expositor: licenciado Ronald Grebe López, pp. 8-18).
- **López**, Jaime. Periodismo latinoamericano: Los casos más comunes de corrupción.
- Página oficial del Gobierno del Estado Plurinacional de Bolivia.

La censura

Servando Ortoll

Sociólogo mexicano. Tiene una licenciatura en estudios latinoamericanos de la Universidad de las Américas (1975), una maestría en sociología de Boston University (1978), y una segunda maestría en sociología y el doctorado en sociología histórica, de Columbia University (1981 y 1987). Actualmente es profesor-investigador en el Centro de Investigaciones Culturales-Museo y maestro en traducción de la Facultad de Idiomas de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), campus Mexicali. Es autor y editor de más de diez libros y medio centenar de artículos sobre historia social y política mexicana. Con la historiadora Annette B. Ramírez de Arellano ha publicado varios artículos sobre Frida Kahlo y Diego Rivera. Actualmente estudia la migración china a los estados de Sonora y Baja California y prepara una novela biográfica de Victoriano Huerta. Ha sido becario de, entre otras instituciones, la Fulbright Commission, la American Political Science Association y el Rockefeller Archive Center. En 2008 obtuvo una beca de investigación Edmundo O’Gorman, copatrocinada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y la Columbia University.

Jamás imaginé que el manuscrito que me había sacado sudor y lágrimas por la presión a que me sometí estuviera destinado a morir en su cuna. Pero, sin rendirme todavía, me dediqué a buscar quien más lo imprimiera. Toqué muchas puertas y repartí mi manuscrito entre igual número de personas e instituciones. Nadie se ofreció a publicarlo.

La censura

Servando Ortoll

(Del libro *Apostillas al crimen de Tepames*. Mexicali, B.C.: Rafael Rodríguez Editor/Center for Latin American Studies, University of Arizona, 2009).

Un libro muerto en su cuna

I

Tepames, apartado y mustio pueblo del municipio de Colima, fue el teatro, en 1909, donde se perpetró un sangriento crimen que en muy poco tiempo alcanzó renombre nacional: el de dos hermanos —Marciano y Bartolo Suárez— que cayeron bajo las balas de un grupo de hombres armados encabezado por el comandante de la policía del estado, Darío Pizano. Los pormenores del crimen se discutieron durante meses en la prensa nacional. Incluso se escribió una novela sobre el tema. Novela que acusaba a unos vecinos de los Suárez de encabezar el homicidio, como si la presencia del comandante de la policía de Colima, *in medias res*, no contara en lo absoluto. ¿Cómo pudo alcanzar tanta «notoriedad» un crimen aislado ocurrido en un pueblo desconocido del alejado y entonces prácticamente incomunicado estado de Colima? ¿Qué sabemos de sus pormenores, a 100 años del suceso? ¿Qué queda por narrar en torno a ese sanginario evento? ¿Qué sucedió con un libro que escribí sobre el tema y que terminó «muerto en su cuna»?

Primeras impresiones

El crimen de Tepames me enseñó una gran lección: que en México la historia y la política están mucho más imbricadas de lo que a simple vista parece. Por ello narro este relato añejo que no ha cesado de importunarme desde hace más de dos décadas: como aquellas recurrentes pesadillas que se arremolinan a las



De izq. a der.: Marciano y Bartolo Suárez, los hermanos asesinados; Darío Pizano, comandante de la policía del estado

puertas de nuestros huidizos sueños, y que ni se apocan ni se apagan con el tiempo.

Empiezo por darte una fecha, en el otoño de 1986, y por mencionar un lugar, la biblioteca Nettie Lee Benson, de la Universidad de Texas, en Austin. Como parte de un proyecto nacional para escribir historias estatales que cubrieran el siglo XIX, el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora me comisionó para escribir un libro que sintetizara la historia de Colima y que estuviera acompañado, además, por una antología de documentos raros y poco conocidos sobre el estado. Justo para dicha antología escudriñaba folletos de escasa circulación en la Biblioteca Benson, cuando uno llamó mi atención: se refería a un homicidio conocido como «el crimen de Los Tepames». En dicho folleto y tras una complicada exposición legal, su autor (hermano del juez de segunda instancia que intervino en el caso) imputaba al gobernador del estado la autoría intelectual del doble asesinato.

El folleto, firmado en un poblado de Los Altos de Jalisco, tenía una abierta visión partidaria y, lejos de comprobar sus acusaciones, se perdía en una intrincada trama de datos y términos legales. No obstante, el documento presentaba una visión nueva sobre un caso añoso y, por ello, y por encontrarse en buen estado, lo fotocopié y lo llevé a Colima. Fue a finales de 1987 —momento en que debía entregar al Instituto Mora la antología documental que cubría el siglo XIX y principios del XX— cuando, después de vacilar, incluí el documento sobre el crimen en los que resultaron ser dos volúmenes de la antología.

Cuando los entregué en la ciudad de México (dos copias adicionales las imprimí y las repartí entre sendos conocidos míos, personas avanzadas en la historia colimense), informé a una de las coordinadoras del proyecto que entre mis documentos incluía el folleto acusatorio. Solicité que lo leyeran con cuidado. «No te preocupes», me aseguró la aludida: «revisamos muy cuidadosamente *todos* los manuscritos». Tomé el año siguiente para preparar el tomo restante que sintetizaría la historia de Colima. Fue entonces que recibí una llamada telefónica de la directora del Instituto Mora, la doctora Eugenia Meyer.

—¿Cuánto te falta para que termines tu libro de Colima?

—Seis meses más —contesté por dar una fecha vaga y distante.

—Tienes dos semanas para concluirlo.

En ese plazo perentorio debía yo revisar, completas, las pruebas de los dos tomos de la antología que entregué un año antes, y terminar el volumen de la historia de Colima que me faltaba. Era poco tiempo. Trabajé día y noche en compañía de tres auxiliares y colegas míos en Colima (José Luis Ramírez Larios, Florencio Llamas Acosta y Rosa Elvira Flores Sánchez), y de mi amigo José Ortiz Monasterio, en la ciudad de México.

En dos semanas revisamos concienzudamente los dos volúmenes en que había quedado la antología y que habría de aparecer con el nombre de *Colima, textos de su historia*. Al examinar el primero de los volúmenes, encontré el documento que incriminaba al ex gobernador De la Madrid del homicidio de los Suárez. «Franqueó sin dificultades los escollos de la censura», pensé. Y no dediqué más tiempo al asunto.

En seguida me dediqué con ahínco al tercer tomo faltante, que llevaría el título de *Colima, una historia compartida* y, en cerca de seis semanas —y no dos— terminé la obra entera: justo en el momento que inicia el primero de los relatos que voy a detallar.

Otra llamada telefónica

Un viernes por la mañana, una semana antes de que el entonces presidente de la república Miguel de la Madrid Hurtado dejara de serlo, y cuando se encontraba en su última gira por su natal estado de Colima, me llamó desde la ciudad de México la directora del Instituto Mora. Las prensas de la Casa Madero, comisionada para imprimir mis libros (era la única editorial que se había comprometido a entregarlos antes de que el jefe de la nación dejara su puesto), habían sido

detenidas por «órdenes presidenciales». De no solucionar de inmediato la causa que llevó a dictar dichas órdenes, explicó la directora del Instituto Mora, los libros no saldrían según lo convenido. Y como la historia se supedita a la política (¿o es al revés?), había que imprimirlos *antes* de ese singular acontecimiento histórico.

—Quiero que revises el prólogo del libro: tiene errores —dijo con voz áspera la directora del Instituto Mora. Ella estaba convencida de que por un descuido historiográfico se había detenido la impresión de mis libros. Me leyó el prólogo por teléfono. Éste hablaba, entre otros temas que yo no manejaba (ni manejo), de la época prehispánica y la Colonia. Pedí media hora, tiempo suficiente para llevar al contador e historiador local Ernesto Terríquez Sámano al teléfono, para que aclarara las dudas de la directora. Después del intercambio entre ambos, del remiendo y la supresión de ciertos pasajes equivocados, la doctora Meyer me instruyó para que «entregara de mano, al secretario de Educación Pública», una carta que dijera, palabras más, palabras menos: «Señor secretario, los errores del prólogo han sido corregidos. A menos que usted no tenga otras indicaciones, giraré órdenes para que las imprentas se pongan de nuevo en marcha». Signaba la carta Eugenia Meyer.

Ni a ella ni a mí se nos ocurrió que podría haber otra rémora con mis libros, y sin más órdenes qué cumplir, me dediqué a la casi imposible labor —después de redactar y transcribir en limpio la carta mencionada— de encontrar al presidente en funciones en uno de los muchos lugares donde habría de parar esa mañana en la ciudad de Colima. También pedí que de casa me trajeran ropa «conveniente» para presentarme bien ataviado al encuentro del secretario de Educación Pública.

No fue fácil pero logré averiguar, más de una hora antes del evento, en dónde se encontraría el licenciado Miguel de la Madrid Hurtado: inauguraría una «unidad deportiva», alrededor del mediodía. Perfectamente vestido y con sobre lacrado en mano, me dirigí, tras cruzar un enorme cuadrilátero trazado en el suelo sobre tierras guijarrosas, a la primera persona con trazas castrenses que encontré. Vestía de negro de bota a boina.

—Tengo órdenes —utilicé mi voz más grave e impersonal— de entregar de mano este sobre al secretario de Educación, quién está por llegar.

«Sígame», fue todo lo que me dijo. El lóbrego individuo me llevó a otro oficial, y éste a otro... Conforme me acercaba al sitio donde arribaría el presidente, cada militar se veía más amenazador que el anterior.

Por fin me acercaron a un general de la guardia presidencial. «Póngase aquí»,

e indicó un lugar en cuya retaguardia unos niños, provistos de margaritas, ensayaban una canción que entonarían cuando llegara el presidente: «Yo le indico cuándo acercarse al secretario», me dijo.

«Oiga, pero no sé quién es el secretario», angustiado, me vi obligado a confesar. Me miró a los ojos y dijo: «Está bien, yo se lo señalo cuando lleguen». Durante los siguientes minutos tuve que esquivar un aluvión de periodistas conocidos, a quienes extrañaba verme a la cabeza de intérpretes musicales tan inexpertos como imberbes. Luego, todo pasó.

Frente a nosotros se detuvieron de golpe varios autobuses que venían a toda prisa. Levantaron una polvareda tan grande que casi ahogó entre sus nubes a todos los niños y secó sus margaritas. Más que canto se oía una confusión de gritos y toses inocentes. No se entendía lo que tarareaban; Miguel de la Madrid no se dio por aludido.

Una ola humana rodeó al señor presidente, y lo siguió hasta la unidad deportiva. El dirigente del país parecía flotar en el aire. Traté de no quedarme atrás, pues al descender del autobús la comitiva que lo acompañaba, el general apuntó con la mirada en la dirección del secretario, dirección que era también del presidente y de otros más que lo cercaban. Ante mi desconcierto, el general repitió sus señales y por fin comprendí que se trataba de un rollizo hombre de pelo blanco y guayabera. Estuve a punto de alcanzarlo, justo cuando el presidente De la Madrid cortaba el cordón que inauguraba el centro deportivo. Pero segundos después, tras el chasquido de las tijeras que separaron en dos la cinta, la masa humana regresó de donde vino, colocándome a varios cuerpos de distancia del secretario.

Mi suerte parecía echada: si no lo alcanzaba no podría entregarle de mano la carta y quién sabe qué sucedería luego. Como pude, me acerqué. Lo tomé del hombro y lo hice virar un poco. «La doctora Meyer me pidió que le entregara esto de mano», dije con la misma voz grave de media hora atrás. Él tomó la carta, la abrió y siguió su camino, hasta subirse a uno de los autobuses.

Mi primera reacción fue acompañarlo y subirme con él al autobús, pero recordé a los militares que vigilaban todas las maniobras de los presentes. Desde el vehículo, alguien abrió la ventana e hizo señas de «¡NO!» con los brazos. Yo asumí que se trataba del mismo secretario de Educación y así se lo hice saber a la directora del Instituto Mora, quien me pidió que le relatara por teléfono la historia y que le leyera varias veces el contenido de la carta que ella me había dictado. «A menos que usted no tenga otras indicaciones, giraré órdenes para que las imprentas se pongan de nuevo en marcha», era la parte de la misiva que



En casa de los Suárez

más le interesaba escuchar. Yo había transmitido a la maravilla su mensaje al secretario de Educación.

—Entonces que sigan imprimiendo tus libros —sentenció.

Un lunes por la mañana

Todos los habitantes de la ciudad de México, al parecer, son madrugadores, porque el siguiente día hábil recibí otra llamada temprana de la directora del Instituto Mora.

—Servando Ortoll: ¡si quieres que tu presidente firme el prólogo a tus volúmenes, no incluyas en ellos un documento que acusa sin fundamento a su abuelo de ser el autor intelectual de un crimen tan terrible! —una bomba había detonado en la ciudad de México.

Un piélago de ideas y de reproches se acumuló en mi mente. Quise que se reprendiera a quien por descuido no había revisado con cuidado mi manuscrito, pero opté por callar a medias: «Les informé en el Mora que ese documento esta-

ba allí», fue mi respuesta. Y pregunté: «¿Qué hacemos?».

—Como historiadora, estoy con que publiques el documento, pero como... Bueno. Te lo publico con una condición: con que encuentres respuesta al ataque que aparece en ese documento.

—De acuerdo —acepté—. ¿Con cuánto tiempo cuento? —recordará mi lector que el folleto original provenía de una biblioteca en Austin, Texas, y que nos encontrábamos, entonces, en un mundo anterior a la Internet.

—Con tres horas.

—¿Tres horas? —repetí. En aquellos momentos en los que el fax ni siquiera era público, en los que Colima no tenía un aeropuerto comercial abierto, aunque fuera para vuelos domésticos, no había forma de encontrar, en tres horas, la famosa «respuesta» al folleto de marras. Salvo que dicha respuesta se encontrara en el Archivo del Gobierno del Estado de Colima. Allí don Jorge Pineda, su director, tenía a mano el proceso completo que se siguió a los asesinos materiales de los jóvenes de Tepames.

Encontré a toda prisa una «respuesta» que sin embargo había sido publicada *antes* de que el ataque al gobernador de Colima se publicara en Jalisco.

—Esa respuesta no sirve —me dijo la doctora Meyer.

—¿Entonces?

—Hay dos posibilidades: que, como sugieren en la casa editorial, se publique el tomo sin páginas consecutivas para que parezca un error de imprenta, o que pongamos unas fotos en el lugar del documento. ¿Por cuál te inclinas?

Elegir cualquiera de las dos «opciones» —si así podía llamárseles— implicaba aceptar la censura total del folleto. Pensé en las disyuntivas. Si yo rechazaba el ofrecimiento (y esa fue mi primera reacción), no se publicarían mis volúmenes. No de inmediato, al menos, puesto que si ahora se imprimían era por razones... Ya lo sabe mi lector: políticas.

—Está bien con las fotos —concluí—. Tengo las que quiero para esas páginas.

—¡Pero tienes que entregarlas de inmediato, porque de lo contrario los libros no van a estar listos!

Llamé a mi amigo José Ortiz Monasterio en México y él se comprometió a llevar las fotos a la imprenta. Pero —fatalidades del destino— ese día no encon-

tró taxi. Cuando por fin arribó, la imprenta (actuando, a buen seguro, bajo «órdenes superiores») había incluido unas fotos de su archivo. Cuando semanas después vi la primera de las tomas, quise morir: yo, que había puesto en duda la existencia del rey Colimán, recibía como represalia de ultratumba... ¡su foto!, misma que remplazaba la primera página del folleto purgado. Fue inicua la venganza del monarca.

—No hay nada por hacer —contestó mi amigo a mi pregunta desesperada— : ésta es una incomodidad más de nuestro oficio.

Desayuno en Guadalajara

En recompensa a mi sacrificio histórico recibí una invitación a un frugal desayuno —¿quién dice que someterse en lo político no trae recompensas libres de carbohidratos?— en un hotel de lujo de Guadalajara. Eran los días de la Feria del Libro. Degusté el pisolabis junto con unas palabras de aliento.

«El ex secretario de Educación Pública está muy agradecido contigo», me dijo la doctora Meyer: «le interesa además saber qué ocurrió en Tepames. Esto ameritaría una investigación profunda, que buscara entender por qué alguien acusó sin pruebas al abuelo del licenciado De la Madrid».

Tomé estas palabras con sosiego. Había pagado —sin deberla— mi cuota política, desembolso obligatorio si se ingresa al gremio de los historiadores mexicanos. No había mucho por hacer. Conduje a la doctora Meyer a la Feria del Libro y, camino a casa, no dejé de pensar en las dos personas a quienes había dado, para «revisar», copias de los dos volúmenes de documentos que habría de publicar el Instituto Mora. Una de ellas había reportado en Colima al secretario de Educación —seguramente a través de terceros— la existencia de un documento «espinoso» o al menos comprometedor, en uno de mis tomos. De otra manera, ¿cómo explicar que fuera durante la estancia del presidente en Colima, que se había ordenado paralizar las máquinas de la imprenta en la ciudad de México?

Bajo el calor creciente del mediodía azulado y alegre, decidí escribir un libro que explicara lo ocurrido en Tepames. Quizá esto acallaría al quisquilloso chivato que un día entregó a los censores cercanos al presidente, copias de mis volúmenes. Pero quizá también mi obra pondría a prueba los límites periféricos de la censura política que, todo el mundo me asegura, es un mal que ya no existe entre nosotros.

II

A cambio de no publicar el documento, decía, recibí una invitación a un frugal desayuno en Guadalajara. Un *quid pro quo* muy mesurado y... nada más. Reconocí después como benéfico no revivir un libelo infamatorio que en principio atentaba contra la integridad de terceros. Hasta aquí concuerdo con mis censores locales y nacionales. Pero ni un paso más.

Cuando la directora del Instituto Mora me informó del interés del ex secretario de Educación por conocer a fondo lo que había ocurrido en el pueblo de Tepames, la idea de escribir un libro se convirtió para mí en un reto, en una obsesión. Mi contumacia (¿puedo calificarla de otra manera?) se endureció cuando el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) convocó a un concurso nacional sobre «historias regionales». El Consejo, según la convocatoria, publicaría los diez mejores manuscritos y otorgaría además una compensación pecuniaria a los tres primeros lugares.

El crimen de Tepames era tema con el que yo podía concursar pues trataba de un tema regional: un grupo de periodistas de Guadalajara había atacado al gobierno de Colima por la comisión de tan terrible asesinato. Pero más importante aun: contaba con documentación suficiente para escribir un libro: tenía el ya conocido folleto encontrado en Texas; sabía de la existencia de buena parte de la documentación relacionada con el proceso contra los autores materiales del asesinato, ubicada en el Archivo General del Gobierno del Estado de Colima; conocía de la novela histórica *El crimen de los Tepames*, del escritor asturiano Emilio Rodríguez Iglesia, y sabía, por un colega mío (Álvaro Ochoa, de El Colegio de Michoacán), que en el Archivo Porfirio Díaz, ubicado en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, existía información de primera mano sobre el tema. Faltaba consular los periódicos regionales ubicados en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco.

Génesis de un libro

Tenía seis semanas justas para concursar, y las dividí según mis planes de trabajo: las dos primeras las dedicaría a analizar el proceso penal con detenimiento y a entrevistar sobrevivientes del pueblo de Tepames; la siguiente, en Guadalajara, a revisar periódicos tapatíos principalmente; la cuarta, a buscar correspondencia cruzada sobre el tema, en el Archivo Porfirio Díaz, y las últimas dos a sistematizar la información y a redactar la obra. En seis semanas

debía tener el libro completo.

Mirtea Acuña y Pedro Morales buscaron información adicional en el Archivo del Gobierno del Estado de Colima; José Ramiro Morales me acompañó a realizar entrevistas en Tepames (algunas de ellas estériles); Carmen Llerenas revisó el Archivo Público de la Propiedad y el Archivo de la Reforma Agraria en Colima, en busca de más huellas sobre el asesinato; Avital H. Bloch y Blanca Estela Gutiérrez Grageda me auxiliaron en la revisión hemerográfica en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, y la segunda de ellas trabajó conmigo en el Archivo Porfirio Díaz de la ciudad de México.

En seis semanas de marchas forzadas pude entender —armando un rompecabezas con los documentos rescatados— lo sucedido antes, durante y después del crimen de Tepames. Tenían los hermanos Suárez —Marciano y Bartolo—, entre otras acusaciones acumuladas, las de violaciones, daño a propiedad ajena y resistencia a la autoridad. Nada, en suma, que mereciera pena de muerte (o la aplicación de la ley fuga) en aquellos momentos del anochecer porfiriano.

Pese a esto ciertos individuos —entre ellos unos vecinos de los Suárez y el comandante de policía del estado— salieron una noche de la ciudad de Colima, acamparon junto a un río para no despertar sospechas y entre las 13:30 y las 14:00 horas del día siguiente (lunes 15 de marzo de 1909), se introdujeron violentamente en el patio de la casa de los Suárez (situada a un costado del jardín principal, frente a la parroquia, como se aprecia en el plano de reconstrucción del crimen) con la consigna de capturarlos vivos o muertos; más lo segundo que lo primero.

Marciano Suárez —tras ayudar a sus hermanos Gonzalo y Guadalupe y a un albañil a pegar ladrillo en uno de los corredores de su casa, e ignorante de la amenaza que se cernía sobre su cabeza— se tumbó a dormir sobre una rígida mesa de madera a un metro de donde trabajaba. Al tenderse, Marciano lo hizo sobre «el flanco derecho, teniendo la pistola de ese lado y la cara vuelta hacia la pared, presentando la espalda para el lado del patio de la casa».¹ Marciano se quedó dormido. De repente y «por la puerta de golpe que da a la plaza», se introdujo un gendarme montado a caballo. Con una carabina preparada que «llevaba en las manos»; le gritó al albañil y a los otros dos hermanos Suárez «*que nadie se moviera de ahí [...]*».² El resto ya lo conoce el lector de esta obra.

1. UIA/CIA. Acervos Históricos. Colección Porfirio Díaz. Legajo 34, caja 22. Doc. #010763. «Diversas declaraciones». S.l., s.f. Anexo a carta de Eduardo Xicoy a Porfirio Díaz. Colima, 24 de junio de 1909.

2. UIA/CIA. Acervos Históricos. Colección Porfirio Díaz. Legajo 34, caja 22. Docs. #010765-010767. «Diversas declaraciones». S.l., s.f. Anexo a carta de Eduardo Xicoy a Porfirio Díaz. Colima, 24 de junio de 1909. Las palabras en cursivas están subrayadas en el original.



Disparo sobre un Suárez (reconstrucción)

Antecedentes y repercusiones de la ejecución

Con la reconstrucción de los hechos no terminó la historia del sanguinario crimen de Tepames. Al contrario: comenzó apenas. De manera insólita y a primera vista espontánea, primero uno y después muchos periodistas de la ciudad de Guadalajara escribieron sobre el asunto: acusaban al licenciado Enrique O. de la Madrid, gobernador entonces del estado de Colima, de ser el autor intelectual del crimen.

¿Cuáles fueron los motivos ulteriores de los periodistas para propagar la noticia? ¿Por qué inculparon al entonces gobernador de Colima por el crimen de Tepames? Estas dudas me surgieron según leía los documentos y organizaba mis ideas. Era evidente que yo no podría contestar todas las preguntas que, una tras otra, asomaban, pero sí arrojar luz sobre las más palmarias. Descubrí por ejemplo que uno de los periodistas, el más aguerrido de los atacantes de Enrique O. de la Madrid y dueño del periódico *La Gaceta de Guadalajara*, era colimense. J. Trinidad Alamillo tenía planes velados de convertirse en el próxi-

mo gobernador del estado de Colima.³ Alamillo conspiró contra el gobernador en funciones de su estado natal. El crimen de Tepames representaba para él el «momento psicológico», la oportunidad única que le permitía menoscabar la reputación de Enrique O. de la Madrid, en el cargo desde 1902. Con su mortífera pluma, Alamillo no cejó hasta convertir el crimen en causa célebre de los periodistas «antirreeleccionistas» de Guadalajara. Así condujo Alamillo su ataque frente al público; en lo privado, el periodista y el político colimense (había sido prefecto político en Colima, en años anteriores) por correspondencia solicitó al presidente de la república su anuencia para atacar al gobernador e iniciar su propia campaña política.

J. Trinidad Alamillo funcionaba *dentro* del sistema: no se movía sin la venia de la autoridad suprema de México. El periodista colimense dirigió su batalla desde el interior del sistema político mexicano, y no contra él. Alamillo atacó a De la Madrid con el permiso del presidente y traspasó su periódico y se marchó de Guadalajara cuando Porfirio Díaz así lo dispuso. Por mi parte yo quería conocer las características de la campaña de desprestigio que promovió Alamillo en contra del gobernador, y sus repercusiones políticas. Una de ellas y de vital importancia fue que, intrigado por lo que ocurría en Colima, Porfirio Díaz envió a un juez especial, Eduardo Xicoy —hombre de todas sus confianzas y poseedor de una memoria extraordinaria— a sondear el caso. De origen catalán, Xicoy se dirigió a Colima acompañado de su hermano, con la consigna de investigar lo ocurrido. Caso curioso: ¡también Xicoy condenó al gobernador por los hechos de Tepames!

Mis hallazgos

Alamillo y sus colegas periodistas de Guadalajara acusaron a los hermanos Anguiano de ser los autores materiales del asesinato de sus vecinos, los hermanos Suárez. Esto aparece también en la novela del escritor asturiano Emilio Rodríguez Iglesia. Pero, ¿eran los Anguiano capaces de involucrar al comandante de policía del estado en un asesinato de esta magnitud? Y, ¿por qué las autoridades de Colima no los encarcelaron una vez consumado el crimen? Había muchas preguntas y pocas respuestas en las acusaciones de los periodistas de Guadalajara o del propio Rodríguez Iglesia. De allí que yo indagara más sobre el tema.

3. Julia Preciado Zamora confirmó esta hipótesis. Véase Julia Preciado Zamora, *Anatomía política de un gobernador*, pássim.



Los hermanos Anguiano: Fermín, José, Mauricio y Onofre

Con documentación del Archivo de la Reforma Agraria en Colima, descubrí a «otro» vecino que, como los Anguiano en su momento, se había interesado en comprar los terrenos colindantes, propiedad de los Suárez. ¿Por qué? Entre otras razones porque se rumoraba que pasaría por Tepames un ramal de la nueva línea ferrocarrilera, cuya ruta principal iba de Manzanillo a Guadalajara. Un terreno cercano al jardín principal, como el de los Suárez o incluso de los Anguiano, se prestaba a la especulación y al rápido enriquecimiento.

El descubrir, primero, que los motivos arcanos de Alamillo eran los de convertirse en gobernador del estado; segundo, que había un interesado en adquirir los terrenos de los Suárez aun en contra de la voluntad de estos últimos⁴ y, tercero, que este interesado era un cercano colaborador y amigo próximo del gobernador en turno, me llevó a varias hipótesis interesantes: la fundamental, que Enrique O. de la Madrid no había sido el autor intelectual del crimen doble de Tepames, pero sí su encubridor.

Concluí por ello que a lo sumo el gobernador buscó proteger a su allegado, obstaculizando así el juicio. De ser esto cierto, como estoy convencido que lo fue, mi investigación me había llevado al cuadro número uno de mi historia: que todo el «escándalo» lo había forjado Alamillo y que éste había planeado confundir al presidente de la república y a sus colegas periodistas en aras de su propio beneficio. Con estos hallazgos en el papel, me sentí seguro finalista en el concurso de historias regionales a que había convocado Conaculta.

4. Se afirmaba que el ramal ferrocarrilero traería consigo el «progreso» a los vecinos de Tepames y su imagen acabó trayendo la desolación.

Los resultados del certamen

Antes de entregar mi manuscrito calculé cuántos historiadores regionales existían en el país cuyos textos competirían con el mío. Según mis cálculos, mi trabajo sería uno de diez finalistas y saldría publicado. Envié mi manuscrito y esperé resultados. Un colega de Guadalajara, miembro del jurado en la primera parte del certamen, me llamó para felicitarme: ¡mi trabajo había sido finalista!

Pero al publicarse los resultados oficiales del concurso, mi libro no apareció en la lista de finalistas. ¿Habían cambiado los resultados del certamen? ¿Qué hubo detrás de todo esto? Tiempo después hablé con Carlos Martínez Assad, presidente del jurado. «Alguien», me confesó, se había declarado en contra de mi libro. No debía publicarse. «¿No se trata de un libro de historia regional?», preguntó mi colega, y recordará el lector que, pese a que mi obra analizaba el asesinato de dos campesinos en un pueblo alejado de Colima, involucrados en la difusión de los hechos se encontraban varios periodistas de Guadalajara.

Esto convertía mi libro en uno de análisis regional y así tuvo que reconocerlo mi atacante anónima. Pero de todas formas no debía publicarse. «¿Estaba mal escrito?», interpeló Martínez Assad. «Está bien escrito», contestó de mala gana mi detractora. «¿Entonces su metodología está mal utilizada?». «Al contrario, está bien hecha la investigación». «¿Qué tiene luego que no debe publicarse?». «¡Tiene trasfondo político!», concluyó la interpelada. El caso estaba cerrado. De los manuscritos que no resultaron finalistas escogieron otro que tomara el lugar del mío y lo publicaron. ¿Quién dice que la política no está imbricada a la historia?

Un giro inesperado

Jamás imaginé que el manuscrito que me había sacado sudor y lágrimas por la presión a que me sometí estuviera destinado a morir en su cuna. Pero esto desconocía en el momento del que hablo y, sin rendirme todavía, me dediqué a buscar quien más lo imprimiera. Toqué muchas puertas y repartí mi manuscrito entre igual número de personas e instituciones. Nadie se ofreció a publicarlo.

El recordado Alberto Isaac, tras leerlo, se entusiasmó con el texto y juntos visitamos al rector de la Universidad de Colima. Alberto quería que Vicente Leñero convirtiera mi manuscrito en guión cinematográfico para luego dirigir el propio Alberto una película. «Xicoy es un personaje que entra directamente a la cinta», me dijo. Con la lógica de su lado (y planes políticos futuros), el rector me dijo que, antes de que se diera a conocer en otra forma, el libro debía aparecer

como lo que era, un texto de historia.

Asentí. Pero la única persona que debía de publicarlo, agregó con la misma lógica el dirigente universitario, era el director general del Fondo de Cultura Económica, el licenciado Miguel de la Madrid Hurtado. «Nuevo reto», pensé y tomé nota mental de las palabras del rector. Cada vez me parecía más obvio que nadie aparte del ex presidente estaría dispuesto a difundir mi trabajo. Tomé este segundo desafío en serio y solicité una cita para entrevistarme con el director general del Fondo de Cultura Económica, en la ciudad de México.

III

El día que la secretaria del ex presidente de la república me conoció, yo llevaba jeans y pelo largo: me confundió con el mensajero. «Ah, sí. El doctor Ortoll me dijo esta mañana que me enviaría su manuscrito», subrayó, después de revivirme de arriba a abajo. ¿Debía identificarme como «el doctor Ortoll», me pregunté, o pretender que era su mensajero?

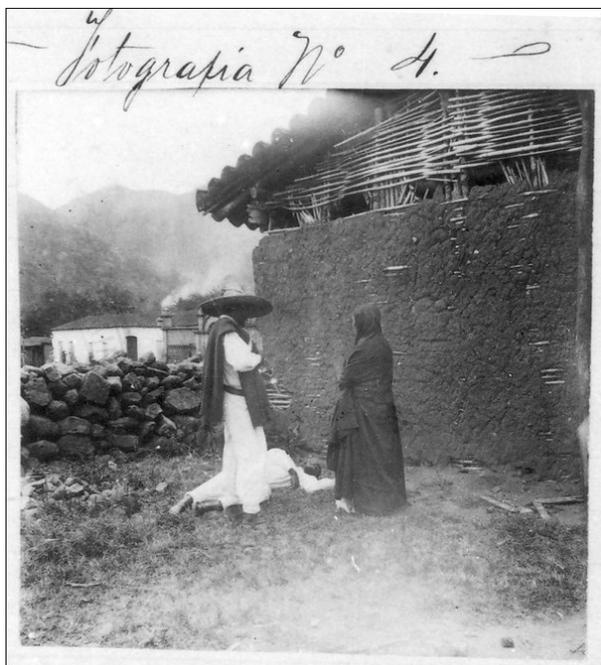
—Yo soy Servando Ortoll —me limité a decir, y al instante la secretaria de Miguel de la Madrid Hurtado se puso de pie, tirada por un cordón invisible, y me dijo con voz angustiada y chillona: «Perdóneme, doctor Ortoll, no lo reconocí. Siéntese, por favor. ¿Qué puedo ofrecerle? Permítame consultar si puede recibirlo a usted el licenciado De la Madrid, en cuanto salgan las personas —perfectamente ataviadas, por cierto— que acaban de entrar».

El suyo fue un cambio interesante: esa mañana me había asegurado que el director general del Fondo no tenía espacio en su agenda para verme en semanas. Después de obsequiarme una coca-cola (las crujientes y empinadas escaleras del viejo edificio en donde se encontraba la oficina del Fondo —principios de los noventa— eran suficientes para cortarle la respiración a cualquiera), y hablar con su jefe, me informó: «El licenciado De la Madrid lo recibirá, pero sólo por cinco minutos».

—Muchas gracias —contesté, seguro de que ese sería tiempo suficiente para guardar en mi memoria tan célebre entrevista.

La puerta de la vieja oficina de don Daniel Cosío Villegas —primer director general del Fondo— se abrió y entré tras estrechar la mano del ex presidente de México. «Siéntese, por favor. ¿Qué se le ofrece?»

Yo traía conmigo una copia de *La Vendetta de San Miguel*, título sibilino, lo reconozco, con que bauticé mi libro sobre el crimen de Tepames. Expliqué bre-



Tiro de gracia (reconstrucción)

vemente qué me había llevado a la presencia del ex mandatario. El licenciado De la Madrid pausó y miró al vacío (o tal vez a un retrato del viejo Cosío Villegas, sobre el muro que contemplaba). En un periquete extrajo un cigarrillo de su bolsa derecha y acercándose el encendedor con la mano izquierda como si protegiera su llama de una enfurecida ráfaga de aire, lo encendió. La operación tomó unos segundos.

—Mire. Le voy a contar lo que pasó en aquella ocasión, según me lo relató mi abuelo, el licenciado Enrique O. de la Madrid, gobernador del estado de Colima...

La historia que me narró Miguel de la Madrid no parecía coincidir, en principio, con lo que yo había escrito. Al menos esa fue la impresión que me dieron sus palabras (cuando tuve la oportunidad de releer mi libro, constaté que muchas de las aparentes diferencias entre las dos versiones eran en realidad dos caras de la misma moneda y que, más que contraponerse, se complementaban). Hablaba el ex presidente con tanta prisa y determinación que apenas podía yo contrastar mis notas (difuminadas en mis recuerdos: hacía mucho que no había releído mi manuscrito) con lo que me narraba.

En pocas palabras, y esto lo tomé como la versión final y oficial de los hechos, el gobernador del estado de Colima, en 1909, había ordenado a Darío

Pizano, comandante de la policía, que apresara a los hermanos Suárez, connotados bandidos de la región. Pizano, para «quedar bien» con el gobernador, había ultimado a los hermanos. La versión del licenciado De la Madrid, como digo, parecía diferir de la mía. ¿Debía recoger mi manuscrito y salir en ese momento y de prisa de su oficina?

Opté por escuchar con atención al ex mandatario. Oportunidades como esa no se presentaban todos los días. Me comentó cómo, basándose en la experiencia de su abuelo, ya de presidente se había asegurado que la policía se presentara desarmada a las manifestaciones de protestas callejeras: quería evitar que la historia se repitiera.

En un momento en que el silencio conquistó el despacho de ex presidente, me atreví a hablar.

—Yo tengo un «sospechoso histórico» a quien puede pertenecer la autoría intelectual del crimen...

La celeridad con la que contestó «Solórzano», me hizo percatarme que, contrario a lo que yo había asumido, Miguel de la Madrid Hurtado ya había leído mi manuscrito. Eso, o ¡había yo dado en el clavo y resuelto el enigma de la autoría intelectual del crimen de Tepames! Comprendí que el primero de los casos era el factible. Salí a la hora y media de haber entrado a la oficina del ex presidente, tras escuchar que él mismo revisaría el texto. Miré la calle más confundido que resuelto. Esa no fue la única vez que hablé con Miguel de la Madrid Hurtado, pero sí la más extensa. En la Universidad de Colima, primero, y en la de Guadalajara después, pude intercambiar palabras con él respecto a mi manuscrito.

En la Universidad de Colima, gracias al entonces rector y en su presencia, De la Madrid conferenció conmigo unos minutos y dijo haber leído el manuscrito después de verme por primera vez en su oficina, pero subrayó que éste contenía ciertas secciones que «le disgustaban». En Guadalajara confesó por descuido (u olvido) que leyó mi manuscrito antes de entrevistarse conmigo en su oficina en la ciudad de México, pero me aseguró que sometería mi obra a los evaluadores del Fondo de Cultura Económica.

Curiosamente y por esas fechas, me enteré que, contrario a lo que se practica en casos como el mío en que se envía una obra singular a «especialistas» para su evaluación, unos jóvenes —que se identificaron como auxiliares del licenciado Miguel de la Madrid Hurtado— se presentaron en el Archivo Porfirio Díaz de la Universidad Iberoamericana, para solicitar copias de los documentos que yo citaba en mi trabajo. Ignoro si esto fue cierto o el producto de alguien interesado

en incrementar mi paranoia. Lo irrefutable es, sin embargo, que mi libro, escrito con la imparcialidad y «objetividad» académica debidas, habría de permanecer inanimado en su cuna.

Nunca supe, aunque puedo adivinarlo, cuáles eran las secciones de mi libro que incomodaron al licenciado De la Madrid. Pero aclaro: su abuelo era un porfirista que tenía libertad de acción al interior de su estado, a cambio de mostrar una lealtad ilimitada ante el presidente Porfirio Díaz.

Hacia finales del periodo que conocemos como el Porfiriato, las riendas del poder estaban a punto de reventar. Era el último estirón lo que las tensaba, y las gubernaturas estatales y los cacicazgos regionales, por esas mismas razones, acrecentaron su autoritarismo dentro de sus territorios. A nadie se ocultaba que el edificio gubernamental empezaba a cuartearse y que, para mantenerlo erguido, debían sus ingenieros (y albañiles) apuntalarlo con pilares firmes y resistentes.

El de Tepames, dentro del cuadro más amplio del Porfiriato, no fue sino un caso políticamente anodino que hubiera permanecido ignorado, de no ser inflado por los intereses mezquinos y personales de un aspirante a la jefatura de Colima. Los dos campesinos asesinados, oriundos de Tepames, pueblo aislado y desconocido más allá del estado de Colima, jamás hubieran pasado a la historia de no haber sido por un puñado de periodistas tapatíos, encabezados por el colimense J. Trinidad Alamillo, quien quería convertirse, repito, en gobernador de su estado. Pero la anterior no es sino parte de la trama.

No puedo cerrar estas páginas sin comentar un libro que releí, no hace mucho, del historiador español radicado en París y profesor de la Sorbona, François Xavier Guerra: su obra apareció publicada en dos tomos por el Fondo de Cultura Económica en 1988, año en que —hasta diciembre, al menos— Miguel de la Madrid Hurtado fue presidente de México.⁵ En el primero de sus tomos, Guerra utilizó el crimen de Tepames para ilustrar un punto general de la administración de Díaz.

En un caso como el aludido, en el que varios grupos de la sociedad se encontraban en disputa, se requería de un arbitraje conducido, más que a través de «relaciones personales», por el presidente mismo. Después de todo se trataba de un asunto que ponía en entredicho «el equilibrio interno» de un estado como Colima. Explicó Guerra: «Puede [...] ocurrir que incidentes menores lleguen a

5. El lector avezado encontrará una extraña conexión entre las fechas que publicó Guerra su libro y las fechas en que comenzó esta intriga.

un nivel más alto, ya sea por una carencia de arbitraje intermediario, ya porque una facción minoritaria los utiliza como arma contra el poder del Estado, o bien por la brutalidad de una acción que sobrepasa los límites implícitos asignados a la violencia».⁶

«¿Quién es Ortoll para cuestionar a un historiador de la Sorbona?», se preguntará el lector. Pues bien. Soy un estudioso, a fondo, de un caso más que sólo ocupó de paso a un profesor español radicado en París. Ciertamente que no he compuesto obras de la naturaleza y amplitud del profesor Guerra, pero también lo es que libros como el que ahora comento, «congelado» por más de 20 años, desaniman al más empecinado de los autores. Yo por supuesto me cuento —y encuentro— entre estos últimos, pero todo tiene su límite. Y reconozco haberme desalentado durante estas décadas, por el «avance» (debo calificarlo de alguna manera) de mi caso.

Pero permítaseme regresar al libro del profesor Guerra. Yo discrepo con las palabras que cité. La «brutalidad» del crimen de Tepames estaba dentro de los límites de lo «permitido» durante el Porfiriato: dentro de los confines políticos de los que el propio Guerra habla en su obra y el asesinato de los Suárez era, por lo tanto, tolerablemente aceptable. ¿Por qué entonces cita Guerra a Tepames como un evento «inaceptable» para el sistema porfiriano, que sobrepasó «los límites implícitos asignados a la violencia»? Este misterio, y el de la transubstanciación, serán dos que mantendré irresueltos hasta el último de mis días.

No exagero. François Xavier Guerra resume como sigue el caso, confundiendo, entre otras cosas, el apellido de Pizano por el de «Pizarro»: ¿evocación inconsciente de tiempos yaidos?

El 14 de marzo de 1909, el comandante de policía de Colima, Darío Pizarro [sic], acompañado por varios gendarmes, asesina, en medio del pueblo, a dos hermanos que habían venido a arrestar por la queja de una familia amiga [Guerra quiso decir «enemiga»], varios miembros de la cual participan en la expedición punitiva, y esto sucede sin que las víctimas opongan la menor resistencia. Un crimen banal [sic], se podría decir, y que queda sin castigar por el gobernador del estado, Enrique O. de la Madrid. Sin embargo, la noticia se extendió muy pronto. Ante la indiferencia del gobernador, la prensa de la oposición se apropia del asunto y le da primero una dimensión regional, después, nacional; hasta llega a publicarse un libro. La madre de las víctimas, por medio de amigos,

6. François Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la revolución*, 2 vols. (México: Fondo de Cultura Económica, 1988), 1: 242.

va a la ciudad de México y obtiene una audiencia del general Díaz, quien le promete que hará justicia. En efecto, la acción del poder central se ejerce mediante el nombramiento de un nuevo juez en Colima, que instruye el proceso y condena a muerte a Pizarro [sic] y a prisión a sus cómplices.⁷

Otro hecho sorprendente (más allá de sus inexactitudes) es que la versión de Guerra se acerque, más que la mía, a la que me transmitió Miguel de la Madrid: Darío Pizano —o «Pizarro»— había ido a Tepames tan sólo a «arrestar» a los Suárez. ¿Qué lo movió, en vez de esto, a ultimarlos? Ésta sería una interrogante por resolver, de ser esta versión la tomada como válida.

Con todo lo dicho, espero haber dejado en claro que la censura oficial tiene varias facetas, y que éstas pueden ir desde la burla velada o descarada y el encastillamiento o el retraso indefinido en la publicación de una obra, hasta, como lamentablemente sabemos, el encarcelamiento o la «desaparición» de su progenitor. No cuento nada nuevo: el propio autor de *El crimen de Los Tepames*, hasta donde lo supusieron sus familiares, murió —o fue «desaparecido»— por publicar su obra. Nuestra historia reciente está plena también de ejemplos deplorables.

Al divulgar estos recuerdos; al compendiar mi libro y hacerlo público en un semanario local; al conceder un interviú para una revista nacional sobre el caso,⁸ ya lo dije, pongo a prueba los «límites implícitos» asignados a la apertura política mexicana, para parafrasear al profesor Guerra. Con todo esto, no busco arriesgar mi integridad física: quiero dejar en claro algo fundamental, y es que soy un historiador dedicado a su oficio sin otra manera posible de actuar. Inadmisible pretender que nunca escribí esta historia para que fuera leída y criticada; absurdo, autocensurarme.

El lector podrá apreciar el dilema vivido durante las últimas dos décadas. Resolverlo o al menos enfrentarlo, fue una decisión que —ahora caigo en la cuenta— debí tomar, hace ya mucho tiempo, con una campaña que defendiera mis derechos de autor y los de mis lectores. Sólo así hubiera evitado que un libro que debió crecer, fuera sacrificado y obligado a entregar el alma, en su propia cuna.

7. *Ibid.*, 1: 243.

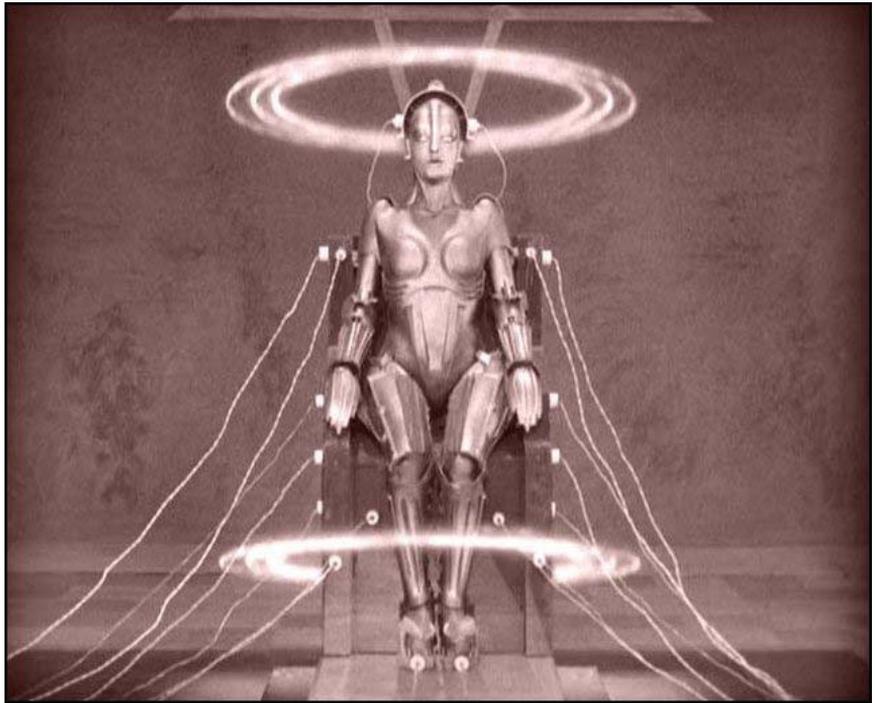
8. Véase, de Pedro Zamora, «Congelado, un libro en el que se implica en un crimen al abuelo de Miguel de la Madrid», *Proceso*, 26 de marzo de 2000. Esta entrevista puede consultarse también en Pedro Zamora Briseño, «Cien años de impunidad» en *ídem*, *El dedo en la herida* (Colima: Editorial Avanzada, 2009), 13-23.

La cárcel de la comunicación

Amparo Osorio

Poeta colombiana (Bogotá, 1951). Ha publicado los libros de poesía *Huracanes de sueños* (1983); *Gota ebria* (Ediciones Embalaje, 1987); *Territorio de máscaras* (Hojas Sueltas, 1990); *Migración de la ceniza* (Editorial Magisterio, 1998); *Antología esencial* (Colección Los Conjurados, 2001) y *Memoria absuelta* (Universidad Nacional de Colombia, 2004). Es editora de la revista *Común Presencia* y coordinadora editorial de la colección internacional de literatura *Los Conjurados*. Varios de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, húngaro, alemán, ruso, sueco y rumano. Obtuvo la primera mención del concurso Plural de México (1989) y la beca nacional de poesía del Ministerio de Cultura de Colombia (1994). Ha representado a su país en varios encuentros internacionales de literatura, entre los que destacan Argentina, Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador, Puerto Rico y México.

Otros eran los tiempos del diálogo, de la vivencia compartida, de los interlocutores con quienes se compartía un mundo, contradictorio sí, pero salvable según lo forjaban nuestras inocentes utopías y al que de una forma romántica pretendíamos y aún pretendemos cambiar.



Fotograma de *Metrópolis*, de Fritz Lang

La cárcel de la comunicación

Amparo Osorio

En la era de la tecnología, la informática y los circuitos integrados, las comunicaciones se han convertido en el dios local mejor instalado en los escenarios del mundo con su cibernética, su ciberespacio y sus incontables millones de feligreses a lo largo y ancho del globo terráqueo.

Pocos sin embargo se han detenido a pensar cuánto hemos perdido de comunicación, es decir cuánto hemos ganado de incomunicación, en un universo donde *la soledad* parece ser el grave detonante del ser humano, una bomba de tiempo incurra en nuestros estadios mentales y a la que se atribuye el mayor índice de suicidio en el mundo, que según estadísticas de la Organización Mundial de la Salud asciende diariamente a 3.000 personas en el planeta, es decir un suicidio cada 3 segundos.

La soledad es, en definitiva, la tragedia de nuestro día a día, puesto que la palabra —es decir, la comunicación verbal de los seres humanos con su entorno— ha quedado reducida al simple y amatorio monólogo con nuestros pasos.

Otros eran los tiempos del diálogo, de la vivencia compartida, de los interlocutores con quienes se compartía un mundo, contradictorio sí, pero salvable según lo forjaban nuestras inocentes utopías y al que de una forma romántica pretendíamos y aún pretendemos cambiar —sólo a través de la magia que se desencadena en los sublimes lazos de la comunicación.

Pero, ¿desde cuándo esta modernidad o postmodernidad irrumpió entre nosotros dejándonos en las periferias de un mundo con el cual, en razón de la exacerbada tecnología, ya no nos comunicamos?

Lo que comenzó como una sana práctica (los conmutadores, por ejemplo) y cuyo oscuro fondo sólo pretendía desechar al ser humano para imponer a la máquina, se ha vuelto uno de los ejemplos clásicos de hasta dónde podremos

llegar en materia de incomunicación.

Usted digita un número y contesta una grabación. Luego de un interminable menú de algunos minutos, debe pulsar la tecla de su necesidad, para volver a la pesadilla de ninguna respuesta. La máquina le habla: «Dígite 1 para comenzar. 2 para dejar su nombre. 3 teclee su documento de identidad. 4 para solicitar un servicio. 5 para reclamos. 6 para nuevo servicio. 7 para suspensión del servicio. 8 para planes promocionales. 9 para hablar con un asesor», y 10 (si aún no se ha suicidado) para escuchar un cínico mensaje «todas nuestras líneas se encuentran ocupadas»: insista de nuevo...

Si su conexión no es con una empresa del común, sino con una clínica o centro de salud, por ejemplo, la máquina contiene nuevos menús, tanto o más dramáticos que el anterior, como tipo de medicina, si prepagada o plan obligatorio, clase de especialista, si cita o urgencia, si puede esperar un prudencial tiempo de tres meses o requiere ambulancia, etc., amén de los tradicionales: nombre, identificación, sexo, estado civil, estatura y fecha de nacimiento.

Pero este universo kafkiano aún no termina. Si desea hablar con una entidad bancaria, es posible que descubra también que la máquina ha devorado sus últimos recursos económicos en complicidad con la piratería tecnológica. Comprenderá aterrorizado que su tarjeta ha sido clonada y no encontrará un ser de carne y hueso que pueda darle respuestas de ninguna naturaleza, porque la banca mundial, amparada también en la incomunicación, ha tecnificado sus inquietudes y reclamos en líneas que no conducen a ninguna parte.

El tiempo de que disponíamos para vivir la vida se agota en el interminable andamiaje operativo ante el cual terminamos agotados, indefensos y solos.

¿No queda con quién hablar en el planeta? ¿Qué se hizo ese ser que creíamos humano, encarcelado ahora en el bunker de sus propias invenciones?

Lo práctico de la vida choca con la premisa de solución a las múltiples y fatigosas necesidades diarias.

Bajo la no muy sana pretensión de salvaguardia, extendible ahora a empresas cuya función social es precisamente el *servicio*, estamos relegados al nefasto *aparato* que se extiende también al «ojo mágico de la cerradura, a la perversa alarma que se dispara incluso ante el inocente vuelo de un pájaro, a los circuitos cerrados de televisión, a los chips que persiguen nuestros pasos, a los escáneres que leen el contenido de nuestro bolso, y a la siniestra sicopatía numerológica» que pronto terminará manipulando la intimidad de nuestro propio cerebro. El homo sapiens ha relegado su rostro y en aras de una mal vendida privacidad, ha

perdido incluso su monólogo interrogativo con las estrellas.

La máquina ha devorado al hombre, y lo que queda de los dos se convertirá en uno de los mayores e insostenibles vacíos a los que nos veremos enfrentados, en un mundo inviolable, impune y ciego, que obviamente dejará de palpar para traernos tan sólo el herrumbroso sonido de sus tuercas.

Pronto tendremos que huir, pronto habitaremos los solitarios universos bradburianos y el robot a nuestro alcance decidirá si le da la gana o no servirnos un café, alcanzarnos un libro o facilitarnos un cigarrillo que calme este nerviosismo profundo de la soledad a la que hemos sido relegados.

Entonces usted y yo, y el habitante de al lado, hundidos en la incomunicación que estamos creando, no encontraremos quien nos diga por qué derriban un árbol centenario o taponan un río o amurallan las ciudades. Será una voz muerta la que disponga de nuestro precario futuro.

Unos demiurgos mecánicos entrarán a nuestra casa y escucharemos estupefactos sus disposiciones de orden: *Cafetera: objeto no identificado. Música: contaminante subversivo. Libros y poemas: artilugios del pasado.* Veremos aterrizados un dispositivo electrónico incinerando nuestros sueños.

La palabra vital será reemplazada por su grotesca parodia, erigiendo un abyecto museo de piezas petrificadas y para quienes pertenecemos a la «antigua generación», a la última generación comunicativa, solidaria y fraterna, anterior a este caos consumista, sólo quedará la contemplación metálica del mundo dominante y la evocación de las premonitorias palabras de Shakespeare: «Lo demás es silencio».

La reunión

Francisco Pinzón-Bedoya

Poeta colombiano (Libano, Tolima, 1956). Es docente universitario. Ha publicado el poemario *Encuentro* (1999). Textos suyos han aparecido en publicaciones digitales como *Poesía en español* y *Almiar - Margen Cero*.

Casi que se sentía, en el aire cargado de jadeos, la sed de destripar a más de uno por su propia incapacidad de evitar el estar siendo regañado, menospreciado, vilipendiado, y por la sed de que otros fueran a su vez depositarios de aquella tiranía que ahora soportaban silenciosamente.



El martirio de san Mauricio, de El Greco

La reunión

Francisco Pinzón-Bedoya

Todos miraban como atentos, pero yo los miraba tras el cristal, en esa urna cuartelaria. Ninguno tenía asomos de alegría, sí de seriedad, de obligación y hasta de responsabilidad. La risa hacía mucho tiempo había abandonado hasta el edificio, las luces blancas como de neón de por sí les imponía un aspecto definitivo. Todo estaba compuesto de incapacidad simulada. Pasaban las miradas del papel al fosforescente espacio, del rictus al asentimiento, del ceño fruncido a la seriedad de muerte, pero... en esos rostros faltaba algo muy importante, algo parecido a la vida, porque viéndolos moverse y acceder sobre algún tipo de vejamen uno podía decir que biológicamente estaban vivos. La vida allí se había ido, tal vez porque no aceptaba que esa sangre que corría fría por decisiones de millones de rupias se gastara de esa manera. Alguna vez alguien afirmó, entre el ínterin de mi memoria figura el recuerdo, que se podía leer el tono y el deseo de alguien sólo con el lenguaje de los gestos. Y ahora me arrepentía de no haber asistido a esa clase, aunque sin ser muy buen lector, todo aquel espectáculo decía que de allí no solamente se había ido la vida sino otras de sus amigas como la felicidad y hasta su prima la bondad. Yo estaba en posición privilegiada, espectador de primera fila si se quiere, con la ventaja de no poder ser visto a menos que me pusiera en evidencia... y no lo iba a hacer. El audio era relativamente perverso, por no decir que nulo. En muchos de los sucesos, era una voz monocorde y tiránica quien esparcía sus órdenes y denuestos a diestra y siniestra, y parecía un vals de esos de películas de Herzog ver aquella caterva de cráneos rebotar diciendo que sí a todo, tomando atenta nota, y casi que creí «oír» su respiración y lo que se rumiaba en sus cerebros: «...y ahora alguien va a pagar los platos rotos». Casi que se sentía, en el aire cargado de jadeos, la sed de destripar a más de uno por su propia incapacidad de evitar el estar siendo regañado, menospreciado, vilipendiado, y por la sed de que otros fueran a su vez depositarios de aquella tiranía que ahora soportaban silenciosamente. En algún momento, ante aquel espectáculo en mi condición de voyeurista, me pareció no

estar ante una mesa de cristal y sillas y computadoras y otros adminículos que simbolizaban su estatus, sino ante una mesa de caballeros templarios recibiendo órdenes sobre cuál reino arrasar al momento siguiente, cómo recoger los denarios de sus próximos conquistados y cómo violar a cuanta dama se pudiera tomar por asalto, desde atrás, para evitar «daños de batalla». Una sorda sensación de asco y repugnancia empezó a invadirme, y casi creí que mis arcadas evitando el vómito me iban a delatar, pero gracias a aquella voz monocorde de entonaciones casi que planas, como sin un ápice de emoción, no fui descubierto. La voz igual descabezaba un cargo que un negocio, alababa a quien estaba en ese momento en sus afectos y limpiaba el piso con aquél que hacía unos instantes había sido su perrito faldero. Todo allí parecía alguna película mezcla de Fellini y Woody Allen. No pude más, y como me fue posible decidí dejar de ser testigo de excepción, mientras alrededor de aquella mesa quedaba la sangre de la dignidad embotellada sin usar, el orgullo y los valores individuales habían sido dejados a la entrada, por donde yo ya iba saliendo, como abrigos que se ponen al salir porque hace frío entre el ascensor y la limusina de cada uno de ellos. Me pareció estarme alejando de aquella reunión como sacada de la tierra fría de la *Angosta* de Abad Faciolince, mientras mi mirada veía entre los pliegues de los abrigos cómo lloraban el orgullo, el amor, la vida misma y otros indistinguibles, allí colgados mientras sus dueños recibían las órdenes para la próxima masacre.

Enigmas y magia

Armando Quintero Laplume

Escritor y narrador oral uruguayo-venezolano. Dirige desde 1987 la agrupación de «cuentacuentos» Los Cuentos de la Vaca Azul y desde 1991 la agrupación Narracuentos Ucab, en la Universidad Católica Andrés Bello, en cuya Escuela de Educación conduce el Taller de Narración Oral y Artes Escénicas para los cursantes del segundo año de Educación Integral y Preescolar. Ha publicado *Un lugar en el bosque* (Kalandraka, Galicia, 2003), entre otros libros.

No digas cosas que puedan comprometerte. / No hables de lo que prometieron y no han cumplido. / Ellos lo comentarán o, al menos, irán con el cuento.



Ilustración: Todd Davidson

Enigmas y magia

Armando Quintero Laplume

Ellos

Ten cuidado, no hables fuerte. Afuera están ellos.
No digas cosas que puedan comprometerte.
No hables de lo que prometieron y no han cumplido.
Ellos lo comentarán o, al menos, irán con el cuento.
Para eso están ellos: ¡siempre listos! Por eso viven.
Para eso les pagan. O creen que algo conseguirán.
Lamentablemente, todos los conocemos. Ellos son así:
Solos. Como los sapos que nunca fueron príncipes, y nunca lo serán.

El Súper Mago

Vino una hechicera y, con un gesto,
eliminó a los niños de la calle para convertirlos en Niños de la Patria.
Con un segundo gesto, dignificó a los ancianos con las mejores condiciones.
Con un tercer gesto, perfeccionó la cultura, la educación y la agricultura.
Con un cuarto gesto, mejoró la industria y la producción.
Por último, con un quinto gesto, eliminó la corrupción.
Detrás de la hechicera vino alguien, no sabemos quién pero, con un solo gesto,
eliminó a la hechicera para que todo fuera paz armada y silencio.

Indefensión informativa

Alfonso Ramírez de Arellano

Psicólogo español, especialista en psicología clínica y psicoterapia de familia. Ha trabajado como actor y director de teatro. Actualmente desempeña sus funciones en el ámbito de las drogodependencias, en el que ha recibido el premio Reina Sofía 1989 y Mención de Honor 2008. Además recibió el premio al mejor artículo de 1996 de la revista europea *Ítaca* por su trabajo «Drogodrama y dramadependencia» y fue finalista del premio periodístico Enrique Ferrán. Compagina la publicación de relatos en revistas literarias con artículos de divulgación científica en prensa diaria. Es autor de los libros *Actuar localmente en (drogo)dependencias* (GID), *Problemas emergentes en jóvenes y adolescentes* (CSZ) y *Manual de supervivencia del empleado público o cómo defenderse del político de turno* (Almuzara), así como de diversos capítulos y colaboraciones en libros y manuales. Colabora habitualmente con los medios del Grupo Joly (*Diario de Sevilla*). También ha publicado relatos y artículos en las revistas *El Ciervo*, *Cuadernos para el Diálogo* y *El Siglo que Viene*.

Vivimos en sociedades cada vez más desarrolladas y complejas, pero los medios de comunicación manifiestan cierta torpeza para hacerse cargo de esa complejidad. Con frecuencia en determinados ámbitos, como los de la política social o la de seguridad, se recurre al simplismo de ofrecer unos pocos datos que, tomados aisladamente, pueden parecer noticias escandalosas.



Ilustración: Maki Yamamoto

Indefensión informativa

Alfonso Ramírez de Arellano

La selección de noticias

¿No es asombroso que todas las redacciones elijan diariamente los mismos quince o veinte temas? ¿Es que no existen otras noticias que las preseleccionadas por las grandes agencias distribuidoras? Claro que sí, pero para encontrarlas tenemos que recurrir con frecuencia a la red: blogs, páginas web, redes sociales o iniciativas de periodismo ciudadano como Bottup. ¿Otra vez el debate sobre nuevas tecnologías? Sí, pero advirtiéndolo que en la actualidad hay dos miradas muy diferentes sobre ellas. Mientras que los profesionales de los medios se interesan por las NT como soporte, los actores y usuarios de los nuevos medios se interesan también por los contenidos y el modo de contarlos.

Banalización de la complejidad

Vivimos en sociedades cada vez más desarrolladas y complejas, pero los medios de comunicación manifiestan cierta torpeza para hacerse cargo de esa complejidad. Con frecuencia en determinados ámbitos, como los de la política social o la de seguridad, se recurre al simplismo de ofrecer unos pocos datos que, tomados aisladamente, pueden parecer noticias escandalosas. En general se echa en falta un trabajo previo de investigación y contextualización, sin los cuales el significado se pervierte o se pierde. Algunos medios especializados y determinados nichos de Internet constituyen brillantes excepciones, demostrando en la práctica cómo es posible combinar la especialización con la divulgación.

La narración melodramática

Al introducir elementos narrativos propios del melodrama los medios de

comunicación han dado un paso más en el proceso de producción de la noticia, en su esfuerzo por captar consumidores.

¿Cuáles son los elementos esenciales del melodrama que el periodismo está tomando prestados del teatro?: grandilocuencia, impudor, exageración, exhibición sentimental, espectacularidad, heroicidad, tremendismo, escándalo... engarzado todo ello en una trama paranoica. Los ejemplos abundan por doquier: conductores de tertulias que han sustituido su papel de moderador por el de agitador; parrillas saturadas de programas híbridos de realidad y ficción basados en la exhibición sentimental; producción de noticias al estilo de las telenovelas; telediarios que abren con imágenes tremendistas y sangrientas.

Las apariencias engañan

La sociología ya demostró hace años que la representación social de un determinado fenómeno puede no coincidir con el fenómeno en sí y a la vez ser muy relevante. O sea que «las cosas son lo que son y lo que parecen». Hasta ahí nada que objetar. El problema es confundir deliberadamente las cosas con su apariencia. Los políticos han sabido sacar buen partido de ello preocupándose más por las encuestas que por la realidad, de igual manera que los medios lo han hecho por los índices de audiencia.

Además, mientras el número de periodistas empleados en los gabinetes políticos de comunicación aumenta, desciende el de los que trabajan en los medios independientes, si es que merecen ese calificativo los medios que mantienen fuertes vínculos con los partidos políticos y los gobiernos.

¿Nos resignamos a la indefensión informativa?

No. Por una parte, habría que empezar por hacer bien el trabajo periodístico: con independencia, diciendo la verdad aunque no sea políticamente correcta, buscando e identificando adecuadamente las fuentes, no dependiendo exclusivamente de las agencias, haciendo un trabajo de contextualización, de divulgación y de investigación periodísticos. Por otra, conociendo la naturaleza melodramática del discurso dominante, se pueden atacar sus puntos débiles. Uno de los riesgos del melodrama como género es su exageración. Un grado más de exageración y se cae en el ridículo, una pizca más de piedad o de temor y se desemboca en el humor. Utilizando viejas armas como la ironía y el sentido del humor se puede deconstruir el discurso melodramático. También en eso son pioneros muchos trabajos colgados gratuitamente en la red.

Relación entre derecho a la información y derecho a la libertad de expresión

Dulce María Ramos Ramos

Escritora venezolana (Caracas). Licenciada en letras por la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab) y candidata a magister en comunicación social por la misma casa de estudios. En los últimos años ha sido docente en universidades como la Ucab, la Universidad Central de Venezuela (UCV) y la Universidad Metropolitana (Unimet), entre otras. Ha publicado reseñas literarias en la revista digital *Papel Literario*, de España. Participó en la V Semana de la Nueva Narrativa Urbana, celebrada en Caracas del 17 al 22 de mayo de 2010.

Existe el derecho a expresar y difundir las ideas, pero también existe el derecho a conocer las ideas y pensamientos de los demás. De ahí que resulte difícil definir la frontera existente entre la libertad de expresión y la libertad de información, por ser una línea tenue y difusa íntimamente interrelacionada.



Fotografía: Dulce María Ramos Ramos

Relación entre derecho a la información y derecho a la libertad de expresión

Dulce María Ramos Ramos

«Cogito, ergo sum».

Descartes

La libertad de expresión e información es un derecho consagrado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en el Pacto Internacional de los Derechos Civiles y Políticos, en las normas internacionales y en las constituciones de la mayoría de los países. En el caso de Latinoamérica, dicho derecho se encuentra ratificado en el artículo 13 de la Convención Americana de los Derechos Humanos.

Para Faúndez (2004), la libertad de expresión es uno de los derechos más importantes del hombre en la sociedad contemporánea y ha sido determinante en la conformación del Estado democrático en el mundo occidental, especialmente tomando en consideración hechos históricos como el fin del Apartheid en Sudáfrica, el fin de las dictaduras militares en América del Sur y la caída del Muro de Berlín. De ahí que el autor defina y conciba la libertad de expresión a partir del pensamiento: «La libertad de expresión es la forma más elaborada de la libertad de pensamiento» (p. 3). Con esto queda evidente que la libertad de expresión no es ajena a la libertad de pensamiento sino su prolongación.

Por otra parte, la Convención Americana sobre Derechos Humanos establece en su artículo 13, en el primer apartado,ⁱ que la libertad de expresión implica una doble dimensión social e individual; es decir, existe el derecho a expresar y

i. Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento y de expresión. Este derecho comprende la libertad de buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de toda índole, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por escrito o en forma impresa o artística, o por cualquier otro procedimiento de su elección.

difundir las ideas, pero también existe el derecho a conocer las ideas y pensamientos de los demás. De ahí que resulte difícil definir la frontera existente entre la libertad de expresión y la libertad de información, por ser una línea tenue y difusa íntimamente interrelacionada.

Ahora bien, la libertad de información implica difundir y recibir hechos, datos y noticias, por eso el gran peligro o mejor dicho, el elemento perturbador al acceso de la información, es la censura, y que de existir afectará de forma significativa el buen funcionamiento del sistema democrático y, por ende, restringirá el derecho a la libertad de expresión, cuestión que es repudiada por la Convención Americana en el artículo 13, en su segundo apartado.ⁱⁱ En su obra, Faúndez (2004) señala que la censura sigue existiendo pero se ha vuelto más sofisticada en su mecanismo, por eso señala la importancia del acceso a la información para el ciudadano:

(...) el derecho de buscar y recibir información de interés público no es sino el reconocimiento de que en una sociedad democrática, en última instancia, el poder reside en la ciudadanía, y no en un grupo de políticos o burócratas insensibles a las aspiraciones e intereses de la población (p. 125).

Por su parte, para Huerta (2002) el derecho a la información se ve limitado considerablemente por los factores económicos y sociales, especialmente en pueblos como los latinoamericanos, que no permiten al ciudadano común comparar una información con varias fuentes ya que su acceso a ellas es limitado.ⁱⁱⁱ

Finalmente, la libertad de expresión e información es un derecho consagrado que le permite al hombre salvaguardar en cierta manera la existencia de sus otros derechos; si bien en los últimos años los países latinoamericanos han sufrido fuertes restricciones por parte del Estado para ejercer el pleno ejercicio de ese derecho, es necesario que el ciudadano común conozca las herramientas para ejercer de forma consciente y responsable dicha libertad, para no confundirla con libertinaje de expresión y garantizar en cierta medida el funcionamiento

-
- ii. El ejercicio del derecho previsto en el inciso precedente no puede estar sujeto a previa censura sino a responsabilidades ulteriores, las que deben estar expresamente fijadas por la ley y ser necesarias para asegurar:
 - a) el respeto a los derechos o a la reputación de los demás, o
 - b) la protección de la seguridad nacional, el orden público o la salud o la moral públicas.
 - iii. No se puede restringir el derecho de expresión por vías o medios indirectos, tales como el abuso de controles oficiales o particulares de papel para periódicos, de frecuencias radioeléctricas, o de enseres y aparatos usados en la difusión de información o por cualesquiera otros medios encaminados a impedir la comunicación y la circulación de ideas y opiniones.

del sistema democrático. Como bien señala Huerta (2002): «La experiencia demuestra que si no hay información no hay democracia» (p. 14).

Referencias bibliográficas

- Convención Americana sobre Derechos Humanos (1969). Documento en línea; fecha de consulta: 7 de abril de 2010.
- **Corte Interamericana de Derechos Humanos** (1985). *La colegiación obligatoria de periodistas*.
 - (1994). *Responsabilidad internacional por expedición y aplicación de leyes violatorias de la Convención*.
 - (2001). *Caso La última tentación de Cristo*.
- **Faúndez Ledesma, H.** (2004). *Los límites de la libertad de expresión*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (págs. 3-9 y 95-130).
- **Huerta Guerrero, L.** (2002). *Libertad de expresión y acceso a la información pública* (págs. 15-41).

**Desbordando las grietas
Teoría, prácticas sociales y vivencias personales
de exclusión y liberación de los gays en
Venezuela**

Carlos Rivas

Psicólogo venezolano (Caracas, 1974). Se ha desempeñado como profesor universitario, investigador, psicoterapeuta y activista. Es autor del libro *Freud contra Freud: psicoanálisis como saber de lo humano* (Universidad Católica Andrés Bello, Ucab, 2006), así como de diversos artículos en revistas especializadas y prensa. Centra su trabajo en sexualidad humana y particularmente en identidades sexuales contemporáneas, tema que aborda desde la transdisciplina (psicología, psicoanálisis, filosofía, ciencias sociales y arte). Su trabajo en el área del VIH/Sida ha sido reconocido con el Premio Nacional de Investigación en Psicoterapia (2005), otorgado por la Asociación Venezolana de Psicoterapia (Avepsi).

Estamos en una cultura que ha definido la homosexualidad masculina como una realidad que oscila alrededor de tres conceptos: inmoralidad, criminalidad y enfermedad. En consecuencia, el pensamiento por descarte —el sentido común, dirían algunos— es que los gays somos inmorales, perversos, malvados y/o enfermos.



Ilustración: Rob Colvin

Desbordando las grietas

Teoría, prácticas sociales y vivencias personales de exclusión y liberación de los gays en Venezuela

Carlos Rivas

Introducción: Internet y otros grandes cambios

Mi participación en el activismo por los derechos de la diversidad sexual en Venezuela empezó como una necesidad personal. Como muchos de los que crecimos antes de Internet, mi adolescencia estuvo marcada por la ausencia de referentes sociales positivos que me ayudaran a resolver el conflicto entre lo que iba descubriendo como «mi orientación sexual» y el choque de ésta con las demandas de heterosexualidad que siempre percibí, de manera clara, a mi alrededor.

Con la pubertad, mis compañeros de clase empezaron a fijarse en el otro sexo. Mientras tanto, yo empezaba a confirmar lo que supe desde siempre; que yo era distinto, que aquello no era transitorio y, que aunque no lo aceptara, era imposible negarlo. Como resultado de este conflicto, mantuve un aspecto de mi experiencia aislado del resto de mi personalidad. De cara al mundo, me gustaba pensar que era asexual; a solas conmigo mismo, buscaba ávidamente todo aquello que me ayudara a darle forma a esa parte de mí que no me permitía mostrar. Leí *El banquete*, de Platón, y *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, sólo por las referencias al amor entre hombres. A la par, esperaba con avidez aquellas películas que tuviesen cualquier contenido homoerótico. Repito, antes de Internet esta búsqueda era más difícil.

A mediados de los noventa, cuando por fin se popularizó el acceso a la red, descubrí el amplio espectro de la literatura gay y comencé a armar lo que uno de mis amigos llama La Homoteca; ya no tenía que rebuscar sino ir directamente al área que me interesaba. Internet trajo un segundo aire al movimiento de los

derechos LGBT en Venezuela. Las nuevas generaciones pudimos vivir de primera mano el contacto con los discursos afirmativos de la diversidad sexual, los cuales surgieron a lo largo de los setenta y ochenta en Norteamérica y Europa; esos que desaparecieron en nuestro país con la muerte de tantos gays en los inicios de la era del sida.

En un sentido estuve muy solo, pues no fue hasta 1993 —con casi 20 años— que empecé a ejercer mi sexualidad y vincularme con el colectivo gay. (Aun así, tuvieron que pasar 3 años para que el proceso de salir del closet continuara su despliegue con mis amigos heterosexuales.) En otro sentido, tuve la mejor compañía de la que pude rodearme. Como dice Eribon (2001), la cultura fue mi refugio y el capital cultural (Bourdieu, 2000), el arma con la que empecé a integrar lo personal y tomar posición frente a lo colectivo.

Desde aquel entonces han pasado más de quince años. Estudié psicología en una universidad católica, viendo y sintiendo de primera mano las limitaciones de mis profesores, y en general de la disciplina, para abordar lo que es más un asunto psicosocial, antes que meramente individual; no, el problema de la homosexualidad no es algo *en* alguien. Luego estudié filosofía, aprendiendo las destrezas de pensamiento para ir construyendo mi propio entendimiento de la dimensión política de la sexualidad; finalmente, estudié ciencias sociales y, con esto, lo que empezó como un proceso individual se convirtió, definitivamente, en un proyecto académico, a la vez que comunitario y social.

Exclusión y la liberación: teoría y práctica

Uno de los aspectos clave de mi recorrido ha radicado en la posibilidad de vincular mi experiencia personal, la investigación académica, la práctica clínica y la participación comunitaria. Por un lado, fueron los textos los que me permitieron empezar a dar forma a mi experiencia. Por el otro, fui conociendo los modelos teóricos y las reflexiones en torno a la dimensión psicológica y sociocultural de la sexualidad. Más importante aun, pude aplicar y adaptar lo aprendido sobre la base de los relatos y vivencias de clientes y amigos. A la par de estos procesos —y precisamente por ellos—, iba cambiando mi posición y mi modo de vincularme; empecé a formar parte de la comunidad y, mejor aun, a trabajar para *crearla, re-crearla y sostener un modo más sano de vivir la sexualidad*.

A principios de 2003 empecé como voluntario en Acción Solidaria, atendiendo personas que viven con el VIH y dictando talleres de prevención para la comunidad gay. Fue una experiencia transformadora, un nuevo estadio en mi

proceso de salir del closet. De este trabajo resultó una de las piezas centrales de mi labor como investigador, facilitador de grupos y activista por los derechos de los sexodiversos. (La otra pieza es un modelo explicativo de la dinámica psicológica de personas que viven con el VIH, investigación que fue premiada en 2005 por la Asociación Venezolana de Psicoterapia, Avepsi.)

La primera versión de esta propuesta (Rivas, 2004), es el esquema de lo que ahora desarrollo en detalle. La identificación del modelo surgió gracias a mi encuentro con un texto de Pollack (1987) y, específicamente, con un párrafo que me puso a pensar.

Cualquier actividad clandestina se ve restringida a una organización en la que se minimizan los riesgos y se optimiza la eficacia. En el caso de la homosexualidad, se concreta en el aislamiento del acto sexual en el tiempo y en el espacio, la restricción al mínimo de los ritos de preparación del acto sexual, la disolución de la relación inmediatamente después del acto, el desarrollo de un sistema de comunicación que permite la minimización de los riesgos, al tiempo que maximiza los rendimientos orgásmicos. No es, pues, sorprendente que un mercado sexual libre de restricciones «no sexuales» se haya desarrollado sobre todo en las sexualidades de las formas marginales, relegadas a la casi clandestinidad y, fundamentalmente, en la homosexualidad (Pollak, 1987: 75-76).

Las ideas contenidas en esta cita daban sentido a las historias que escuchaba en consulta y en los talleres, en los cuentos de mis amigos y, psicoterapia mediante, en mi propia fantasía. A fin de cuentas creo que leí a Pollack para leer nuestra realidad. Fue un trabajo que pude articular, por cierto, gracias a todos los otros textos que había manejado para el entendimiento de mí mismo. Sin darme cuenta di el salto, y me convertí en un «especialista» en homosexualidad masculina.

1. Realidad denostada

¿Por qué ocurren los fenómenos de exclusión? Lo primero que podemos ver es una sociedad con una larga tradición homofóbica. La institucionalización del cristianismo, en el siglo V, configuró un prisma a través del cual la homosexualidad masculina se constituyó como una *realidad denostada* (Ariès, 1987). En este sentido, Llamas (1998) resume diciendo que en la consolidación de esta tradición puede hablarse de tres momentos fundamentales (ver tabla 1).

Tabla1. Momentos fundamentales en la consolidación de la homofobia en Occidente

	Espacio cronológico	Tipo de discurso	Tipo de texto que sostiene al discurso	Concepto clave
Predominio moral	Siglo V dC/Siglo X	Discurso cristiano	Libros “sagrados”	Inmoralidad (pecado, específicamente)
Predominio jurídico	Baja Edad Media/Siglo XVIII	Discurso legal	Códigos penales	Criminalidad
Predominio médico	Siglo XIX/Década de 1970	Discurso científico	Manuales de sexología y psicopatología	Enfermedad

Al período que se corresponde a la Grecia Clásica, donde existe un predominio estético evidente (Foucault, 2005/1984), le sigue uno de predominio moral, correlativo a la hegemonía del discurso cristiano. Este momento es desplazado por uno de corte jurídico, que aparece cuando se sistematiza la aplicación de las leyes como parte del orden social estructurado durante la Edad Media. Finalmente, y como dice Foucault (2000), este poder es relevado por aquel que los médicos ganaron para sí gracias al discurso científico.

Obviamente, debido a lo complejo de la historia, los períodos señalados son aproximaciones a las fluctuaciones en el peso y presencia de los discursos. En todo caso, el esquema señalado da cuenta del marco general en el que las acciones de resistencia del colectivo LGBT se han inscrito. Lo más importante en términos del modelo es que queda claro que estamos en una cultura que ha definido la homosexualidad masculina como una realidad que oscila alrededor de tres conceptos: *inmoralidad*, *criminalidad* y *enfermedad*. En consecuencia, el pensamiento por descarte —el sentido común, dirían algunos— es que los gays somos inmorales, perversos, malvados y/o enfermos.

Es en estos discursos que se sostiene la homofobia y, claro, cuando nuestro cuerpo nos muestra que podemos pensarnos como homosexuales, aplicamos esta grilla cultural a nuestras vivencias y somos presa de la famosa homofobia internalizada. En los talleres que dicto muestro esto diciendo que es una deducción lógica (pero errada y dañina); *si la homosexualidad es mala, y yo soy homosexual, es fácil creer que «yo soy malo»*. Para mí lo importante no es este diagnóstico de lo que ocurre, sino las posibilidades que se abren para salir de esta trampa. Si el problema son los discursos, mi propuesta es deconstruir esos discursos. Es mi labor desde que tomé conciencia del asunto; pescar en mí cual-

quier residuo de esos pensamientos y enseñar a otros cómo desarmarlos en sí mismos.

2. Prohibición de los actos homosexuales

Hasta aquí, lo que aparece es el escenario dentro del cual ocurre la configuración de la identidad sexual de los hombres gay. Este escenario es como el telar en el que se hilan las prácticas culturales de discriminación y exclusión. Veamos, ¿qué se desprende de la idea según la cual la homosexualidad es una realidad denostada? Si es mala, *no debe existir*; este sería el razonamiento coloquial y cotidiano. De hecho, y como dato anecdótico, es sorprendente lo generalizada de esa idea según la cual *es normal, natural y justa cualquier forma de control social de los gays*, al menos en Venezuela. De manera regular somos insultados, golpeados, discriminados a la hora de conseguir trabajo, desarrollar una carrera u obtener acceso a servicios y, por encima de todo, siempre pende sobre nosotros la amenaza de ser asesinados por alguien que se siente en el derecho de hacer un poco de limpieza social. Muchos gays se hacen codependientes de esta idea y terminan pensando que su vida sería mejor si fuesen heterosexuales. Dicho en corto, la consecuencia de los discursos homofóbicos son las prácticas homofóbicas. En la tabla 2 puede apreciarse la asociación de éstas con aquellos.

Tabla 2. Discursos en torno a la homosexualidad como realidad denostada y sus respectivas prácticas discursivas para contener su aparición y desarrollo.

Discurso	Prácticas discursivas
Religioso	Confesión, castidad, tortura, exorcismo.
Legal	Cárcel, castigos físicos y pena de muerte.
Médico	El amplio espectro de las terapias de “reparación” o conversión.

Claro, en la vida cotidiana las cosas no son tan claras como en este esquema. En la actualidad estas prácticas discursivas tienen cierta autonomía respecto de su relación lógica con los discursos; conviven de manera más o menos armónica y, a veces, aparecen superpuestas, e incluso fusionadas. Tal es el caso de las terapias de conversión que hacen ciertos psicólogos cristianos (véase como muestra Carvalho, 2004). Dicho de otro modo, y desde mi punto de vista, las personas albergan y fusionan ideas que proceden de perspectivas disímiles. De allí

que encontremos a una mayoría que, puesta a explicar sus razones para oponerse a los homosexuales y a la homosexualidad, nos revela es un sustrato emocional, mezcla de miedo y odio, donde las razones son, más bien, irracionales e ilógicas. ¿Qué tiene que ver el cielo, por ejemplo, con una supuesta enfermedad que, de paso, depende de la voluntad?

A fin de cuentas, a los homofóbicos no les interesa si la atracción entre personas del mismo sexo es un pecado contra natura, un delito o una enfermedad; tampoco si el «problema» debe solucionarse de un modo en particular; el asunto es que «eso» es una desviación que debe ser suprimida. En este sentido, Llamas indica que

El papel que juega la «homosexualidad» en el mundo contemporáneo sólo puede entenderse a la luz de la multiplicación de los ámbitos que intervienen en los afectos y placeres de las personas en Europa Occidental y Norteamérica. Esa intervención se ha intensificado progresivamente desde el siglo XVIII hasta el presente. Las diversas instancias de ordenación de la realidad (la iglesia, la medicina, la familia y el sistema educativo, la judicatura, los medios de comunicación...) han dado lugar a una serie de prácticas más o menos institucionalizadas (confesión, hospitalización o tratamiento, escolarización o pedagogía, enjuiciamiento y encarcelación, información...) que siguen unos criterios con frecuencia incoherentes. Sin embargo, sus efectos, en lo que se refiere a «la homosexualidad», presentan determinadas regularidades (Llamas, 1998: 1).

De manera que, en virtud de esta peculiar construcción, aparece la prohibición de los actos homosexuales. Éstos se entienden como una desviación del fin «natural» de la sexualidad —la procreación dentro de la institución matrimonial—, a la vez que derivados de un funcionamiento inadecuado. Por esto Foucault (2000) dice que, para las sociedades tradicionales, los homosexuales somos doblemente anormales.

Obviamente, el problema surge en la medida en la cual la persona crece y comienza a sentir la atracción por el mismo sexo. De allí que exista una exclusión característica de la homosexualidad; se nace siendo parte del grupo, pero luego se es lanzado a un exilio interno llamado «*alienación*» (Highwater, 1997: 5). Por supuesto, esto no tiene nada que ver con la supuesta elección de la orientación sexual. La homosexualidad es tan elegida como lo es la heterosexualidad; ambas aparecen como algo dado. La gran diferencia es que a los gays se les exige que renuncien a lo que son. De allí la retórica de la elección, que supone que se puede dejar de ser gay al renunciar a esa sexualidad que ya se tiene como una potencialidad.

Como se ve, la sociedad está estructurada para canalizar la expresión de la homosexualidad hacia esas características «perversas». Son estas ideas acerca de lo enfermos, lo inmorales y lo peligrosos que somos las que se repiten como parte de un supuesto sentido común que, en definitiva, opaca la realidad de la vida concreta de los gays de carne y hueso. Las creencias se filtran de diferentes maneras en todos los niveles de la vida social. De manera general, representan un riesgo para la vida de los gays, aunque a veces den risa. Pienso acá en una anécdota: cuando me enteré de lo que pensaba la mamá de mi pareja de aquel entonces; decía que yo, con mis poderes psicológicos, había convertido a su hijo en homosexual.

3. Clandestinidad

Hasta donde muestran las investigaciones sobre sexualidad, la orientación sexual es algo dado. De manera que la homosexualidad es un hecho natural, una expresión más de la diversidad en la naturaleza. Sin embargo, eso que los animales viven sin problemas, los humanos lo transforman en un punto de honor, especialmente si provienen de culturas procreativas (véase Harris, 2002). Con toda la gama de teorías que *prescriben* cómo debemos ser, antes que *describir* lo que simplemente somos, aparece un choque que se vive con mucho sufrimiento en la dimensión individual, y que crea situaciones novedosas en la dimensión social.

Así pues, la mayor parte de los problemas asociados a la vivencia de la homosexualidad se derivan de la doble vida que somos forzados a llevar, so pena de ser objeto de alguna de las formas de «tratamiento» enumeradas en el apartado anterior.

en el plano individual, los homosexuales tienen que permanecer invisibles en la mayoría de los países. Son diferentes de los demás, pero deben parecer iguales. Es como si llevaran dos vidas a la vez: la que viven hacia dentro y la otra, hacia fuera, adaptada a las exigencias de la sociedad heterosexual. Todo ello significa que los homosexuales, más que otras minorías, habitan realmente en dos mundos: el que les pertenece y el de la mayoría (Castañeda, 2000: 239).

Habría, así, una escisión que se hace evidente a medida que se acepta la propia homosexualidad. Esto redundaría en una gestualidad y una actitud características, donde destaca el cuidado de su administración. «Por ejemplo, los mismos que se hacen las 'locas' ante un pequeño grupo de otros gays, limitarán su vocabulario, sus expresiones y sus entonaciones a la más estricta normalidad en

el ambiente profesional» (Eribon, 2001: 75). En pocas palabras, «los homosexuales se ven a menudo inducidos a desarrollar repertorios de comportamientos a los que recurren en función de los públicos diferentes que afrontan» (Eribon, 2001: 75).

El homosexual, en cambio, no se desplaza en el mundo con una identidad constante. Sus actitudes, sus gestos y forma de relacionarse cambian según las circunstancias. En su trabajo puede parecer heterosexual, en su familia asexual, y sólo expresar su orientación sexual cuando está con ciertos amigos. O bien, durante largos períodos de su vida puede negar totalmente su homosexualidad y aparentar ser todo lo contrario: una *femme fatale*, un donjuán heterosexual obsesionado por la conquista (Castañeda, 2000: 21).

Pollack (1987: 80) engloba esto diciendo «la mayor parte de los homosexuales se ven sometidos a una gestión esquizofrénica de su propia vida». Cualquier gay en Venezuela lo sabe. Muchos se han casado y tenido hijos, en parte por su propio conflicto, pero también para poder desarrollarse socialmente en otras áreas.

Pero el cuerpo no perdona, y mientras más grande sea el conflicto, mayor el abono para crear un mundo paralelo, una cultura homosexual ajena y desconocida para el grueso de la sociedad.

La historia y las costumbres de las comunidades gays se escriben y sedimentan simbólicamente poco a poco. La articulación de los referentes que las estructuran en un *corpus* compartido por una comunidad, la construcción de una cultura común es un proceso que sigue sinuosas trayectorias [...]. El caprichoso y ondulante curso que sigue esa tarea de construcción de un marco simbólico depende casi siempre de accidentes (Llamas y Vidarte, 1999: 38).

Aunque ahora el submundo gay tenga mayor espacio y reconocimiento social, lo cierto es que fue el resultado de la opresión que vengo relatando. Por esto, puede decirse que la marca fundamental de esta cultura es su *clandestinidad*, donde los usos y costumbres compartidos se transmiten, tradicionalmente, por vías poco convencionales. De acuerdo a Llamas y Vidarte (1999: 42-43), este saber «clandestino, sofisticado y afinado a lo largo de muchas décadas» no deja rastro documental, pero logra pasar de una generación a otra, dejando por sentado «todo un saber sobre el modo y todo un saber sobre el espacio y el tiempo», los cuales «se perpetúan, se comparten y se extienden a nuevos contextos».

Respecto al espacio, son los baños públicos, estacionamientos, escaleras de emergencia, y en Caracas el Parque Nacional El Ávila, los parajes donde, de he-

cho, se han articulado muchas identidades gays. «Espacios periféricos y marginales adonde han sido expulsadas las posibilidades de encuentro y de placer que en ningún caso (dada la presión de unas sociedades hostiles) podían organizarse entre sujetos, individuos o ciudadanos identificables como tales: con sus nombres, empleos, lugares de residencia» (Llamas y Vidarte, 1999: 38).

En relación al tiempo, lo más importante es su cualidad *furtiva*. Los gays hemos refinado el lenguaje no verbal con miras al lígüe como ningún otro grupo, quizás, y hemos sabido incorporar el anonimato, la transgresión de los límites, la prudencia y el riesgo como marcas de una sexualidad que parece regirse por «la constitución de un saber práctico que a menudo señala unas dependencias precisas y unos momentos concretos además de ese ritual codificado a lo largo de generaciones» (Llamas y Vidarte, 1999: 42).

Para concluir este apartado resta decir que dos consecuencias de este proceso son el tipo de lenguaje y el peculiar sentido del humor de los gays. En torno al lenguaje, sigamos a Eribon (2001:29).

En el principio hay la injuria. La que cualquier gay puede oír en un momento u otro de su vida, y que es el signo de su vulnerabilidad psicológica y social [...]. Y una de las consecuencias de la injuria es moldear las relaciones con los demás y con el mundo. Y, por tanto, perfilar la personalidad, la subjetividad, el ser mismo del individuo.

La estigmatización de la homosexualidad, producto histórico de larga data, se sedimenta en la cultura de manera que la injuria se encuentra siempre presente en la vida de los homosexuales, generalmente bajo la forma del insulto y de las palabras despectivas. Ahora bien, como consecuencia —incluso como parte— de la liberación gay, los homosexuales desarrollamos, como estrategia de resistencia, la capacidad de apropiarnos de esos insultos disminuyendo, así, su poder ofensivo. Por esto muchos homosexuales se llaman entre sí o a sí mismos mediante aquellas palabras que, tradicionalmente, llevan un carácter despectivo.

Dice Eribon (2001: 72), «la injuria no es sino la forma última de un *continuum* lingüístico que abarca tanto el chisme, la alusión, la insinuación, el comentario malévol o el rumor como la broma más o menos explícita, más o menos venenosa». Entonces, como producto del insulto continuo, la injuria que reciben los homosexuales luego puede leerse, devuelta al mundo social, en ese peculiar sentido del humor que parecen tener los gays y que se compone, entre otras cosas, de la inflexión de la voz, cierta mirada, el tino con el que se usan algunas palabras y el giro que se les imprime.

Para Castañeda (2000), la «hiperconciencia» que se desarrolla ante un entorno social adverso podría explicar este peculiar sentido del humor.

Quizás podamos encontrar en esta doble perspectiva el origen de uno de los rasgos distintivos de la cultura gay, que es el humor. Los homosexuales se suelen expresar con una ironía y un sentido del humor muy característicos. [...] Un factor esencial del humor parece ser esa facultad para moverse y expresarse en dos o más niveles a la vez. Cuando los gays parodian las costumbres heterosexuales, lo hacen desde una sensibilidad radicalmente diferente; y cuando se burlan de ellos mismos, es como si estuviesen viéndose desde fuera. Siempre está la crítica de los estereotipos. Siempre está el juego de espejos, la doble perspectiva de una minoría que se funde invisiblemente con la mayoría (Castañeda, 2000: 240).

Como en una banda de Möebius, los gays transitamos por dos mundos que se encuentran perfectamente articulados en lo social. Aunque muchos lo vivan bajo la forma del paso a las sombras, como lo hacía Dr. Jekyll cuando se transformaba en Mr. Hyde, lo cierto es que podemos percibir una extraña interrelación entre lo gay y lo *straight*. Desde mi punto de vista, las distinciones entre luz y sombra no son tan claras y no es tan fácil hablar de dos mundos completamente desconectados. La prueba obvia es muy simple, a saber, venimos de familias heterosexuales.

4. Economía y eficacia de los encuentros

Según se desprende de lo anterior, existen fuertes demandas sociales que chocan con las necesidades individuales respecto al espacio que se otorga a la homosexualidad. De esta manera, surge una *formación de compromiso* entre ambas tendencias, la cual se expresa, ya lo decía Pollack (1987: 75), como «el aislamiento del acto sexual en el tiempo y en el espacio, la restricción al mínimo de los ritos de preparación del acto sexual, la disolución de la relación inmediatamente después del acto, el desarrollo de un sistema de comunicación que permite la minimización de los riesgos, al tiempo que maximiza los rendimientos orgásmicos».

Hay, así, una dinámica característica de los encuentros gays. Por ejemplo, un hombre parado en un centro comercial, otro que se le acerca, cruce de miradas, movimientos de cabeza y gestos casi imperceptibles, retiro a un lugar apartado, acto sexual furtivo y dos hombres que se alejan. La interacción parece montada sobre la base de eliminar cualquier tipo de intercambio innecesario a los fines del placer sexual, tanto como está diseñada para ser notada sólo por los entendidos.

Así pues, todo ese saber intuitivo respecto al ligue, chance o *cruising*, es aplicado por los aludidos en los intersticios de la sociedad, en esos lugares donde el control social falla en su alcance. El epítome de esta situación lo encontramos en ese invento de la cultura gay, los saunas. De manera típica, estos espacios están creados para el intercambio sexual y se encuentran en lugares discretos o poco frecuentados de la ciudad. Los clientes pagan un importe por entrar y luego adentro encuentran las facilidades para el ligue o *cruising*. Allí se puede tener sexo con todas las personas que lo acepten, dentro del tiempo que permite el pago de la entrada.

La información que tengo de los saunas en Venezuela, en particular, procede del relato de mis clientes. De las cosas que más me llaman la atención es que, incluso en estos espacios, el sexo es algo terriblemente complicado. Por ejemplo, no puede haber contacto entre hombres en lugares iluminados, como la piscina; todo debe acontecer en la oscuridad de las otras facilidades o en la privacidad de los cubículos. Este trato opresivo contrasta con lo que ocurre en lugares donde la liberación gay tuvo lugar, como Canadá; allí los saunas se publicitan en las revistas, tienen anuncios que dan a la calle y, durante la temporada alta, la gente hace fila para entrar. El no entendido se puede confundir y pensar que en vez de a un sauna, está frente a un cine.

Para cerrar este apartado, me gustaría aclarar que todo lo dicho hasta ahora respecto a este dispositivo de exclusión, ocurre cuando la reflexión del sujeto no se encuentra presente. Así como existe un guión social para los heterosexuales (crecer, estudiar, casarse, tener un hijo, una hija y consagrarse siendo abuelos), también existe uno para los gays (ser un niño afeminado, un adolescente enrollado, llevar una vida llena de sexo sin amor para, finalmente, morir de manera trágica). Este dispositivo muestra cómo se concreta ese guión, que sólo es posible cuando la persona renuncia a su poder, a la capacidad de abrir el espacio social para ejercer su sexualidad de un modo distinto al prescrito de acuerdo al guión.

Dicho de otro modo, de lo que trata este modelo que propongo es de poner en palabras eso que se aparece como un *imperativo social* para los homosexuales. Debemos reconocer, con Pollack, que este imperativo es asumido de distintos modos por los integrantes del colectivo gay: «El grado de participación en el mercado sexual y las reacciones emocionales frente a sus normas, después de todo bastante restrictivas, dividen el medio homosexual en diversos subgrupos que viven su destino de homosexuales de muy diverso modo» (Pollack, 1987: 80). No todos vivimos de acuerdo al guión social, aunque esa parezca ser la tendencia dominante.

5. Orgasmos asistidos

Creo que el punto clave que más llama la atención a los heterosexuales, y en lo que enfatizan cuando quieren justificar el rechazo a la diferencia, se ubica en las características del sexo gay. Mi experiencia me indica que sí, que para los gays es mucho más fácil disociar sexo de amor, que el sexo es asumido como una actividad recreativa fundamental y que, en el peor de los casos, el sexo se lleva a cabo de manera *mecánica*.

De todas las formas de las sexualidad, la homosexualidad masculina es, sin duda, la que tiene un funcionamiento que recuerda más la imagen del mercado donde —en última instancia— no hay sino «trueques de orgasmo por orgasmo» [...]. El ligue homosexual traduce una búsqueda de eficacia y de economía que implica, a la vez, la maximización del «rendimiento» cuantitativamente expresado (el número de *partenaires* y orgasmos) y la minimización del «costo» (la pérdida del tiempo y el riesgo de rechazo a las proposiciones) (Pollack, 1987: 77).

Sin embargo, recordemos que esta no es una ley, sino el resultado de la opresión reseñada a lo largo de este ensayo. Si la homosexualidad es una realidad denostada, si la sociedad mantiene un conjunto de prácticas para impedir la relación erótico/afectiva entre hombres, obligando a los gays a diseñar prácticas centradas en la rapidez y la eficacia del encuentro sexual, es lógico que su sexo se centre en el logro del orgasmo.

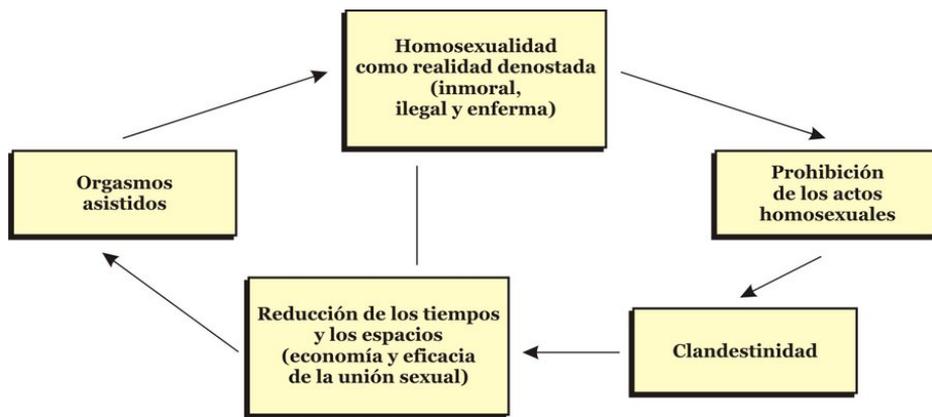
Quizás así se explique la promiscuidad que parece caracterizar a algunos. Podría ser que estén, a la manera de Sísifo, buscando el amor, pero a través de los contactos sexuales. Planteado de este modo, el problema parece no tener solución: «¿Cómo conciliar las pulsiones sexuales estimuladas por un mercado de fácil acceso y casi inagotable con el ideal sentimental de una relación estable? Este es el problema habitual que los homosexuales que acuden a los consejeros sexuales esperan resolver» (Pollack, 1987: 86). Es lo que yo veo, de manera explícita o implícita, en los gays con los que he trabajado. Los talleres que diseño pretenden ayudar a reintegrar la humanidad y, en especial, el amor en cualquiera de los encuentros, incluso en los casuales y anónimos. Siguiendo la definición que le escuché decir a Oscar Guash en uno de los seminarios sobre sociología de la sexualidad, la homofobia es, en última instancia, el miedo de un hombre a *enamorarse* de otro hombre.

Así, hay que notar que lo que queda fuera, en este circuito recién esbozado, es la posibilidad de tener contacto profundo con otro ser humano. Casi estoy tentado a decir que, siguiendo lo que se desprende de este dispositivo, a los homosexuales se nos lleva a creer que está prohibido amar.

Hay que tener mucha resistencia y trabajo personal para salirse de este círculo vicioso. Supone reordenar en uno mismo eso que afuera aparece en términos de confrontación y lucha por dominar la atracción por el mismo sexo. Pese a lo duro, puedo decir que la satisfacción que deriva de hacerse cargo de la propia vida, la liberación de «ser uno mismo», es motivación suficiente para seguir adelante.

Para continuar, resumiré lo planteado hasta ahora (ver esquema 1).

Esquema 1. El dispositivo de exclusión en la homosexualidad masculina: momentos constitutivos.



Como puede apreciarse, una vez que la sociedad presiona para que los gays vivan el sexo sin amor, la serpiente se muerde la cola. Los homosexuales, en función de la dinámica social en la que se insertan, son llevados a involucrarse en relaciones anónimas que no perduran en el tiempo y cuyo fin es la satisfacción sexual, únicamente. Cuando esto ocurre, la sociedad puede validar su apreciación inicial de la homosexualidad como una realidad ilegal, inmoral y enferma. «Terreno en el que todas las frustraciones pueden ser localizadas, ‘la homosexualidad’ (incluyendo o excluyendo lo indecible lesbiano) juega el papel de válvula de escape social de ansiedades y miserias de un orden que le impone un papel subordinado» (Llamas, 1998:19).

Antes de terminar este apartado quiero destacar que este sería el trasfondo cultural predominante en Venezuela. Muchos países en Latinoamérica ya están generando un marco legal que hace frente a la tradición homofóbica. En este sentido, Colombia y Uruguay se perfilan como los países en la cresta de la ola de este movimiento. Venezuela, sin embargo, se encuentra en uno de los últimos lugares de la región respecto a derechos de los sexodiversos. Durante 2009 se

ha hecho evidente el monto de homofobia presente en la sociedad de la que procedo. En la prensa local y mundial se han reseñado seis crímenes de odio a mujeres trans, a razón de una muerte por mes en la ciudad de Caracas; se ha rechazado la inclusión de la equidad de derechos para los gays, las lesbianas y las transexuales en un proyecto de ley y, como siempre, «homosexual» sigue siendo el insulto preferido entre los políticos venezolanos.

Abortado: geopolítica de la discriminación

Mi práctica me permitió formular el modelo recién explicado. Así que gané mi lugar como profesional de la salud mental, como participante comprometido con mi comunidad y como «experto» en la prevención del VIH y el sida. Esta labor, también, me convirtió en un blanco vulnerable de la discriminación.

Cualquiera diría que estaba bien armado para tener un brillante futuro en mi país. Sin embargo, tuve un error de cálculo. La sociedad venezolana es terriblemente conservadora y obstinadamente temerosa del cambio. En lo que a mí respecta, tenía la idea ingenua de poder incidir en las prácticas culturales a medida que iba ganando espacios. En teoría la estrategia parecía funcionar; avanzaba en el desarrollo de mi carrera, iba acumulando logros y siendo respetado. A la par, iba siendo más explícito en mis posiciones.

Ahora que lo pienso, creo que lo más radical que hice fue salirme de la posición que se esperaba para mí en tanto homosexual. De acuerdo a esas reglas no escritas de la cultura venezolana se puede ser gay, *pero sólo si no se nota*; si se hace evidente, debes ajustarte a la expectativa de ser un «marico triste», ser peluquero (como estereotipo de las habilidades propias de un gay) y tener amaneramientos (como preconcepción de la corporalidad de un gay). En definitiva, ser un fracaso en términos de las expectativas sociales. De acuerdo al imaginario venezolano, *un gay es un hombre fracasado (en su masculinidad)*. Yo no sólo fui explícito sino que, además, desafié esas expectativas. En corto, amenacé al sistema al mostrar con mi existencia que soy un hombre, que me gustan los hombres y que, a la vez, se puede ser exitoso *con* y *por* esas particularidades.

Tengo ya dos años fuera del país. Nunca imaginé que me convertiría en un inmigrante, que viviría el desgarró y el duelo por un país que sólo existió como un ideal en mi cabeza. Ahora continúo desde Toronto, Canadá. Todo lo que en Venezuela era un problema acá se convirtió en mi valor agregado; por mi conocimiento de primera mano de la cultura gay conseguí una posición haciendo prevención del VIH y el sida en mi comunidad. Lo que allá era mi voluntariado es, hoy por hoy, mi carrera. Desde la distancia sigo comprometido con el activismo

en Venezuela, ahora con la mirada que se obtiene cuando uno se ubica en un panorama global, en una sociedad abierta y multicultural. Desde mi punto de vista, di el último paso en el proceso de salir del closet, a saber, destruir el armario.

El futuro de los derechos humanos y civiles de los sexodiversos en Venezuela

Aunque pueda relatarse una historia particular para cada una, lo cierto es que, en Venezuela, la vida política de los gays se ha desarrollado junto a las otras identidades sexuales tradicionalmente denostadas. Al conjunto de éstas se le conoce como el colectivo LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transexuales), aunque a veces se incluya la I de intersexuales, entre otras tantas iniciales.

Así pues, para este apartado, amplíe la mirada, para decir que el avance de este colectivo puede explicarse con el siguiente análisis (ver tabla 3):

Tabla 3. Matriz FODA respecto al colectivo LGBT en Venezuela

<p>Fortalezas</p> <ul style="list-style-type: none"> • La preparación y el compromiso de sus líderes. • La motivación del colectivo LGBT. 	<p>Oportunidades</p> <ul style="list-style-type: none"> • La tendencia occidental hacia el reconocimiento de los derechos LGBT.
<p>Debilidades</p> <ul style="list-style-type: none"> • La falta de institucionalización de las organizaciones LGBT. • El escaso grado de conciencia comunitaria del colectivo LGBT. 	<p>Amenazas</p> <ul style="list-style-type: none"> • El conflicto político en Venezuela. • La confluencia como característica de la cultura venezolana.

Sobre la base de los puntos reseñados en la tabla anterior, considero que los principales desafíos para el activismo LGBT en Venezuela son:

Falta de institucionalización: Las organizaciones siguen fuertemente vinculadas a particulares. De hecho, detrás de todas las asociaciones LGBT pueden reconocerse pocas personas clave en las cuales se concentra el trabajo y la presencia en los medios. No puede distinguirse entre la organización como ente jurídico y quienes la sostienen (especialmente porque casi siempre lo que se encuentra es un único fundador). En este sentido, ninguna de estas asociaciones ha logrado generar una estructura que permita la supervivencia más allá de

la existencia física de sus creadores. Este hecho coloca en jaque la consolidación de la comunidad LGBT venezolana. La desaparición de Ambiente de Venezuela, tras la muerte de su fundador Oswaldo Reyes, es el recordatorio del riesgo de todas las organizaciones LGBT del país. Para hacer frente a este desafío, es necesario, entonces, promover su desarrollo organizacional buscando fuentes de financiamiento, generando programas y vinculando a más personas. Un punto crucial en este desarrollo es la creación de cargos voluntarios, lo cual nos lleva al segundo punto.

Falta de desarrollo comunitario: La falta de institucionalización puede tomarse como un indicador del poco desarrollo comunitario que tiene el colectivo LGBT en Venezuela; es decir, de la incapacidad de los líderes para reconocer las necesidades de los miembros a los que se pretende servir, debido a la falta de vínculos *reales* con la comunidad. A la vez, del desempoderamiento de esos miembros que esperan que sea un líder el que les indique el camino.

En este momento de mi vida, concibo el desarrollo comunitario como un viaje, donde los resultados emergen del proceso colectivo; un líder puede tener una visión pero, en tanto procede de un particular, se matiza, modula y cambia en la medida en la cual esa visión es compartida y dialogada; evoluciona y se despliega en direcciones casi siempre novedosas e inesperadas. Es imposible que un individuo sepa de antemano en qué terminará un proyecto comunitario, pues depende de la sinergia que resulta del grupo. Igualmente, es imposible obtener una meta comunitaria si es una única persona la que pretende lograrla. Como dice el eslogan de la psicología de la Gestalt, «el todo siempre es más que la suma de sus partes».

Para entender este punto me ha sido muy útil el modelo propuesto por Scott Peck (1998/1987) acerca del desarrollo comunitario. Dice este autor que una comunidad pasa por cuatro fases. La primera es la de la *pseudocomunidad*, donde no hay conciencia de la multiplicidad de las necesidades de un grupo. En este nivel, el colectivo se muestra bajo la fachada de grupo unido que niega las diferencias que lo constituyen.

En un segundo grado de desarrollo puede hablarse de *caos*; la comunidad empieza a reconocer esas diferencias, pero no le es posible integrarlas en un proyecto que dé cuenta de todas las necesidades. Surge en este momento la confusión respecto a las metas comunitarias y la dificultad para verse como un todo integrado. A esta crisis, y si los miembros logran despegarse un poco de sus necesidades particulares y sus agendas ocultas, procede el *estado de vacuidad* (o vacío fértil, si usamos el lenguaje de la psicoterapia Gestalt). Este tercer grado de desarrollo se caracteriza por ver a la comunidad en tanto comunidad, des-

de cero con respecto al ego de los involucrados. Es con este enfoque que empieza el verdadero desarrollo comunitario y es así como se alcanza el cuarto nivel, el de una *verdadera comunidad*. Aquí predominan la empatía, la diferenciación individual y, a la vez, la interdependencia. Es la aparición de una nueva criatura; común-unidad, el actuar como una unidad.

Un aspecto importante resaltado en el planteamiento de esta idea es que, en un momento dado, los individuos tienen distinto grado de conciencia comunitaria. El problema en Venezuela, a mi manera de ver, radica en que son precisamente algunos líderes a los que les cuesta ver la imagen global de lo que sucede en nuestra comunidad. Sirvan como ejemplo los comentarios de un supuesto líder, vocero de una organización gay quien, ante los robos perpetrados a gays declara: «Tú sabes cómo son los gays» o que, frente a los asesinatos de las mujeres trans, dice: «Ellas se lo buscan». Bien que se ve acá la falta de reconocimiento de las necesidades del otro, la falta de empatía y, por supuesto, la ausencia de un proyecto colectivo que englobe a *todos* los gays y a todos los miembros del colectivo LGBT.

Con estas apreciaciones opresivas de algunos, es posible entender las amenazas para el desarrollo de la comunidad LGBT en Venezuela, expresadas en los siguientes puntos:

La crisis política en Venezuela: A estas alturas, es muy difícil imaginar el avance de los derechos LGBT fuera de las coordenadas del marco político venezolano. *Chavismo* y *oposición* se han convertido en esa polaridad maniquea que permea todo el acontecer nacional, del que no se sustrae, por supuesto, la lucha por los derechos LGBT. Así, cuando se incluyó la referencia a las parejas del mismo sexo en el artículo 8 de la propuesta de la Ley Orgánica para la Equidad de Género, Julio Borges, dirigente opositor, dijo que colocar sobre el tapete temas candentes como el matrimonio gay era una estrategia de cortina de humo por parte del gobierno, para distraer a la opinión pública de los temas «verdaderamente importantes».

Por el otro lado, desde la esquina oficialista encontramos la misma homofobia expresada, por ejemplo, en el rechazo explícito de Hugo Chávez y de la presidenta de la Comisión de Familia de la Asamblea Nacional al apoyo de los derechos del colectivo LGBT. Con menos alcance, pero con más gravedad, encontramos la visión ingenua de los gays «revolucionarios», quienes se niegan a ver la homofobia reinante en el socialismo del siglo XXI, a la vez que intentan imponer una visión hegemónica, donde «sólo en revolución» sería posible la articulación de las identidades sexuales.

En este sentido, y a pesar de los intentos por mantener la contienda política general fuera de los objetivos de la lucha por los derechos LGBT, el colectivo reproduce el drama que vive el país. A mi entender, este drama se centra en un *entendimiento perverso del liderazgo*. En vez de tener líderes en todos los niveles, capaces de crear y compartir una visión, de motivar a un grupo para expandir y ejecutar dicha visión, Venezuela vive una dinámica donde se cree que liderar consiste en que un individuo acumule poder para decirle a los demás lo que tienen que hacer. El liderazgo «a la venezolana» dista mucho de modelos más horizontales y democráticos, como el de Kouzes y Posner (2007), por ejemplo. Es este modelo el que ha imbuido mi práctica, de manera formal, desde que estoy en Canadá.

Una cultura confluyente: La dimensión más general de los desafíos que enfrenta el colectivo LGBT procede, creo yo, de una peculiaridad de la cultura venezolana. Este tema, por cierto, podría ser objeto de un ensayo completo. Si nos detenemos a pensar cómo son los límites simbólicos en Venezuela veremos que, debido a su ausencia, la cultura venezolana puede caracterizarse como *confluyente* o *simbiótica*, esto es, presupone que todos los venezolanos somos iguales, no en un sentido lógico de equidad, sino en sentidos bastante concretos (vestirse y comportarse bajo el mismo patrón, tener creencias y valores tradicionales similares). En resumen, es una cultura que no permite la diferenciación individual.

Precisamente por esto, las desviaciones a la norma se perciben como una «alta traición». El control social de unos sobre otros tanto como el chantaje emocional de los seres cercanos hacen que sea muy difícil abrir el espacio para discusiones como la de los derechos de los sexodiversos. Hay que comenzar por establecer límites simbólicos y reconocer que hay venezolanos con distintas identidades sexuales, los cuales también tienen derecho a *ser, estar y pertenecer*.

Afortunadamente, también hay elementos positivos y excepciones a lo que predomina. Entre éstos destacan:

Preparación y compromiso de los líderes: Son pocos y, sin embargo, son bastante activos. Su nivel educativo es superior al de la media y utilizan sus destrezas para llevar un mensaje de inclusividad a la comunidad. De manera regular organizan eventos, casi todos en Caracas, donde se hablan de temas de diversidad sexual. Muchos son de corte académico, pero también hay eventos como tertulias en cafés, ciclos de cine LGBT y cineforos. El gran logro del colectivo es que, pese al clima de homofobia y de turbulencia política, ha logrado organizar la marcha anual del orgullo, desde 2001 y con una participación que crece año tras año.

Motivación del colectivo: Además de los líderes tradicionales, están surgiendo nuevos grupos, como Caracas Mob, los cuales emplean una estrategia novedosa para visibilizar la diversidad en Venezuela. Hay redes en Facebook, Twitter y *bloggers* que se expresan, se conectan unos con otros y van articulando su identidad sexual sin temor a represalias, gracias a Internet. Por cierto, durante 2009, las redes virtuales generaron una demostración contra la homofobia en Venezuela, reaccionando a un video de Youtube donde un profesor universitario, en cátedra de derecho romano, hacía gala de su ignorancia mientras amedrentaba a sus estudiantes.

Más aun, existen muchos individuos que, pese a las burlas, las amenazas y los golpes constantes, se las ingenian para expresarse, ya no a través de la red, sino en el día a día de las ciudades. A veces me pongo a pensar en todo lo que se lograría si se unen estos puntos, y se articula el trabajo de los activistas con esas redes e individuos. Si trabajáramos con comunicación y en una infraestructura formal, una gran comunidad LGBT ya habría cuajado.

Finalmente, **el movimiento internacional de reconocimiento de derechos civiles del grupo LGBT como motor externo fundamental:** La principal energía que está moviendo al colectivo LGBT en Venezuela parece proceder del desfase percibido frente al resto del mundo. Colombia ha alcanzado reivindicaciones que incluyen equidad completa de derechos para parejas del mismo sexo; Argentina ya celebró el primer matrimonio gay, Uruguay legaliza las uniones del mismo sexo, elimina la prohibición de entrar al ejército y modifica sus leyes para permitir la adopción completa por parte de parejas; Ciudad de México aprueba el matrimonio gay... Todo esto contrasta con un país que parece luchar activamente contra los derechos humanos y civiles de los gays, lesbianas, bisexuales y transexuales.

Algunas conclusiones

Luego de este recorrido, estos serían algunos puntos clave:

1. Resiliencia y potencial humano: Una de las psicólogas que me acompañaron durante parte de mi viaje terapéutico me preguntó cómo, viniendo de una familia tan conservadora y habiendo estado incluso en situaciones cercanas a la vida en la calle, pude llegar a ser lo que soy. En su momento, esta pregunta me desconcertó. Hoy en día, tras mucha reflexión, creo que el asunto se compone de, por lo menos, dos factores.

Primero, mis características personales. Segundo, y más importante aun, el

hecho casi fortuito de haberme mantenido relativamente aislado de mi familia y de mis pares. En definitiva, lo que resultó fue este establecimiento de límites a los aspectos nocivos de mi cultura, el tomar contacto con otras opciones y empezar a crearme mi propio espacio. Incluso cuando la presión se hizo más fuerte desde afuera, como un intento de contener lo que yo iba poniendo en práctica, tuve la opción de irme. Conservé mi vida, mi camino y, con ello, la posibilidad de ayudar a otros en situaciones similares a las que yo he estado. En Venezuela aún son muchos, lo sé luego de muchos años de trabajo con mi comunidad, que continuamente echan mano de su potencial interno para mantenerse a flote y para sobrevivir a una cultura que desearía que estuviésemos muertos.

2. Silencio y negación como estrategias fundamentales de la discriminación en Venezuela. Desde la distancia, el panorama se ve más grave. Supongo que se debe a que la energía allá se emplea en sobrevivir; también porque se da por sentado que muchas de las formas de opresión son normales; muchos creen que no hay nada mejor que pueda alcanzarse. Hay una suerte de velo, ejemplificada en el abordaje de la epidemia del sida, que nos indica que hay cosas de las que no debe hablarse.

3. El cambio es posible e, incluso, necesario. Venezuela se encuentra en crisis y los sexodiversos somos los más vulnerables en este contexto. Hay que introducir cambios estructurales reales para movernos hacia el futuro. Los individuos hemos cambiado, y esto es irreversible. No queda otra sino actualizar al colectivo y su imaginario, y poner a tono los instrumentos legales y las instituciones. A estas alturas, creo que lo más importante es romper el silencio y dejar la codependencia con los homofóbicos. Salir del closet en Venezuela, hoy más que nunca, es un acto político por excelencia.

4. La articulación de las identidades sexuales, tanto como el activismo, no acontecen en el vacío, o como dimensiones aisladas del resto de la vida social de un país. Si bien existen particularidades del colectivo LGBT, lo cierto es que hay que comprender el contexto para diseñar estrategias efectivas. Para mí, en este momento, la inquietud por la homofobia en Venezuela remite a una pregunta más amplia, la de los efectos del colonialismo en la vida cotidiana. En Venezuela todos llevamos un *opresor interno*, del que la homofobia sería, tan sólo, una dimensión.

Para cerrar, puedo decir que el panorama que he esbozado a lo largo de este ensayo ha abierto mi inquietud por cartografiar mejor la cultura de la que procedo. Me siento cómodo con mi identidad como gay, ahora necesito articular más mi identidad como venezolano.

Referencias bibliográficas

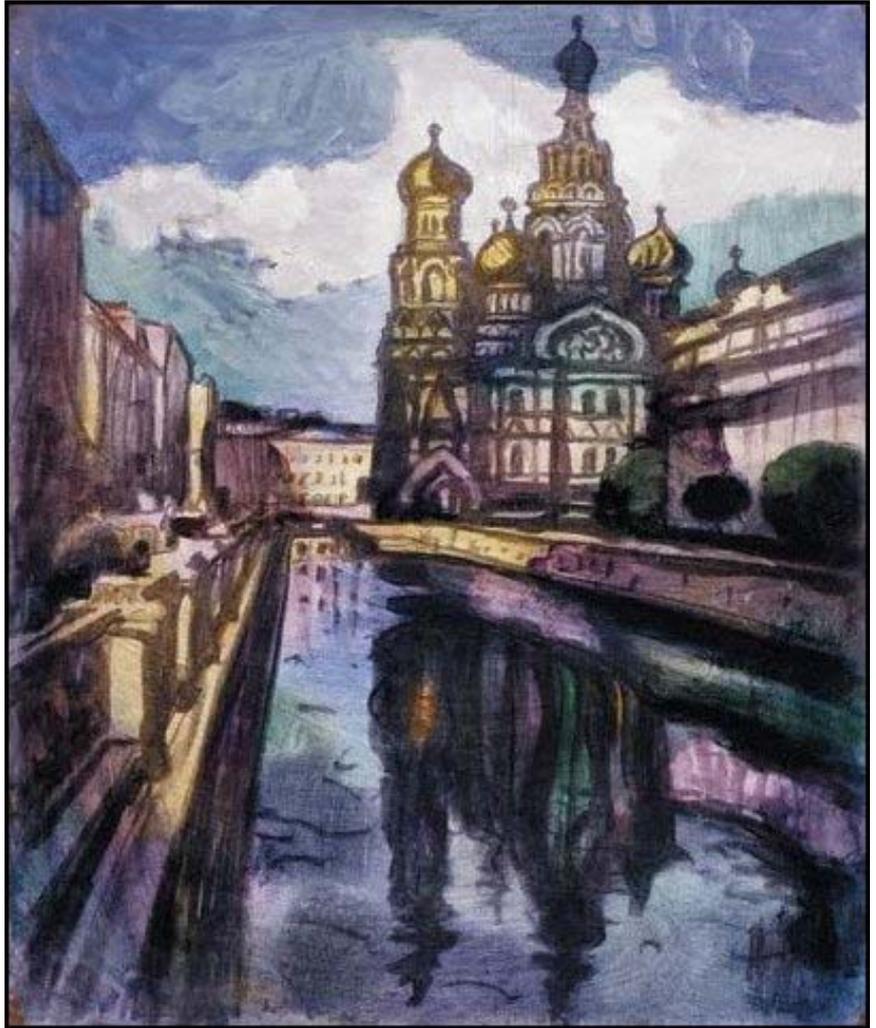
- **Ariès, P.** (1987). «San Pablo y (los pecados) de la carne». En: **Ariès, P.**; **Béjin, A.**; y **Foucault, M.** *Sexualidades occidentales*. Barcelona: Paidós.
- **Bourdieu, P.** (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- **Carvalho, E.** (2004). *Cuando el homosexual pide ayuda*. Buenos Aires: Certeza.
- **Castañeda, M.** (2000). *La experiencia homosexual: para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*. México: Paidós.
- **Eribon, D.** (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.
- **Foucault, M.** (2000). *Los anormales: curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005/1984). *Historia de la sexualidad: el uso de los placeres*. México: Siglo XXI.
- **Harris, M.** (2002). *La cultura norteamericana contemporánea*. Madrid: Alianza.
- **Highwater, J.** (1997). *The mythology of transgression: homosexuality as metaphor*. New York: Oxford University Press.
- **Llamas, R.** (1998). *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a «la homosexualidad»*. Madrid. Siglo XXI.
- **Llamas, R.** y Vidarte, F. (1999). *Homografías*. Madrid: Espasa.
- **Kouzes, J.** y **Posner, B.** (2007). *The leadership challenge*. 4ª ed. San Francisco: Jossey-Bass.
- **Pollack, M.** (1987). «La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el guetto?». En: **Ariès, P.**; **Béjin, A.**; y **Foucault, M.** *Sexualidades occidentales*. Barcelona: Paidós.
- **Rivas, C.** (2004). «El dispositivo cultural para la exclusión social de los homosexuales». Ponencia presentada en las II Jornadas Universitarias sobre Diversidad Sexual. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- **Scott, M.** (1998/1987). *The different drum: community making and peace*. 2ª ed. Nueva York: Touchstone.

Las luces de San Petersburgo

Pedro Enrique Rodríguez

Escritor venezolano (Maracay, 1974). Psicólogo clínico. Profesor de las cátedras de psicología de la personalidad, psicopatología y asesoramiento psicológico de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), Caracas. Participó en el Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) del año 2000-2001, a cargo de Ángel Gustavo Infante, del cual fue coautor del libro *Voces nuevas 2000-2001*. También formó parte de la I Semana de la Nueva Narrativa Urbana, de la cual es coautor del libro *De la urbe para el orbe* (Alfadir, 2006). Recibió mención honorífica en la Bienal de Literatura «Augusto Padrón» (Maracay, 2003). En 2007 fue uno de los 15 finalistas (entre más de 5.000 cuentos) del concurso de cuentos de Radio France Internacional (RFI). Fue ganador de la edición 2008 del Concurso Transgénico de la Fundación para la Cultura Urbana (FCU) con su libro *Oficio de lectores* (FCU, 2008). Su libro *El silencioso vuelo de los peces* fue editado en 2009 por la editorial Equinoccio.

Era cierto que la pasión por los paisajes exóticos en la obra de Lébedev tendía a ser juzgada por todos como algo exagerada. Para Iván Leontiev, en cambio, era el signo fatídico del artista militante en las filas del enemigo. Otra cara más del simbolismo preconizado por el nefasto Soloriov y, por tanto, ajeno a los más altos y nobles intereses del proletariado: ¿por qué gasta el poco talento que tiene en describir lugares que ni siquiera conoce?



Vista de San Petersburgo, de Robert McIntosh

Las luces de San Petersburgo

Pedro Enrique Rodríguez

Para Alí Rodríguez Quintero, in memoriam.

Sergey Lébedev pasó toda la mañana en su gabinete bajo la pálida luz de una bujía de gas, repasando un manuscrito en el que venía trabajando los últimos días. Por la ventana del estudio y la salita contigua se veía la amplia avenida F., bordeada por largas barandillas de metal y los árboles del parque asolados por el inicio del invierno. A lo lejos, se distinguía el policromado de la cúpula bizantina de una vieja iglesia ortodoxa. A su alrededor, todo parecía levitar entre el paisaje de siempre, el mismo color terroso de la tarde glacial, el olor del carbón de la calefacción, el mustio y verde hermetismo de su samovar. En los últimos meses, sin embargo, todo estaba recubierto por una tenue película de incertidumbre y espanto.

Lébedev notó todas esas cosas en los ojos aceitunados de su mujer, Ana Fedorova, detenida en el dintel de la puerta del estudio. Él le brindó una sonrisa de medio lado a la que Ana Fedorova no correspondió. Un momento después, el reloj de la sala dio la campanada de la una de la tarde. Lébedev tomó el saco de paño oscuro del respaldo de la silla con un gesto de torero, acomodó como mejor pudo algunas páginas en su portafolio y, al pasar junto a Ana Fedorova, esperó que ella le entregase la capa de aguas, para después estamparle un sonoro beso en la mejilla.

La polémica que suscitó su último cuento le había dado más de una cana antes de tiempo. No era la mejor época para escribir el tipo de historias que llovían sin remedio en su imaginación. («Poi piovvè dentro a l'alta fantasía», como diría un verso de Dante Alighieri). En los círculos literarios bolcheviques de San Petersburgo, se rumoraba entre risitas significativas el pertinaz interés de Lébedev por los parajes exóticos, las aves de colores y la selva crepitante de las Américas, abiertos con la forma de un abanico hecho de sueños. Naturalmente, ésa era una liebre demasiado llamativa como para no ser acusado de

melindroso y escapista por parte de los escritores comprometidos. Al menos ése era el parecer del célebre Iván Leontiev, un vejete enjuto, con el corazón prendido de dos hojillas afiladas, articulista prolífico y fatídico, quien ahora encontraba un curul apolillado en la Academia desde el que blandía el magro espolón de la vieja gramática de Lomonósov, inventándose inquisiciones furiosas contra cualquier traición al idioma, que era como decir la patria, las estepas, quién sabe si hasta el cristal encantado de la verdad, encarnado entre caracteres de textos untosos. Lébedev es un falso escritor, decía Iván Leontiev, arrebujaado en su curul, al tiempo que la lúgubre tarde de la ciudad llena de brumas se asomaba por la ventana, como la amenaza de un fantasma.

Era cierto que la pasión por los paisajes exóticos en la obra de Lébedev tenía a ser juzgada por todos como algo exagerada. Para Iván Leontiev, en cambio, era el signo fatídico del artista militante en las filas del enemigo. Otra cara más del simbolismo preconizado por el nefasto Soloriov y, por tanto, ajeno a los más altos y nobles intereses del proletariado: ¿por qué gasta el poco talento que tiene en describir lugares que ni siquiera conoce?, se preguntaba Leontiev. Pensar que nuestra patria cuenta con una realidad tan viva y tan rica, decía a quien lo quisiera escuchar, furioso. Los puños cerrados, sus afilados dienteillos muy juntos. Poco a poco, Lébedev pasaba a engrosar la negra lista de los pestilentes escritores conceptistas. En algunos lugares, los perros trajinaban la ciudad en busca de desperdicios.

Ya fuera de casa, bajó con los ojos cerrados las escaleras mal iluminadas del edificio, como era su costumbre, y en un momento apareció el portal de la avenida F. y a la carrera, atravesó la amplia avenida. Dejó pasar algunos coches de alquiler y cuando divisó una berlina guiada por dos caballos con penachos rojos, asolados por el rocío de las lluvias otoñales, le hizo señas ostensibles. Una vez adentro, descorrió las cortinas de tafetán y miró en dirección de la ventana del segundo piso: la figura de Ana Fedorova se veía recortada entre el fondo amarillo de la habitación. Tenía una mano sobre el cristal y parecía decirle adiós con la nostalgia de quien asiste a un puerto solo en los días de invierno.

La ciudad despertaba entre la bruma de los largos días de aguaceros. Mujeres rollizas con pañuelos atados a la cabeza salían de sus oscuras buhardillas en busca de harinas y provisiones, caminaban con pasos de muñecas de cuerda por las aceras, evadiendo de cuando en cuando las manchas cenizas de los pelotones que llegaban de los más disímiles frentes de guerra.

Al pasar sobre uno de los puentes del centro, decorado con figuras de leones y altas farolas de luz eléctrica, Lébedev observó el chato paso del río Neva, colorado por una franja turbia y rota. Por las amplias caminerías de piedra, los eter-

nos poetas enamorados de todas las épocas veían pasar la corriente con la mirada abstraída, con un semblante vagamente estúpido. Pensarían en una rolliza novia campesina de Kiev o de Nagorno-Karabakh, supuso Lébedev. De seguro, imaginó, esa misma noche compondrían tediosos poemas en los que no faltarían los símiles entre la tez pálida de sus amantes y el albor de la patria. Era imposible prever los desatinos que podrían leerse a cada rato en las páginas literarias de los periódicos, entre los lirismos patrióticos y los versos encumbrados al proletariado. Si al menos imitasen el lirismo de Pushkin o la visión sintética de Chéjov o Tolstoi, juzgado ahora por excéntrico misticismo y no por su obra, pensaba con abatimiento; o si, en todo caso, tuviesen el tino de inventar una poesía irreverente como la de Charles Baudelaire con sus *Fleurs du Mal*, que bien le habían valido un juicio absurdo por parte de funcionarios y críticos mediocres en el pasado siglo. Pero no, los bardos de su tiempo parecían solazarse sin remedio en esas patéticas obras progresistas, parecidas más bien a una obtusa proclama bolchevique. Como si la literatura tuviese el compromiso de ser chapucera y panfletaria para poder aspirar siquiera a un mínimo de respeto.

Pensaba en estas cosas al tiempo que, con la mano apoyada en el mentón, veía pasar ante sus ojos la vieja y triste ciudad. Edificios chatos, tejados diluidos por el humo de las chimeneas, oscuros pórticos abarrotados por volutas y falsas flores de primavera. Era así como, impulsada por una ráfaga o un encanto, su imaginación salía volando sin remedio a lugares remotos y desconocidos, asfixiada por el escándalo mínimo y oblongo de lo cotidiano. En ese caso, ¿cómo no dejarse llevar a lugares nunca vistos? Aun sin proponérselo, de pronto se veía viajar con los ojos abiertos al fastuoso encuentro de una isla de los mares del Sur. Escurrirse entre sus árboles desmesurados, la selva húmeda, el sonido de los pájaros. Soñaba que al mirar estos paisajes el paso de los animales terminaba por revelarles una historia de fábula. Sólo fábula. Imaginación al servicio de lo sencillamente hermoso. Claro que no esperaba que todo el mundo se diese al gusto de narrar historias en tales escenarios exóticos, tan cerca de las sirenas de los griegos, los pájaros habladores de las tierras de ultramar, las indómitas cosmovisiones de las culturas del Nuevo Mundo. Pero al menos se creía en el derecho de contar sus imaginaciones sin necesidad de pedir excusas por no palpar su triste y chata realidad circundante. Para la vida obtusa de la ciudad ya tenía bastante con los folletines de los escritores realistas, empeñados en cantar a viva voz los más horribles escarceos de lo que, ante sus ojos, debía ser el nuevo arte. La imprenta al servicio de los ignorantes y fanáticos. Parecían no comprender que al actuar de tal modo, liquidaban la razón de ser de todo arte: levantar la mirada del mundo, echar a volar la imaginación con las alas de Ícaro, impulsado por la simple, la elemental maroma de querer contar.

Con la vista fija en las tres cúpulas doradas de la iglesia de San Nicolás, se preguntaba, ¿Una joven de Ucrania pierde su gran amor en una tarde de cacería y no lo encuentra más ni para un remedio? Pues pobre muchacha, en verdad, pero esa no es razón suficiente para lanzarse a redactar un desmesurado mamotreto sobre la fragilidad de los buenos corazones, el cultivo de los tubérculos y las ceremonias de primavera. ¡Seiscientas páginas de belfos, costumbrismos y añoranzas por un suceso tan simple! Me dirán escapista, incluso con razón, pensaba, pero prefiero mil veces imaginar las travesías de Simbad el Marino, antes de poner a llorar a esa pobre campesina en un soneto por su enamorado perdido. Mejor para ella, al final casi es seguro que terminaría por darle malos tratos.

Distraído, echó una mirada a su reloj de bolsillo. Llevaba tiempo de sobra para asistir a la cita con León Turguenév. En un momento, sintió que el avance de la berlina por la tarde recién despierta de la ciudad era, a su manera, un cristal pulido después de los nubarrones de tormenta en los días anteriores. De pronto, Lébedev notó que en una esquina un hombre alto, barbado, con el porte característico de los nuevos insurgentes, hablaba a gritos con una pálida mujer de vestidos andrajosos. Ella, con la cara delgada de la hambruna, los ojos grandes y vidriosos, miraba a ninguna parte; él, gritaba como loco, le reclamaba, de tanto en tanto le sujetaba por la manga del vestido, como si sus gritos, su alboroto, no fueran suficientes para atestiguar su presencia. Al verlos, Lébedev pensó con amargura que de eso se trataba la pretendida realidad que querían ocultar sus críticos de siempre. Más que lectores y escritores, se comportaban como coleccionistas desaforados de lo verosímil, cultores de la fatalidad positivista, crueles déspotas de las buenas intenciones. Casos al estilo de: el día recién se despeja. Los transeúntes recorren las calles. Un hombre alto y fuerte riñe con su mujer. No deberían, por supuesto, pero es el resultado objetivo del peso de la larga explotación, la amenaza diaria de la guerra, la mirada fraticida de la coalición germanófila, el afán imperialista del Ejército Blanco lo que les tiene los nervios de punta a todos los pobres camaradas. Moraleja: una pareja se pelea en las queridas calles de nuestra ciudad, lo que está mal, pues al hacerlo, pierden sus fuerzas para acometer fines más altos: luchar con desnudo por la patria socialista en formación donde su felicidad al fin será completa y duradera. Resultado: una sonrisa orgullosa en la cara de más de un nuevo funcionario.

Bastaba mirar alrededor de los esposos para descubrir la triste realidad: los transeúntes pasaban junto a la pareja y en sus gestos esquivos delataban el propósito de no querer mirarlos. La vida de cada cual ya sería demasiado ardua entre los fantasmas del hambre y la escasez en mitad de la insensata guerra, como para detenerse a contemplar un triste accidente cotidiano, naturalmente. Si casi todo el mundo podía encontrar la realidad opresiva en sus propias vidas,

¿entonces no era igualmente estúpido intentar trocarla por un fingido canto a la patria en un cuento o una novela?

La berlina de alquiler seguía su camino. Atrás quedaban los amantes en guerra. Ahora aparecían las suntuosas fachadas de los edificios ministeriales, repletas de banderillas, soldados casi niños del recién creado ejército rojo, apostados en sus puertas, con la mirada perdida y el fusil terciado sobre los ponchos mojados por el rocío, la piel de un pingüino. Apenas a media cuadra, las columnas románicas de la Academia se erigían, fastuosas, desde el mármol veteado de las escalinatas. Pese a la tensión de los días de guerra, San Petersburgo mantenía intacto su cansado porte de ciudad de viejos imperios.

La berlina se detuvo frente a la redacción del periódico. Dejó unos rublos en las manos del cochero y se dispuso a entrar al edificio. En la puerta debió sortear con un brinco un charco de agua sobre el que se reflejaba el cielo plomizo de esos días. Adentro, los pasillos eran lúgubres; al final del corredor principal, bajo la pálida luz de una bombilla y apoyados sobre un viejo banco de madera, distinguió a dos pobres soldaditos en descanso que se reponían de la guardia de las últimas horas. En los últimos meses, todos los periódicos estaban tomados por los bastiones del Ejército Rojo. Propaganda, censura, eran la nueva cara de un sitio que parecía recrudescer cada día, después de tantos años en guerra con la coalición y, además, con el convulso mundo de los sucesos políticos en el interior del país. Lébedev pensó que más que un periódico, el edificio daba la impresión de un hospital de guerra. En algún sentido oscuro y trágico lo era. Cruzó la sala de recepción, se internó por los pasillos, subió en volandas la escalera de madera ruinososa y se detuvo ante la puerta de su viejo amigo, el periodista León Turguenev. Al entrar a la oficina, le sorprendió el ámbito enrarecido de todas las cosas. Tras el escritorio repleto de papeles y torres de libros, encontró el rostro leonino de Turguenev, ensombrecido por la contrariedad.

Para Turguenev, bien enterado de los acontecimientos, los días tumultuosos recién estaban por comenzar. Era obvio, decía Turguenev, que los bolcheviques acabarían por abrir un frente de mayor radicalidad. Era difícil predecir qué resultados podría tener la guerra civil. Corren tiempos difíciles, mi querido Seriozha, le decía Turguenev, con la mirada sombría.

De pie, junto a la ventana, Sergey Lébedev le escuchaba con la vista fija en los intrincados tejados de los edificios aledaños entre los que las chimeneas exhalaban el humo cansado de los apartamentos. El espectáculo silencioso de la ciudad en otoño.

Con un suspiro, Turguenev fijó un cambio en la conversación. Esa no es la

única mala noticia, dijo, entonces le lanzó el original de su última historia entregada a la redacción del diario. Ninguna tachadura, ninguna enmienda. No puede ser publicado, musitó Turguenev, con un movimiento de ojos que le dio a entender que se trataban de órdenes superiores. En silencio, Lébedev tomó el manuscrito y lo depositó en su portafolio.

Aquí está lo que me pediste, agregó, refiriéndose a un pequeño artículo sobre el genio de Tolstoi quien en el mes de noviembre cumpliría ocho años de muerto. Turguenev negó con un gesto abatido. Ni te preocupes en entregármelo, le dijo, aquí se cerraron las puertas para ti.

No hacía falta explicar más. Estaba claro que Rostopov, astuto director del diario, comenzaba a jugar sus cartas de guerra. Se podía sobrevivir con los mencheviques de Kerenski, a fin de cuentas, tímidos y torpes idealistas deseosos de lograr algún acuerdo con la burguesía, más aun en una ciudad como San Petersburgo, donde la libertad relativa de los periódicos era, si no indiscutible, al menos ventajosa. Con lo que sí no podrían enfrentarse era con el ascenso del reciente radicalismo: expropiación, censura, amenazas, eran las caras lúgubres de un futuro que, si no evitarse, al menos podría mitigarse con la exclusión de los colaboradores más incómodos.

Seguramente esto debe estar recomendado por Iván Leontiev, musitó Lébedev, comprendiendo el curso que tomaban los acontecimientos. Turguenev asintió. No te aprecia, y te apreciará aun menos cuando cambien las cosas.

Lébedev salió de la oficina de Turguenev con una vaga sensación de naufragio. Afuera, en la calle, una brigada de voluntarios del ejército rojo pasó entonando las últimas melodías triunfales compuestas por los bolcheviques. Él les vio pasar en silencio. Estaba abatido. Poco a poco se estrechaban las puertas de lo que, en otros tiempos, podía ser una vida de normal, de lo que hasta entonces era su púdico y espacioso mundo de ciudadano. La jugada está clara, se decía, sin ánimos de creerse, a la vez que veía ondear algunas banderas rojas.

Miró su reloj. Todavía era temprano. Decidió caminar sin ningún propósito por la ciudad atardecida. Llegado a cierto punto del recorrido, se encontró con un remolino de personas a las puertas de un mercado. No le hizo falta detallar más. Debían tratarse de las provisiones que viajaban desde los campos convulsionados y que, cuando mucho, podrían alimentar a unos cuantos centenares de familias obreras por el curso de unos días. A partir del decreto de expropiación dictado por Lenin, la situación de las siembras era confusa y del todo azarosa. No hacía falta demasiado discernimiento para comprender que, de continuar las guerras y los cambios introducidos por los bolcheviques, toda Rusia acabaría

por sumergirse en un abismo de hambre y miseria.

Después de recorrer algunas calles (en ciertos lugares, todavía podían verse los vidrios apedreados de comercios de lujo, el único vestigio de los saqueos esporádicos), llegó a una de las tabernas cercanas a la redacción del periódico. Daba más o menos lo mismo seguir o no, así que se decidió y entró. En una mesa, junto a un ventanal ambarino, encontró a Mijail Gorin, un viejo conocido de la escuela de derecho y, ahora, convertido en un bolchevique furibundo, discutiendo en tono aireado con otro hombre, flaco y desgarbado. Le hizo una seña de saludo y pensó seguir de largo, pero Mijail Gorin se levantó precipitadamente y tomándole por los hombros le llevó hasta su mesa.

¡Este es el camarada Sergey Lébedev! dijo, risueño, al otro hombre que le acompañaba. Ambos se dieron la mano. Gorin completó la presentación: Seriozha es escritor, Pavel. Un buen escritor, creo yo. El tipo de hombre con el que tendremos que contar para construir el nuevo Estado.

Lébedev sonrió, entre dientes.

¿Qué te tiene tan contento, Misha?, preguntó, con un tono de voz que no dejaba dudas de un doble sentido.

Mijail Gorin lo entendió así, lanzó una carcajada fingida y luego, con los ojos chispeantes de alegría, se quedó mirando la ventana de la taberna en la que, con dificultad, se dibujaban las siluetas de las personas que pasaban por la calle. Al final, habló: Tengo noticias confiables y sorprendentes, dijo, confiriéndose adrede un aire confidencial.

Se detuvo en el momento en que apareció la mesera. Una joven alta, regordeta, con tipo de *mujick*. Mijail Gorin se adelantó y pidió otra media botella de vodka. Al irse la mesera, continuó: No está confirmado, pero todo parece indicar que ayer mismo las tropas de los blancos recibieron un fuerte revés en su avance. Están perdidos. Ni siquiera con el apoyo de los franceses y los ingleses podrán llegar a Piter.

He escuchado lo mismo, comentó el compañero de Gorin. ¿Qué se puede esperar de esos viejos zaristas conservados en formol?

Se trataba de la anticipación demasiado precipitada del triunfo. Un par de meses atrás, los blancos habían tomado la pequeña ciudad de Ekateriumburgo donde, según se decía, habían fusilado al Zar junto a toda la familia Romanov. Después de su entrada, el ejército blanco, bajo el mando del general Krasnov, acababa de formar el Gobierno Provisional de los Urales, una peligrosa amena-

za contra los sólidos baluartes bolcheviques ubicados más hacia el centro de Rusia. Aun así, el optimismo de los bolcheviques era total y, por ello, Mijail Gorin estaba exultante. Poco o nada de su reciente pasado menchevique parecía manifestarse en el tono confiado y optimista con el que miraba el futuro. Olvidaba, querría olvidar que sólo unos meses atrás, durante el efímero gobierno de Kerenski, fustigó con malevolencia la decisión de los bolcheviques de levantarse de la constituyente, en una jugada agresiva que terminó de echar por tierra el frágil equilibrio alcanzado por la Duma. La llegada bolchevique al poder le confería, ahora, un amplio escenario de complacencias y fuertes adhesiones para sus propios cálculos e intereses.

Lébedev permaneció en silencio. Miró a su alrededor. Los demás hombres de la taberna reían, hablaban con voces roncadas y fuertes. No parecían existir todos los años de la guerra contra la coalición germanófila, la amenaza cierta de imprevisibles combates entre los bandos políticos rusos. Sólo parecía existir el olor penetrante del alcohol, la risa de sus conversaciones, el ánimo de olvidar las miserias humanas.

Mijail Gorin le trajo de vuelta de sus pensamientos.

¿Qué tienes ahí, querido Seriozha?, preguntó, de un modo indiscreto, señalando el portafolio de gamuza verde.

¡Ah!, algunos relatos que estoy haciendo rodar por los periódicos, respondió Lébedev, intentando restarles importancia.

El rostro de Mijail Gorin adquirió un semblante lúgubre que cambió, de inmediato, a un tono complaciente:

¡Mi querido Sergey! ¡El mundo está a punto de transformarse y tú sólo piensas en los relatos que quieres escribir! ¡Un poco más de solidaridad con el proletariado, Sergey! ¡Siquiera un poco!

Todos rieron con el comentario paternal de Gorin. El acompañante de Gorin intervino:

No debes verlo así, Mijail. Tú eres un hombre poco habituado a la buena literatura. Deberías comprender la utilidad que, en un futuro, habrán de tener los escritores en la nueva república. Se interrumpió para apurar su copa de vodka, después continuó: En unos años, nuestra república será la tierra de los hombres realmente libres. Hasta ahora sólo pensamos en los camaradas obreros, pero está claro que necesitaremos de escritores que sepan relatar las inefables transformaciones de estos tiempos y componer la poesía del hombre nuevo.

Gorin guiñó un ojo cómplice a Lébedev. Después dijo:

Pavel es un humanista. Un erudito, además. Conoce muy bien la obra entera de Pushkin, siempre cita hermosos pasajes de *Ana Karenina*.

Ana Karenina fue escrita por Tolstoi, corrigió Lébedev, sin verle a la cara.

Como sea, continuó Gorin, algo exaltado, lo que quiero decir es que, que, digamos así: pongamos, qué pasaría si escritores como este mismo Tolstoi, comprendiendo las fuerzas irrefutables de la historia, digamos, respondiesen al llamado del proletariado, el verdadero corazón de nuestro pueblo, y compusiese para ellos, sólo para ellos, un hermoso canto de esperanza. Nada demasiado complicado. La tarea del buen revolucionario es siempre pedagógica, Seriozha. La historia es la madre de todas las ciencias. Es importante que nuestros obreros comprendan que el largo camino de la opresión ha llegado a su fin, que estamos ante un nuevo orden. Está dicho: El *soviét* será en el futuro cercano el verdadero humanismo de nuestra patria.

Lébedev escuchaba sin interés. El compañero de Gorin lo notó:

Perturbas a nuestro buen amigo Lébedev con tus palabras, Mijail. Cuéntenos, ¿qué cosas escribe en los últimos tiempos?

Escribo una serie de relatos sobre América. Los indios de América, respondió Lébedev, mirándole fijo a los ojos.

Casi debió contener una sonrisa de satisfacción al ver la mueca que se dibujó en el rostro de delgado y lánguido del otro.

Interesante, respondió, al tiempo que tomaba su pipa y la detalla con aire sombrío.

Mijail Gorin, cada vez más borracho, intervino en la conversación: Pues, allí está precisamente, amigo Vladimir. Allí está lo que intentamos decirte. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

Vladimir Lébedev dio una mirada significativa en torno a la taberna. Detalló una pareja de funcionarios, antiguos zaristas, de seguro, abrazados en una esquina, junto a las barricas de vino, entonando una fea canción de moda sobre un barco que se pierde en los helados mares del ártico. Vio el rostro de tres cosacos tumbados en sus sillas, semiinconscientes. Vio la barra, los cansados bultos humanos que reposaban junto a la barra como inmensos cetáceos olvidados en un mar de orines y fragancias turbias.

Borrachos. Veo borrachos, respondió.

La reacción de Mijail Gorin y su compañero fue mecánica, idéntica, instantánea: una sombra recorrió sus rostros. Gorin fijó sus pesados ojos enrojecidos en Lébedev. Los mechones de su cabello escaso y rubio caían junto a sus orejas. Mantenía con dificultad el aparatoso peso de su cabeza:

El pueblo ruso, Sergey. Te presento al pueblo ruso, dijo Gorin, extendiendo sus manos en un gesto ostensible, teatral.

Lébedev no pudo evitar una mueca de cansancio involuntario.

El pueblo ruso, borracho, corrigió.

Esta vez, el compañero de Gorin se atrevió a intervenir:

No es su culpa, Mijail. Así obra la fuerza de la burguesía.

Al salir a la calle, el efecto del vodka le hizo percibir un remolino de luces que se batían frente a sí, con el efecto desquiciado de un caleidoscopio. Las luces vertiginosas de San Petersburgo en otoño. Girando. Las fachadas melancólicas de los edificios, el murmullo de una ciudad entrañable sumida en la borrasca de los tiempos, en la ciénaga de las contradicciones.

Poco o nada podía saber respecto al futuro. Imposible saber que los próximos meses serían el inicio de una persecución encarnizada contra todo vestigio del antiguo régimen zarista, pero también contra todo aquel burgués que no respondiese a los intereses de la revolución. No era capaz de saber que algunas de sus amistades habrían de ser batidas por los pelotones de fusilamiento. Que una súbita migración habría de llevarlo a él mismo y a su esposa a las fronteras de Finlandia en mitad de un invierno arduo y tenebroso. Miraba las luces de San Petersburgo y asistía, sin saberlo, al final de una vida.

Inspirina

José Ruiz Guirado

Escritor español (El Escorial, 1955). Miembro de la Asociación Colegial de Escritores. Inicia estudios de periodismo y filología. En 1980 publica su primer libro, *Ilusiones del almendro*, con el que se inaugura la Casa de Oficios El Escorial. Creador de la revista literaria *Acibaly* del Premio de Poesía Manuel María. Entre sus obras destacan *Intrahistoria de Marín* (Caixa de Pontevedra), *Crónica de Robledondo* (Ayuntamiento de Santa María de la Alameda) y *Hacia una biografía de Manuel Andújar; actas del Congreso del Exilio Español, sesenta años despois* (Edición do Castro). Textos suyos han sido publicados en revistas y periódicos. En 1996 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Julio Camba para Galicia, siendo presidente del jurado el escritor Gonzalo Torrente Ballester.

En una de estas disquisiciones se trajo a colación la censura que había sufrido como escritor por su condición de perdedor de la contienda civil y perseguido. Tenía una serie de tarros de cerámica de Talavera en una estantería, junto a los cientos y cientos libros situados en los anaqueles. En uno de ellos se leía «Inspirina».



Ramón de Garciasol, seudónimo de Miguel Alonso Calvo (Humanes de Mohernando, Guadalajara, 1913-Madrid, 1994). Defendió la legalidad constitucional republicana, por lo que estuvo en campos de concentración y en batallones de prisioneros de guerra. Autor de una treintena de libros en prosa y en verso. Destacadas biografías de Cervantes, Quevedo, Unamuno y Rubén Darío. Premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua y pertenece a la Hispanic Society de Nueva York.

Inspirina

José Ruiz Guirado

SIENDO un muchacho, con pretensiones de escritor, conocí a un poeta que pasaba temporadas de descanso en mi pueblo. Me lo presentó un antiguo sindicalista, que se ganaba la vida escribiendo novelas policíacas, firmadas con nombre americano. En esta época era el corresponsal para la comarca de un periódico de carácter semanal que editaba la Diputación. Yo le llevaba en mi 2 CV a todos los pueblos. Sus métodos no es que fueran del todo periodísticos. Tomaba nota en los lugares y objetos más inverosímiles: desde la propia manga de la gabardina raída que siempre le tapaba, hasta el primer papel que se encontrase tirado en la calle. El general Franco asistía dos o tres veces a la villa, a la celebración de actos oficiales. A los colegiales nos llevaban en fila india hasta la explanada donde bajaría el militar de su flamante coche. Al antiguo sindicalista iban a buscarle a su casa y le metían preso hasta que acababan los factos. A nosotros nos daban un banderín de papel para que lo hondeásemos cuando llegara la comitiva. La precedían dos filas de motoristas, engalanados con cintajos blancos, botas negras hasta la rodilla y cascos brillantes. A continuación paraba un coche negro, del que bajaban unos militares altos y fuertes, vestidos de abrigos azules y tocados de boinas rojas con borlas del mismo color. Éstos abrían las puertas de un coche negro, del que bajaba un militar bajito, vestido con un abrigo largo de color caqui y gorra de general. En los viajes a los pueblos hablábamos de estas visitas, estas paradas militares y de sus estancias en los calabozos del ayuntamiento hasta que todo acababa.

—Es Pepe, un muchacho del pueblo que tiene vocación de escritor.

—Mucho gusto. Vente el lunes por mi casa y hablamos tranquilamente.

Durante toda la semana estuve contando los días hasta que llegó la hora de la cita. Vivía en el ático de la calle más céntrica de la población. Salió a recibirme su esposa.

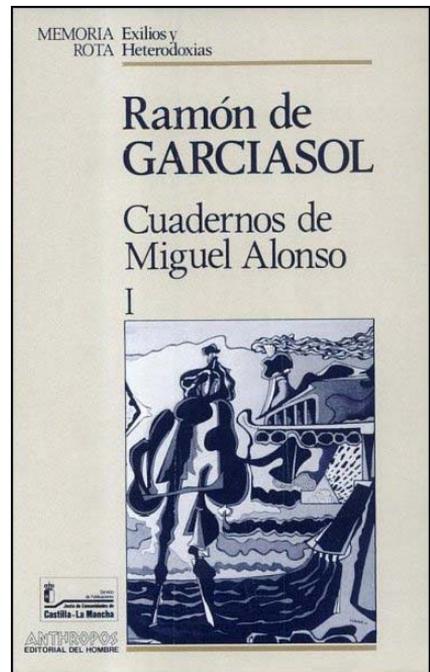
—Miguel, es el muchacho con quien has quedado.

—Que pase.

Me recibió cordialmente. Era pleno mes de agosto. Hacía calor. Tenía preparada una merienda. Después de merendar pasamos a una salita, desde donde se veía por el balcón una de las cumbres que conformaban el circo del sistema montañoso que rodea la villa.

Me regaló y dedicó una antología poética con prólogo de Buero Vallejo, amigo íntimo del poeta. Un regalo magnífico. Pasó el tiempo y entablamos una sólida amistad. Con el tiempo fue perdiendo vista. Tenía pendiente de publicar una obra que le llevó más de cuarenta años escribirla. Se plasmó en dos volúmenes de memorias, biografía y conciencia. Me pidió que le ayudara a pasarla a máquina, ya que era un manuscrito que se tardó varios años en poner en limpio. Cada semana iba por su casa, donde me tenía preparado un libro suyo dedicado para regalarme; merienda y tertulia. Tras de la cual me entregaba un sobre con las cuartillas manuscritas que le devolvía pasadas a máquina el viernes siguiente. En su casa conocí a grandes escritores. Entre ellos a Leopoldo de Luis, Buero, a Juan José Cuadros y al propio Rafael Alberti, quien le dedicó un libro a mis hijos dibujándoles una paloma, un caracol y una golondrina. Ramón de Garciasol, que aún no le habíamos nombrado, escribía a mano, de espaldas a la ventana, por donde entraba la luz a raudales, tan propicia para sus débiles ojos. Siempre me recomendaba la lectura de algún libro que también me regalaba y había de traer leído a la semana siguiente. Además de aprender de su galana prosa, lo hacía a la vez, de las lecturas obligadas. Hablábamos de todo cuanto puede enseñar el maestro al alumno. En una de estas disquisiciones se trajo a colación la censura que había sufrido como escritor por su condición de perdedor de la contienda civil y perseguido. Tenía una serie de tarros de cerámica de Talavera en una estantería, junto a los cientos y cientos libros situados en los anaqueles. En uno de ellos se leía «Inspirina».

—Te voy a explicar. Por nuestra condición, nuestro trabajo fue mirado con lupa. Hube de esconder, incluso en casa de amigos, algunos de mis escritos. De haberlos encontrado lo hubiera pasado mal. Algunas de la visitas, acompañando algún amigo, tenían otro carácter. Éramos malos escritores, soeces, sucios,



indignos, sin talento y perversos. Se daba por supuesto que nuestro talento era nulo. A estas visitas les explicaba con buen humor, que gracias a las pastillas de inspirina que guardaba en ese tarro, me permitía crear. Lo que me justificaba como escritor. Temiendo cualquier redada, guardaba una llave en el cajón de la mesa del armario donde escondía los manuscritos. Y la llave de la mesa lo hacía en el tarro de la inspirina, debajo de unas pastillas para el dolor de cabeza.

El careo comenzó el 27 de febrero de 1944, cuando la II Guerra Mundial andaba enconada y peligrosa. Y la remató en 1984, en plena democracia. Dos tomos que coeditaron Editorial Anthropos y el Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Y vino a llamarse *Cuadernos de Miguel Alonso*.

La consigna que nos hará reencontrarnos

Pablo Sánchez Noguera

Periodista venezolano. Trabajó como redactor, reportero y productor de *El Noticiero Televen*, en Caracas. Actualmente colabora con la revista de la Cámara de Integración Económica Venezolano Colombiana (Cavecol) y con la revista *Elementos*, del Grupo Prosein.

—¿Ustedes quiénes son? —preguntó el que parecía ser el líder—. ¿De qué canal son?

—Somos de Televen —contesté de inmediato acercándome a él—, mucho gusto. Pablo Sánchez, productor de El Noticiero —dije tendiéndole la mano para darle la bienvenida sin hacer caso de las pistolas que mantenían visiblemente ocultas en sus manos bajo la tela de sus franelas. Mi mano se quedó en el aire sin recibir respuesta...



Ilustración: Clark Dunbar

La consigna que nos hará reencontrarnos

Pablo Sánchez Noguera

*«Si es cierto que en cada amigo
hay un enemigo potencial,
¿por qué no puede ser que cada enemigo
oculte un amigo que espera su hora?».*

Giovanni Papini (1881-1956), escritor italiano.

—¿Ellos vienen con ustedes? —preguntó la conserje al ver de reojo a los tres tipos que estaban entrando por la puertecilla que daba al techo del edificio.

—No. Yo no los conozco —contesté mientras la muchacha volteaba asustada hacia el precipicio que teníamos adelante; el técnico que montaba la antena se hizo a un lado de inmediato, me pareció que (al igual que la conserje) buscaba como huir del lugar.

—¿Ustedes quiénes son? —preguntó el que parecía ser el líder—. ¿De qué canal son?

—Somos de Televen —contesté de inmediato acercándome a él—, mucho gusto. Pablo Sánchez, productor de El Noticiero —dije tendiéndole la mano para darle la bienvenida sin hacer caso de las pistolas que mantenían visiblemente ocultas en sus manos bajo la tela de sus franelas. Mi mano se quedó en el aire sin recibir respuesta...

La cosa ocurrió hoy hace ocho días. Llegamos a eso de las nueve de la mañana al Palacio de Justicia con la misión de montar la antena de microondas para transmitir en directo para *El Noticiero* de mediodía lo relativo al juicio de Lina Ron. Al llegar nos informaron que no había autorización de las autoridades para instalar las antenas en el sitio acostumbrado. Ningún medio podría transmitir en vivo desde allí. Sin embargo, eso no nos detuvo. Si algo he aprendido en mi vida, es que la palabra «no» jamás es absoluta; siempre hay alternativas.

Cuando llegó el técnico decidimos improvisar. Buscamos otro lugar para transmitir. Luego de evaluar los alrededores, decidimos que un edificio cercano podría servirnos (aunque eso implicaba un mayor esfuerzo y ciento cincuenta metros de cable hasta el Palacio de Justicia). Tras un breve intercambio de palabras con los inquilinos, logramos el permiso. Eran las once de la mañana, el tiempo apremiaba.

La manifestación había tenido sus «altas» y sus «bajas». Los simpatizantes de Lina Ron habían estado coreando consignas como: «Comandante Lina Ron, aquí está su batallón» y «Liberen a Lina Ron». Las voces se mezclaban con el discurso de un anciano que hablaba a través de un megáfono tratando de mantener en alto el tono de la «protesta». Tras una hora y media, el sol arreciaba y se notaba cierto cansancio entre los manifestantes. Dos hileras de motos, estacionadas a los lados del tumulto, demarcaban el sitio. De repente alguien gritó: «¡Fuera Globovisión! ¡Fuera RCTV!». El tono de los presentes se elevó como no se había escuchado en toda la mañana. El aire que se respiraba comenzó a hacerse más denso. Los efectivos militares que resguardaban la entrada del organismo exhibían ahora en sus chalecos pequeñas esferas negras que (sin ser un experto) reconocí como bombas lacrimógenas.

Tras examinar el techo del edificio supimos que el sitio era perfecto para la transmisión. Fuimos a la camioneta a buscar los ciento cincuenta metros de cable y procedimos a la instalación. La conserje se mostró muy amable con nosotros. La vista de las torres del Centro Simón Bolívar se apreciaban en su vendida magnificencia, así como el verdadero volumen de los presentes en la manifestación. Yo charlaba con la chica mientras el técnico terminaba de cuadrar la imagen y calibrar los instrumentos cuando ellos llegaron.

El más alto era también el más delgado, el que habló conmigo tenía una pequeña cicatriz en el rostro (de esas que transmiten de inmediato que la vida no ha sido fácil), el tercero se movía muy rápido en todas direcciones con una gorra puesta.

—Vimos una vaina aquí en la azotea...

—Tranquilo, mi pana —le dije—, sólo estamos instalando una antena para transmitir para *El Noticiero* del mediodía. Es todo.

—Bueno, ustedes son Televen... Televen ta yien porque po lo menos, ustés sacan dos de un lado y dos del otro. ¿Mentienden?... ¡Eso sí, si hubieran sido Globovisión, NO los dejamos instalar na! Esa gente lo que hace es sembrá el terror y manipular y uno no sabe pa qué van a usar lo que graban.

—Mi hermano —contesté al fijarme en la convicción de su mirada fija en mí—, si de algo estoy convencido por lo que usted dice —y lo dije muy en serio— es que usted, al igual que nosotros, sólo quiere lo mejor para este país —volví a tenderle la mano al final de mis palabras, y esta vez me la estrechó.

—Chamo, le voy a decir una cosa —contestó—, yo soy chavista radical... Yo no como coba al momento de tener que hacer lo que sea para defender este país.

—Nosotros tenemos que promover la paz —dije—, es parte de nuestra función como medios. El periodismo debe ser un Periodismo de Paz —no pude evitar sonreír ligeramente al acordarme de Luis Carlos.

—Chamo... chamo... así mismo es, ¡vámonos! —le dijo a sus compañeros.

—¡Hey! —dije yo sin aguantar el impulso— mi nombre es Pablo Sánchez —repetí—, cuando quieran estamos a la orden...

—Mi pana... mi nombre es... «TAL».

—Gracias, señor «TAL».

Y del mismo modo en que llegaron se fueron. Sin que nadie supiera por dónde pasaron y sin que nadie los notara. La chica se asustó mucho. Media hora después del incidente seguía temblando. El técnico me confesó que en más de diez años de montar microondas para las noticias, jamás había vivido algo así. También se asustó.

Le advertimos al reportero que «por razones de seguridad» no hablara mal de los manifestantes. «Luego te explicamos», le dijimos. La transmisión se hizo sin mayores contratiempos. Todo estuvo listo apenas unos segundos antes de la hora pautada.

Tomé mi celular y «tuitié»: «Acabamos de comprobarlo una vez más... Todos queremos lo mejor para este país... Ésa es la consigna que nos hará reencontrarnos».

Olor a quemado

Yvette Schryer

Escritora argentina (1932). Reside en Israel desde 1970. Estudió filosofía y letras en Buenos Aires. Ha publicado los libros de cuentos *Un ramo de prosas* (Editorial Índigo, París, 2003) y *Prosas compartidas* (Editorial Dorgraf, Tel Aviv, 2007). Madre de 2 y abuela de 6. Habla italiano, francés y hebreo. Imparte en Israel lecciones de castellano y dirige un taller de escritura creativa en castellano.

Vivíamos en la Argentina, en Rosario, y corría el año 1976. Los militares y muchos civiles adictos al régimen realizaban sistemáticas quemas de libros como represalia a las actividades consideradas «subversivas». La destrucción de enteras bibliotecas tendía a impedir que las ideas contrarias al régimen «contaminaran la educación y los medios de comunicación».



Quema de libros en la Plaza de la Ópera de Berlín el 10 de mayo de 1933

Olor a quemado

Yvette Schryer

Cuando iba con mi madre a visitar al abuelo, al poco rato ya deseaba volver a casa.

Al principio él me dedicaba unos momentos de atención, pero después los adultos se enfrascaban en lo que me parecía una charla interminable. Hablaban en yiddish, idioma que no comprendía, pero supongo que, aun de haberlo hecho, el argumento de la conversación no hubiera despertado mi interés. En general hablaban del problema de mi tía, la hermana menor de mamá que no encontraba novio.

Algunos meses antes de cumplir los trece años, comencé a ir a estudiar a la casa del abuelo Eliézer; él me prepararía para el Bar Mitzvah.*

Su religiosidad no había encontrado eco en mi familia, papá era ateo y mamá, por respeto al padre, conservaba algunas tradiciones y las festividades.

Por ser yo el mayor de cuatro hermanos, se le confería mucha importancia a mi ingreso en el mundo de los adultos. Mi padre, desde lo alto de su ateísmo tolerante, no ponía trabas a que todo se realizara según lo dispusiera el abuelo.

Para mi sorpresa, mis encuentros con él fueron apasionantes desde el primer instante.

Sabía simplificar con ejemplos los temas más difíciles.

Yo debía leer un paso de la Torá con las tonadas e inflexiones impuestas por la tradición, pero lo que aprendí al margen de las lecciones religiosas, fue mu-

* **Bar Mitzvah**, ceremonia religiosa judía en la que los niños de 13 años demuestran sus conocimientos en el paso estudiado y desde entonces adquieren la mayoría religiosa y son considerados adultos en la comunidad.

cho más importante, ya que formó mi manera de pensar y determinó mi conducta futura.

Las lecciones que dedicó a la libertad de expresión fueron las que más me impactaron.

El argumento se presentó en forma natural, dado lo que estaba sucediendo en nuestro país. Vivíamos en la Argentina, en Rosario, y corría el año 1976. Los militares y muchos civiles adictos al régimen realizaban sistemáticas quemas de libros como represalia a las actividades consideradas «subversivas». La destrucción de enteras bibliotecas tendía a impedir que las ideas contrarias al régimen «contaminaran la educación y los medios de comunicación». Lo que sucedía en nuestra provincia era un foco más de los muchos que surgían en las principales ciudades del país.

Partiendo de ese hecho, me dio varios ejemplos similares sucedidos a lo largo de la historia. Decía que esos actos, de autoritarismo y represión, habían retrasado enormemente el desarrollo de la humanidad.

El fuego «purificador» dijo, ardió ya en China en el 213 antes de la era actual y acabó con casi todos los escritos de Confucio.

En el incendio de la Biblioteca de Alejandría, uno de los templos del saber de la antigüedad, se destruyeron centenares de manuscritos de todo tipo pero nunca se supo con certeza quién había sido el responsable del incendio.

Supe también que veinticuatro carretas repletas de manuscritos de la Torá ardieron en la plaza del Hotel de Ville de París, en 1242, como represalia religiosa, y que las hogueras de la Inquisición alimentaron sus llamas con los libros de los considerados herejes. Al período de la Inquisición le dedicó más tiempo, porque mi padre era un judío sefardí descendiente de aquellos expulsados de España que buscaron asilo en varios países europeos.

La frase de Heinrich Heine que escuché de sus labios por primera vez, la encontraría en lo sucesivo a lo largo de mis estudios de comunicación y periodismo: «**Ahí donde queman libros, terminan quemando hombres**», rezaba. Luego dijo como para sí: «El bibliocausto precedió al holocausto».

Finalmente, mi maestro me habló de la tristemente famosa quema de libros en la Plaza de la Ópera de Berlín el 10 de mayo de 1933, suceso que decidió a su familia a abandonar Alemania.

Le pregunté quiénes eran los autores de esos libros que merecieron el castigo del fuego y contestó que había infinidad de nombres y que sería imposible

saberlos todos, pero que en esa monumental fogata cayeron los libros de Karl Marx, cuyo contenido era el materialismo y la lucha de clases, los textos de Sigmund Freud, acusados de corromper la espiritualidad de los ciudadanos con sus disparatas teorías. Se hicieron cenizas los escritos de periodistas extranjeros con tendencias judaicas y democráticas.

Numerosos libros de autores judíos ardieron junto a las obras de Thomas Mann, Proust, H.G. Wells.

Erich María Rilke fue acusado de traición literaria hacia los soldados de la gran guerra mundial.

No sólo en Berlín se quemaban libros, numerosas fogatas ardieron en la Alemania nazi y Joseph Goebbels fue el Torquemada que dirigió las aberrantes operaciones.

A mi abuelo se le llenaron los ojos de lágrimas y lo disimuló yendo hacia la biblioteca dándome la espalda. Tomó entre sus manos una caja de madera, la sopesó, pareció titubear y luego la repuso en su lugar y volvió a sentarse junto a mí.

Yo estaba desconcertado, nunca había visto llorar a un anciano y para atenuar su momento de emoción y demostrarle que sabía algo del tema, le comenté que en el colegio la maestra nos había enseñado la frase del educador D. F. Sarmiento que figuraba en su libro *Facundo*.* Él me asombró agregando que si bien la frase «las ideas no se matan» era la más citada, ésta pertenecía a un escritor francés.*

El abuelo Eliézer falleció pocas semanas antes de mi cumpleaños y sentí enormemente su pérdida. El día de mi Bar Mitzvah recibí de manos de mi madre un regalo que él había preparado para mí. Era una caja de madera oscura con un árbol tallado en la tapa. La caja contenía un libro de oraciones. Tenía la cobertura ennegrecida y las hojas chamuscadas en los bordes.

En la primera página figuraba el nombre de mi bisabuelo y la fecha: Berlín, 1933.

* *Facundo (civilización y barbarie)*, de Domingo Faustino Sarmiento.

* La frase mencionada es del escritor francés Diderot.

Censura: esculpiendo la realidad

Tomoo Terada

Escritor mexicano. Tiene estudios de derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) y de escritura dramática en Televisa, con el dramaturgo Hugo Argüelles. Ganador del concurso *Descifra la Pieza Única de Pavic*, que tuvo como juez a Milorad Pavic. Es también periodista e investigador histórico y ha publicado o se ha escrito acerca de sus investigaciones sobre, por ejemplo, la muerte de Emiliano Zapata, tanto en México como en España, o sobre el encubrimiento de los crímenes contra los opositores del régimen priista por parte del nuevo régimen.

La censura se aplica para modelar la percepción de la realidad conforme a los intereses de los diferentes medios de comunicación, no importando cualquier mínima idea de ética y seriedad periodística.



Elena Garro

Censura: esculpiendo la realidad

Tomoo Terada

Por cuestiones de espacio en realidad no pretendo desarrollar unas ideas que aquí simplemente apunto brevemente. Aludiré también a varios casos de censura que he sufrido, pero sin profundizar, pues no hay tiempo.

Mi experiencia, mi vivencia con la censura, es que ésta se aplica para modelar la percepción de la realidad conforme a los intereses de los diferentes medios de comunicación, no importando cualquier mínima idea de ética y seriedad periodística. Pero como escritor que en su carácter de simple ciudadano ha sido repetidamente censurado, resulta que me ha tocado la aparente paradoja de que estos actos de censura me hayan sido básicamente aplicados por medios de comunicación considerados «progresistas», identificados como de izquierdas.

Y aclaro que no se trata de una cuestión ideológica. En 2007 fui censurado por el diario *Reforma*, considerado en México como con orientación de centro-derecha. Este diario es uno de los más influyentes del país, y a pesar de la orientación ideológica que apunto, en cierta época publicó información relativa a la llamada guerra sucia durante la década de los setenta, con muertos, torturados y desaparecidos, en contra de los disidentes izquierdistas, armados o no, opuestos al dictatorial («dictadura perfecta», la llamó Mario Vargas Llosa) régimen del PRI. Para investigar estos delitos el gobierno de Vicente Fox creó la FEMOSPP, la Fiscalía para Movimientos del Pasado, una cara simulación que concluyó con señalamientos de prácticas de la corrupción más ramplona y descarada por parte del titular de la fiscalía y varios de sus funcionarios.

Encontré que las pruebas de las actividades ilegales habían sido puestas en manos de un individuo llamado Vicente Capello y personal a su mando. Capello había sido miembro de la DFS (Dirección Federal de Seguridad), un ya extinto organismo de inteligencia, espionaje y represión política. Durante la investigación de otro asunto, los señalamientos en contra de la fallecida escritora Elena Garro en el sentido de que era una espía al servicio de la CIA estadounidense y la

DFS del gobierno mexicano en el año de 1968, encontré que la presencia de Capello era absolutamente ilegal.

Lo que me llevó a descubrirlo fue mi investigación sobre los señalamientos contra Garro, los cuales fueron difundidos ampliamente por diversos medios de comunicación mexicanos y retomados por medios internacionales como *El País* (España) y *Clarín* (Argentina), y que se basaban en un par de papeles anónimos, sin sellos ni membrete oficial y que no estaban firmados por la propia Elena Garro. Lo que contenían esos papeles era la información que alguien anónimo afirmaba haber recibido, proporcionada por Elena Garro. Estos detalles jamás fueron mencionados por los distintos medios que presentaron el asunto.

¿Qué había sucedido? Pues que Alonso Lujambio, un respetado politólogo, en ese momento comisionado presidente del IFAI, el organismo de transparencia federal en México y actualmente secretario de Educación Pública, se había equivocado, y los medios mexicanos, mayoritariamente practicantes de lo que se ha llamado «periodismo de declaraciones», dieron como un hecho cierto lo que Lujambio afirmaba, sin realizar mayor comprobación.

Un solicitante de información pública había solicitado la información que la ya mencionada DFS (Dirección Federal de Seguridad) hubiera recabado acerca de los escritores Octavio Paz y Elena Garro. El AGN (Archivo General de la Nación), la dependencia en la que posiblemente se encontraban esos documentos, dio una respuesta que no satisfizo al solicitante y entonces éste promovió un recurso ante el IFAI.

El comisionado a quien correspondió el asunto fue Lujambio, como ya se ha señalado. Al tener a la vista los papeles con las características que he señalado, él, un politólogo y no abogado o historiador, las consideró pruebas de actividades de espionaje por parte de Elena Garro. Estas consideraciones las expuso en la sesión pública que el Pleno del IFAI organiza con la asistencia de la prensa. Los diferentes medios tomaron la declaración de Lujambio y, sin haber tenido acceso a los papeles que éste había visto e interpretado como pruebas de espionaje, publicaron como un hecho confirmado que Elena Garro había sido espía. Unos papeles anónimos que ningún medio serio hubiera aceptado como base para publicar algo como información sólida.

He notado un absoluto desinterés de los diversos medios mexicanos para hacer esta aclaración acerca de Garro. Además Lujambio es ahora uno de los principales funcionarios del actual gobierno federal. En cambio, a *Reforma* no le interesó publicar la información de que el apoderamiento de Capello de las pruebas en contra suya y de otros ex miembros de la DFS era absolutamente ilegal. Modelar la realidad cual un escultor. Qué belleza.

Clandestino

Ulises Varsovia

Escritor chileno (Valparaíso, 1949). Es docente de español en la Universidad de St. Gallen (Suiza). Ha publicado más de veinte títulos de poesía desde 1974, en forma artesanal, y sus poemas han aparecido en más de sesenta revistas literarias de Latinoamérica y Europa, en español y en otros idiomas.

*¿Hasta cuándo vuestros sabuesos /
olisqueando entre mis papeles / de tinta
iracunda y blasfema?*



El conjuro o Las brujas, de Francisco de Goya, 1797-1798

Clandestino

Ulises Varsovia

(del libro inédito *Vástagos de Babel*)

Clandestino con mis secuaces
de irreprochable transparencia,
anónimo bajo los disfraces
de un hábil prestidigitador
camuflando su identidad
en la interminable proscripción,

señores agentes del orden:
mis intachables credenciales
de buen vecino de los suburbios,
mis títulos académicos
de prestigiosos antros burgueses,
mi cátedra en el burladero,
mi pasaporte de transeúnte
entre el acato y la transgresión,

¿hasta cuándo vuestros sabuesos
olisqueando entre mis papeles
de tinta iracunda y blasfema,
hasta cuándo vuestras orejas
de artilugios inalámbricos
secuestrando mis pobres palabras,
hasta cuándo la difamación,
hasta cuándo el cerco de tinieblas?

Abrumado en la clandestinidad
con mis papeles acrediticios
y mis maneras de buen burgués,

mudando disfraces gastados
en el roce con la legalidad,

fiel a mis íntegros secuaces
desdoblándose de mis personas,

permitidme, agentes del orden,
subir sólo una vez al púlpito,
y gritar desde allí, aullar
hasta que sollocen los feligreses,
y el espíritu Santo me absuelva.

Aproximación a la labor propagandística del fascismo alemán en el período de entreguerras

Yosbany Vidal García

Docente e investigador cubano (Morón, 1984). Licenciado en letras, es profesor universitario, guionista radial y locutor. Miembro de la Sociedad Cultural José Martí (SCJM) y especialista principal de Ediciones Ávila. Coautor de *Primer ciclo: familiarización y diagnóstico* (texto educativo, Editorial Félix Varela, 2007), *Martí, editor* (ensayo, Editorial Letras Cubanas, 2008) y *La vida siempre, y a cada paso...* (ensayo, Ediciones Ávila, 2010). Textos suyos aparecen publicados en el portal digital *Cubarte*, las revistas *Honda*, *Viña Joven*, *Videncia* y *Cañasanta* (digital, Canadá), y en los CDs *Memorias del IV Coloquio Internacional José Martí y las letras hispánicas* y *Oro nuevo. Estudios sobre José Martí*, ambos en 2009. Ganador del premio del XXXIII y XXXIV Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos (2007 y 2008, respectivamente); Concurso Nacional «Leamos más» (2007); Taller Especializado de Crítica Literaria «Cantos y Rumbos» (Ciego de Ávila, 2008); Mención Premio Especial Videncia 2008; finalista en el 6º Concurso Literario Viña Joven (2008); Concurso Nacional «Oro Nuevo» (2009); Premio Pedro G. Subirats 2009, y Premio Especial Videncia 2009.

Hitler, desde antes de instaurar el III Reich —de 1935 hasta 1939—, mostró sus dotes de buen comunicador; es decir, de saber manipular la comunicación y sus medios en pos de sus intereses.



Benito Mussolini y Adolfo Hitler

Aproximación a la labor propagandística del fascismo alemán en el período de entreguerras

Yosbany Vidal García

Introducción

Cuando se habla de comunicación social no debe desestimarse el hecho de que ésta puede ajustarse a las necesidades e intereses del ser humano, bien al provocar un efecto deseado o satisfactorio, bien al instar al interlocutor a la toma de decisiones ajenas a su voluntad; por lo que la labor propagandística deviene medio eficaz, aun cuando su sentido recto sea manipulado con la reinterpretación de símbolos.

Textos como *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX*, de Jesús T. Álvarez (1988), han permitido evidenciar cómo Hitler y el nazismo fortalecieron su hegemonía a través de un fuerte movimiento propagandístico, durante el período de entreguerras, que abogaba por recuperar el poder arrebatado a Alemania y su respeto ante el mundo. Sin embargo, otros textos como *Grandes enigmas. El fabuloso mundo de lo insólito*, de Tomás Doreste, y *Diccionario de símbolos*, de Juan Eduardo Cirlot (1969), corroboran cómo el fascismo alemán confundió —por intereses propios— el significado de algunos símbolos, para asignarles un penoso recuerdo y una interpretación totalmente errada.

En este sentido, sería pertinente, e incluso necesario, evidenciar cuál ha sido el empleo de la comunicación social de una nación marcada por la crueldad del fascismo alemán y el poder hitleriano, en el período de entreguerras.

Desarrollo

Diversos estudios sociopolíticos e históricos han permitido corroborar que el fascismo (del it. *Fascismo*) deviene «movimiento político y social de carácter

totalitario que se produjo en Italia, por iniciativa de Benito Mussolini, después de la Primera Guerra Mundial»¹ y que se extendió a otros países como Alemania, a tenor de las características propias de esta región (nacionalismo).²

Desde la Primera Guerra Mundial la figura de Adolf Hitler (1889-1945) se fue haciendo evidente, poco a poco, en Alemania; pero no fue hasta el llamado «período de entreguerras» en el que llegarían a concretarse sus aspiraciones. Luego de ser sentenciado a cinco años de prisión como líder del *Putsch* de Múnich (8 de noviembre de 1923) —sólo estuvo ocho meses—, fue liberado en diciembre de 1924 y reconstruyó el Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo (NSDAP) o Partido Nazi, como también se le conoció. Mientras cumplía una pequeña parte de su condena, dictó su autobiografía titulada *Mein Kampf* (*Mi lucha*)³ a su secretario personal, Rudolf Hess. Obra que constituyó una especie de programa antifascista alemán y mostraba, además, las técnicas de propaganda y planes para la conquista de Alemania y, más tarde, de Europa; se trazaban así las bases del nacionalismo.

Es válido destacar que Hitler, desde antes de instaurar el *III Reich* —de 1935 hasta 1939—, mostró sus dotes de buen comunicador; es decir, de saber manipular la comunicación y sus medios en pos de sus intereses. El fenómeno de las masas era característico del siglo XX, por lo cual Hitler, en compañía de Joseph Paul Goebbels, su futuro ministro de Información y Propaganda, se apoyaría en diversos medios de propaganda mecanicista como la radio, el cine y los periódicos, principalmente; aunque no debemos desestimar los panfletos, dibujos y carteles, fotografía, manifestaciones, eslóganes, rumores, castigos y violencia, deportaciones y conferencias de entonces.⁴

En 1933 Hitler fue nombrado canciller gracias a la Ley de Poderes Especiales, que le permitía controlar todos los aspectos de la vida alemana; sin embargo, no cejó en autoproclamarse dictador a través de nuevas elecciones y, finalmente, jefe del Estado y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. De esta manera creó el *III Reich*, la denominación del nuevo Estado alemán. El financista Alfred Hugenberg, quien desde la década de los años veintes utilizó la prensa no como negocio sino con fines políticos, apoyaría su ascenso.

1. «Fascismo», en *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* (Drae).

2. El nacionalismo alemán poseía mayor tendencia al racismo y fue conocido como nazismo (del alemán *Nazismus*, expresión apocopada de *Nationalsozialismus*).

3. Cfr. Adolf **Hitler**: *Mein Kampf* [s.e.], Stuttgart, 1939.

4. Jesús T. **Álvarez** (1988): *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX*, p. 98.

Hitler cultivó la oratoria, por lo que estableció un planificado sistema de propaganda a través de gigantescos mítines que despertaban la atención en sus seguidores, coadyuvaba su liderazgo y alejaba al público alemán del carácter humanista, ahora marcado por una tristeza sociopersonal a punto de hacer catarsis. Ganarse al pueblo sería su primera acción si deseaba conquistar completamente el poder. La naturaleza de la propaganda —totalitaria— le ayudaría a gobernar el pueblo y consolidar lo nacional. En Alemania, el éxito del nazismo cobraría fuerza al influir directamente en las masas, según los intereses del *Führer*. Datos como los siguientes son ilustrativos:⁵

- a. Por decreto oficial, fechado el 4 de febrero de 1933, se autorizaba a la policía a destruir todo impreso contrario a la nación y al pueblo; de esta manera desaparecerían unos 130 periódicos socialistas y comunistas.
- b. Otro decreto, del día 28 del mismo mes, suprimió la libertad de prensa existente en el país, al cobrar fuerza sólo aquellos que apoyaban la causa del nacionalismo.
- c. El día 13 de marzo del mismo año 1933 se crea el Ministerio de Información y Propaganda según los lineamientos de Goebbels, y al cual se subordinarían la Cámara de Prensa, la Cámara de Cine y la Cámara de Radiodifusión. Estas dos últimas, preferidas por los nazis para hacer comprenderle a la población sus obligaciones para con la «verdadera» sociedad alemana.
- d. Clásicas consignas nazis como «*Ein Reich, ein Volk, ein Führer*» fueron divulgadas radialmente. Asimismo se hicieron obligatorias las audiciones públicas, se montaron altavoces gigantes en camiones, en fábricas y en barriadas, así como se prohibió y persiguió la escucha de emisoras extranjeras.
- e. La simbiosis del material de entretenimiento y los montajes llenos de simbología nazi, como lo hizo la *Universum Film Aktiengesellschaft*, la mayor compañía productora alemana, mostraba la imagen del orden social supremo e inigualable que se quería en el pueblo alemán. Se podían realizar obras cinematográficas siempre y cuando no contraviniesen los principios nazis.

El sistema propagandístico siempre tuvo el apoyo de la Gestapo (cuerpo policial secreto, creado para reprimir a la oposición y aislar a los judíos) y las

5. *Ibidem*, p. 99.

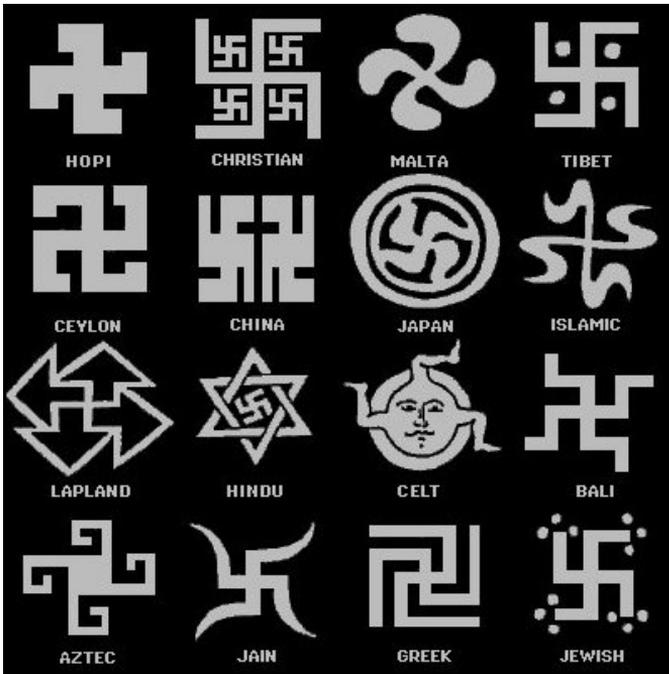
Schutzstaffel o SS (Escuadrones de Defensa, antigua guardia personal de Hitler, cuyos miembros eran denominados «camisas negras»). Asimismo, la propaganda hitleriana despertaría la simpatía en los soldados con el aumento de capital a través de ricos botines; en realidad esto era una falsa promesa.

El trueque del significado de algunos símbolos sería otra de sus grandes estrategias para dominar la Alemania de entreguerras. Sépase que en 1919 —un año después de firmarse el Tratado de Versalles, que ponía fin a la Primera Guerra Mundial y humillaba al pueblo alemán— un grupo de ex combatientes se reunió en Múnich con el propósito de fundar una sociedad secreta que lucharía por devolverle a su patria el poder arrebatado y el respeto ante el mundo.

El grupo en cuestión estuvo formado por Dietrich Eckardt,⁶ Karl Ernst Haushoffer y Alfred Rosenberg, además de los que más tarde serían un dúo siniestro: Rudolf Hess⁷ y Hermann Goering, y allí eligieron *Thule*⁸ como nombre de la sociedad. Para el liderazgo no habría mejor candidato que Adolf Hitler, propuesto por Hesse; por lo cual Eckhart se ocuparía personalmente de educar al iniciado en las doctrinas esotéricas que devolverían al pueblo alemán el esplendor perdido; luego Haushoffer continuaría con la educación de Hitler, a quien, para entonces, ya comenzaban a llamar el *Führer*.

Destáquese, además, que el símbolo por excelencia más adulterado de esta maquinaria sería, sin duda, la utilización de la *cruc esvástica* o gamada,⁹ que figuraba a la cabeza de los símbolos religiosos de todas las civilizaciones antiguas. Era —y es— el más sagrado y místico de los símbolos de la India; pues se consideraba un diagrama de buen augurio, de amor y de paz; idea esta que el

-
6. Profeta del nacionalsocialismo. En sus viajes al Tíbet adoptó la *cruc esvástica* como símbolo del nuevo orden alemán.
 7. Según la opinión del doctor Hanfstaengl, biógrafo de Hitler, Hesse enseñó a su amigo y jefe los secretos de la magia y poder político faraónico —en verdad Hesse era egipcio—, cuando ambos se encontraban en la cárcel.
 8. Según la leyenda, esta había sido una civilización aria desaparecida miles de años atrás, localizada en el Atlántico Norte, en las cercanías de Islandia. El grupo en cuestión creía firmemente que los seres que habían vivido en la antigua *Thule* pertenecían a la raza aria y que llegaron allí desde el Himalaya. A su vez, que habían penetrado en el mundo subterráneo de Agartha a través de grutas y desde allí, y sin que nadie haya sabido de qué modo, lograron dirigir los destinos del mundo. El grupo decidió que solamente a través de un intermediario excepcional, un líder de los líderes, lograrían penetrar ese mundo perdido. Cfr. Tomás **Doreste**: *Grandes enigmas. El fabuloso mundo de lo insólito*, Océano Grupo Editorial, Barcelona, [s.a.].
 9. Llamada también cruz Jaina, gamada o martillo de Thor (de la mitología escandinava, dios del trueno). La esvástica más antigua corresponde a un sello encontrado en Harappa (India) hacia el 2000 a.C.



Diversas representaciones de la cruz *esvástica* o gamada

propio Dietrich Eckardt trasmutó a la conquista de «la nueva Alemania de hombres nuevos», como él mismo llamó a las generaciones surgidas y educadas en las ideas del nacionalsocialismo, y que devendría imagen sagrada que identificaría al *III Reich*.

De igual manera, otro símbolo con un significado totalmente ajeno al de la mitología escandinava sería el *sowellu*: una suerte de rayo que recuerda al grafema [s] y que significa dentro del alfabeto rúnico «el Todo, la unidad, lo completo, a quien nada le falta». Dos veces, viene a ser «el Todo del Todo», aspecto que tampoco podría pasar inadvertido por el fascismo alemán.¹⁰ En este sentido, la duplicación de [s] se expresaría en las siglas del *Schutzstaffel* o tropa élite de Hitler al mando de Heinrich Himmler: SS. Las intenciones de hegemonía se develaban abiertamente.

Es válido destacar que la prensa alemana manipuló, poco a poco, a la población para una futura acción, al publicar infundios sobre los supuestos preparativos bélicos de la URSS; el carácter imperativo y de censuras minimizaba la libertad de pensamiento y acción de los hombres, ganándose así el apoyo de las potencias occidentales. Supuestamente Hitler y la Alemania nazi serían los defensores de Europa, pero la verdad era otra; al decir del *Führer*: «Sólo el pueblo alemán será un pueblo de guerreros; las demás naciones serán esclavas y trabajarán para la casta de guerreros teutones».¹¹



El *sowellu*

10. Los SS han sido comparados con los Caballeros Templarios, pues, como éstos, ellos obedecían ciegamente a los mandatos y la fe del *Führer*.

11. G. Deborin (1977): *La 2ª Guerra Mundial*, p. 137.

Conclusiones

Lo antes expuesto permite arribar a las siguientes generalizaciones: primeramente, el nacionalismo alemán estuvo marcado por fuertes tendencias al racismo; por lo que la conquista del poder marcaría el inicio de una destacada etapa de represión en pos de alcanzar la legitimidad de los hijos de la nueva patria que aspiraban construir. Asimismo se debía reconocer la presencia de Hitler como el *Führer* en esta empresa de dominio y poderío.

En segundo lugar, la labor propagandística hitleriana en el período de entreguerras poseía naturaleza totalitaria, que coadyuvaba a la gobernación del pueblo y a la consolidación de lo nacional. En este sentido, recibiría la colaboración de altos funcionarios y analistas políticos, de grupos de soldados pertenecientes a la Gestapo y a la SS; así como se apoyaría en tratados, películas, novelas sensacionalistas y hasta en teorías influenciadas por el nacionalsocialismo.

Bibliografía

- **Álvarez**, Jesús T.: *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX*, Círculo de Lectores S. A., Barcelona, 1988.
- **Blavatsky**, H. P.: *Glosario teosófico*, Ed. Glem, Buenos Aires, 1940.
- **Cirlot**, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos*, Ed. Labor, Barcelona, 1969.
- **Deborin**, G.: *La 2ª Guerra Mundial*, Ed. Orbe, La Habana, 1977 (traducción del ruso por Isidro R. Mendieta).
- *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (Drae)*.
- **Dickson**, Arthur: *Diccionario de runas*, Ed. Labor, Barcelona, 1989.
- **Doreste**, Tomás: *Grandes enigmas. El fabuloso mundo de lo insólito*, Océano Grupo Editorial, Barcelona [s.a.].
- **Tondriau**, Julien: *Diccionario de ciencias ocultas*, Ed. Edaf, Madrid, 1985.

El desapego del libre pensamiento

Andrea Zurlo

Escritora y traductora argentina (Rosario). Es traductora literaria y técnico-científica de inglés, italiano y español. Está radicada desde 1990 en Italia, donde ejerce su profesión. Es miembro de Asociación Nacional Italiana de Traductores e Intérpretes (Aniti) y, en calidad de socia fundadora, de la Asociación Cultural de Escritores y Poetas Iceberg Nocturno (Acude-Inolesco; Madrid, España) y de la Red Mundial de Escritores en Español (Remes), así como miembro correspondiente del Círculo de Escritores de Venezuela y de la Asociación de Escritores de Mérida (Venezuela). Forma parte del equipo editor de la revista literaria digital *Palabras Diversas*. Tiene numerosos relatos, artículos y ponencias publicados en antologías en España e Iberoamérica. En 2007, la editorial española Jirones de Azul publicó su primera novela *El sendero de Dante*.

Hoy día el Poder, respaldado por una arrogancia extrema, digna de los períodos históricos más oscuros de la humanidad, hace flamear la bandera de la censura abiertamente, despertando a menudo críticas que caen en el vacío y pisoteando, sin ambigüedades, la libertad de expresión.



El desapego del libre pensamiento

Andrea Zurlo

Según el Diccionario de la Real Academia Española la palabra *censura* significa: **1.** Dictamen y juicio que se hace o da acerca de una obra o escrito; **2.** f. Nota, corrección o reprobación de algo; **3.** f. Murmuración, detracción; **4.** f. Intervención que ejerce el censor gubernativo; **5.** f. Pena eclesiástica del fuero externo, impuesta por algún delito con arreglo a los cánones; **6.** f. Entre los antiguos romanos, oficio y dignidad de censor; **7.** f. *Psicol.* Vigilancia que ejercen el yo y el superyó sobre el ello, para impedir el acceso a la conciencia de impulsos nocivos para el equilibrio psíquico; **8.** f. ant. Padrón, asiento, registro o matrícula.

Entre estas acepciones, la que mejor se adecua a nuestro mundo, a nuestro hoy y ahora, es aquella que nos da la psicología: «la vigilancia que ejercen el yo y el superyó sobre el ello, para impedir el acceso a la conciencia de impulsos nocivos para el equilibrio psíquico». Es una definición perfectamente aplicable a la censura ejercida por el Poder: el *yo* y el *superyó* son suplantados por el Poder en sus distintos aspectos, *ejerciendo un control*, es decir la ocultación, la restricción, la vigilancia sobre la información, la desviación de la verdad, a fin de «impedir el acceso a la conciencia de impulsos nocivos» o sea el conocimiento de hechos que podrían *afectar el «equilibrio psíquico»*, alterando el equilibrio emotivo y perjudicando el dominio sobre las masas.

Hoy día el Poder, respaldado por una arrogancia extrema, digna de los períodos históricos más oscuros de la humanidad, hace flamear la bandera de la censura abiertamente, despertando a menudo críticas que caen en el vacío y pisoteando, sin ambigüedades, la libertad de expresión, un derecho humano señalado en el artículo 19º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y las constituciones de los sistemas democráticos. un derecho humano fundamental negado por los mismos hombres que deberían protegerlo.

La lista de países afectados por una censura patológica es bien conocida por

todos: China, Irán, Arabia Saudita, los países del Golfo Pérsico, Cuba, Rusia, muchos de los países de la ex Unión Soviética, entre otros. A ellos se suman numerosas naciones iberoamericanas, con Venezuela y Argentina a la cabeza. Sin embargo, escarbando un poco más bajo el fango que todo cubre y empareja, advertimos que la situación se repite en países que (un tiempo) creíamos, o se vendían, como paladines de la democracia, del pluralismo y de la libertad de expresión, comenzando por Estados Unidos y prosiguiendo por numerosos países europeos, como acusa el mismo Al Gore a través de su Current.TV que se propone como una herramienta ajena a la censura, para la libre expresión del pensamiento.

La pregunta que me pongo es ¿cómo se llegó a esta situación? ¿Por qué permitimos que «globalmente» nos arrastren hacia la oscuridad de la desinformación? ¿No era acaso ésta la era digital de la libertad, de la información y de la comunicación? ¿Es acaso obra de un plan más grande que supera nuestra voluntad y nuestras posibilidades de comunes mortales, infundiendo un deseo de no oír, de no escuchar y de no saber?

Mucho me temo que la respuesta sea positiva. A un período de efervescencia cultural y política, rico y controvertido, como fue la década del setenta, siguió la oscura superficialidad de los años que vieron dictaduras acallando las voces de la mayoría de los países iberoamericanos, con el consentimiento y la aprobación de las naciones más importantes del globo, llegando lentamente a nuestro hoy, hecho de censura, abuso de poder, fraude y atropello económico bendecido por los mismos gobiernos, las multinacionales, y la indiferencia general de los pueblos.

¿Es casual que la gente se preocupe más de lo que sucede en un *reality-show* que de lo que sucede en su vida real? ¿Acaso es aceptable que la gente deje de votar y se aleje de la política ocultándose detrás de la frase que nos vende la prensa diariamente, «desapego de la política»? ¿Es esa la verdadera razón, o es el fruto de una campaña generalizada de «desapego del pensamiento» para permitir que el poder pueda ejercer impunemente su acción y sus caprichos, determinando nuestra vida y nuestra muerte, sin siquiera intentar ocultar la manipulación, es más esgrimiéndola casi como un arma amenazadora contra quienes osan abrir la boca, indignarse o mirar más allá?

Observo con preocupación que el dominio económico, la avidez, ese deseo constante e irrefrenable de parecer y no de ser, acarrea consigo el peso de un vacío de conceptos, un egoísmo difundido, una aceptación generalizada de lo que «*nos dicen*», «*nos sugieren*», «*nos venden*» y «*nos quieren hacer creer*» eliminando en muchos casos las preguntas, el intento de ahondar en la comple-

alidad de un pensamiento, deteniéndose, como máximo, en la apariencia y la belleza de una frase. Así, desde una óptica conformista y gregaria, la libertad de pensamiento se convierte en una mercancía extraña y sofisticada que queda relegada a la esfera de los círculos privilegiados e intelectuales, a menudo ajenos a la realidad cotidiana de las personas que constituyen lo que denominamos «la masa» y que forma la mayoría de la población del planeta.

Cabe recordar que la fuerza de los intereses económicos actuales condiciona radicalmente la libertad de pensamiento, provocando un fenómeno de autocensura que no es más que la condescendencia para con los poderes fuertes, económicos y políticos que rigen nuestras vidas, y que, algunas veces, derivan incluso en imposiciones de opinión en numerosas revistas y periódicos que responden a los intereses del editor de turno.

Es innegable que la respuesta que surge de Internet a través de las televisiones en la red, de algunos blogs y de la prensa independiente, es una señal de actividad, si bien minoritaria, contra un sistema, contra un ente, que intenta imponerse con fuerza y prepotencia, despreciando la misma identidad del individuo, ansioso por convertirnos en consumidores complacientes y sin el derecho ni la capacidad de pensar ni juzgar por nuestra cuenta los actos del Poder que se presenta como intocable y, a menudo, infalible.

Quisiera creer que aún estamos a tiempo de reaccionar, quisiera creer que ha llegado el momento de un nuevo Iluminismo, que tomaremos otra vez conciencia de nuestra dimensión y del espacio que nos corresponde en este planeta, que llegó el momento de alzarnos en pie contra el Poder y su censura, contra el intento de imponer un monopensamiento y un monoculturalismo, abrazando de nuevo la vida y dejando de lado el zapping, levantándonos del cómodo sillón de la mediocridad y retornando a celebrar y escribir la libertad de pensamiento.

Libertad de expresión, poder y censura
es el libro conmemorativo de los 14 años de
Letralia, Tierra de Letras,
la revista de los escritores hispanoamericanos en Internet.
Fue publicado en *Editorial Letralia,*
espacio de difusión del libro digital,
el 20 de mayo de 2010.